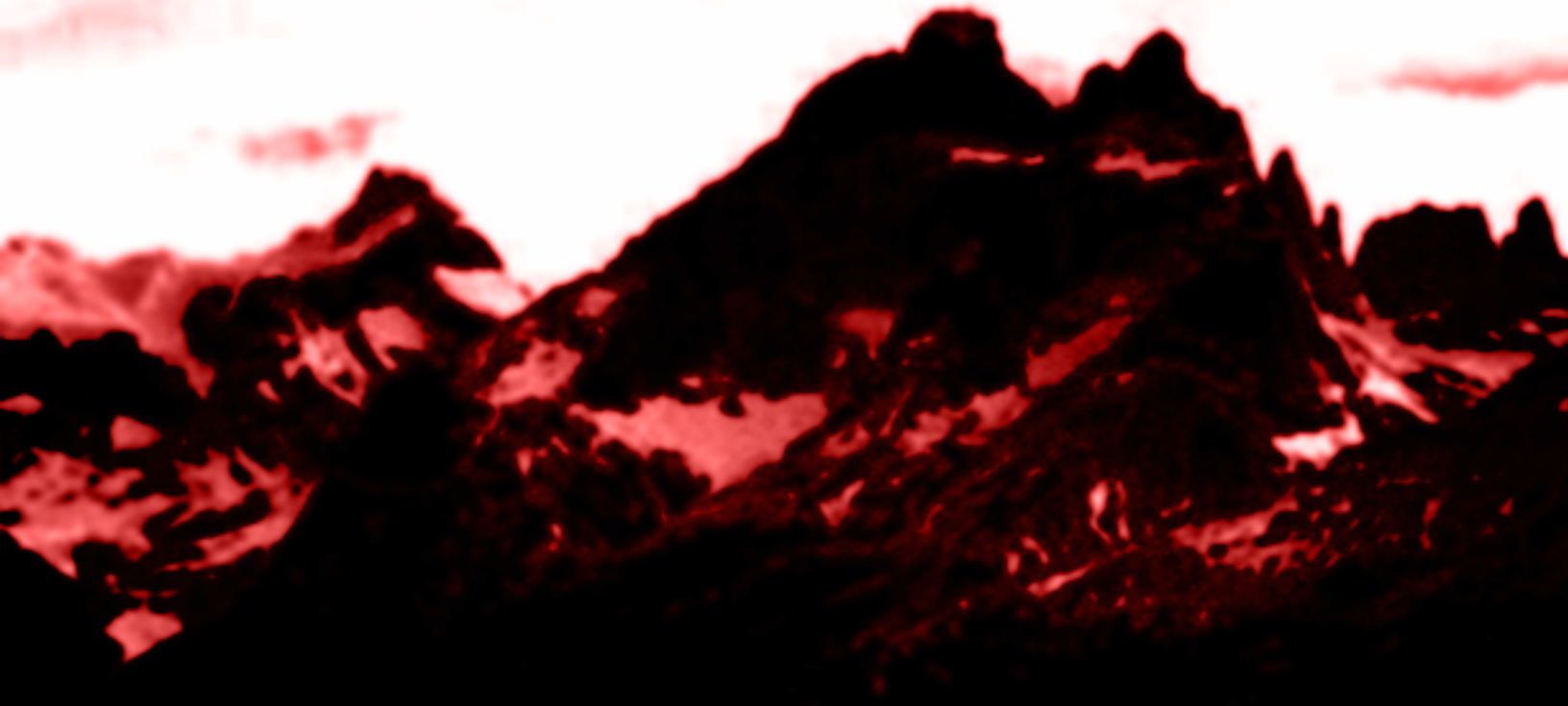
CARLOS VIDELA



TIERRA Y PUEBLO

LA IDEOLOGÍA DEL NACIONALISMO CHILENO A TRAVÉS DE SU HISTORIA

KUKLOX.XYZ

TIERRA Y PUEBLO

LA IDEOLOGÍA DEL NACIONALISMO CHILENO A TRAVÉS DE SU HISTORIA

Por

Carlos Videla

Edición por KUKLOX.XYZ.

Sin fines de lucro.

Noviembre 2026.



P R E F A C I O

Primero que nada, debo agradecer al autor de la presente obra, el estimado Carlos Videla, quien nos permitió compartir sus escritos en KUKLOX.XYZ, sin tapujo alguno, ni condiciones de por medio. Ya que en sus propias palabras: *"Ojalá con el tiempo puedas publicar todos mis libros. Mi animo siempre ha sido la difusión."*.

Por lo cual he decidido agregar este apartado, y como muestra de gratitud al mismo dejare el enlace a continuación por medio del cual pueden comprar las edición impresa por la editorial Ignacio Carrera Pinto.

Enlace: https://www.icpediciones.cl/tierra-y-pueblo

M. Arcos González
Director de KUKLOX.XYZ
Circulo de Estudio del Nacionalismo en Chile

I N D I C E

INTRODUCCIÓN

NACIÓN Y NACIONALISMO

EL LLAMADO

EL PADRE DEL NACIONALISMO CHILENO

SER ORGÁNICO

DECADENCIA DE LA ELITE

LA CONQUISTA DE CHILE EN EL SIGLO XX

SER ES LUCHAR, VIVIR ES VENCER

SINCERIDAD

LA FRONDA ARISTOCRÁTICA

EL RESORTE PRINCIPAL DE LA MÁQUINA

EL ESTADO EN FORMA

NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA

NACIONALISMO EDUCATIVO

EDUCACIÓN ECONÓMICA E INTELECTUAL

SOCIAL NACIONALISMO

EL DOCTRINARISMO POLÍTICO

EL LIBERALISMO INDIVIDUALISTA

ZOLLVEREIN

LA POLÍTICA SOCIAL NACIONALISTA

PARTIDO NACIONALISTA

LA OPINIÓN

CHILENOS A LA ACCIÓN

PENSANDO EL CHILE NUEVO

EL EJÉRCITO ANTE LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

ACCIÓN NACIONALISTA DE CHILE

LA NACIÓN EN ARMAS

MOVIMIENTO NACIONAL SOCIALISTA DE CHILE

COMO SALIR DE LA CRISIS

ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA

ACCIÓN CHILENA

NUESTRA SANGRE SALVARÁ A CHILE

RACIONALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

SOCIALISMO MARXISTA Y SOCIALISMO NACIONALISTA

MOVIMIENTO NACIONALISTA DE CHILE

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO

EL ESTADO FUNCIONAL

SUFRAGIO Y REPRESENTACIÓN

LA REVOLUCIÓN QUE CHILE ESPERA

LA VERDADERA REVOLUCIÓN NACIONALISTA

UNIÓN NACIONALISTA

ESTILO Y POLÍTICA DE LA UNIÓN

LA NUEVA EDAD

DISOLUCIÓN

LOS HOMBRES DE TRABAJO AL PODER

NACIONAL CRISTIANISMO

ESTUDIOS

HISPANISMO

EL LUCRO EN LA ECONOMÍA

ESTANQUERO

INTERMEDIARIOS INÚTILES

EL SANTO NACIONALISMO

PARTIDO AGRARIO LABORISTA

POLÍTICA DE LA TIERRA

LOS DOS NACIONALISMOS

NUEVA POLÍTICA

EL DRAMA DE CHILE

POPULISMO NACIONALISTA

LA REVOLUCIÓN DEL HOMBRE

LA REVOLUCIÓN DEL HOMBRE LIBRE

LA REFORMA DE LOS REFORMADORES

PARTIDO DE ACCIÓN NACIONAL

UNA REVOLUCIÓN PENDIENTE

PRESENCIA DE OCTUBRE

FORJA

DOCTRINA DE LAS COMUNIDADES

DEMOCRACIA ORGÁNICA JERARQUIZADA

PATRIA Y LIBERTAD

ORDEN NUEVO

AVANZADA NACIONALISTA

NOCIÓN DEL ESTADO EN CHILE

LAS TRANSNACIONALES Y LA SITUACIÓN MUNDIAL

NUESTRAMÉRICA

MOVIMIENTO DE ACCIÓN NACIONAL

UNA VISIÓN DE ESPERANZA

ESTANQUERO ONCE

PACTO DE SANGRE

PERDÓN CHILE

CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA

NACIONALISMO TELÚRICO

GLOBAL INVASIÓN

GOBIERNO MUNDIAL

SUPRACLASE MUNDIAL

CRISIS DEL ORDEN GLOBAL

NACIONALISMO PARA EL SIGLO XXI

INTRODUCCIÓN

Ha señalado el presidente Emmanuel Macron ante la Asamblea Francesa en junio del 2018 que la próxima conflagración política de las décadas venideras no será más entre izquierdas y derechas, sino que entre el nacionalismo en contra del globalismo. Y no sólo Macron ha vaticinado este cambio político de fin de época, también una amplia mayoría de autoridades y pensadores occidentales han señalado al nacionalismo como la gran amenaza al orden mundial liberal consolidado desde fines de la Segunda Guerra Mundial.

Este renovado interés de los votantes por el nacionalismo se ha debido a los intensos problemas sociales derivados de la globalización lo que ha llevado a buscar nuevos proyectos de sociedad y desarrollo. El declive económico y social, el estancamiento de los salarios a nivel mundial, el encarecimiento de las viviendas, la educación y la salud, las ansiedades producto de procesos demasiado acelerados de recambio de poblaciones, aumento de la delincuencia y la corrupción, y en general el fin del sueño de prosperidad continua del liberalismo, han llevado a las distintas comunidades a levantarse en franca rebelión en contra del orden global.

Pero si bien el nacionalismo es una doctrina esparcida por el mundo, en cada región y en cada momento histórico ha adoptado una morfología particular. En Chile el nacionalismo ha

tenido un desarrollo de más de cien años, conservando un fondo ideológico particular y bastante homogéneo. Es por eso que con propiedad se puede hablar de un nacionalismo chileno el cual no es entendible del todo si se le considera únicamente como extensión del fenómeno nacionalista global. Debido a lo anterior, un genuino movimiento nacional y popular en Chile no puede constituirse con corrientes de pensamiento externas a nuestra realidad. El nacionalismo chileno tiene una tradición doctrinaria concreta, fruto del pensar nacional y de la historia de nuestras instituciones y devenir social. Desde ahí debe cimentarse una refundación política.

Esta investigación está centrada, por tanto, en dilucidar la doctrina del nacionalismo chileno. Desde esa base se analizarán sus distintas tesis elaboradas por la variedad de agrupaciones, tanto políticas como ideológicas, que han recogido las banderas del sector. El desarrollismo, el socialismo nacionalista, la influencia del pensamiento social cristiano, las distintas tesis corporativistas, la llamada tercera vía o las variantes identitaria o nacional-populista, han sido todos fundamentos ideológicos que han teñido, según el momento coyuntural, la base doctrinaria del nacionalismo. Todas estas tesis han tenido pensadores, intelectuales y políticos que las han sustentado dándole variedad y matices ideológicos a la idea política de la Unidad Orgánica de la Nación.

El cuerpo de intelectuales nacionalistas es variado. Muchos de ellos no fueron nacionalistas toda la vida. Algunos provenían

de otros sectores políticos o terminaron militando en organizaciones de otra extracción. Lo valorable es más bien el período en el cual aportaron a la doctrina nacionalista, contribuyendo al corpus doctrinario con ideas imperecederas y valiosas. Esas tesis serán las analizadas en esta investigación dejando de lado las biografías o derroteros ideológicos que no entran en el campo del nacionalismo doctrinario.

La misma metodología será utilizada con las agrupaciones políticas. Lo analizado será el cuerpo doctrinario y programático que las sustentaba, y no su actuación en la *Realpolitk*, práctica muchas veces entregada a la componenda, negociación política y otras acciones reñidas con el fondo doctrinario. Para esta investigación no importa que hizo o dejó de hacer alguna agrupación política nacionalista en particular —eso es materia de los historiadores políticos— sino más bien su cuerpo doctrinario y la abstracción ideológica. Esto podrá parecer injusto o de alguna forma engañoso, pero no es esta investigación una crítica o censor de las actuaciones políticas del sector sino una investigación sobre las ideas que han servido para estructurar el nacionalismo chileno. Si a veces ellas provinieron de gente con un breve destello nacionalista o de agrupaciones que a través de sus documentos destacaban por sus posiciones de vanguardia nacionalista pero que en su vida política no las lograron llevar a cabo, no importa. Lo realmente prioritario es rescatar esas ideas, desempolvarlas de los viejos textos doctrinarios para ponerlos al alcance de una nueva

generación. Serán ellos los llamados a recogerlas, actualizarlas y llevarlas por una senda de pureza ideológica.

Tierra y Pueblo, el título de esta investigación, tiene relación con la matriz ideológica del nacionalismo. La tierra como el marco desde donde surge el hombre, la unión de cielo y tierra, alma y cuerpo, las estrellas de la patria y la geografía sacra que nos da identidad. El Pueblo como la experiencia de vivir en comunidad, las generaciones que han permitido el surgimiento, la herencia que nos determina y proyecta los anhelos comunes para construir devenir histórico. Desde ahí se construyó el sistema teórico de la ideología nacionalista, doctrina y filosofía política fundada en lo real, en la experiencia de vivir, en los atavismos más propios del hombre y en el orden natural.

* * *

NACIÓN Y NACIONALISMO

El primer problema a la hora de entender la ideología nacionalista y su aplicación en Chile es despejar la confusión permanente entre el sentimiento patriota y el nacionalismo doctrinario. El patriotismo cultural y cívico cae más bien en el ámbito de la ética o la moral, siendo un eventual patrimonio de cualquier individuo o colectividad política. Sin embargo, cuando ese sentir patriótico se transforma en doctrina política aparece el nacionalismo ideológico. No entender la diferencia lleva a un error que ha sido muy persistente en especial entre los investigadores que se han propuesto dilucidar cuál es el fundamento de este sector. La tesis de muchos autores que han investigado el nacionalismo de forma superficial es que esta idea política es la expresión exagerada del amor patrio, un proyecto que tendría como objetivo homogenizar la diversidad nacional por medio de narrativas y símbolos de identidad, situando al Estado nación como la única expresión del Ser colectivo. Pero enarbolar una bandera chilena, defender las tradiciones o sentirse amenazado por los inmigrantes no significa realmente ser un nacionalista ideológico, sino que se enmarca en sólo uno de sus ingredientes, por cierto, el más antiguo, el patriotismo.

El patriotismo cívico surgió junto con la consolidación del Estado nación. Los primeros pasos de esta organización de los pueblos se dieron con la paz de Westfalia, una serie de acuerdos

entre naciones europeas que tomó como uno de sus principios a la soberanía territorial. Posteriormente, en la Revolución Francesa surgieron, de la mano de la naciente izquierda, ideas fundamentales para el posterior nacionalismo ideológico, como el concepto de nación política, soberanía popular y nacional e identidad nacional. Las revoluciones de 1848, revueltas populares que se alimentaron en gran medida del sentimiento patriota como forma de enfrentar al orden monárquico de aquella época, consolidaron y extendieron los conceptos revolucionarios franceses. En América el patriotismo despertó con las independencias y posterior "balcanización".

Pero el nacionalismo ideológico como sector político es posterior al patriotismo de primera hora, además de tener características distintas. Este surgió a principios del siglo XX como una reacción en contra de la hegemonía del sistema de valores burgueses que para ese entonces ya dominaba todos los campos político-culturales de Occidente. Este sistema había producido una verdadera revolución en el siglo XVIII transformando el sistema político, económico y cultural previo. De la mano del orden revolucionario burgués surgió el capitalismo económico, el liberalismo político y culturalmente pasó a dominar el espíritu del individualismo, el dualismo mental, el razonamiento mercantilista y el moralismo. El nacionalismo ideológico, por tanto, elaboró tesis políticas y económicas para revertir esta subversión burguesa, o, mejor dicho, para superarla y reemplazarla por un sistema de valores

enraizados en el orden natural como había sido en los milenios previos. Por esa razón, a la suma de ideas izquierdistas o revolucionarias en contra del Antiguo Régimen, el nacionalismo buscó también en sistemas precapitalistas como el corporativismo económico medieval, las formas jurídicas de la tradición romana o en las cosmovisiones de los pueblos de la antigüedad europea, y en América, de los pueblos originarios, ideas para la anular la dominación y hegemonía del espíritu burgués. De esta manera, el nacionalismo ideológico nació incorporando y superando ideas matrices de la primera izquierda, así como de la derecha reaccionaria.

Valores tan comunes al nacionalismo como la afirmación personal y grupal, la voluntad de preservación, la jerarquía, la selección, la importancia de los lazos comunitarios y de la espiritualidad como eje ético, se sumaron a las ideas de nación política, identidad nacional o soberanía popular. Con ese fundamento el nacionalismo se dio a la tarea de elaborar tesis políticas y económicas.

En esta elaboración ideológica nacionalista se han explorado tesis corporativistas, comunitaristas y neoaristotélicas, así como también no han faltado las búsquedas más bien místicas de la patria perenne y del hombre total. Por otro lado, se ha seguido el camino de la voluntad de afirmación nietzscheana, o del idealismo estatal hegeliano, pero su característica más esencial es la búsqueda de un orden natural que —tal como la naturaleza hace con los grupos de seres vivos— afirme, preserve y

engrandezca al individuo, al núcleo familiar, a la comunidad y a la nación. De ahí las analogías de un comunidad orgánica y organizada de forma jerárquica, con una vanguardia de conductores políticos. De ahí las búsquedas de una nación unitaria y sistémicamente sustentable que funcione como un organismo en donde el Estado sirva como consciencia comunitaria, como cerebro organizador. De ahí también la búsqueda de un sistema económico justo y equitativo que dé a cada cual lo que necesita y exija a cada uno lo que pueda dar.

El nacionalismo ha buscado darle una dimensión histórica a la naturaleza humana, en una filosofía de la dimensión colectiva de la existencia. Para el sistema ideológico nacionalista el hombre aislado, autónomo, desprovisto de vinculaciones existenciales comunitarias y que contenga en sí mismo todos los aspectos de lo que significa ser un humano —como cree el liberalismo—, no existe.

La Gran Política del nacionalismo, por tanto, es la creación de un nuevo tipo de Estado, una alternativa al Estado liberal hegemónico sin caer en la trampa de la matriz ideológica marxista. Un estado que conduzca a una comunidad para transformarla en Nación. Por esta razón el nacionalismo es revolucionario en cuanto se revela al sistema de dominación fragmentario y globalista actual. Si una agrupación política que se hace llamar nacionalista no tiene como objetivo la creación de esta idea política como alternativa al orden liberal no es realmente nacionalismo sino una instrumentalización del

sentimiento patriota. Y cuando alguna agrupación nacionalista se aleja de su matriz ideológica originaria no se transforma en un nacionalismo "de izquierda" o "de derecha" sino que simplemente deja de ser nacionalismo para transformarse en alguna variante de la llamada izquierda nacional o del patriotismo burgués de derecha.

* * *

EL LLAMADO

La ideología del nacionalismo político germinó en Chile a principios del siglo XX en plena época parlamentaria. El orden liberal y un sistema social en manos de una oligarquía celosa de su poder, mantenían en aquella época en total desafección a las clases más desposeídas, las que de a poco empezaban a despertar y tomar conciencia de su importancia en la vida social gracias a las primeras ideologías revolucionarias y obreras que ya se masificaban en el continente.

La fragmentación nacional en aquella época era desoladora y Chile necesitaba un cambio político de forma urgente, sin embargo, la única alternativa al liberalismo hegemónico, el incipiente socialismo marxista, no lograba despertar verdadero interés en los trabajadores. El espíritu patriótico del pueblo no se identificó con el igualitarismo obrero y lo mismo sucedió con la masa mesocrática que empezaba a tener un actuar cada vez más importante en la sociedad. De este último grupo sumado a algunas mentes lúcidas de la oligarquía surgió la elaboración de ideas antiliberales y antimarxistas que le darían forma al nacionalismo de primera hora.

Este primer nacionalismo chileno se estructuró bajo las tesis desarrollistas de la época. Los primeros intelectuales nacionalistas veían en el desarrollo industrial soberano una forma de crear una comunidad de productores que

democratizaran el capital y lograran mayores cuotas de justicia social.

Para 1904 ya se escribía en Chile la primera obra de un nacionalismo revolucionario, "Raza Chilena" de Nicolás Palacios. Este libro sería el primer llamado a conformar una entidad nacionalista que se enfrentara al orden liberal burgués de conservadores y liberales chilenos, además de levantar una denuncia respecto del socialismo internacionalista, ambas presentadas como ideologías dañinas al Ser de la Comunidad Nacional. Palacios urgía la necesidad de lograr un sistema político de unidad nacional basado en una verdadera soberanía política y económica. Con esta obra, Chile se insertaba en el renovador proceso de creación de una nueva teoría política.

EL PADRE DEL NACIONALISMO CHILENO.-

En Chile nunca antes de Nicolás Palacios (Santa Cruz, 1856 – Santiago, 1911), alguien había estructurado un pensamiento político que se presentara como una alternativa al liberal-conservadurismo dominante y al asecho del socialismo.

Médico y tenaz patriota Palacios adquirió su compromiso social nacionalista en durante su labor como médico social en los duros campamentos mineros del norte de Chile y en los campos de batalla durante la Guerra del Pacífico. Con este fundamento Palacios desarrolló un nacionalismo revolucionario altamente biologista a la vez que heroico. Durante su vida denunció sin

desfallecer la miseria del pueblo especialmente de campesinos, mineros y veteranos de guerra. Y como todo nacionalista de aquella época vio en el Estado Docente la única forma de crear una comunidad instruida desde donde pudiera emanar una nueva elite de gobernantes. Fue también un firme propulsor de la nacionalización de los recursos naturales, en especial de las salitreras en manos inglesas. Por primera vez un ideólogo político hablaba de recuperar los recursos naturales para el país —una idea verdaderamente revolucionaria para la época y que demoró 70 años en hacerse realidad. Exigió colonizar los amplios territorios nacionales con el criollo de raza chilena. Planteó gravar con impuestos a las inversiones extranjeras para de ese modo fomentar el capital nacional y también frenar el imperialismo. Propuso además la sustitución de importaciones para el desarrollo fabril. Combatió la idolatría por lo europeo siempre fomentando la cultura nacional. Pero lo más importante fue darle un sitial histórico a la etnia chilena, individualizar a la llamada "Raza Chilena" dotándola de características biológicas y psicológicas concretas y diferenciadores.

Nicolás Palacios, como médico evolucionista, había llegado a la conclusión de que las características heredables no sólo determinaban la apariencia física, sino que también las intelectuales. Las características biológicas —y por lo tanto raciales— podían establecer el devenir cultural y el progreso de un pueblo. Para un nacionalista orgulloso de las gestas y particularidades de su pueblo, la cultura y la tradición sólo

podían desarrollarse y ampliarse en la medida en que se mantuviera en términos generales el componente étnico de base.

Para este pensador el pueblo chileno se había forjado en la lucha. El más largo conflicto en la historia moderna, la llamada Guerra de Arauco (1550-1883), cantada en el poema épico y fundacional del pueblo de Chile, "La Araucana"; posteriormente las diversas guerras del Chile independiente como la Guerra de Independencia 1810-1823; la Guerra Civil de 1829-1830; el conflicto contra la Confederación de Perú y Bolivia de 1836-1839; la Guerra Civil de 1851 y luego la de 1859; el enfrentamiento naval contra España de 1866; la Guerra del Pacífico de 1879-1883 —en la cual Palacios tomó parte como médico de guerra participando en los más decisivos combates—; y Guerra Civil de 1891, habían mantenido al pueblo en constante conflicto sin que ninguna generación se haya sustraído del servicio armado. El conflicto hizo surgir a Chile como un pueblo en armas moldeando su cultura y, como dice el historiador chileno Mario Góngora, habiendo forjado incluso su noción de Estado.

En la versión de Palacios la intensa actividad bélica en Chile había servido como proceso de selección a la hora de crear un nuevo grupo humano, el chileno. Esta etnia chilena había logrado conformarse de forma bastante orgánica. La selección derivada del intenso conflicto durante el Chile de la Conquista había puesto en escena a un grupo europeo de psicología y cultura guerrera junto a un pueblo aborigen de las mismas características produciendo mediante la unión de estos dos

elementos un pueblo de cultura unitaria. Las sucesivas guerras no habrían hecho más que profundizar la psicología de una cultura en armas.

Según Palacios el padre de la raza chilena fue el español mayoritariamente descendiente de los antiguos godos. Esas poblaciones germánicas eran de tipo guerrero, aventurero y conquistador por naturaleza —características muy presentes en los españoles llegados a Chile. Otro rasgo característico de los godos era su desprecio por los oficios manuales y por el comercio. La sangre de los hidalgos españoles, dados a la guerra y despreciadores de los oficios "liberales", era para Palacios la prueba de su estirpe gótica. «*El descubridor y conquistador del nuevo mundo vino de España, pero su patria de origen era la costa del mar Báltico, especialmente el sur de Suecia, la Gotia actual. Eran los descendientes directos de aquellos bárbaros rubios, guerreros y conquistadores, que en su éxodo al sur del continente europeo destruyeron el Imperio Romano de Occidente. Eran esos los Godos, prototipo de la rama teutónica, germana o nórdica, que conservaron casi del todo pura su casta, gracias al orgullo de su prosapia y las leyes que, por varios siglos, prohibieron sus matrimonios con las razas conquistadas. Por los numerosos retratos o descripciones que conozco de los conquistadores de Chile, puedo asegurar que a lo sumo el diez por ciento de ellos presentan signos de mestizaje con la raza autóctona de España, con la raza íbera; el resto es de pura sangre teutona, como Pedro de Valdivia, cuyo retrato es tan conocido. Como en Chile no cesó de pelearse sino por breves espacios durante los primeros tiempos de la*

llamada conquista, y como por otra parte, esta región del continente no producía ninguno de los ricos artículos de comercio en que abundaban las demás colonias españolas, solo vinieron a nuestro país los individuos de la casta aventurera y belicosa de la península. Los comerciantes, los industriales, los artesanos, los letrados, etc., ocupaciones desempeñadas en España por los naturales no tenían a que venir a Chile, ni vinieron, salvo uno que otro secretario u oidor, hasta mediados del siglo XVIII, después de las paces selladas con el toqui araucano Ailla - Vilu; pero esos íberos fueron en número escaso para que su influencia étnica se dejara sentir en una población de 500.000 habitantes, de los cuales los cuatro quintos eran mestizos. Además, solo se establecieron en las ciudades algo populosas. A principios del siglo pasado vinieron soldados íberos, pero se sabe que no quedaron aquí sino los muertos. Sólo en estos últimos años la colonia íbera ha sido numerosa en nuestro país; pero como es bien sabido, sus relaciones de sangre con nuestro pueblo son sin importancia. (…) En cuanto al caudal de sangre gótica vertida en nuestro país debe recordarse que mientras el resto del continente fue dominado en poco tiempo y por algunos centenares de hombres, Chile continuaba indefinidamente, con la fama de su guerra, atrayendo de todas partes al español guerrero, dejando en las otras comarcas al íbero, tranquilo y laborioso, explotando las riquezas naturales en que abundaban las demás colonias. Del Perú, de Bolivia, de Nueva Granada, de Méjico, de toda la América llegaban a nuestro país "a probar mano" con nuestros antepasados indígenas. De España, de Flandes, de Italia, y hasta de Londres, como Ercilla, corrían presurosos a este rincón del mundo, en

el que sabían que continuaba la "función". Así llegaron a Chile durante las cinco primeras generaciones más de 25.000 Godos. En las postrimerías de su vida Felipe II se quejaba de que la más pobre de sus colonias americanas le consumía la flor de sus guzmanes (Córdoba y Figueroa, Colección de Historiadores, tomo 2, pág. 29). Carvallo y Goyeneche, en diversas partes de su Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile, tomos 8 pág. 9 de la misma colección habla de los numerosos soldados venidos a Chile hasta fines del siglo XVII»[1].

Esta tesis de Palacios ha sido muy controvertida e incluso ha sido tildada de disparatada. Pero quizás no lo es tanto. Efectivamente el territorio chileno atrajo a gente de mentalidad guerrera, godos o no. Chile fue durante la conquista una nación en guerra permanente y poco podían hacer aquí los comerciantes u otro tipo de hombres de mentalidad poco aventurera. La tesis sobre una selección tendiente a beneficiar el espíritu guerrero actuando en los conquistadores españoles llegados a Chile tiene al menos una sólida base histórica.

La madre de la raza chilena en tanto, fue para Palacios la mujer araucana. De estirpe tan guerrera como los godos su mestizaje con el conquistador habría resultado complementario. Como buen hombre de ciencias, Palacios entregó varios datos que comprobaban la cultura bélica en la cual estaban sumergidos los aborígenes chilenos, en especial los araucanos, resultando convincente la tesis de la similitud psíquica. Sin embargo, hay un problema historiográfico. Actualmente es un hecho que la

1 Nicolás Palacios. Raza Chilena.

población autóctona del territorio chileno estaba habitada por diversos grupos etno-culturales. Los araucanos habitaban la zona de Arauco justo donde fue detenido el avance español derivando en la famosa guerra de tres siglos. Pero en el territorio conquistado y donde se dio más fuerte el mestizaje no había araucanos sino aborígenes de otras estirpes que compartían una cultura común con los habitantes de Arauco. Esta fue quizás una cultura guerrera generalizada y compartida probablemente hasta por lazos sanguíneos. Este hecho, bastante posible, permite salvar la teoría sustentada en el libro "Raza Chilena".

Independiente del origen de los conquistadores o aborígenes, lo que sí resulta verosímil en la teoría suscrita es que la selección que se dio en Chile privilegió el surgimiento por adaptación de un tipo étnico-psicológico guerrero, sobrio y aventurero. Este fue el tesoro espiritual de la chilenidad que el doctor Palacios trató de salvaguardar como baluarte del futuro nacional y reserva de fuerza vital para construir una sociedad equitativa, justa y vinculada al orden natural.

SER ORGÁNICO.-

En suma, Nicolás Palacios determinó que el pueblo chileno era de ascendencia germánica, debido a que la sábana genética que más características heredables había aportado a la conformación del pueblo chileno había sido la europea. La llamada "raza chilena" era por lo tanto una rama de la gran familia indoeuropea. Su mestizaje con poblaciones aborígenes de

psicología y objetivos complementarios habría dado por resultado un pueblo de psicología unificada, un alma de estructura estable, un "Ser Orgánico" como él mismo lo llamó.

Esta idea, tomada de antropólogos y sociólogos como Herbert Spencer, daba cuenta de pueblos que habían alcanzado un espíritu coherente a la hora de establecer objetivos en la lucha comunitaria por la existencia. La unión biológica permitía una unión psicológica que tendía a objetivos comunes lo que permitía una convivencia social relativamente estable y la formación de una organización política basada en un Estado integrador. Esta visión evolutiva era la base de la doctrina política nacionalista de Palacios.

Para el médico nacionalista el símbolo más patente de una sociedad en comunión de objetivos era su capacidad de organizar y mantener una jerarquía militar por siglos. Los pueblos antiheroicos por naturaleza —llamados por Palacios "matriarcales"— eran desde su perspectiva, antijerárquicos, y en ese sentido, la milicia pasaba a ser la organización más perjudicada. La larga tradición militar y guerrera de Chile le permitía asegurar a Palacios la capacidad innata para estructurar orden y objetivos comunes al pueblo de Chile. El Ser Orgánico era producto del alma nacional homogénea lo que facilitaba un orden social unitario y nacionalista. «*Hay en el mundo muy pocos pueblos que estén en tan buenas condiciones morales innatas como nosotros para formar con él un ser superorgánico o social de organización fortísima, tal como lo comprende y describe Spencer, esto*

es, un agregado orgánico en el que se cumplen, además de las leyes generales biológicas, las particulares sociales; organismo en el cual los elementos constitutivos tienen vida propia independiente, por lo que el sabio los ha llamado "discretos", en oposición a los seres singulares que llama "concretos". La fuerza vital de uno de esos seres superiores depende de dos fuentes de energía: una biológica, la vitalidad de cada uno de los individuos que lo constituyen, y otra sociológica, la concurrencia armónica y voluntaria a la cooperación social. La robustez de cuerpo y de espíritu del roto chileno es generalmente reconocida por todos, mas no así su gran disposición supraorgánica. Ninguna ley es demasiado dura para nosotros siempre que comprendamos que ha sido inspirada en el bien común y que se cumpla por parejo, que comprenda a todos los chilenos sin excepciones hirientes, que no pretenda ser la expresión de la voluntad de una casta superior impuesta a esclavos»[2].

En consecuencia, el Ser Orgánico y la organización social integradora se daba —o se podía dar con un orden político nacionalista—, según Palacios, en la unión racial, también de sentimiento, de intereses y de creencia. Sin embargo, el orden político liberal atentaba contra el ánimo de unidad derivado de la homogeneidad espiritual del pueblo. Esta decadencia del sentimiento atávico de la unidad del Ser Orgánico se había empezado a perder luego de ganar la Guerra del Pacífico y de la consiguiente atracción de capitales extranjeros.

---

2 Nicolás Palacios. Raza Chilena.

Según Palacios el problema del liberalismo económico —librecambismo como se llamaba en esa época— no era su sistema sino su cosmovisión filosófica. Intercambiar productos con las demás naciones no tenía nada de malo para el médico nacionalista, tampoco lo era el sistema capitalista en sí, pero si este orden económico iba acompañado por una filosofía tendiente a diluir las fronteras como forma de obtener un comercio más beneficioso para una elite de mercaderes, o si además del mecanismo emprendedor se agregaba el más soterrado individualismo egoísta, el resultado podía ser muy dañino. Y es que Palacios detectaba que el liberalismo económico ya en esa época traía por añadidura el liberalismo cultural, por esencia fragmentario e igualitarista. El enfrentamiento entre liberalismo y proteccionismo —que en aquella época se abría lentamente paso en la política mundial— no era entonces una lucha abstracta de sistemas económicos, sino que era más bien una lucha de cosmovisiones políticas. «*La marcha política de la humanidad no va hacia la fusión de los Estados, sino hacia la diferenciación de estos. Y si, andando los siglos, la integración política de la humanidad llagara a tener un solo centro directivo general, como creen algunos, esa integración no se efectuará destruyendo los distintos centros superorgánicos aislados, sino relacionándolos, coordinándolos, porque esa es la ley del progreso. (…) Pero Chile ha sido librecambista sempiterno. Apenas medio organizado el país, sus hombres dirigentes sintieron la necesidad de posicionarse a fondo de la ciencia económica para aplicar sus dictados al progreso de la patria. Encargaron a Europa*

un profesor de lo más competente que pudieran conseguirse. Se encontró uno en París, joven, pero eximio en su ramo y entusiasta propagador de las doctrinas económicas. Abrió su cátedra de Economía Política en nuestra Universidad, y con su palabra fácil y persuasiva se conquistó desde que empezó su magisterio numerosos y ardientes discípulos de sus doctrinas, las que los gobernantes llevaron a la práctica sistemáticamente. Esas doctrinas eran las librecambistas, librecambistas a outrance. Fue una calamidad nacional. Aquel joven francés era un hombre caballeroso y sincero; cobró amor por sus discípulos chilenos, les dedicó una de sus obras, y después que regresó a su patria, en la que ocupó puestos distinguidos, mantuvo correspondencia cariñosa con muchos de sus antiguos alumnos; sin embargo, creo que pocos hombres han hecho más mal a Chile que Courcelle-Senuil, el ilustre y convencido profesor librecambista. Sus doctrinas han seguido enseñándose hasta hoy en nuestra Universidad, y los males que su práctica han hecho al país son sin cuento. En esas doctrinas se apoyan todavía los que ponen sus "influencias" al servicio de las fábricas extranjeras, impidiendo el nacimiento de la industria nacional. Es cierto que en la práctica del librecambio íbamos en buena compañía. Inglaterra sostenía con la doctrina y la practica la escuela de la "puerta abierta", o libre derecho de internación de las mercaderías en su territorio, y sin embargo esa práctica no había impedido que propagaran en ella todas las industrias fabriles. El caso es elocuente. Pero es que en Inglaterra nacieron y se desarrollaron las industrias antes que, en ninguna otra nación europea, y antes de que aparecieran las doctrinas librecambistas. Con la propaganda de esas doctrinas y su

aplicación en el mundo ha logrado la Inglaterra introducir los productos de sus numerosas fábricas en los demás países, retardando en todos ellos la prosperidad industrial, pero conservando el monopolio fabril del mundo por siglo y medio, a lo que debe casi por entero la inmensa riqueza de que es dueña. Pero los tiempos han cambiado, pues merced al sistema opuesto, o de "puertas cerradas", han llegado la Alemania y los EE.UU. a igualar y hasta sobrepasar a la primera. Con este cambio de situaciones ha cambiado asimismo la teoría económica inglesa y luego cambiará la práctica. Para los ingleses todo es relativo oportuno. Los ingleses de Inglaterra seguían predicando el libre cambio cuando los ingleses del Canadá, de EE.UU. o de Australia ponían fuertes derechos a las manufacturas de la madre patria, y así han formado sus industrias»[3].

DECADENCIA DE LA ELITE.-

El liberalismo era para Palacios un sistema completamente contraselectivo que tendía a la decadencia de las capas dirigentes y por lo tanto al de la comunidad en su totalidad. «*Una de las causas de la degeneración moral de las clases dirigentes ha sido en todas partes la impunidad que su posición o su dinero han procurado a los aristócratas corrompidos o criminales, impunidad que les ha permitido multiplicar libremente su estirpe insana. Esa falta de selección en las estratos superiores de una raza inutiliza los esfuerzos y sacrificios, inherentes a todo proceso selectivo, sufrido por esa raza en la*

3 Nicolás Palacios. Raza Chilena.

producción de hombres superiores, de eugénicos, agotando sin provecho su vitalidad étnica»[4].

En esta perspectiva la aristocracia era, en teoría, el estrato más exitoso en los procesos de lucha por la existencia. La cúspide de la pirámide jerárquica tenía, por lo tanto, la obligación de conducir a la comunidad por senderos de progreso y bienestar. Pero el autor de Raza Chilena veía que la antigua capa dirigente de Chile se había contaminado con la ideología mercantilista. Palacios atribuía este fenómeno a los lazos sanguíneos producto de matrimonios por conveniencia con familias de ricos mercaderes europeos de un extracto biológico y anímico distinto a los descendientes de los viejos conquistadores. La aristocracia había dado paso a una oligarquía, una clase dirigente para la cual el pueblo no significaba mucho. Era por tanto políticamente fragmentaria, creaba injusticia social, desigualdad, división nacional y subvertía la cultura. «*Quiero previamente afirmar, porque lo que se, que es falso que toda nuestra clase superior, la flor de nuestra raza, haya sido arrastrada por la vorágine maldita de inmoralidad y de cobardía que hoy aflige al país. Las estirpes más nobles se han retirado casi por entero de los negocios públicos. Si uno se fija, no en los chilenos, sino en los individuos de raza chilena ve muy claro cuales ramas de nuestra aristocracia se han maleado, siendo fácil constatar los apellidos latinos de moderna data que aparecen en la dirección del Estado, aliados a ramas de antiguas y nobilísimas familias chilenas, imprimiendo a todo negocio que cae bajo*

4 Idem.

su mano el sello de su alma particular. Más difícil, sino imposible, es, para los que no hayan practicado investigaciones especiales, conocer las estirpes chilenas bastardeadas por la primera invasión latina de que habla el abate Gómez de Vidaurre, y que tan patrióticamente deplora»[5].

La aristocracia devenida en oligarquía había fragmentado el Ser Orgánico. Los sentimientos e intereses ya no eran compartidos. Era por eso que para Palacios el Estado orgánico se había transformado en un ente burocrático alejado de los intereses nacionales, trayendo expertos para implementar doctrinas liberales, fomentando la colonización del territorio con extranjeros y haciendo del ente organizativo de la nación una mera caja recaudadora y asfixiante, el temido "fisco". El Estado era el mismo pueblo organizado en sus propios intereses y anhelos, y no un frío ente burocrático que amenazaba a su comunidad. La transformación de Estado Orgánico Unitario en el burocrático fiscal era para Palacios una pesadilla contraselectiva.

Pero si bien el doctor fue un crítico del liberalismo, no lo fue menos del socialismo. No hay nadie que no le reconozca a Palacios su más irrestricta defensa del chileno, en especial de los desposeídos, de los veteranos de la guerra del 79 abandonados a su suerte, del roto explotado. Pero su ideario político no se podía basar en el igualitarismo. Es por eso que rechazó con igual fuerza al liberalismo y al socialismo.

5 Nicolás Palacios. Raza Chilena.

Vio en el socialismo internacional a un enemigo de la idea unitaria de nación y por lo tanto de los procesos de lucha y selección natural. Las pretensiones de crear una humanidad unida y liderada por los trabajadores del mundo, la llamada "República Cósmica", era una idea que para Palacios no sólo era perniciosa para todos los países y grupos humanos que luchaban por su propia existencia y progreso, sino que además se vislumbraba como una verdadera conspiración para la desarticulación de la idea de nación en el mundo. Para este pensador nacionalista era inconcebible una doctrina política que abiertamente propusiera la fragmentación y lucha al interior de la sociedad entre las clases hasta su aniquilación. Era el fin de la comunidad nacional, de la idea de cohesión patriótica.

Las ideas de Palacios lograron influir en toda una generación. Senén Palacios, hermano de Nicolás, y al igual que él, veterano de guerra y nacionalista, daba cuenta del reconocimiento e influencia de la obra de su hermano. «*Su libro, quizás el más audaz que se hubiese publicado en Chile, supo crear una agitación que repercutió en todo el país como la encarnación de un anhelo nacional. Sus ideas tuvieron influencia poderosa en la orientación del criterio público. Hubo otra manera de apreciar muchas cuestiones de vital importancia. Abrió nuevos horizontes a nuestro orgullo nacional, dándole una base de nobleza étnica. Su atrevida concepción marcó una nueva Era, porque su pensamiento arraigó muy hondo y como un alto faro alumbró con vastas proyecciones; y desde entonces, y solo desde entonces, nuestros escritores comenzaron a*

hablar de una raza chilena, de nuestra raza. Y vive y vivirá siempre su influencia, despertando el alma nacional y nuestro espíritu cívico. Aquel autor anónimo creía que un pueblo que tiene motivos para enorgullecerse de sus progenitores, debe velar porque no se bastardee su sangre, debe respetar sus tradiciones y seguir el ejemplo de probidad de sus mayores; porque lo que constituye la verdadera grandeza de una nación es su grandeza moral, y atributos inseparables son de ella el orgullo de raza, la honradez publica, las virtudes domésticas, el honor militar y la voluntad inquebrantable de alcanzar gloria en el mundo. Y terminaba gritando: Dennos escuelas. Instruyamos al pueblo»[6].

El nacionalismo del doctor Palacios contaba con una base doctrinaria y filosófica que le permitía insertarse en el juego político de la época. Lamentablemente la salud del médico nacionalista no lo acompañó en esta aventura. Su prematura muerte dejó la tarea política inconclusa, sin embargo, alcanzó a expresar con fuerza el llamado a la organización del nacionalismo chileno, única fuerza moral y política que podría mantener la cohesión nacional. «*Sin duda alguna que el pueblo de Chile estaría llamado a desaparecer si una reacción nacionalista no viniera pronto a detener su marcha a la extinción. Chile, el territorio así llamado, subsistiría con todas sus propiedades físicas, tal vez, con su propio nombre, probablemente con distintas fronteras; pero la nación chilena, las familias organizadas en entidad política, fundadoras*

6 Senén Palacios. Nicolás Palacios. Recuerdos íntimos.

de una patria y creadoras de su corta, pero honrosa historia, habría desaparecido para siempre»[7].

El llamado de Palacios no demoraría mucho tiempo en ser contestado.

* * *

7 Nicolás Palacios. Decadencia del Espíritu de Nacionalidad.

LA CONQUISTA DE CHILE EN EL SIGLO XX

El llamado de Palacios fue respondido por la "Generación del Centenario", un grupo de nacionalistas que actuaron en la escena política chilena alrededor de 1910, durante la celebración de los cien años de la revolución independentista y en plena época del Parlamentarismo chileno.

Esta generación nacionalista se caracterizó por el peso intelectual de sus figuras, por la intensa producción ideológica y por la densidad de pensamiento. Sin embargo, quizás esto mismo impidió su éxito político. Si bien estos primeros nacionalistas ideológicos eran pensadores de primer orden, como políticos no pudieron consolidar una fuerza con representación parlamentaria o de gravitación nacional. A esta condición se sumó el arrollador avance, desde 1916 en adelante, de Arturo Alessandri Palma, un político que de alguna forma le arrebató las banderas de lucha social al incipiente nacionalismo.

El período desde donde surgió el nacionalismo chileno fue la Época Parlamentaria una capa histórica que se inició en 1891 luego de una guerra civil que terminó con varias décadas de estabilidad política. El llamado Estado Portaliano —iniciado en 1831 y disuelto en 1891 luego de tres décadas de debilitamiento — había logrado bastante disciplina gubernamental, orden social

y dentro de todo, un sistema político de equilibrios que no había permitido el dominio de la oligarquía política.

El naciente nacionalismo añoraba las épocas de poder soberano presidencial y de un Estado en donde los poderes colaboraban en la labor gubernamental en vez de imbuirse en la guerrilla partitocrática propia del parlamentarismo de principios del siglo XX. Este sistema político reducía el poder ejecutivo a su mínima expresión, diversificándolo y sumiéndolo en la indecisión y lentitud de resolución. El Parlamentarismo fue caldo de cultivo para la ralentización del progreso nacional, el fomento del desorden político y la postergación de las necesidades populares. Además, promovió la creación de una oligarquía político-económica que se marginó de la realidad del país, una nueva clase que tenía su mente en los negocios globales, las estadías en Europa y el juego político chileno.

Intelectuales y políticos como Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Luis Galdámez y Guillermo Subercaseaux, aportaron ideas "arquetípicas" para el nacionalismo chileno de esta época en especial en referencia a una filosofía de la historia que se mantiene casi inalterada hasta hoy en el sector. Pinochet y Venegas ahondaron los principios de justicia social de una forma novedosa y nacionalista, sin caer en el marxismo o el socialismo internacionalista poco arraigado al sentir nacional. Galdámez y Encina apostaron por una nueva forma de educación basada en un proyecto desarrollista de la nación. Subercaseaux planteó

desafíos económicos antiliberales, pero en base a una verdadera economía nacionalista alejada del capitalismo individualista y el socialismo. Encina y Edwards en tanto, se preocuparon de la cultura y el espíritu nacional, su comportamiento histórico y devenir futuro. Todos siguieron la vía de la identidad nacional y la justicia social. Todos además se sintieron vinculados al nacionalismo y todos militaron en el Partido Nacionalista.

SER ES LUCHAR, VIVIR ES VENCER.-

Las ideas de Palacios influyeron en una generación de políticos e intelectuales que se dieron a la tarea de buscar las causas de la profunda crisis que se manifestaba por medio de una intensa decadencia moral y un agotamiento del sistema político. Desencantados de la política parlamentarista estos pensadores buscaron nuevas perspectivas para afrontar los enormes desafíos sociales y la necesidad de recambio de una elite indolente y desvinculada de los problemas nacionales. Estos incipientes nacionalistas encontraron en las teorías de Palacios los fundamentos para una nueva ideología política, una doctrina social y nacional alejada de conservadores, liberales y socialistas, un pensamiento enraizado en el vitalismo técnico desarrollista, las leyes naturales y la idiosincrasia nacional.

Tancredo Pinochet Le-Brun (Talca, 1879 - 1957) fue uno de aquellos políticos. Intelectual, periodista, académico y autor infatigable de crónicas, artículos y libros. Fundó periódicos — incluyendo la primera publicación nacionalista llamada “La

Opinión"— y gravitó por décadas en la escena política nacional, siempre desde una perspectiva nacionalista, aunque con una gran variedad de matices que no pocas veces lo llevó a polemizar con sus camaradas.

A través de su celebrada obra "La Conquista de Chile en el siglo XX" de 1909, entregó una nueva perspectiva para entender los problemas sociales y económicos. Influenciado por Palacios, Pinochet Le-Brun alzó la voz en contra de la colonización económica extranjera y la explotación imperialista. "La Conquista de Chile en el siglo XX" invitaba a los chilenos a lanzarse a una nueva conquista, esta vez económica, que enalteciera el instinto atávico de preservación y engrandecimiento nacional.

La lucha como fundamento de los hombres y necesidad de los pueblos para su engrandecimiento fue la esencia a toda la estructuración ideológica de Pinochet Le-Brun. Con este fundamento se planteó desde un inicio como un antiliberal, despreciando los dogmas igualitaristas y humanistas. «*Con la fórmula "Ser es luchar, vivir es vencer", sintetiza un eminente hombre de ciencia contemporáneo —Félix le Dantee. "La Lucha Universal"— su libro acerca de la lucha universal. Mientras los refinados sentimientos idealistas de la humanidad buscan la solución a sus anhelos de paz, de justicia y de igualdad, la naturaleza persiste en su ciego empeño de demostrarnos en cada segundo de su existencia interminable y en cada detalle de su escenario sin límites que la lucha es la ley suprema de la vida*» [Tancredo Pinochet. *La Conquista de*

Chile en el siglo XX]. Tancredo Pinochet tenía muy claro las dinámicas que movilizaban la geopolítica mundial. No se hacía ilusiones con los llamados de paz internacional, los cuales veía como cínicos emplazamientos de las naciones poderosas para controlar a las más periféricas. «*Cuando dos pueblos, uno altamente organizado y otro de organización inferior o rudimentaria se encuentran, nos dice, el resultado no es dudoso: el primero desposee al segundo, porque el derecho de anterior ocupante desaparece delante del derecho de superior explotante. Según Mahan, discutir sobre la moralidad de los fenómenos que se desarrollan de acuerdo con este principio, es como discutir sobre la moralidad de un terremoto*»[8]. Y así como extraía de las leyes naturales el evidente conflicto entre las naciones, de acuerdo a las mismas leyes, Pinochet entendió que a la cooperación intragrupal era algo instintivo y propio del ser humano. En su libro de 1932, "Si yo fuera Presidente" sostenía que la tendencia a crear grupos humanos basados en la cooperación social interna, pero enfrentados a otros grupos humanos en la guerra comercial, era la base del nacionalismo político necesario para engrandecer a Chile. Justicia social interna, pero identidad y lucha en lo externo fueron el fundamento del realismo político de Pinochet Le-Brun.

Para Pinochet Le-Brun, al ser la lucha por la existencia un asunto evolutivo abordado a través de grupos y comunidades, Chile como entidad nacional y grupo humano debía enfrentar esa disputa desde la unidad social y en contra de un mundo

8 Tancredo Pinochet. La Conquista de Chile en el siglo XX.

hostil. Para eso debía utilizar todo tipo de medidas económicas, incluidas por cierto una balanceada e inteligente relación entre comercio internacional y proteccionismo económico. «*Al hablar de nacionalizar las grandes industrias del país no pretendo abogar por que se dicten leyes de expropiación, ni de prohibición, ni siquiera de que se trate de ahuyentar a los capitalistas extranjeros que deseen hacer provechosas inversiones en nuestro país. Es bien sabido que la nación necesita tanto de capitales poderosos como de hombres de iniciativa que den impulso a grandes empresas y despierten las opulentas riquezas de nuestro suelo. Lo que deseo solamente indicar es que deben tomarse todas las medidas tendientes a que los chilenos posean la mayor parte posible de las riquezas nacionales. Ya hemos visto en un capítulo precedente las razones que abonan este modo de pensar. Si nosotros no hiciéramos política de chilenización de las grandes riquezas nacionales, y si —lo que es más grave aún— continuamos en nuestra política de extranjerización de cuanto posee el país que tenga algún valor, no pasará el primer tercio del siglo sin haber marcado antes la desaparición de nuestra nacionalidad. El Boletín de las Repúblicas Sud-americanas, que les habla a los yanquis de nuestros países, cree necesario decir lo que para ese pueblo debe aparecer muy raro que los países de la América española recibimos con agrado a los extranjeros que vienen a establecer empresas entre nosotros, aun cuando esos extranjeros no tengan el propósito de radicarse definitivamente en estos países y agregan que si hay algo que pueda predecirse en cuanto al futuro, es que este modo de pensar no variará. Pero es necesario que este modo de pensar varíe: es necesario que adoptemos luego una*

política de chilenización de nuestras riquezas si no queremos convertir a la raza chilena en una raza inferior, en una raza esclava, al servicio de otras razas que tengan en su poder nuestro suelo y nuestras riquezas»[9].

Pinochet entregó a través de las páginas de su "Conquista de Chile en el siglo XX" innumerables ejemplos sobre la actuación de las naciones más vigorosas y sanas de esa época como EE.UU., Japón, Italia, Inglaterra, Alemania, entre otras. Como contraparte a lo anterior dio ejemplos del peligroso actuar liberal chileno. En esta despuntaba el vergonzoso e inédito entreguismo territorial en beneficio de Estados extranjeros, el colonialismo económico y cultural y las erráticas políticas migratorias.

Tancredo Pinochet creía en la unión nacional. Sin embargo, criticaba a la clase más rica del país por no cumplir su rol social. El escritor nacionalista sostenía que la élite chilena era la encargada de marcar el camino de la cultura y la moral. Era el grupo con más recursos y el cual no necesitaba orientar todo su tiempo a las necesidades básicas de la existencia. Con esa capacidad creadora la clase adinerada debía cumplir con el papel de transmitir fundamento cultural a los estamentos más desposeídos, en especial el más sagrado de los ideales no materialistas, el nacionalismo. La crítica de Pinochet radicaba en que en Chile sucedía justamente lo contrario. Mientras más dinero tenía la oligarquía más olvidaba los ideales no

9 Tancredo Pinochet. La Conquista de Chile en el siglo XX.

materialistas y más se entregaba al globalismo siendo el sentimiento de identidad la primera víctima cultural. «*Por encima de todos los ideales, hay uno que, por desgracia, no se encuentra directamente estimulado con la adquisición de riquezas: es el ideal de patria. Los hombres, que en la lucha por la vida se desentienden de los ideales cívicos, sin reconocer más que ideales puramente materiales, no hacen honor a ninguna comunidad. Los que no se dan cuenta de que la prosperidad no puede suplir las virtudes heroicas, ni que puede resolver por sí sola los terribles problemas sociales que el mundo civilizado tiene en la actualidad puestos en el tapete. Y así, la riqueza de un país puesta en manos de hombres que no hacen cumplir su misión social a esa fuerza que han conquistado, de hombres que no rinden culto a ideales de Patria es sin disputa una fuerza destructora de esa misma nacionalidad*»[10].

Y no solamente le pidió a la clase adinerada cultivar el nacionalismo, también le exigió un buen y digno trato a la clase trabajadora. Pinochet —al igual que Palacios— no descansó de gritar a viva voz el trato vejatorio hacia el pueblo, en especial luego de haber mostrado valor y heroísmo en la última guerra, la más gloriosa de la historia de Chile. En este sentido realizó un trabajo de investigación periodística que le valió reconocimiento, pero al mismo tiempo censuras por parte de la élite política y social. Disfrazado como campesino pidió trabajo en la hacienda del Presidente de la República. Ahí

10 Tancredo Pinochet. La conquista de Chile en el siglo XX.

constató la dura e injusta vida del trabajador agrícola. Su libro "Inquilinos en la Hacienda de su Excelencia" de 1916 causó verdadero revuelo por la descripción de las pésimas condiciones sociales, higiénicas y laborales de los inquilinos de una hacienda que, según el mismo autor, no era de las mejores, pero tampoco de las peores del país.

SINCERIDAD.-

En la línea del pensamiento social y nacional de Pinochet Le-Brun un intelectual que alcanzó notoriedad por la calidad y contundencia de su crítica fue Alejandro Venegas (Melipilla, 1870 – Maipú, 1922), profesor y escritor conocido también con el pseudónimo de Dr. J. Valdés Cange.

Venegas se hizo famoso por sus cartas abiertas a los presidentes de Chile. En ellas hacía un demoledor y sincero comentario sobre un país velado por el espíritu liberal de la elite político-económica del parlamentarismo del Centenario. Sus cartas produjeron un intenso debate nacional que permitió en gran medida el avance de las ideas nacionalistas. Esto sin embargo fue a costa de su autor, el cual fue marginado de la vida cultural e incluso del ámbito laboral educativo del país.

Su obra más importante fue "Sinceridad. Chile Intimo en 1910". El libro resultó una acción de propaganda genial dirigida en una epístola abierta al Presidente Ramón Barros Luco. Presentado como la continuación de una serie de cartas dirigidas

un año antes al Presidente Pedro Montt, el texto fue un manifiesto nacionalista contundente y revelador. En las cartas Venegas se focaliza en los males de Chile y sus soluciones en especial el problema de la especulativa política monetaria liberal y sus desastrosas consecuencias sociales. Esta crítica —bastante inédita por su calidad técnica— sería tomada por todo el nacionalismo chileno, especialmente decidido a terminar con la especulación y la usura.

El listado de males enumerado por Venegas fue extenso y vibrante. El orden liberal y especulador sustentado por los bancos en primer lugar. También la ruina de la agricultura debido a la comodidad de una oligarquía beneficiada por la devaluación de la moneda nacional; el nulo interés por modernizar la producción agrícola; la decadencia de la minería, la falta de industrias fabriles y el empobrecimiento paulatino de la población debido a la inflación, la subida de precios y el estancamiento de salarios. En materia política culpó a la decadencia y corrupción de los partidos políticos, la manipulación parlamentarista del orden político, el debilitamiento de la figura del presidente y la eterna deliberación inconducente de los políticos profesionales. Venegas también apuntó su crítica a los males del orden administrativo, el atraso en la instrucción primaria y secundaria, y especial, la sobrevaluación de las profesiones liberales en desmedro de las técnicas. Otros aspectos de su larga lista de males nacionales incluyeron a la decadencia del Ejército y la

Marina, su falta de cultura científica y los pésimos resultados del servicio militar; el mal estado de los servicios públicos, las ciudades malolientes, feas e insalubres; la colonización por medio de la inmigración de elementos indeseables y como final, el desentendimiento de la oligarquía frente a todas estas necesidades y realidades de la clase trabajadora.

Las reformas de Venegas esbozadas en "Sinceridad" fueron parte de los planteamientos del futuro Partido Nacionalista. Entre ellas destacaron la institucionalización de un gobierno presidencialista, soberano y decisionista que terminara con el juego político que desestabilizaba toda la acción del gobierno; también la defensa de la colonización territorial por medio de ciudadanos chilenos y extranjeros afines. Venegas diferenciaba entre el inmigrante "colibrí", es decir aquellos explotadores extranjeros que tomaban el "néctar" nacional y se iban para no volver, y los "abeja", aquellos inmigrantes asimilados y productores de riqueza mediante su "polinización" emprendedora. «*Traednos, señor, de esa gente, que viene a reforzar las buenas cualidades de nuestra raza, y aporta otras nuevas que mucho necesitamos, como la perseverancia en el trabajo, la economía, el orden y el aseo del hogar, la veracidad, la exactitud en el cumplimiento del deber, y, lo que no es menos, organismo sanos, fuertes y hermosos*»[11].

Para darles terrenos a chilenos y extranjeros, en especial alemanes, Venegas proponía una reforma agraria que expropiara

11 Alejandro Venegas. Sinceridad. Chile Íntimo en 1910.

terrenos agrícolas que estuvieran inutilizados o mal explotadas. Con respecto a la industria planteaba el desarrollo fabril de pequeñas compañías, aquellas que pudieran expandirse realistamente en América. Su proteccionismo por lo tanto fue moderado de forma que no fomentara una selección inversa por medio de empresas subvencionadas e inútiles. Por lo anterior Venegas esbozó la idea de establecer una especie de unión económica americana que permitiera la creación de un mercado viable a los planes de industrialización chilenos. Estas ideas económicas serían recogidas por el nacionalismo, quizás la doctrina política más propensa a la unión americana que ha habido en Chile.

Pero por lejos, aquello que hizo característica la crítica de Venegas fue su denuncia al orden especulativo económico liberal de su época, y en especial, el problema referente a la política monetaria, el abandono de la moneda nacional de su patrón real de respaldo y su devaluación internacional.

Es tan importante este tema en su sincera crítica nacional que su libro de cartas a Pedro Montt llevó como subtítulo "Sobre la Crisis Moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica". "Sinceridad" hacía otro tanto iniciando el análisis nacional con el capítulo "Daños causados al país por el régimen de curso forzoso del papel-moneda". Sin duda para Venegas la gran causa de los males nacionales era debido al libre-cambismo o liberalismo

especulador y la falta de patrón de la moneda derivada de este sistema.

El problema del respaldo de la moneda y del valor del peso se enmarcó en una confrontación ideológica que se remontaba a la década de 1860. En ese momento los primeros bancos nacionales —todos privados— comenzaron a emitir billetes de papel moneda en vez de moneda metálica. Pero el papel moneda no era un bien en sí, como lo eran las monedas de oro y plata, sino que eran una representación de valor respaldada por su equivalente en metálico real guardado en las bodegas de bancos y agencias comerciales. Con todo, debido a la crisis económica de la década de los setenta el gobierno permitió que cierto porcentaje de la emisión de papel moneda no tuviera relación paritaria con su respaldo metálico. El papel moneda, por lo tanto, a partir de ese momento, no tuvo respaldo real sino que pasó a ser más bien un acuerdo social y económico que representaba un valor consensuado. En 1878 se legalizó este sistema al decretarse por ley que el papel moneda no podía volver a convertirse en metálico real. Desde ese momento los bancos no tuvieron la obligación de cambiar billetes por oro real. Fue la llamada "inconvertibilidad".

Los defensores de la inconvertibilidad fueron llamados "papeleros" y los de la economía real o moneda metálica, "oreros". Oreros y papeleros protagonizarían intensas luchas políticas por varias décadas. El nacionalismo chileno se caracterizaría por defender el patrón oro de la moneda y su

convertibilidad como fundamento de su valor internacional. Dentro de las filas del nacionalismo Venegas fue uno de los máximos exponentes oreros. «*En la segunda de mis cartas al Excmo. Señor don Pedro Montt dejé plenamente demostrado que el mantenimiento del régimen de papel-moneda en nuestro país es por todo concepto artificial e injustificado. Hace 27 años que el erario nacional tiene cómo pagar sus billetes, y no lo ha hecho porque los encargados de dictar las leyes son en su inmensa mayoría agricultores que se benefician con el curso forzoso, puesto que sus productos se cambian por oro, y ellos pagan a sus acreedores y a sus operarios en papel. Pero no sólo no se han saldado esa deuda, sino que se han excogitado todos los medios imaginables para hacer bajar el valor de la moneda, jugando con la fe de la nación. Los hacedores de las leyes se han enriquecido a expensas del resto de sus conciudadanos y del crédito del país; pero, al anteponer sus propios intereses a los de la patria, han dado un ejemplo funesto, han sembrado una semilla que convertida hoy en planta vigorosa todo lo invade y aniquila: su infidencia ha sido el origen de todos los vicios que están corroyendo a nuestra sociedad, así como el régimen del papel-moneda es la causa de todas las perturbaciones que está sufriendo nuestro país en el orden económico, en el político, en el administrativo y en el social. A estos males quiero, señor, referirme especialmente en estas páginas*»[12].

Para los nacionalistas la inconvertibilidad favorecía a la oligarquía, un grupo fuertemente endeudado al cual le convenía la depreciación de la moneda nacional. Podría decirse que el

12 Alejandro Venegas. Sinceridad. Chile Íntimo en 1910.

centro de la crítica nacionalista de Venegas apuntaba al nefasto rol de la explotadora oligarquía chilena. El nacionalismo acusó a este grupo de especulativo, insensible y frondista, causante de muchos de los males nacionales. Y si bien Tancredo Pinochet también acusaba a esa elite de no querer volcarse al camino del desarrollismo, Venegas indagaba lúcidamente en las razones de aquella actitud. Era la comodidad oligárquica por jugar el rol que los Estados imperialistas querían que Chile desarrollara. Un país exportador de materias primas, productos de renta segura y margen excesivo, capitales listos para entrar posteriormente al juego especulativo. En cambio, una política con vistas al futuro nacional orientado a invertir en valor agregado era algo que los individualistas empresarios chilenos rechazaban implementar debido a que reducía los márgenes y conllevaba riesgos que no estaban dispuestos a correr. Venegas había hablado con sinceridad. La oligarquía del parlamentarismo del centenario era usurera y rentista y en esas condiciones nunca llegaría la justicia social y la unión nacional.

LA FRONDA ARISTOCRÁTICA.-

La historia de la oligarquía, su espíritu frondista y su vinculación al liberalismo como cualidad atávica fue estudiada en detalle por Alberto Edwards (Valparaíso, 1874 - Santiago, 1932), abogado, ensayista, muchas veces ministro, diputado e historiador nacionalista quien le daría a la historiografía nacional

algunos de los trabajos más originales y reveladores, creando además los fundamentos de la filosofía de la historia del sector.

Alberto Edwards introdujo dos conceptos claves para la ideología nacionalista. En primer lugar, indicó a la oligarquía como una fronda desunida de la nación, un grupo de poder atávicamente anárquico y en permanente pugna contra todo atisbo de poder centralizado. En segundo lugar, señaló al poder ejecutivo fuerte y enérgico como la verdadera tradición política de Chile, el motor de los años de progreso y consolidación institucional. Edwards añoraba la época del portalianismo, la obra política del Ministro chileno Diego Portales (Santiago, 1793 – Valparaíso, 1837). Para Edwards Chile tenía un espíritu guerrero y jerárquico cuya expresión política era el poder ejecutivo firmemente administrado, lo que por cierto no coincidía con el espíritu frondista de la oligarquía. El proyecto político de Edwards fue por tanto antioligárquico sin ser anti-aristocrático.

El campo de crítica de Edwards fue la historia. Con esto abrió una larga tradición revisionista de historiadores nacionalistas y dio el puntapié inicial a la filosofía de la historia del sector. Esta interpretación historiográfica era una forma de revisar la visión liberal del devenir nacional, interpretación que nunca reconoció los valores heroicos de la comunidad nacional presentando a Chile como un paraíso instintivo de la moral humanista. Edwards rescató la figura histórica —y política— de personajes como el presidente Balmaceda, el presidente Manuel

Montt o el ministro Portales, todos atacados fuertemente por la oligarquía parlamentarista. Edwards logró retratar lo que podría llamarse el gobernante en forma. Presidentes soberanos, decisionistas, fuertes, progresistas en lo social pero autoritarios en la ejecución del poder, verdaderos conductores de la comunidad gobernando a través de amplios poderes y bajo el manto conceptual de un Estado Unitario bien articulado que ponía coto a una oligarquía que ya empezaba en 1860 a organizarse por medio de los partidos políticos para socavar la autoridad portaliana.

El "Estado en Forma" fue un concepto creado por Oswald Spengler y popularizado en Chile por el historiador nacionalista. Hablaba de los Estados en los cuales primaba un espíritu formativo y articulador, un Estado integrador y unitario. Para Spengler la historia tenía una morfología basada en los ciclos vitales y particulares de los distintos pueblos. Para el historiador alemán no existía una historia universal ya que la humanidad como ser histórico era una abstracción. No había por lo tanto un proceso histórico el cual fuera recorrido por toda la humanidad. Lo que había, según Spengler, eran diversos ciclos vitales recorridos por distintos pueblos, cada uno con sus desarrollos, progresos, decadencias y desapariciones.

Edwards tomó estas ideas y las adaptó a Chile estableciendo ciertos tipos atávicos de gobiernos en Chile según distintas "sangres" o etnias matrices todavía no sintetizadas del todo en el mestizaje chileno. El primer tipo era el "cesarismo". Esta forma

de gobierno se basaba en un césar moderno, un gobernante sin ideas políticas claras que más bien basaba toda su acción en un instinto de poder personal. Para Edwards este tipo de gobierno, si bien no emanaba de la oligarquía, era de todas formas el caldo de cultivo para el juego político de la fronda, entidad muy dada a elevar y botar figuras políticas susceptibles a la adulación y sin doctrinas sólidas. El padre de la patria Bernardo O'Higgins, era el símbolo nacional del cesarismo.

A falta de un gobernante sumiso, la oligarquía frondista —único elemento social organizado para controlar el poder político durante el siglo XIX y principios del XX— era dada a caer en el anarquismo. El caos de la anarquía chilena posterior a la independencia fue de corta vida si se le compara con el resto de los países de la región, pero de igual forma fue el escenario ideal para el accionar frondista. Ante la falta de un líder que de alguna forma sometiera o controlara a la fronda, este sector social impidió orgullosamente que alguno de sus miembros fuera "más igual" que los otros dándose al juego del caos anárquico o del eterno parlar del congreso.

Para Edwards una tercera forma de gobierno atávicamente chileno era el portalianismo, el gobierno del soberano con decisión y voluntad. Este tipo de "Estado en Forma" emanaba de la antigua aristocracia chilena —no de la fronda u oligarquía— aquel estamento que descendía de los conquistadores guerreros y jerarquizados. Estos conquistadores habían instaurado aquella tradición gubernamental continuada en el orden colonial a

través de los Presidentes de la Real Audiencia y luego de la Independencia y Anarquía, seguida por los presidentes portalianos. Esta antigua aristocracia había sido reemplazada —como establecía también Palacios— por una oligarquía burguesa de ética comerciante llegada de Europa en los siglos XVIII y XIX. Esta fronda, si bien laboriosa y pujante en lo económico, desconocía, a ojos de Edwards, los antiguos valores guerreros y jerárquicos de los encomenderos de la conquista, de ahí su aversión con la figura del Jefe de Estado Soberano.

En síntesis, para Edwards la fronda encarnaba el espíritu antinacional. En cambio, la vieja aristocracia, en aquella época arruinada o alejada del poder económico y político, era de tendencia jerárquica y dada a la ejecución del poder soberano, atavismo de la vida de cuartel y guerra permanente durante la conquista y colonia.

EL RESORTE PRINCIPAL DE LA MÁQUINA.-

Para Edwards ni las constituciones, ni las leyes, ni las ideas servían para construir un "Estado en Forma". Las abstracciones no encarnaban en el espíritu de la comunidad si no les eran propias atávicamente, biológicamente, psicológicamente. En suma, el espíritu guerrero y jerárquico era lo que hacía imposible institucionalizar las ideas del liberalismo político llegado a Chile durante el siglo XIX. El país emancipado al alero de las ideas liberal-masónicas, ideas ajenas a la idiosincrasia nacional, inevitablemente había tenido que caer en la anarquía y el

desorden político. Su salvación radicó en la creación de una sociedad que si bien era nueva debido a la Independencia, había renovado el antiguo concepto colonial y antiliberal con el cual se había organizado el colonial Reino de Chile. Esa había sido la genialidad de Portales. Rechazar los nuevos conceptos liberales traídos de Europa para repensar los antiguos conceptos imperiales cerrando el espacio a la anarquía política y el juego liberal. Y al contrario de lo que sostiene la historiografía izquierdista, el Estado portaliano logró neutralizar a la fronda oligárquica en vez de fortalecerla, grupo social que no contaba con las simpatías de Portales con consta en su famosa carta a su amigo Garfias del 10 de Diciembre de 1831 en donde manifiesta de forma increíblemente dura su opinión.

La salida de la anarquía había sido posible gracias a la vuelta al verdadero espíritu nacional, aquellos atavismos propios de una nación que había estado en guerra por siglos. El país inició su camino de progreso cuando encontró su verdadero fundamento político, lo que Edwards llamó —siguiendo a Portales— "el resorte principal de la máquina", es decir aquel mecanismo que permitía el real funcionamiento del aparato estatal. Este fue la reactualización republicana del Presidente colonial —"una idea nueva de puro vieja" como señaló genialmente Edwards—, un mandatario con poder de decisión y voluntad soberana, líder político de la Nación y promulgador de una visión de Estado además de gobierno. Lo anterior en un orden nacional unitario, es decir en donde la separación de

poderes no significaba la fragmentación del poder de decisión soberano, sino que era una manera de segmentar las distintas áreas de la administración en vistas a facilitar —y no dificultar— la labor gubernamental. «*Lo esencial, en el concepto de Portales, era arreglar lo que llamaba el resorte principal de la máquina, esto es, la autoridad tradicional, el Gobierno obedecido, fuerte, respetable y respetado, eterno, inmutable, superior a los partidos y a los prestigios personales. Cuando esa alta noción del Estado, que en Portales fue hereditaria y no aprendida, se hubo arraigado en la conciencia nacional, el país continuó obedeciendo maquinalmente con el alma y de hecho no a Prieto, ni a Bulnes, ni a Montt, sino a una entidad abstracta que no moría: "el Gobierno". (…) Es, pues, probable que no sólo las condiciones geográficas de nuestro país y la sencillez de su estructura social contribuyesen a facilitar en Chile la subsistencia por varias generaciones de un "Estado en Forma"; sino que el aislamiento y relativo atraso de esta pobre colonia, tuvieran parte en la realización del milagro: el orden social se habría mantenido aquí "por el peso de la noche" para emplear la original y pintoresca expresión del mismo Portales. El espíritu colonial de obediencia pasiva y disciplinada jerárquica pudo sobrevivir aquí a la catástrofe de la Independencia y servir de fundamento a la construcción del gran Ministro de 1830, precisamente porque habíamos avanzado menos en el camino de la descomposición de nuestra "alma histórica"*»[13].

La vuelta de Edwards al espíritu que había dominado la organización chilena en las épocas coloniales fue interpretada

13 Alberto Edwards. La Fronda Aristocrática.

por algunos sectores liberales como un conservadurismo monárquico. Pero el historiador nacionalista estaba muy lejos de eso. La "restauración" portaliana no hacía referencia a una vuelta a un sistema político o jurídico conservador o colonial. Más bien tenía relación con una reposición de aquel instinto político-psicológico del chileno, ahora libre y republicano, pero aun así guerrero y jerárquico.

Para la filosofía de la historia de Edwards —y los posteriores nacionalistas— la restitución del verdadero espíritu chileno a través del "Estado en Forma" portaliano produjo un control y relativo sometimiento de la fronda, al menos en los primeros treinta años. El temor a las consecuencias de una anarquía muy prolongada habría apaciguado a la oligarquía sometiéndola al gobierno impersonal de los caudillos políticos portalianos. Pero desde la década de 1860 la fronda dejó de organizarse en bandos circunstanciales para hacerlo en partidos políticos permanentes. De esta manera iniciaría una serie de reformas políticas —anticonstitucionales, por cierto— para institucionalizar a los partidos como los únicos intermediarios políticos entre el gobernante y el pueblo. Prontamente los partidos lograron transformar las políticas estatales —nacionales— en políticas partidistas —oligárquicas. El gobernante yo no tenía poder de decisión soberano, sino que debía su lealtad al partido de turno. Para 1891 los partidos políticos iniciaron la ofensiva final. El Congreso Nacional —reducto tradicional de los partidos— se

alzó en contra del último presidente portaliano, José Manuel Balmaceda iniciándose el período Parlamentario.

El régimen portaliano había logrado mantener la Constitución de 1833 por casi cien años considerando su destrucción definitiva en 1925. Lo mismo sucedió con la sucesión presidencial la cual se mantuvo inalterada por el mismo tiempo. El congreso también sesionó por cien años gracias a los fundamentos del Estado en Forma. Pero desde la instauración del Parlamentarismo en 1891 el caos, la debilidad del poder ejecutivo, el espíritu nacional disminuido y la dominación oligárquica habían sumido al país en un estancamiento político-económico además de una decadencia espiritual notoria a los elementos despiertos de la comunidad. Chile había sacrificado su alma nacional dejándose dominar por un nuevo espíritu, el liberalismo de raíz extranjera. «*El liberalismo, o, para hablar con mayor propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo y principalmente una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía, que si tiene sus teólogos y doctores, también penetra en forma instintiva hasta lo más profundo de las masas. Es el alma misma de la sociedad en rebelión contra las ideas y sentimientos hereditarios, y contra las formas históricas de la cultura. (…) El liberalismo "espiritual" no fue un partido, una escuela política, un programa económico o constitucional, sino una fe. Con ella debieron contar los Gobiernos y los estadistas. Así; como en el pasado, pipiolos y pelucones, cualesquiera fuesen sus opiniones religiosas, declaraban respetar y defender los dogmas de "nuestra santa religión católica",*

desde 1875, los presidentes y los partidos debieron declarar su adhesión a lo menos formalista, al "dogma, a los principios liberales". La naturaleza mística del liberalismo "espiritual" se percibe aún en los menores detalles. Los héroes del país "liberal" no serían los estadistas ni los hombres de acción, sino los apóstoles, los profetas, los confesores de la idea. Muchos personajes llegarán a las más altas cumbres del prestigio político, sin otro mérito que la afirmación continua de su fe y de su incorruptibilidad doctrinaria, con la perseverante inercia de un buda vivo»[14].

EL ESTADO EN FORMA.-

El impacto de las teorías de Edwards fue inmenso y uno de sus continuadores más innovadores fue el historiador, político e intelectual nacionalista Francisco Antonio Encina (San Javier, 1874 - Santiago, 1965). Para Encina la creación política de Portales fue una especie de antepasado ideológico del nacionalismo, un arquetipo recurrente a la hora de proyectar un "Estado en Forma" genuinamente chileno. Un Estado fuerte, social —más no democrático en sentido liberal—, nacionalista, laico, impersonal y revolucionario. Para Encina, Portales encarnó la vieja idea gubernativa del Estado Romano, el *Imperium*. Mediante este ideal portaliano Encina creó una idea estatal como base de una doctrina política nacionalista. El "Estado en Forma" de Encina, aquel Estado "godo" moderno y nacionalista, debía ser poco burocrático, de administración sencilla con amplio

14 Alberto Edwards. La Fronda Aristocrática.

margen para la voluntad y juicio personal, con una planta de personal precisa y sin gastos que no fueran indispensables. En materia de manejo económico Encina destacaba el convencimiento de Portales relativo a la importancia del desarrollo fabril para la economía de las naciones. Para abonar ese camino Portales —o la interpretación portaliana de Encina— visualizaba una mezcla de proteccionismo en áreas estratégica junto a una educación económica de la población bastante libertaria —más no liberal— que permitiera la creación de sólidos capitales nacionales por medio de la voluntad individual. Portales, nos cuenta Encina, no fue un dogmático en materias económicas. A veces podía utilizar herramientas de comercio libre y otras veces las proteccionistas en especial con naciones dominadoras como EE.UU. Todo dependía del momento y situación puntual. «*El proteccionismo y el libre cambio doctrinario, en el sentido que después dividieron a los chilenos, son expresiones que para Portales carecen de sentido. En este terreno es el espíritu más avanzado de su época, no en el sentido falso que lo fueron más tarde los discípulos de Courcelle, sino en el del siglo XX. Frente al peor dotado, el inferior en aptitudes, la política podía ser ampliamente liberal. Se empeñó en conceder al Perú el máximo de franquicias. Pero habría pensado en el sentido diametralmente opuesto si la marina mercante o el comercio peruano hubieran estado más desarrollados que el chileno. Frente al más apto, la política debía ser la protección y de defensa*»[15].

15 Francisco A. Encina. Portales.

Para Encina la importancia de Portales fue enorme. El gran ministro cambió para siempre el rostro de Chile otorgándole su sino histórico, actualizando el atavismo jerárquico del viejo campamento militar colonial. Para el nacionalista "El Mito Portaliano" era la clave del destino histórico de Chile. Portales había creado las bases desde donde recorrer un camino auténticamente chileno de devenir político. «*Un alma nacional emerge de súbito. Nuevos sentimientos animan a los ciudadanos. Y del antiguo y caótico maremagnun se levanta un concepto presidiendo el conjunto, que se eleva como majestuosa entidad abstracta: la legalidad del gobierno civil. Durante los sesenta años que duró la tradición portaliana se mantuvieron con rara porfía los basamentos de un ideario, verdadera fe laica, expresado en el patriotismo, la abnegación cívicas, la honradez, la justicia, el respeto inflexible a las leyes y la seriedad y la decencia de todos los actos públicos y privados. El rasgo predominante del período histórico que encierran las fechas definitorias de 1830 y 1891 lo constituye la exaltación del impulso creador. Hay en el ambiente un sano optimismo, una tranquila confianza en los destinos nacionales, que ningún peligro ni contratiempo importuno puede quebrantar. El egoísmo conservador, que apetece gozar de los bienes del presente, es aplastado por una nueva fuerza que, partiendo del fondo vital de la raza, impulsa en todos sentidos la energía creadora. Los contornos exteriores de la obra portaliana se destacan con mucho relieve. Aplastó con igual energía los deseos de retorno al pasado, surgidos del terror al caos, y los esfuerzos de prematuros hacia un*

avance demasiado violento para el grado de madurez política contemporánea»[16].

Mucho se ha discutido de la rigurosidad histórica de Encina a la hora de retratar a Portales. Lo mismo sucedió con Edwards. Pero eso puede tener importancia en el ámbito historiográfico, a nivel político poco importa. El Portales de Encina y de Edwards fue una idea política en sí. Fue la suma de las proyecciones del ideario nacionalista y de cómo estos imaginaban el Estado y el gobernante ideal.

Quizás de Portales no se pueda decir aún que fue uno de los padres del nacionalismo como idea política pero ciertamente fue un precursor. "*Se distancia por igual de los enemigos de la evolución: el conservador o el romántico que se aferra al pasado muerto; y el jacobino, que al destruirlo todo, asesina los gérmenes de ulterior desarrollo y progreso*". El Portales de Encina confiaba en un promisorio futuro y en un nuevo orden auténticamente chileno. Portales buscó el Estado Unitario, en Forma, liderado por un Jefe de Estado con voluntad soberana. Por esa razón diseñó una entidad estatal en donde no pudieran formarse oligarquías fragmentadoras a través de los incipientes partidos políticos. «*El aislamiento de Portales con relación a los partidos y a las ideas políticas de su tiempo no ha pasado inadvertido para los historiadores. "Don Diego Portales —dice Vicuña Mackenna— no pertenecía a ninguno de los matices de la reacción. Ni al partido colonial… Ni al bando de la dictadura derivada en 1823… Ni a la fracción aristocrática. Ni era*

16 Francisco A. Encina. Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891.

tampoco federalista… Edwards escribe: "Y el asombro se torna estupor, cuando se descubre que ese espíritu de Portales, convertido como milagro en el espíritu de la nación entera, parece haber sido originalmente suya, exclusivamente suya, por nadie compartida antes de la fecha memorable en que vino repentinamente a ser patrimonio común de todo el mundo»[17]. Portales encarnaba la idea estatal atávicamente chilena, una idea política que trascendía a conservadores, liberales y socialistas, una visión política típicamente nacional que se arrastraba desde los Gobernantes militares de la conquista y los Presidentes militares de la Real Audiencia de la Colonia.

NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA.-

La teoría del ciclo racial chileno, de su fondo godo y proyección institucional por medio de un Estado en Forma unitario le dio sustento a la teoría económica de Encina. Esta se plasmó en el libro "Nuestra Inferioridad Económica. Sus Causas, sus Consecuencias" de 1911.

En "Nuestra Inferioridad Económica" Encina dio cuenta de los factores psicobiológicos que produjeron el languidecimiento económico de Chile durante la época parlamentarista. Para Encina, desde finalizada la revolución de 1891 e instaurado el régimen oligárquico y librecambista parlamentario, la vitalidad comercial —y la voluntad general— estaban sumidas en una inmovilidad decadente, en una gran crisis de causas mucho

17 Francisco A. Encina. Portales.

mayores a los factores que esgrimían las otras ideologías políticas de la época. «*Pero entre estas crisis comerciales y el estado orgánico que he calificado, para darle algún nombre, de inferioridad económica, media la misma distancia que entre un tifus y una anemia. En el primer caso hay una afección aguda y transitoria; en el segundo, un estado crónico, producto de la miseria fisiológica. Lo pasajero y transitorio entran como factores esenciales en el concepto económico de crisis. La crisis consta de dos elementos, uno psíquico, la sugestión de optimismo colectivo que la prepara y la sugestión de pánico, también colectivo, que la liquida; y otro material, la perturbación aguda del juego normal del engranaje económico. Ambos órdenes de fenómenos revisten caracteres agudos y pasajeros. Perturban, pero no debilitan la economía nacional en forma duradera. De aquí el hecho, a primera vista paradojal, de que las crisis sean tanto más intensas cuanto más rico es el país. Las manifestaciones de nuestra inferioridad económica revelan, por el contrario, un estado orgánico crónico, una postración permanente, un debilitamiento económico antiguo y persistente*»[18].

La inferioridad económica era para Encina el resultado de factores atávicos biológicos, así como la influencia de herramientas económicas y culturales ajenas a la mentalidad chilena. La élite chilena, la fronda aristocrática, había trasplantado ideas y herramientas sociales, políticas y económicas que les eran ajenas al espíritu del alma nacional. «*Los chilenos de la segunda mitad del siglo XIX imitan la producción intelectual europea con el mismo esfuerzo penoso, con la misma*

18 Francisco Antonio Encina. Nuestra Inferioridad Económica.

inhabilidad que los precursores italianos y franceses de los siglos XIV y XV, las obras de la antigüedad greco-romana. Nuestra mentalidad, sin fuerzas y sin valor para adueñarse de los métodos científicos y de los procedimientos artísticos y literarios para hacer obra propia, se limita a repetir lo que otros pensaron y sintieron. Cierra asustada los ojos delante de la percepción directa de la realidad»[19].

A ojos de este historiador el pueblo chileno habría transitado por un largo proceso de desarrollo económico, aprendiendo, experimentando y sacando de su deriva heredable aquellas características que más concordaban con las riquezas naturales del territorio. Este éxito relativo de madurez económica había surgido —como era de esperar— durante los años del gobierno portaliano. Pero al igual que el devenir político, este desarrollo económico había sido interrumpido.

Encina notaba una inferioridad en la labor económica por parte del chileno de su época. Durante el siglo XIX los emprendedores del Chile portaliano habían alcanzado con sus barcos comerciales las costas de toda América y Oceanía, además de descubrir y trabajar minas bolivianas y californianas o explotar predios agrícolas en Argentina y Perú. En los últimos treinta años en tanto, Encina se quejaba que la gran mayoría del capital y emprendimiento comercial había caído en manos extranjeras, debido principalmente al languidecimiento del vigor empresarial del país derivado de las tesis liberales y su contaminación cultural.

19 Idem.

El desarrollo económico y psíquico de la evolución del pueblo chileno se había trastornado a causa de la penetración de ideas que no calzaba con el estado evolutivo nacional. La principal había sido la mala asimilación del liberalismo europeo proveniente de pueblos en una etapa cultural y económica muy distinta a la de Chile. La economía liberal era para Encina antinatural, contraselectiva, una quimera ideológica utilizada como arma en la guerra comercial de los pueblos en donde el libre cambio sólo beneficiaba a las potencias económicas en desmedro de los países no industrializados exportadores de materias primas. «*Jamás pueblo alguno se ha acercado a otro para civilizarlo o cederle voluntariamente parte de su poder o de su riqueza. Toda nación busca el contacto de las demás para acrecentar su propio bienestar, eliminándolas o subordinándolas. Se aproxima obedeciendo a las mismas leyes que presiden las relaciones de los astros en el espacio, y de las plantas, de los animales y de todos los seres sobre la superficie de la tierra; pues en el contacto de las sociedades humanas la lucha por la existencia domina con igual energía que en el resto del universo. Sólo cambian las formas de las alianzas y de los combates. En las sociedades de tipo militar de evolución atrasada, la guerra es el procedimiento usual. En las modernas sociedades industriales, los antiguos procedimientos de exterminio o vasallaje han tomado formas nuevas. Pero, tanto los móviles como los resultados, son los mismos. (…) La lucha internacional es por el predominio y la supervivencia, en la cual el fuerte procura ahogar al rival y hacer servir al débil a sus necesidades, y este se defiende adueñándose de las armas del poderoso y*

aprovechándose de todas las coyunturas favorables creadas por los acontecimientos. Por el contrario, ideológicamente (los economistas liberales) habían inferido que las relaciones económicas entre las naciones son sólo de cooperación; es decir, que todo pueblo busca a los demás para participarle los beneficios de su poder y de su riqueza. Sobre estos dos postulados idearon una economía mundial dentro de la cual cada pueblo debe trabajar, para él y para los demás, en las ramas de actividad que sean más adecuadas a sus condiciones físicas y a la capacidad actual de su población. El pueblo que es agricultor debe seguir de agricultor, sin incurrir en la pretender en la torpeza de luchar con el manufacturero. Con ello la riqueza universal perdería, puesto que, por lo menos mientras el neófito se adiestra, la cantidad de riqueza producida por él sería menor»[20].

Para Encina el sueño nacional de ser un gran poder económico mundial había sido abandonado por el interés comercial de una oligarquía rentista que no pretendía arriesgar su capital en aventuras desarrollistas. Y mientras muchas otras naciones habían surgido desde la pobreza al desarrollo, Chile había quedado rezagado, abandonando ese camino debido a las tesis librecambistas que le daban a nuestro país un lugar concreto —e inofensivo— en el armónico concierto de la economía global. El principal síntoma de esa inferioridad económica era el poco espíritu de lo nacional, ese sentimiento de egoísmo colectivo que permitía el empuje necesario para alcanzar grandes cimas de engrandecimiento comunitario.

20 Francisco Antonio Encina. Nuestra Inferioridad Económica.

«*Entre los factores morales que más pesan en el desarrollo económico, ocupa el primer lugar el sentimiento de la nacionalidad; o sea, el egoísmo colectivo que impulsa a los pueblos a anteponer siempre el interés nacional y a perseguir, en sus relaciones con los demás, sólo la prosperidad y el engrandecimiento propios. Este sentimiento, que no es sino el instinto de conservación en las sociedades, ha decaído profundamente entre nosotros en los últimos treinta años. El deseo de ser grandes, la voluntad de dominar y absorber a los elementos extraños que se ponen en contacto nuestro, están adormecidos*»[21].

NACIONALISMO EDUCATIVO.-

Las ideas de Encina causaron gran revuelo. Su teoría de la historia y el determinismo cultural y económico que de ella derivó no dejaron indiferente a nadie y levantó una ola de críticas por parte del bando liberal. Frente a estas críticas el "sector nacionalista" apoyó a Encina defendiendo sus teorías y aportando profundidad o matices a los elementos más polémicos. En esta defensa destacó Luis Galdámez (Melipilla, 1881 – Santiago, 1941), profesor de historia, abogado, director ministerial de Educación y uno de los más importantes políticos nacionalistas de aquella época.

Para Galdámez el factor económico era el más importante de los elementos sociales. Es por esto que el nacionalismo chileno pretendía superar las antiguas luchas decimonónicas entre la moral cristiana y la fe liberal, juego parlamentarista que tenía

21 Idem.

cooptada la política nacional manteniéndola desvinculaba de las necesidades populares. En este sentido el orden económico era el elemento que determinaba el devenir social y nacional y era ahí donde debía darse la lucha política.

La educación fue una preocupación muy marcada del sector nacionalista. Con educación el pueblo podía ser partícipe de la administración estatal, así como también un actor importante en la economía nacional, ambos ámbitos impensados sin la instrucción necesaria. Pero si bien el tema de la educación popular era compartido por todas las fuerzas políticas el nacionalismo no tenía en mente una instrucción popular de la mano de las tesis liberales. Si la juventud nacional era educada para enfrentar la labor económica con voluntad, conocimiento técnico y dentro de un espíritu genuino basado en la identidad, el determinismo biológico y las características propias de los recursos naturales del territorio, las posibilidades de progreso social y engrandecimiento nacional eran mucho mayores que siguiendo una formación universalista, indiferente a las particularidades de la gente y el suelo y basada en conocimientos abstractos.

El llamado "nacionalismo educativo" partía entonces, de la base de la particularidad de los pueblos y su territorio, y de la consiguiente falsedad de las recetas universalistas, humanistas e individualistas que rondaban en los ambientes intelectuales de Chile y el mundo. «*Puesto que cada país posee una individualidad nacional propia, distinta de la de los demás, debe arbitrar también*

medios propios para satisfacer sus necesidades y sus aspiraciones. Este anti-universalismo, tan contrapuesto a las especulaciones filosóficas de carácter metafísico, tan poco avenible con los imperativos categóricos de la conciencia individual, tan distante de las concepciones humanistas y humanitarias que tenían al hombre como un ser idealmente igual en toda la redondez de la tierra, ese anti-universalismo, precisamente, es lo que más a fondo ha debido tocar a los espíritus generosos y nobles que entrevén una época más o menos próxima en que todos los pueblos entonen en coro el inmortal himno de las glorias comunes de la especie»[22].

La labor económica del nacionalismo educativo de Galdámez se basaba en el progreso. Este economicismo, tan característico del nacionalismo de primera hora, se vinculó siempre al cambio y a la

innovación mediante la técnica. El nacionalismo por lo tanto, no era conservador ni tradicionalista en el

sentido económico que le asignaban los liberales. Si Galdámez rechazó al liberalismo no fue por ser algo

nuevo sino por ser algo ajeno. «*El nacionalismo no se opone a la penetración de ideas, de instituciones, de conocimientos y de energías extrañas en el organismo social del país, a condición de que se adapten a nuestro medio tradicional, científicamente entendido, y a nuestras circunstancias. Lo que rechaza es la simple copia, la imitación servil de lo extraño, su adopción lisa y llana, por el solo hecho de ser bueno en el*

22 Luis Galdámez. Educación Económica e Intelectual.

país de procedencia. Lo que el nacionalismo se propone es, pues, dotar a cada colectividad de esa fuerza de acción que desarrollan los ideales propios»[23].

Desde esta perspectiva el progreso emanaba del individuo con voluntad y juicio autónomo. Era ahí donde la educación debía poner sus esfuerzos. Por muy colectivista que fuera el nacionalismo en el sentido de la importancia que le atribuía a lo comunitario a la hora de establecer la lucha por la existencia de los diversos grupos humanos, para Galdámez y el nacionalismo el progreso era fruto del genio creador de individuos excepcionales emanados del seno comunitario y de los arduos procesos de selección. Era ese "colectivismo individualista" tan propio del nacionalismo chileno de primera hora. «*El tradicionalismo y el nacionalismo culminan en un individualismo riguroso y enérgico, dentro del espíritu general de la obra. Pero no es un individualismo político, sino psicológico y económico, que se traduce en una fuerza de perfeccionamiento y en una potencia de producción individual y social. (…) Este individualismo no carece, sin embargo, de atenuaciones. Es, desde luego, un curioso individualismo colectivista, como se ve por la frase final del párrafo anterior: el individuo puede llegar a destrozarse en beneficio de la colectividad*»[24].

EDUCACIÓN ECONÓMICA E INTELECTUAL.-

---

23 Idem.

24 Luis Galdámez. Educación Económica e Intelectual.

Según Galdámez era en la educación donde se daba la gran posibilidad de una formación técnica orientada a la mejor explotación económica a través de la unión perfecta entre la inteligencia y la fuerza, entre cerebro y músculo. Pero justamente era en ese período educacional en donde el liberalismo universalista ponía mayor énfasis en la formación idealista e intelectualista en desmedro del conocimiento técnico.

Galdámez trataba de insertar a Chile en el gran movimiento mundial que reformaba la educación en esos años. Los países más avanzados e industrializados ya habían iniciado un firme camino hacia la educación técnica o económica reformulando currículos y métodos de enseñanza. En Chile se hacía necesario de igual forma, o incluso con mayor decisión, formular esas reformas ya que, a diferencia de los países más industrializados que fueron pioneros en ese tipo de formación y por lo tanto, no tenían otra opción que reformar sus sistemas, en Chile se daba el fenómeno que a la falta de profesionales técnicos de pensamiento económico se estaba supliendo con empresas y técnicos extranjeros.

Así pues, el nacionalismo educativo era para Galdámez una herramienta económica estratégica. Un arma de progreso y soberanía económica que afectaba finalmente a la economía privada y estatal, dueños y empleados por igual. El nacionalismo económico y una educación técnica eran asuntos de Estado urgentes. Una necesidad económica, pero al mismo tiempo soberanista que permitiría al chileno conocer sus potenciales y

recursos para una explotación económica consciente y efectiva. «*Aplicando ahora estos conceptos a la educación, lo que el nacionalismo desea, es que en todos los colegios actúe un surgimiento permanente de ideales, en armonía con nuestros recursos, con nuestras necesidades y con nuestras aspiraciones como pueblo; un conjunto homogéneo de doctrinas y de aspiraciones, capaz de determinar el rumbo de nuestra actividad individual*»[25].

Galdámez se esforzó en que su nacionalismo educativo no cayera en un civilismo educativo o en una educación patriótica de memorización de fechas históricas o acontecimientos políticos. No se trataba de repletar de efemérides nacionales las asignaturas escolares. Tampoco su idea era nacionalizar las matemáticas o la física. El nacionalismo educativo consistía en orientar la educación hacia las materias que tenían relación con el determinismo chileno, la adaptación al territorio que habitaba y especialmente a las posibilidades económicas que tenía según sus recursos naturales. De esa forma el educando no absorbía nociones abstractas de un conocimiento universal desapegado de cualquier contexto cultural. Lo que aprendían los niños y jóvenes eran conocimientos exclusivamente útiles a sus características y las del devenir del país para transformarlos en conocimientos concretos. «*El nacionalismo educativo es algo más amplio que el civismo y que el amor a la patria. Estos sentimientos inclinan a la actuación política o a la simple contemplación admirativa de las glorias nacionales; aquel tiene por objeto una acción constante en beneficio*

25 Luis Galdámez. Nacionalismo en la Educación.

propio y colectivo, dentro de todos los órdenes de la actividad humana, según orientaciones generales sugeridas permanentemente. Sólo así concurriremos a la formación de un espíritu nacional activo y fecundo. La base racional de este principio se encuentra en las desiguales características psicológicas de cada pueblo, o si se quiere mejor, en las peculiaridades que le son propias y que lo distinguen de los demás, y en la necesidad que tiene cada individuo, así como cada nación, de orientar su actividad según ideales formados al calor de sus sentimientos. No es nacionalista una enseñanza por el sólo hecho de dar a conocer al alumno sus deberes y sus derechos cívicos; no es tampoco nacionalista una enseñanza que impone al niño la práctica reglada y periódica, y que, por lo tanto, llega a hacerse mecánica, de algunas manifestaciones patrióticas; ni aun puede decirse que es nacionalista una enseñanza que despierta en el joven la admiración por los grandes hombres del país. Todo eso es, a lo sumo, educación patriótica y cívica, cuando no educción patriotera y bélica, que sólo nos hace comprender la obligación de obrar en beneficio colectivo y de sacrificarnos por los demás, en los momentos de peligro exterior. Es el patriotismo de la guerra, el impulso agresivo que dormita en cada uno de nosotros, el patriotismo de ocasión, que sólo de tarde en tarde puede ejercitarse. Lo que más necesitamos no es eso, sino el patriotismo consciente y sereno de la paz y el trabajo, el patriotismo de todas las horas, que establece entre todos los individuos del país, una segura convivencia social y una cooperación constante en las luchas por el bien común. Ese es el único patriotismo fecundo y el capaz de impulsarnos a obrar en beneficio propio y colectivo. Para mí, el nacionalismo educativo no puede ni debe

ser otra cosa que un sumergimiento permanente de ideales, en armonía con nuestros recursos, con nuestras necesidades y con nuestras aspiraciones como pueblo. Y desde este punto de vista, nuestro sistema completo de enseñanza debe ser el crisol en que vayan a fundirse todas las manifestaciones del alma nacional, para salir purificadas y ennoblecidas y llegar a constituir un conjunto homogéneo de doctrinas y de aspiraciones, capaz de determinar el rumbo de nuestra actividad individual»[26].

* * *

26 Luis Galdámez. Educación Económica e Intelectual.

SOCIAL NACIONALISMO

Durante la primera década del siglo XX era bastante evidente que el régimen político Parlamentario necesitaba un cambio radical para afrontar las problemáticas sociales que en ese momento ya surgían como el más grande desafío político venidero. A raíz de esta meditación se formaron en Chile los sectores políticos del socialismo y del nacionalismo los cuales en esta etapa tuvieron más coincidencias que desavenencias. Ambos eran agrupaciones nuevas y sin recursos como para enfrentar el desafío de participar en la vida política, en especial en tiempos donde la caja pagadora de votos —cohecho— era la clave para ganar elecciones. Pero además ambas agrupaciones suscribían a las tesis políticas que defendían una cierta expansión del Estado como forma de resguardar el bien común y la justicia social.

El nacionalismo europeo había nacido bastante "socialista" en sus postulados y esa influencia se dejó sentir en Chile tempranamente. Pronto el nacionalismo pasó a hacer propias las tesis del Nacionalismo Socialista que inundaban Europa, el cual fue llamado en Chile Social Nacionalismo.

Ideológicamente este proceso fue bastante natural. En épocas en donde el gobierno y la figura del presidente eran débiles por la expansión de la influencia de los partidos y de su órgano de expresión, el Congreso, el nacionalismo propuso una ampliación de los poderes de decisión soberana del Jefe de

Estado a la vez que de su órgano de expresión, el Estado. A través de los poderes estatales se pensaba que se podía poner coto al juego partidista privado-oligárquico, ocupado en discusiones de índole religioso o moral, pero totalmente desconectado de los graves problemas sociales que las agrupaciones nacionalistas y socialistas en el mundo veían ya como la gran discusión política del siglo XX.

El emergente nacionalismo logró entonces configurarse como entidad política en el Partido Nacionalista de 1916. Su primer líder —llamado "Jefe"— fue Guillermo Subercaseaux. Como atributos mostraba la unión de los intereses sociales y los nacionales, algo inédito en la escena política ya que la izquierda emergente se orientó a la ideología clasista e internacionalista.

El Partido Nacionalista venía a abrir los ojos al realismo político para volcar esta labor a los problemas sociales y económicos. Con la irrupción del nacionalismo político quedaba atrás aquella época de parlamentarismo inocuo, de la política alejada de los problemas nacionales. Comenzaba en Chile la penetración política de lo que el historiador chileno Mario Góngora llamó "las ideologías planificadoras". Esta proceso terminaría en 1973.

EL DOCTRINARISMO POLÍTICO.-

Durante lo que Luis Galdámez llamó la "política veneciana" del parlamentarismo, hubo un marcado clima apolítico e

indolente de los problemas sociales. La "política" parlamentaria se remitía a botar ministerios, trabar al presidente o conspirar para obtener cargos gubernamentales. Ante esta sustracción de la verdadera acción política los partidos y sus miembros entablaron un sucedáneo de confrontación basado en el moralismo y la discusión de tintes religiosos. En vez de las grandes discusiones políticas referentes a la organización comunitaria o los modelos de crecimiento, durante el parlamentarismo se entablaron conflictos que más bien contraponían la doctrina católica frente a la fe liberal. Este fue el llamado "doctrinarismo religioso de los partidos políticos".

Frente a este estado de la política surgió en 1913 la "Unión Nacionalista", una nueva agrupación liderada por el economista, político, muchas veces ministro e ideólogo nacionalista Guillermo Subercaseaux (Santiago, 1872 - Santiago, 1959). Tres años después esa misma agrupación se transformaba legalmente en el "Partido Nacionalista" tomando como caballo de batalla el fin del doctrinarismo como forma de hacer política.

Para Subercaseaux todas las fuerzas políticas del período parlamentario eran conservadoras en el sentido de mantener el *status quo* liberal de la escena local. Ninguna pretendía cambiar realmente el estado de cosas, matriz de los problemas sociales. Pero ese atavismo político parlamentarista, que dividía a las fuerzas en conservadores y liberales, no tenía mucho sentido ya que era una discusión mayormente europea sobre el orden monárquico. Por eso a nivel político en el Chile de aquella época

no había realmente disenso. Era justamente debido a esa falsa disputa política que para Subercaseaux la política debía superar el dualismo conservador/liberal para empezar a discutir sobre modelos de desarrollo económico y social. «*He aquí, las bases sobre las cuales está planteado el problema de las futuras evoluciones de la vida política y social. Ya no se trata de monarquías o repúblicas, de aristocracias o democracias, de religión o libre pensamiento, ni de libertad y tiranía, se trata lisa y llanamente de principios diametralmente opuestos, sobre la organización económica de la sociedad y del Estado. Y en frente de este problema económico y social ¿han tomado nuestros partidos políticos alguna posición? Ninguna. Radicales y conservadores, liberales y nacionales, todos ellos participan del mismo credo liberal que forma la base de las organizaciones democráticas del mundo moderno*»[27].

Este estado de cosas hacía que toda la influencia ideológica que recibían liberales y conservadores de sus matrices europeas fuera en contra de la praxis política chilena. Producto de esta confusión ideológica los partidos chilenos se habían dado a la única lucha posible para estas dos corrientes políticas. Los conservadores querían conservar la unión entre Estado e Iglesia y los liberales querían quebrarla. Esa era verdaderamente la única lucha ideológica posible y real, el llamado doctrinamiento religioso, algo que para Subercaseaux no tenía mayor importancia en Chile, marginando a la labor política de su verdadero fundamento. «*La política internacional, el orden*

27 Guillermo Subercaseaux. Estudios Políticos de Actualidad.

administrativo, el buen gobierno local, el equilibrio financiero, las buenas leyes monetarias y bancarias, el fomento de la producción, etc. no valen nada: todo se subordina a los supremos ideales del orden doctrinario»[28].

Para Subercaseaux los partidos políticos tradicionales estaban en un camino sin salida. Si el conservadurismo se lanzaba a las luchas del futuro asumiendo un rol verdaderamente social perdería su financiamiento oligárquico. En tanto el liberalismo y el radicalismo también tenían intereses patronales que incluso eran mayores a la oligarquía tradicional. Por su parte la clase dirigente más tradicional estaba vinculada a las haciendas; la meritocracia liberal era dueña de yacimientos mineros, algunos bancos y la incipiente industria fabril por lo que tampoco se podía permitir un real cambio en el orden económico. Expuestas así las cosas la política local no podía ni quería lanzarse a la lucha de los verdaderos problemas que aquejaban al país. Se requería por tanto una nueva fuerza política que sí lo hiciera.

Como alternativa a esta realidad política creó a la Unión Nacionalista, entidad que se volcó directamente a reformas concretas que alteraban revolucionariamente el país. Su texto "Estudios Políticos de Actualidad" de 1914 da cuenta de ese llamado a la renovación de la política a través de un movimiento verdaderamente nacional. «*La Unión Nacionalista ha elaborado un magnífico programa de política económico social, que si llegara a*

28 Idem.

cumplirse habríamos hecho dar al país un gran paso en las vías del progreso. (…) Las reformas monetarias, los bancos centrales, la legislación sobre seguros, la protección a la marina mercante nacional, la intervención del Estado en el regadío artificial, las buenas leyes sociales, etc.»[29]. Años después este político nacionalista encontraría el término ideal para su doctrina, el "Social nacionalismo" una ideología al margen de derechas e izquierdas orientada al engrandecimiento de los grupos humanos en su lucha por el progreso.

EL LIBERALISMO INDIVIDUALISTA.-

En 1915 Subercaseaux profundizó los fundamentos del nacionalismo al publicar "El Liberalismo Individualista, y el Nacionalismo, el Libre Cambio y la Protección. Bajo su Aspecto Científico". El texto era una arremetida en contra de las políticas liberales imperantes en el país.

Éste no negaba que el libre cambio era una herramienta provechosa en especial para las naciones con un mercado interno poco desarrollado. A lo que el autor apuntaba en el texto era más bien a la propensión de esta ideología por exacerbar el individualismo y el egoísmo, condiciones que atentaban al fortalecimiento y cohesión de la nación debilitando el espíritu de nacionalidad y fortaleciendo el colonialismo extranjero. No era entonces el concepto de comerciar con otras naciones el problema indicado por Subercaseaux, tampoco el clima de

29 Idem.

libertad económica o la propiedad privada, la denuncia era contra el comercio mundial abordado desde la cosmovisión liberal e individualista, apátrida si se quiere, desde la abstracción del concepto de libertad. Es por esta razón que en el texto aludido se contraponía el liberalismo al nacionalismo y el libre cambio al proteccionismo. «*La filosofía proteccionista ha nacido del ideal nacional que más que el fruto de las elucubraciones teóricas de alguna escuela científica, ha sido el producto obligado de la atmósfera real de la vida de los pueblos*»[30].

El proteccionismo de Subercaseaux era un medio no un fin, una forma por la cual defender los ideales del nacionalismo, la protección y engrandecimiento del Ser Orgánico. Era esta la razón del principio del Estado interventor tan típico del nacionalismo chileno de estos años. Estado entendido no como aparato burocrático sino como el pueblo organizado en sus reales anhelos. No necesariamente un Estado empresario, pero sí al menos un Estado omnipresente y garante de un labor económica actuante bajo los principios de la justicia social y el engrandecimiento nacional. «*¿Cuál es la diferencia fundamental entre los ideales del individualista y los del nacionalista? Un espíritu empapado en las doctrinas del individualismo absoluto y extremo, concibe la felicidad social de manera distinta del nacionalista. Ama la libertad individual en tal manera y lleva hasta tal punto su contemplación del individuo, que quisiera ver reducida la acción del Estado hasta sus más estrechos límites. El individuo por una parte y la*

30 Guillermo Subercaseaux. El Liberalismo Individualista.

sociedad en general, es decir, la humanidad por la otra, con un criterio cosmopolita: he aquí los únicos objetos de sus preocupaciones. En cambio, el nacionalista contempla los intereses de una tercera entidad que había pasado desapercibida para el individualista: me refiero a la nación. El que contempla las cuestiones industriales y comerciales, tomando como sujetos de interés al individuo y a la humanidad en general como lo hace el individualista de la escuela clásica, o sea el que prescinde de estas tercera entidad intermedia llamada la nación, no puede concebir que se pongan trabas a la libre repartición del comercio y de la industria, con el torpe fin de aclimatar en un país una industria que puede prosperar en mejores condiciones si se le aclimata en otro. A la sociedad considerada como un todo o conjunto, o sea a la humanidad en general, sin distinción de naciones ni de razas, le cuadra, pues, mejor la doctrina del libre cambio, y por este motivo la escuela clásica de la economía política, que contempla los intereses económicos, al través de estos ideales de un individualismo cosmopolita cayó necesariamente en la política del libre cambio. El que contempla, en cambio, los intereses de la nación, el que procura hacerla más fuerte en el orden económico, y por lo tanto también, en el orden de la política internacional, no llega, por cierto, a las mismas conclusiones»[31].

El nacionalismo de Subercaseaux consideraba hacer uso del libre cambio bajo una mirada estratégica estatal y no desde una individual. Esto no buscaba eliminar la iniciativa privada, el emprendimiento o la propiedad. La economía nacionalista buscaba el fortalecimiento del sentimiento de nacionalidad

31 Guillermo Subercaseaux. El Liberalismo Individualista.

frente al libre comercio entendido en clave liberal, cosmopolita y mundialista. «*Con el criterio cosmopolita que solo contempla intereses de la humanidad es lo mismo si la Patagonia sea argentina o que fuere chilena. Tal vez es preferible que sea argentina porque su situación geográfica permite que esta región marche en más íntimo consorcio con la Argentina que con Chile. Pero para el criterio nacionalista las cosas son muy diferentes: la Patagonia chilena habría engrandecido a Chile, la Patagonia argentina ha engrandecido a la Argentina. El criterio del libre cambista satisface mejor al egoísmo individual del consumidor. El criterio nacionalista exige cierto espíritu de sacrificio del individuo consumidor en pro de los intereses de la llamada nación, la patria. Para el librecambista no hay diferencia entre comercio internacional y el comercio interno de un país; para él no existe la cuestión de nacionalidades. El comercio no tiene patria*»[32].

En 1920 publicaría "El Sistema Monetario y la Organización Bancaria en Chile", un verdadero manifiesto del nacionalismo monetario hecho desde la cátedra de uno de los profesores de economía más reconocidos del país. El libro es altamente técnico. Fue además el primer texto sobre política monetaria publicado en Chile y uno de los primeros, sino el primero como indica su autor, sobre la historia monetaria mundial.

En el texto Subercaseaux repasa todo el proceso de desnacionalización liberal de la economía chilena, en especial la referente a la pérdida de patrón de la moneda chilena —la inconvertibilidad— su devaluación y la inflación derivada de

32 Guillermo Subercaseaux. El Liberalismo Individualista.

estos problemas. El libro hacía un llamado a la conformación de un Banco Central que nacionalizara y unificara la emisión privada de billetes, política que el nacionalismo asumiría posteriormente como un anhelo sectorial. Años después este banco sería finalmente creado con Subercaseaux como uno de los fundadores. En la década del treinta se transformaría en su presidente. Su libro "Seis Años de Política Monetaria. 1933-1938" da cuenta de esa gestión.

ZOLLVEREIN.-

El nacionalismo chileno ha tenido siempre una dilatada tradición americanista cuyo origen se encuentra precisamente en la ideología del primer partido nacionalista de Subercaseaux. Para el nacionalista la economía era el motor del progreso y el bien común. Y la economía moderna significaba en ese momento producción industrial. Pero Subercaseaux era suficientemente entendido en materias económicas para saber que el tamaño del mercado chileno era exiguo para el surgimiento de una industria poderosa e innovadora. La solución a este problema lo encontró en la unión aduanera con los países de la región. Fue así como determinó la posibilidad de crear una unión de los Estados de Sudamérica, una gran unidad económica que permitiera a cada nación abarcar unidades económicas más extensas que su propio territorio y al mismo tiempo asegurar una protección frente al imperialismo que en ese momento ya se dejaba sentir por parte de los Estados Unidos de Norteamérica. Era el llamado

Zollverein, término alemán que designaba la unión aduanera y la supresión de aranceles entre Estados culturalmente afines.

En su teoría económica nacionalista Subercaseaux dividió a América del Sur —entendiendo con esta denominación la parte más septentrional del continente, la zona transamazónica— en dos grandes áreas. La "zona pacífica", caracterizada por su riqueza minera, y la "zona atlántica" rica en tierras agrícolas. El plan del economista consistía en producir una unión aduanera que complementara el carácter eminentemente minero de Chile al unirlo con el potencial ganadero de Argentina. Así mismo, Subercaseaux proponía una unión aduanera con Bolivia para crear un monopolio minero. Posteriormente, otros nacionalistas extendieron esta unión a Paraguay y Uruguay de manera de crear una gran potencia económica del Cono Sur. «*Esto se consigue principalmente por medio del Zollverein o unión aduanera. La unión aduanera de uno o más estados, el Zollverein como se dice en alemán, consiste en la adopción de una misma tarifa de derechos de internación para las mercaderías que proceden de los demás Estados, o sea del extranjero, a la vez que en el establecimiento de la más completa libertad comercial entre los estados pertenecientes a la unión; de tal manera de constituir con ellos una agrupación unida entre sí por los lazos del libre comercio y protegida contra la competencia industrial del extranjero por una común tarifa aduanera. El muro de los derechos de internación que separara entre sí a diversos países, desaparece desde el momento en que se establece entre ellos la unión aduanera. Esta combinación, tiene desde luego, el maravilloso efecto económico de*

complacer igualmente a los librecambistas y a los proteccionistas. ¡Curiosa conciliación de tendencias tan opuestas! Los librecambistas aplauden, porque se suprimen las barreras aduaneras que separaban dos o más Estados, y se aumenta de esta manera la superficie territorial, sobre la cual se extiende el régimen del libre comercio. Los proteccionistas aplauden también, porque se amplía la zona protegida, facilitándose así el desarrollo industrial y comercial dentro de los límites de dicha zona. Se constituye de esta manera una entidad económica más poderosa, sobre todo, si dentro de la unión aduanera se abarcan zonas de diferente producción, como ser las tropicales, las semitropicales, las templadas y las frías. La ampliación de la zona protegida, permite una más perfecta división del trabajo: unas regiones se dedican de preferencia a tal ramo de la producción y las otras a tal otro ramo»[33].

La unión aduanera de Subercaseaux era el primer paso a la unión de los Estados Unidos del Sur, una gran asociación política que permitiera la creación de un extendido mercado interno. Esta unión era fundamentada en el parecido étnico-cultural e histórico entre los países del Cono Sur. Con todo, esto no debe ser entendido como una postura orientada a la disolución de la nación chilena y su identidad. Subercaseaux parecía explorar nuevas formas de organización comunitaria, estructuras un poco menos formales en su institucionalidad jurídica, pero sin dejar de lado las diferencias naturales entre los

33 Guillermo Subercaseaux. Nuevas Orientaciones de Política Internacional Sudamericana.

pueblos. Subercaseaux veía en su plan sudamericanista una forma de engrandecer a Chile integrándolo a una entidad más poderosa y resistente ante los ataques de las grandes potencias industriales e imperiales que le acechaban durante las guerras comerciales de principios de siglo. Esta protección del pueblo chileno bien valía sacrificios incluso territoriales en una época en que Chile tenía grandes problemas fronterizos con sus vecinos, problemas que en no menor medida era fomentados por las potencias mundiales para mantener fragmentada a la región. «*Yo he sido de los que sistemáticamente me he opuesto a toda cesión, total o parcial, franca o disimulada de este territorio, fundado precisamente en la importancia que para un país tiene la extensión territorial. Pero cuando se trata, no de ceder un territorio a un vecino por darse el placer de satisfacerlo, como ha solido proponérsenos, sino cuando se trata de unirse con él para constituir entre ambos una nueva entidad económica y política, la cosa es ya diversa. Si yo cedo sencillamente a mi vecino una parte de mi propiedad, disminuyo mi haber, cerceno mi patrimonio. Pero si yo me asocio con él, o bien, en el caso de tratarse de una vecina bien parecida, si yo contraigo matrimonio con ella, resultará que formaremos entre ambos un haber conyugal, un patrimonio común, mucho más valioso que el que teníamos por separado. He aquí la nueva faz de la cuestión que tenemos que considerar. ¿En qué podrían consistir estas facilidades de salida al Pacífico que deberíamos conceder a Bolivia? Esto dependería de las negociaciones que se entablaran al respecto. Pero cabe insinuar la idea de constituir en Tacna y Arica un territorio neutral, administrado de común acuerdo*

por los Gobiernos de ambas Repúblicas, mientras dure la unión o alguna otra fórmula que satisficiera las aspiraciones de Bolivia. Repito que esto no sería ceder una parte del territorio nacional, no sería disminuir la potencialidad económica y política de la patria, sino que, muy por el contrario, ensanchar considerablemente el horizonte de su grandeza»[34].

Años después la teoría de la unión política iberoamericana bajo las banderas del nacionalismo fue tomada por el novelista chileno Joaquín Edwards Bello —declarado admirador del nacismo chileno y del APRA peruano— en su libro "El Nacionalismo Continental" de 1926.

El texto de Edwards Bello —descendiente del influyente venezolano radicado en Chile Don Andrés Bello— exigía la independencia cultural del continente americano en especial de la influencia europea. Esta falta de riqueza cultural era producto de la fragmentación continental, el desmembramiento de América, de "Nuestra América" como la llamó el novelista. Había que recobrar el idealismo —de matiz religioso— del patriotismo, de la patria chica y la patria grande. Era bajo esta unión que el individuo se proyectaba trascendiendo su aislamiento. En partes de su obra Edwards Bello incluso culpó a los padres de la patria por el desmembramiento de la unidad colonial y también a la burguesía sirviente de los capitales anglosajones que luego habían mantenido la división por beneficio comercial. El nacionalismo continental era una vuelta a

34 Guillermo Subercaseaux. Nuevas Orientaciones de Política Internacional.

la raíz cultural hispánica americana y por cierto un rechazo al liberalismo anglosajón.

LA POLÍTICA SOCIAL NACIONALISTA.-

Subercaseaux fue un agente constante en la labor de dotar de fundamento ideológico al naciente nacionalismo político. Poco a poco fue consolidando una doctrina política que terminaría llamando "Social Nacionalista" o "Nacional socialista".

El Socialismo nacionalista había llegado a Chile gracias a la penetración de ideas mayormente alemanas. La prusianización del Ejército a fines del siglo XIX y principios del XX, originada a partir de la contratación de oficiales del Imperio Alemán para la preparación profesional chilena, significó la absorción del llamado "Socialismo Prusiano", ideología que promovía la solidaridad social y el Estado de bienestar en oposición al individualismo y a la economía liberal.

Subercaseaux estaba muy al tanto de las nuevas tendencias del socialismo nacional, por eso publicó en 1932 "La Política Social Nacionalista Moderna: A la Juventud Chilena que Estudia y Piensa". En el texto el nacionalista puso especial energía en hacer entender que el socialismo del nacionalismo no era el socialismo igualitarista del marxismo. «*El movimiento político moderno que llamamos social nacionalista y que otros llaman nacional socialista es una reacción contraria al liberalismo individualista y libre*

cambista. Es, en efecto, una reacción en contra de la doctrina que limita la intervención del Estado en la vida económica. Sustenta, por la inversa, la principal intervención de los poderes públicos con el fin de mejorar las condiciones de vida de las clases pobres, pero respeta las normas de la libertad individual y la propiedad privada. En esto se diferencia esencialmente del socialismo propiamente tal. Esto constituye el aspecto social o socialista de la política moderna. Sustenta además esta política el principio de la intervención del Estado en los referentes de la producción de la riqueza con el fin de fomentar y regular la producción agrícola e industrial y el movimiento comercial. Esto es lo que constituye su aspecto nacional o nacionalista. (…) Agitar el pendón socialista es una cosa. Hacer alta política social nacionalista es otra cosa bien diversa. Por lo que hace al aspecto social esta política encierra una justificada aspiración de las masas obreras y de las clases pobres en general a mejorar las condiciones de su vida económica. No sería progresista el gobierno que desconociera un ideal tan característico de la época moderna. Si atendemos el aspecto nacionalista, las intervenciones del Estado en la vida económica resultan, sin duda, convenientes si son bien concebidas y se llevan a la práctica con discreción»[35].

Para Subercaseaux el socialismo nacionalista era una política "Social sin caer en el socialismo y nacional sin caer en el antiguo mercantilismo". Con esto último se refería a las políticas autárquicas de los absolutismos monárquicos que durante el tiempo en el cual Chile fue colonia impedían el comercio con

35 Guillermo Subercaseaux. La Política Social Nacionalista Moderna.

naciones diferentes al Imperio Español. El socialismo nacional era para los nacionalistas la única posibilidad política para evitar la lucha de clases. Un Estado fuerte y delineador de las políticas nacionales evitaba además la dictadura del proletariado, así como el control de una oligarquía individualista y apátrida.

PARTIDO NACIONALISTA.-

En 1913 Guillermo Subercaseaux fundó la Unión Nacionalista, a partir de un grupo de hombres provenientes de todos los partidos políticos. Querían dejar atrás el atavismo político de la fronda, el doctrinamiento religioso, la apatía por los problemas sociales y la falta de patriotismo. La Unión Nacionalista pretendió ser una corriente de opinión, un afluente de ideas renovadoras bajo el tutelaje de los incipientes ideales nacionalistas. «*Profundamente convencidos de la imperiosa necesidad de dirigir las orientaciones de nuestros partidos hacia la consideración de todas esas grandes cuestiones de orden económico, social, internacional, político y administrativo, que reclaman a gritos una pronta solución, organizamos, tres años atrás, la Unión Nacionalista; institución de carácter especial, que si bien determinaba un programa de acción política, no era, sin embargo, un partido propiamente tal, sino más bien una corriente de opinión esparcida en los diversos partidos existentes, y compatible, por lo tanto, con todos ellos. Depositamos en aquella ocasión nuestro programa en poder de los diversos partidos. Desgraciadamente, tanto los unos como los otros se han despreocupado por completo de realizarlo (…) Pero necesitamos*

algo más, necesitamos un hogar político, un hogar que no sea agencia de empleos, ni camarilla de poliquerismo, sino un crisol en el que vayan a fundirse todas las nobles actividades cívicas de los que buscamos para nuestra patria, progreso económico, bienestar social y orden administrativo, dentro de la serena atmósfera de tolerancia y de respeto. La Unión Nacionalista ha hecho ya una labor interesante; ha difundido nuestros ideales de norte a sur de la República y ha venido a manifestar con claridad las simpatías profundas con que a ellos adhiere la gran mayoría de la opinión. Nuestras leyes no podrán prescindir en adelante del espíritu nacionalista. Para consolidar esta nueva orientación política, damos ahora el carácter de partido a nuestra Unión. No podemos consentir en silencio que, so pretexto de ciertos ideales de un orden doctrinario religioso, continúe nuestro pueblo obrero llevando la vida miserable, alcohólica y haraposa que arrastra en nuestros días»[36].

El flamante Partido Nacionalista, nacido en 1916, contó prontamente entre sus miembros a intelectuales y políticos como Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Alberto Edwards, Francisco A. Encina y Luis Galdámez. El ideólogo, financista y líder fue Guillermo Subercaseaux. Iniciando una tradición del nacionalismo chileno Subercaseaux fue nombrado "El Jefe", autoridad máxima del partido.

Para 1916 la ideología nacionalista contaba con una sólida base doctrinaria y programática. Estos fundamentos servirían por años de cimiento ideológico a las más variadas agrupaciones nacionalistas. Muchos de estos puntos se lograrían concretar con

36 Partido Nacionalista. Manifiesto.

el paso del tiempo. «*El Partido Nacionalista considera que, en las actuales circunstancias y mientras no se realice la evolución material del país hasta el logro de su más completa independencia económica, es de absoluta y preferente necesidad dirigir la acción del Estado hacia la solución de los múltiples problemas de índole económica y social, que aquella misma evolución reclama. Considera, así mismo, que es indispensable llevar a nuestra vida pública los más altos principios de integridad moral. En consecuencia, declara como normas fundamentales de su acción política: 1. La prescindencia de toda cuestión de carácter religioso en el seno del partido, el cual deja a sus miembros en la más amplia libertad para sustentar u defender las creencias que profesen; 2. La decidida protección a las industrias nacionales, y el fomento y expansión de todas las fuentes productoras, por los medios más conducentes al alcance del Estado; 3. La nacionalización de todas aquellas industrias que por su naturaleza, se presten para ser explotadas por empresarios chilenos o extranjeros radicados en el país; 4. La intervención del Estado en la protección a las clases trabajadoras, y en la salubridad, higienización y embellecimiento de nuestras poblaciones; 5. El desarrollo y expansión del comercio nacional, por los medios directos o indirectos que se estimen más adecuados; 6. La adopción de una política comercial estable que nos conduzca a la más estrecha unión económica con las naciones limítrofes: 7. La reforma del sistema monetario imperante, sobre la base del padrón oro, a fin de asegurar la estabilidad del cambio internacional; 8. La reforma de nuestro sistema tributario, en el sentido de cimentarlo principalmente sobre contribuciones directas*

proporcionadas a los recursos de cada ciudadano; y la reorganización financiera del Estado, evitando en lo posible gastos irreproductivos; 9. La enseñanza primaria obligatoria, pero libre —para que cada padre de familia pueda elegir la escuela de sus hijos—, como base fundamental del progreso económico, del orden moral y de las energías cívicas del país; 10. La ampliación de la enseñanza técnica en todas sus ramas y en todos sus grados, en relación con el incremento de nuestras fuentes productoras, y la reforma de nuestra enseñanza secundaria, adaptándola a las exigencias de la vida económica y al progreso de la cultura nacional; 11. La creación de los estudios científicos universitarios, con fines desinteresados de pura investigación, aplicada de preferencia al conocimiento del país y de los problemas nacionales; 12. El robustecimiento del Poder Ejecutivo, hasta implantar un régimen de gobierno que dé garantías de estabilidad política y de eficaz acción administrativa; dentro de la más absoluta libertad electoral»[37].

Guillermo Subercaseaux fue el líder del partido, además de producir material ideológico bajo su nombre y en defensa del programa y los ideales del partido. En 1918 publicó "Los Ideales Nacionalistas ante el Doctrinarismo de Nuestros Partidos Políticos Históricos". En el texto Subercaseaux marca la gran diferencia entre el nacionalismo y los partidos históricos. Mientras los segundos divagaban con abstracciones moralistas y metafísicas, los nacionalistas estaban abocados a la política, a la economía y al ordenamiento concreto de la República para obtener progreso y bienestar. «*¿Cuáles son las orientaciones*

37 Partido Nacionalista. Bases Fundamentales.

positivas del nuevo Partido Nacionalista? ¿Cuál es la diferencia ultima con que caracteriza sus aspiraciones de bien público? El programa nacionalista ha nacido de un estudio hecho sobre las principales cuestiones del orden económico, social, administrativo e internacional que más interesan a nuestra Republica en los momentos del presente. Este estudio se ha realizado con prescindencia de todo sectarismo y teniendo siempre presente el criterio de los intereses económico-nacionales. El progreso económico de la nación y el mejor aprovechamiento de las riquezas nacionales por los chilenos, he aquí los rumbos más característicos de nuestra política. Pero, como para que pueda realizarse el progreso económico y el bienestar social, se hace indispensable la constitución de un gobierno capaz de dar orientaciones a la política y de mantener una buena administración, los nacionalistas hemos de atribuir también especial importancia a este punto. La acción del partido nacionalista debe, pues, dirigirse a despejar el camino de las luchas político-religiosas, trabadas entre ambos extremos de nuestro desgraciado doctrinarismo, para dar paso a las reformas que reclama el progreso nacional. Es característica del espíritu nacionalista, un cierto realismo o positivismo para juzgar la importancia de los fines en la vida política; en vez de aferrarse a ciertos principios absolutos de un carácter social o religioso, que a nada práctico conducen, como los de los partidos a que me he referido, prefiere buscar soluciones prácticas a las cuestiones de más palpitante actualidad»[38].

LA OPINIÓN.-

38 Guillermo Subercaseaux. Los Ideales Nacionalistas.

En 1915 Tancredo Pinochet fundó el diario "La Opinión. Diario Nacionalista". Intentaba dar a conocer y difundir el ideario del Partido Nacionalista de Subercaseaux en un público que sólo entendía de izquierdas y derechas, o como se llamaban en esa época, de la Alianza Liberal y la Unión Nacional. «*Todo lo anterior demuestra sólo una cosa: que el término nacionalista aplicada a una nueva corriente de opinión, y muy posiblemente más tarde a un poderosos partido político que agrupe a los hombres más patriotas de todos los partidos, no está todavía bien definido, no es bien comprendido. Está en la consciencia de muchos, en la subconsciencia de todos; pero falta explicarlo, falta conocerlos. Nosotros, en este diario, nos hemos esforzado y así seguiremos esforzándonos por persistir con nuestra actuación lo que es el programa nacionalista*»[39].

La Opinión invitaba a conocer el programa del nacionalismo chileno agrupado en la Unión Nacionalista y posteriormente en el Partido Nacionalista. En el diario era común encontrar un continuo exaltar de los valores de la lucha por la existencia, el esfuerzo, el emprendimiento. Eslóganes como "Todo chileno debe poseer un pedazo de tierra", "lee La Opinión y orientaremos tus ambiciones", o "La Opinión te hará pequeño industrial", eran formas que empujaban a la industrialización y el desarrollo técnico nacional de la mano de emprendedores transversales y hombres de acción provenientes más allá de la cerrada oligarquía.

---

39 La Opinión. Diario Nacionalista. Aliancista Nacionalista. Mayo 1916.

En las páginas de La Opinión se podían leer entrevistas a los líderes del nacionalismo, en especial a Luis Galdámez y Guillermo Subercaseaux, los cuales daban a conocer los objetivos y programas del nuevo partido político. Así, con ánimo resuelto, se inició la campaña parlamentaria de 1918 la cual sin embargo, no dio buenos resultados para el incipiente Partido Nacionalista. El problema fue afrontado de cara al público, a través de las páginas del diario liderado por Pinochet. "El Partido Nacionalista explicará al país las causas de su derrota", titulaba "La Opinión" el 4 de marzo de 1918 a raíz del fracaso de los dos líderes nacionalistas en su intento de obtener un escaño parlamentario.

Galdámez se lamentaba de la derrota señalando como causas principales al desconocimiento del programa nacionalista por parte del país y a la competencia desleal. El Partido Nacionalista no había incurrido en el habitual cohecho o compra de votos, así como tampoco había tenido los medios necesarios para difundir su mensaje. Galdámez quería "votos conscientes", una fuerza "basada en la convicción" y en los ideales de justicia social e identidad nacional. El nacionalismo chileno era una idea política que quería cambiar el estado de cosas de una sociedad que no aguantaba más el juego oligárquico en materia política y social.

Pero las verdaderas causas de la derrota del primer nacionalismo tuvieron relación con la coyuntura política. Ante el avance de la llamada cuestión social y el abandono del

doctrinarismo político no sólo el nacionalismo surgió como entidad política renovadora. También las fuerzas tradicionales reaccionaron presentando una nueva cara a la ciudadanía. El Partido Liberal por ejemplo levantó la figura de un demagogo demoledor, el abogado Arturo Alessandri. Como uno de los líderes de la Alianza Liberal, Alessandri llevó a este conglomerado a la aplastante victoria de 1918 de la cual el nacionalismo salió tan derrotado. El liberalismo tenía el poder y el dinero suficiente para lograr grandes victorias políticas pero además tenía una nueva arma, toda la demagogia populista del nuevo tipo de político que era Alessandri, uno volcado a la calle, fuera de los palacios oligárquicos, y compenetrado de los anhelos populares.

El tsunami político del liberalismo alessandrista sepultó a las demás fuerzas sociales. El Partido Nacionalista dejó de existir para las elecciones presidenciales de 1920 abrigando la esperanza que su ideario político fuera representado por el candidato y futuro presidente Alessandri. Sin embargo, la solución liberal no tenía cómo resolver los problemas nacionales. Los mismos vicios y atavismos políticos siguieron expandiéndose terminando, en 1924, en una crisis política que revolucionaría el país.

* * *

CHILENOS A LA ACCIÓN

El despertar social de los trabajadores y la clase media chilena tomó por sorpresa a la oligarquía nacional. En una primera instancia se creyó apaciguar las críticas a través de un viejo truco frondista. El candidato "izquierdista" Arturo Alessandri logró llegar al gobierno en 1920 luego de una candidatura llena de promesas de cambio y justicia social. Pero una vez en el gobierno el viejo juego parlamentario logró bloquear o dilatar todo esfuerzo en esa materia. Por lo demás el presidente Alessandri tampoco mostró mayor apuro en cumplir sus promesas electorales. En este estado de cosas surgió el poder revolucionario de la oficialidad joven del Ejército, un grupo de militares fuertemente influidos por el pensamiento social de los primeros nacionalistas.

El modelo de desarrollo industrial y nacional que habían promovido los ideólogos de la generación del centenario resurgiría con fuerza con los militares que se alzaron en la revolución del año 1924. La revolución nacionalista también adoptaría las tesis de expansión del Estado del Social Nacionalismo así como la ampliación de poderes del jefe de Estado en desmedro del reducto partidista. El Estado de bienestar estructurado a través de los órganos estatales y paraestatales surgiría de la mano de los reformadores militares para crear el llamado "Chile Nuevo". Encarnaría ese ideario la

figura del General Carlos Ibáñez del Campo, uno de los líderes de la revuelta y posterior presidente de fuertes ideas nacionalistas.

Una vez que Ibáñez dejara el poder, el nacionalismo a través de diversos movimientos se mantendría como una fuerza siempre latente en la escena política nacional. Esta segunda generación de nacionalistas estuvo orientada por tanto a la acción. La toma del poder se vio ideológicamente como una necesidad imperiosa, la única forma de despojar a la oligarquía del control social y estatal. El recuerdo del alzamiento militar y los profundos cambios sociales logrados con ese acto mantuvo en permanente vigilia a las fuerzas nacionalistas para ahondar en la revolución que Chile necesitaba para alcanzar el anhelado Estado Unitario. En este sentido destacaría el Movimiento Nacional Socialista de Chile. Una organización que heredaba la tradición social nacionalista inaugurada por Subercaseaux y a la cual sumó toda una cosmovisión espiritual e idealista de lucha y sacrificio.

PENSANDO EL CHILE NUEVO.-

La nueva oficialidad del Ejército chileno de principios del siglo XX estaba fuertemente politizada. Por una parte, esta nueva generación había absorbido las nuevas ideas del socialismo jerárquico que habían traído sus instructores prusianos durante el período de modernización impulsado por el Ejército en la etapa posterior a la Guerra del Pacífico. Los oficiales alemanes

que habían llegado a Chile para instruir al Ejército chileno traían una nueva forma de jerarquía militar, un sistema que había logrado romper con el muro aristocrático y noble que bloqueaba el camino a la oficialidad en el antiguo Ejército imperial. El nuevo Ejército prusiano fomentaba la acción y pensamiento individual, la toma de decisiones particulares y le daba mucha importancia al rol social del Ejército. Todas esas ideas —conocidas también como socialismo prusiano— germinaron en una camada de oficiales jóvenes, formados en las primeras décadas del siglo, soldados que veían a sus superiores —la vieja escuela afrancesada— como una generación superada y anticuada. Este salto generacional implicó también cierta rebeldía y desprecio abriendo una brecha espiritual, política y disciplinaria muy marcada.

La antigua generación de Ejército era tradicionalista, burocrática, vinculada a la oligarquía y muy frondista. La nueva generación en cambio tenía muchos más elementos de la clase media, era audaz en sus decisiones, tenía consciencia política de corte social y nacionalista, admiraba el juicio autónomo y no tenía vínculos con la oligarquía, por el contrario, miraba a este grupo como el causante de los males del país así como también del impedimento de sus propios ascensos en la jerarquía militar. Para 1924 los grupos de oficiales descontentos eran numerosos y había una clara conciencia revolucionaria.

El 5 de septiembre de 1924 comenzaría la revuelta. Iniciada casi por casualidad desató una vorágine política sin precedentes.

Un grupo de oficiales jóvenes se presentó en el Congreso a la hora de la votación para asignar mayores sueldos a los congresistas. Los militares hicieron sonar sus sables en señal de protesta generando temor y recriminaciones políticas. El presidente Alessandri creyó poder utilizar a estos militares para hacer avanzar ciertas materias sociales estancadas por meses en el Congreso, pero finalmente cayó víctima del profundo descontento nacional.

Las peticiones de aquel improvisado grupo de militares —la Junta Militar de septiembre— tuvieron un tono amenazante que sorprendió a la clase política y que derivó en la renuncia del presidente y la entrega del poder a una junta de oficiales de alta graduación, la llamada Junta de Gobierno.

La Junta de Gobierno siempre chocó con la Junta Militar. La oficialidad superior no tenía planes revolucionarios ya que estaba totalmente inserta en el esquema oligárquico. Esta Junta de Gobierno, en manos de los generales Altamirano, Bennett, Dartnell y el almirante Nef, no tenía ninguna ideología y se remitió tímidamente a administrar el vacío de poder. La Junta Militar en cambio, era la que mantenía el espíritu revolucionario. Su negativa a disolverse generó graves tensiones las cuales culminaron en un nuevo golpe —enero de 1925—, esta vez en contra de sus superiores al mando del gobierno.

Uno de los hombres de armas que más destacaría y que luego pasaría a integrar el cerrado círculo de la Junta Militar fue

el coronel y líder revolucionario Carlos Ibáñez del Campo, futuro presidente y gestor del "Chile Nuevo", aquel nuevo orden nacional post-oligárquico. También el coronel Marmaduke Grove, un socialista de fuertes tendencias nacionalistas, y el comodoro Arturo Merino Benítez fueron hombres gravitantes en la política revolucionaria de aquellos años. En graduación algo más baja destacaron los capitanes Oscar Fenner, Amaro Pérez, Carlos Millán y David Bari. También los tenientes Alejandro Lazo y Mario Bravo.

La ideología de la Junta Militar se plasmó en el llamado "Manifiesto del 11 Septiembre", nombre emanado de la fecha de su redacción. El historiador Gonzalo Vial indicó como autores intelectuales del manifiesto a Fenner y Millán. Su contenido toma evidentemente mucho de la doctrina nacionalista elaborada la década anterior. Primero un "apoliticismo", es decir, un alejamiento a los partidos oligárquicos. En el texto se culpa a este sector de la corrupción, gangrena política y estado de miseria popular, situación que estaba llevando a la fractura nacional. Fue tan marcada la desconfianza ante los políticos que la Junta Militar prohibió cualquier contacto con ellos para llegar a una solución. De ahí que esta creó una serie de comisiones para articular los cuerpos intermedios de la sociedad como una forma de mediación política que trascendiera a la oligarquía. Los militares revolucionarios se contactaron con distintos gremios y sindicatos así como grupos de estudiantes y agrupaciones civiles como forma de encontrar una solución a la grave crisis. Estos

contactos, fluidos en un inicio, fueron hábilmente desincentivados por la clase política y en no menor medida por la misma intransigencia clasista de sectores gremiales exaltados.

Otros temas exigidos por la Junta Militar fueron la creación de un Banco Central, un impuesto a la renta —que desató las iras de la oligarquía—, leyes contra le especulación bursátil, una Asamblea Constituyente, leyes sociales, entre otras medidas calificadas por Vial como "antioligárquicas, intervencionistas y socializantes". Todo lo anterior, obviamente, bajo el paraguas del nacionalismo. Harry Scott, uno de los pocos expertos en la ideología de los revolucionarios septembrinos, fue especialmente enfático al exponer el fundamento nacionalista de las exigencias sociales del movimiento de septiembre. «*El movimiento Militar de Septiembre —casi es innecesario decirlo, ya que se originaba en una institución donde se exaltan las virtudes patrióticas y se inculca un espíritu nacionalista— fue realizado dentro de una concepción nacionalista de la política. Remitiéndonos nuevamente al Manifiesto de la Junta Militar, el suyo era un movimiento nacional "de todos y para todos", sin distinción de "sectas o partidos, dirigidos igualmente contra tiendas políticas que deprimieron la conciencia pública". Para lograr la regeneración nacional era necesario el concurso de todos los chilenos, "unidos por el sano propósito de salvar la República". (…) El nacionalismo político de los revolucionarios también se expresa en el campo económico. (…) Alza de la tasa arancelaria, protección a las actividades productivas internas. No se le daba mayor importancia al principio del libre comercio. Este debía estar sujeto a la "conveniencia*

nacional", según aparecía más tarde en un artículo en el Memorial del Ejército de Chile: "en la vida diaria de las naciones se presentan circunstancias que obligan a dictar medidas de protección y defensa que amparen al trabajo nacional, para librarlo de la concurrencia despiadada de otras naciones o para ponerlo en mejores condiciones de lucha"»[40].

EL EJÉRCITO ANTE LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES.-

A muchos tomó por sorpresa la exacerbada politización de los hombres de armas durante los sucesos de los años 1924 y 1925, pero la verdad es que tanto de forma privada como a través de las publicaciones institucionales los militares más jóvenes venían mostrando una clara tendencia al social nacionalismo en la misma línea expresada por Palacios y Subercaseaux. Un caso particular fue el de David Bari, capitán revolucionario —miembro de la Junta Militar— quien publicó en 1922 el libro "El Ejército ante las Nuevas Doctrinas Sociales". Texto mediante el cual su autor mostraba claramente que al menos un sector del Ejército comulgaba con las políticas que exigían justicia social a través de un socialismo nacionalista de corte proteccionistas, antiliberal y antimarxista.

El texto del capitán Bari recuerda mucho los postulados del posterior Manifiesto del 11 de septiembre de 1924. En su libro Bari proponía la unidad social como contraparte a la profunda división causada por la indolencia oligárquica. Esta unión,

40 Harry Scott. Pensando el Chile Nuevo.

aseguraba el capitán, sólo se podía lograr por medio de la mediación del Ejército, la institución más patriótica y "socialista". Para Bari el Ejército era verdaderamente democrático. De partida en esta institución se había derramado "sangre de grandes y pequeños, de intelectuales y de campesinos". Además, en el Ejército se impartía una educación igual para ricos y pobres, una educación cargada de valores patrióticos y de una ética guerrera que templaba el alma alejando a las clases populares del vicio e instruyéndolas de un modo que era impensado en la instrucción pública. Para este militar el Ejército y el pueblo debían ser una sola cosa. «*Aún después de haber terminado su período de conscripción, el individuo educado en el Ejército no debe serle extraño al oficial, sino que debe seguirlo en su actividades civiles, para lo cual, aquellos de mayor versación literaria o con mejores disposiciones oratorias, deben inscribirse para dar conferencias periódicas en los círculos y asociaciones obreras, recordándoles en ellas las lecciones de moral humana y los deberes contraídos con la patria*»[41]. El Ejército para Bari era el arquetipo de la unión nacional, un ideal a seguir para consolidar el Estado Unitario.

Por otro lado Bari enfatizó mucho el contacto entre el Ejército y los demás cuerpos intermedios. El objetivo de los contactos entre las organizaciones de trabajadores y la institución armada era contrarrestar la penetración del socialismo internacionalista e igualitarista, considerado

41 David Bari. El Ejército ante las Nuevas Doctrinas Sociales.

disolvente y contrario al verdadero socialismo nacional que pregonaba Bari, los nacionalistas y la oficialidad joven del Ejército. En esto Bari fue tajante, su socialismo era respetuoso de las leyes y tradiciones nacionales y respondía a la "protesta justa" situándose en contra "del egoísmo de los hombres y la indolencia de los gobernantes". Estaba en contra del anarquismo y el socialismo igualitarista y antipatriótico. Aquel que rechazaba las jerarquías humanas, las tradiciones propias y las diferencias entre los pueblos. El capitán Bari rechazaba además la lucha de clases enfatizando el carácter gremial de las asociaciones de trabajadores, pero no su tendencia a la lucha fratricida.

Quizás esta preocupación de los oficiales nacionalistas por estrechar vínculos con los cuerpos intermedios marcó el inicio de una de las grandes tesis del nacionalismo, el corporativismo. Sumado al fortalecimiento del poder soberano del jefe de Estado y la expansión estatista, otra forma de contrarrestar el poder de los partidos oligárquicos fue la de fortalecer la base de la comunidad a través de su organización política. La llamada construcción de la "Comunidad Orgánica" fue una prioridad del nacionalismo por décadas rivalizando en ciertos momentos con la tesis del fortalecimiento estatal y presidencial. Los cuerpos intermedios como entes más gravitantes en la administración del Estado fue un dilatado anhelo nacionalista. En este sentido Bari proponía al menos un rol asesor de las fuerzas productivas y sectoriales en especial el Ejército, matriz de la nacionalidad. «*El*

Estado, cuyas funciones legislativas son tan varias, necesita forzosamente técnicos especialistas para integrar las diversas comisiones de estudio. (…) El Ejército debía contribuir con su palabra y con sus conocimientos profesionales a las tareas legislativas de la nación, y es preciso que obtengan varios asientos en las Cámaras a fin de que puedan orientar el criterio de gobierno en todas aquellas leyes que se refieren a la seguridad del Estado»[42].

Económicamente, el capitán Bari —y posteriormente la Junta Militar— rechazaba el liberalismo para abrigar más bien un proteccionismo en la línea planteada por los primeros nacionalistas. Este proteccionismo no consistía en un plan económico irrealizable, ajeno a la realidad mundial, sino una tendencia a sustraerse de aquellas reglas del libre mercado que afectaban los intereses nacionales. Lo anterior bajo la figura de un Estado presente y activo en la labor económica.

ACCIÓN NACIONALISTA DE CHILE.-

La Junta Militar de septiembre de 1924 —devenida en gobierno en enero de 1925—, luego de varios meses de administración y arduas reformas terminó llamando a Alessandri para que normalizara al país con un gobierno civil y democrático. Sin embargo, el gobierno militar puso la condición implícita de reformular la constitución para terminar con el parlamentarismo liberal. Lamentablemente el presidente fue nuevamente víctima de juego político oligárquico abandonando

42 David Bari. El Ejército ante las Nuevas Doctrinas Sociales.

una vez más su cargo ante su propia ineficiencia administrativa. Asumiría el presidente Figueroa, un mero títere del verdadero poder entre las sombras, el ministro Carlos Ibáñez, guardián de los verdaderos objetivos revolucionarios. Para 1927 el coronel Ibáñez asumiría la presidencia por primera vez.

En el gobierno de Ibáñez se llevarían a cabo casi todas las reformas pendientes que emanaban del ideario revolucionario y nacionalista de septiembre. Especialmente importante fueron sus leyes de seguridad social y del trabajo. La modernización del Estado y la producción industrial además de una fuerte política de obras públicas pusieron a Chile en la senda del desarrollismo nacionalista. A su vez, en este período se consolidó la incursión de la clase media y trabajadora en la política y la cultura de la nación. Sin embargo, y a pesar de esta pujanza y fortaleza económica, el gobierno no creyó en la repercusión que en Chile tendrían los graves sucesos de la Gran Depresión mundial de 1929, por lo que no tomaría a tiempo las medidas necesarias para contener la crisis. Con todo, el gobierno de Ibáñez soportó buenamente tres años la crisis mundial. Sólo para 1931 llegó con fuerza la onda expansiva a Chile dañando profundamente una economía dependiente de las exportaciones mineras y el poder comprador internacional. Ante esta crisis económica los dos grandes enemigos de Ibáñez, el comunismo y las fuerzas conservadoras, se aliaron para desestabilizar el gobierno y forzar su salida. A raíz de estos eventos se inaugurarían más de doce meses de anarquía, golpes de Estado y gobierno erráticos.

El gran clima de inestabilidad política del año 1932 fue caldo de cultivo para la creación de una gran variedad de grupos, partidos y movimientos políticos como no había sucedido nunca en la historia de Chile. Si hasta 1924 existían en Chile cinco o seis partidos oligárquicos, para 1932 en la escena nacional había más de treinta entidades representativas de las más variadas facciones sociales.

Dentro de esta efervescencia política surgieron varias agrupaciones nacionalistas. Algunas representaban más bien un nacionalismo errático. Eran agrupaciones patrióticas defensoras de la República tradicional y las tendencias liberales y por tanto no tuvieron una ideología propiamente nacionalista. Entre estos grupos podemos contar a la Liga Nacionalista, también la Unión del Esfuerzo Nacional, Falange Portales, la Asamblea Nacional de Acción Cívica y en menor medida la Liga Social Nacionalista —cuyo máximo líder fue Alfredo Ewing, militar cercano a la Junta de Gobierno—, quizás la más cercana a un verdadero nacionalismo revolucionario.

No obstante, serían otras entidades políticas las que recorrerían realmente un camino en pos de un genuino nacionalismo ideológico. Una de ellas fue la Acción Nacionalista liderada por el excomandante en jefe del Ejército general Francisco Javier Díaz Valderrama (Santa Cruz, 1877 – Santiago, 1950).

El general Díaz figuró políticamente a consecuencia de su participación en la Junta Militar. Fue por lo tanto un nacionalista revolucionario. Luego de que Ibáñez asumiera como ministro del Interior —y gobernante en las sombras— Díaz fue su subsecretario. Una vez presidente el general Ibáñez lo nombró Comandante en Jefe del Ejército, cargo que en esa época era llamado Inspector General.

Díaz Valderrama fue un gran intelectual. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua, destacó como un escritor prolífico en materias de historia militar, cultura y política. Una vez en retiro se dedicó a la política contingente. Su gran eje ideológico fue siempre el concepto de "La Nación en Armas", un nuevo orden de carácter social, nacional y democrático basado en la hermandad guerrera.

El general Díaz defendió siempre al "verdadero socialismo", el mismo social nacionalismo que difundió Guillermo Subercaseaux. Uno nacional, revolucionario en su aspecto transformador más no violento o anti-democrático. Todo indica que el concepto del "social nacionalismo" lo aprendió en Alemania mientras estuvo en misión militar. De esa época cultivaba muchas amistades, todas de alto rango y muchas cercanas al movimiento de Hitler, el nacionalsocialismo. Este es un aspecto polémico del general Díaz, quizás la razón de un olvido que no se condice con la importancia institucional y política que tuvo.

Esta era la época en que el socialismo chileno se debatía entre dos vertientes. Primero la nacionalista invocada por la Junta Militar, Ibáñez y la tradición ideológica encarnada en Subercaseaux, Encina, y tantos otros. Y la facción izquierdista que en ese momento empezaban a mostrar algunos ex miembros de la ya disuelta Junta Militar como Marmaduke Grove o el enigmático ibañista Carlos Dávila. Inicialmente bastante unidas, estas dos versiones de un socialismo nacional terminarían por bifurcarse una vez que se organizara el Partido Socialista —donde Grove tendría directa participación—, y este adoptara la ideología marxista como fundamento ideológico.

Díaz Valderrama realizó su primer acto político al fundar la revista "La Defensa Nacional" en 1931. Esta publicación pretendía influir en los miembros del Ejército y civiles cercanos al mundo militar como una forma de ordenar el caos político conduciéndolo bajo la ideología de "La Nación en Armas". Al año siguiente, en plena anarquía chilena y bajo el gobierno de la llamada "República Socialista" —de 30 días de duración y liderada por Grove, Matte y Dávila— Díaz fundó la entidad política "Acción Nacionalista de Chile" presidiendo su directiva. Como vicepresidente actuó Aquiles Vergara, militar, antiguo diputado radical y ministro de Justicia de Ibáñez.

La Acción Nacionalista propuso un plan de justicia social basada en el nacionalismo democrático, socialista y proteccionista. Un orden social bajo los parámetros del igualitarismo jerárquico de la milicia. «*La "Acción Nacionalista"*

piensa, como todo el mundo, en la verdad de la premisa, de que no es posible ni la paz ni la prosperidad individual sin la existencia de una paz y una prosperidad colectivas, o más gráficamente, que el peor enemigo de la fortuna propia es la miseria ajena. También cree que no puede defenderse razonablemente el liberalismo económico, es decir al Estado cruzándose de brazos frente a las luchas económicas. En nuestro país, donde han existido las peores manifestaciones de la tiranía capitalista —y aún existen— con intereses usurarios que han terminado por agobiar al trabajo y desorganizar la producción, fuerza es recurrir al Estado para que oriente una política económica-financiera y social bien coordinada y articulada, que permita poner en actividad todas las riquezas que en potencia hay en el alma de la raza y en el seno de nuestro vasto territorio. La "Acción Nacionalista" acepta el capital como factor de producción y servicio social, pero como cree que éste ha de tender siempre a obtener el más alto interés posible, juzga indispensable que sobre él se imponga la autoridad del Estado. La guerra al lucro desorbitado, al agio, a la especulación, y a toda suerte de monopolios que no sea de la comunidad de todos los chilenos, será el concepto medular que informará la política de la "Acción Nacionalista". Organizar sobre bases científicas la producción, orientarla hacia el comercio exterior, proporcionar trabajo y aun hacer obligatorio el trabajo, y hacer que el capital aprenda la disciplina del sacrificio, señalando, es lógico, los límites de ese sacrificio, deberá ser preocupación del Estado»[43].

43 Acción Nacionalista. Ideología de la Acción Nacionalista.

Otra de las propuestas de Díaz fue la una unión panamericana al estilo de lo propuesto por Subercaseaux, es decir, como mecanismo para detener las fuerzas del globalismo financiero. En este sentido Díaz marcó la diferencia entre la propuesta nacionalista y la bolivariana. La primera consideraba mantener las identidades particulares de todas las naciones que la componían en un pacto político económico contra hegemónico. La segunda, según Díaz, era parte del "rosal comunista", es decir parte de la estrategia marxista de subversión nacional, además de rendir pleitesía al capitalismo. La Acción Nacionalista se preocupó de no ser mal entendida en su aspecto socialista. Rechazó categóricamente la lucha de clases e incluso el socialismo "integral", aquel que pretendía el igualitarismo extremo. Ese tipo de socialismo fue tildado como contrario a las leyes de la vida, instinto humano que "desea bienes propios, trabajo propio, y disfrutar íntegramente del producto de su esfuerzo o inteligencia; lo que determinaría la necesidad de aumentar el número de propietarios en lugar de abatir y amenguar el derecho de propiedad". La Acción Nacionalista defendió también el gobierno presidencialista, aunque en un orden administrativo descentralizado, el cual alentaba "el sentido de responsabilidad e iniciativa democrática", al mismo tiempo que evitaba "la formación de oligarquías y camarillas indeseables". De igual forma la entidad de Díaz defendió la igualdad de derechos para todos los habitantes del país incluyendo la entrega de plenos derechos

civiles y electorales a las mujeres —promesa que se cumpliría en el segundo gobierno de Ibáñez.

LA NACIÓN EN ARMAS.-

Para Díaz y la Acción Nacionalista fue muy importante el concepto del Ejército Popular. El socialismo marxista o izquierdista proponía, según Díaz, la subversión del Ejército por considerarlo una fuerza reaccionaria y burguesa. Sin embargo, en Chile el Ejército se había probado como la gran fuerza antioligárquica, la única organización que había hecho posible los primeros cambios sociales de la historia. El Ejército era el principal "Cuerpo Intermedio", constituyéndose como una avanzada de la idea corporativista en el país. Por esta razón Díaz pedía mayor influencia del Ejército en las decisiones gubernamentales por medio de algún mecanismo representativo.

El espíritu guerrero era además un atavismo imposible de evadir. De ahí se tenían que construir las sociedades racionalizando este instinto, espiritualizándolo para no caer en la salvaje crudeza del mundo animal dominado por la lucha más instintiva. René Solar, colaborador de la revista del general Díaz "La Defensa Nacional" establecía este principio fundamental para construir ideologías sociales y políticas. «*Desde que la Tierra deambula por los espacios infinitos, ella ha sido siempre el teatro de una eterna lucha; primero fue la lucha de los elementos entre sí, hasta formarse tierra sólida y el agua; después siguieron combatiendo los enormes animales antediluvianos y aún estos combatidos por los*

elementos terminaron por desaparecer, y los más adecuados para adaptarse al nuevo ambiente subsistieron, se transformaron y dieron origen a los antepasados de los animales que hoy existen. Nosotros los hombres, por el privilegio de nuestra razón, hemos conseguido no mordernos abiertamente unos a otros, pero en el fondo el animal primitivo subsiste, y en cada ocasión lo demuestra. (…) Nosotros, ante el gran libro abierto de la Naturaleza, sólo comprobamos los hechos, y vemos que la lucha existe eternamente y que ella es una manifestación de la vida misma»[44].

La milicia era, por lo tanto, una estructura básica de la sociedad, su principio más democrático, el único orden verdaderamente natural hecho sociedad. En este sentido el social nacionalismo de la Acción Nacionalista permitía la consolidación del proyecto político de "La Nación en Armas", modelo de una verdadera democracia, el verdadero socialismo esbozado en los principios del Manifiesto del 11 de Septiembre. Era la unión de los chilenos bajo el principio guerrero de la labor militar; Fuerzas Armadas de base popular.

Díaz se enfrentaba así a la tendencia de profesionalizar los ejércitos sobre la base de la división social, una ideología que separaba la sociedad entre militares y civiles y que fomentaba también la idea del Ejército como una institución desapegada de la realidad nacional. El fundamento de la Nación en Armas fue finalmente un proyecto político social y nacional, democrático,

44 René Solar. La Lucha por la Vida y el Instinto de Combate. La Defensa Nacional N°5. junio 1935.

alternativo al comunismo y al liberalismo. La Nación en Armas era la forma de darle cohesión al espíritu nacional evitando así la división socialista o la explotación capitalista. «*La eficiencia de las instituciones armadas garantiza no sólo la integridad territorial sino también el perfeccionamiento del contenido social de la república. No hay causa de la patria que no interese al Ejército, a la Marina y a la Aviación, así como no hay un solo interés de las fuerzas armadas de la República que no esté íntimamente ligado a la educación del pueblo, a la organización social del país, al progreso y al honor integral de la nación. "La Defensa Nacional" cree, en lo que dice el famoso pensador Montesquieu: "Es necesario que el Ejército sea el pueblo y que tenga el mismo espíritu del pueblo". Sólo cuando el soldado sabe ser un buen ciudadano y cuando cada* ciudadano es capaz de ser un excelente soldado, se da vida a una democracia digna de responder a todos los eventos propios de la vida interna y externa de las naciones»[45].

MOVIMIENTO NACIONAL SOCIALISTA DE CHILE.-

En los meses previos a crear la Acción Nacionalista, el general Díaz se reunió con dos desconocidos nacionalistas ávidos de acción política. Jorge González von Marées (Santiago, 1900 – Santiago, 1962), a la fecha un joven alcalde, y Carlos Keller Rueff (Concepción, 1898 – San Felipe, 1974), destacado economista e intelectual, evaluaron la idea de formar un partido social nacionalista bajo el liderazgo del general. González y

45 Nuestra Ideología. La Defensa Nacional Nº2. mayo 1935.

Keller, que no se conocían entre ellos, quedaron en contacto para colaborar en ese proyecto.

Por razones nunca del todo aclaradas, tiempo después los dos invitados del general Díaz fundaron su propio partido político, el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS) bajo el liderazgo de González, llamado desde ese momento el Jefe. Díaz se incorporaría más tarde.

El llamado nacismo chileno inauguró una nueva etapa del nacionalismo criollo. El MNS fue un partido milicia, revolucionario y popular muy distinto al Partido Nacionalista de Subercaseaux. Por primera vez el nacionalismo adquirió notoriedad pública y raigambre masiva y popular además de extensión nacional. El Movimiento Nacional Socialista fue un verdadero partido de masas, con un amplio apoyo ciudadano en especial en los jóvenes —lo que le valió bajas votaciones en las diferentes elecciones en las cuales participó debido a la norma que impedía ejercer el voto a los menores de 21 años— y amplia participación femenina —le que le significó una merma en su votación también por las restricciones electorales de la época.

El nacional socialismo se esparció en la población y sus militantes fueron los más comprometidos de la época en la lucha política. Ningún otro partido tuvo tantos elementos juramentados a dar la vida por sus ideales, juramento que pagó con la sangre de 64 mártires en apenas seis años de vida, bajas políticas superadas sólo por la represión contra la izquierda

posterior al golpe militar de 1973. Además, el nacismo chileno instauró una nueva forma de hacer política, un verdadero misticismo ideológico y una política de la acción.

El espíritu místico y patriótico del nacional socialismo chileno se fundamentó en tres pilares. Por un lado, la acción de sus militantes, ávidos de aventuras, fanáticos en su ideal, llenos de fuerza vital. Por otro lado, la ideología nacista esparcida en folletos, publicaciones, el diario partidista "Trabajo" y la revista "Acción Chilena". Esta ideología tuvo como organizador y productor al mencionado Carlos Keller, Director de preparación de la jefatura del movimiento. Y por último, el empuje del Jefe del nacismo Jorge González, hombre de ímpetu mesiánico y voluntad titánica.

Keller ha sido catalogado como el gran intelectual del nacismo. Eso puede ser verdad, pero también no es menos verdad que el movimiento no se nutrió tanto de la doctrina intelectual como si lo hizo de la doctrina misma de la acción. Ese fundamento ideológico provenía de una actitud mental, de una comunidad de "almas ardiendo" como describió el político belga Leon Degrelle a sus propios "nacistas". El nacismo chileno fue un movimiento político fundamentado en la acción, en la fuerza volitiva del alma colectiva, en la voluntad de poder de los pueblos.

Con todo, esa cosmovisión fue intelectualizada por Carlos Keller a través de una ideología altamente espiritualista e

idealista que a ratos se asemejó mucho a la filosofía del pensador fascista italiano Giovanni Gentile.

Para el nacional socialismo chileno el verdadero agente de motivación comunitaria era la voluntad humana, el espíritu. Ningún mecanismo o teoría económica, ninguna receta mágica podía reemplazar la voluntad de los grandes hombre y su fuerza motivadora para doblarle la mano a las condiciones materiales. Todos los éxitos en la historia de Chile, así como también todos los fracasos, se debían entonces a la motivación espiritual del pueblo y sus líderes. Fue por estas razones que la gran crisis económica y política que enfrentaba Chile en 1932, año de nacimiento del nacismo, fue catalogada por Keller como una crisis espiritual.

Carlos Keller se nutrió del pensamiento de Oswald Spengler, pero tuvo diferencias sustantivas con la doctrina del pensador alemán. La mayor discrepancia radicó en que el pensador chileno no aceptó la idea spengleriana que hablaba de ciclos deterministas del espíritu, etapas que se asemejaban a los procesos orgánicos de nacimiento, madurez y declive. Para Keller —quien al parecer fue amigo epistolar de Spengler— el espíritu de la voluntad humana podía vencer este determinismo e iniciar nuevos procesos que salvara a los pueblos de lo que para Spengler era un inevitable devenir hacia la disolución. Esta idea marcó la diferencia entre un pesimista como Spengler y un optimista luchador político como Keller.

En su libro de 1927 “Spengler y la Situación Político Cultural de la América Ibérica”, Keller dio a conocer su pensamiento sobre este esperanzador ciclo espiritual chileno. Para el economista, si bien Chile compartía en esencia el gran ciclo occidental y por lo tanto vivía los efectos de la decadencia y agotamiento espiritual, nuevas fuerzas espirituales podían hacer renacer la voluntad de poder y creatividad latentes en el pueblo de Chile.

Con estas ideas en mente Keller desarrolló una cosmovisión histórica heredera de la filosofía de Encina y Edwards. Esta se basaba en las pulsaciones que creaban la cultura, necesarias para transformar a las masas amorfas de gentes en pueblos y Estados Unitarios, creación política última del nacionalismo. Para Keller la América aborigen había creado una cultura singular y auténtica, fruto de las formas anímicas surgidas de esas comunidades etno-culturales. Eso se interrumpió con la Conquista iniciándose la cultura colonial Iberoamericana. Esta también creo formas espirituales propias de la sangre surgida del mestizaje en conjunción con la tierra americana. Aquello también se vio interrumpido por el proceso de Independencia.

Pero con ese acontecimiento no surgió una “cultura nueva”. Chile como entidad autónoma y singular debía crear su propia cultura y formas políticas, pero en vez de eso copió el liberalismo anglosajón. El resultado fue el período de crisis y anarquía que duró desde 1810 a 1830. Chile entonces se ha mantenido “en barbecho”, como decía Keller, en espera del

germinar cultural propio y auténtico. Portales había intentado crear un orden político cultural verdaderamente chileno, y si bien por unas décadas esa labor fue realizada, prontamente fue siendo horadada. La obra portaliana había sido creada sin copia, de forma auténtica, basado en las tradiciones políticas existentes en suelo nacional, actualizado según los desafíos de lo que significaba ser un país independiente y no una patria inserta en un concierto vivo Iberoamericano como fue la etapa colonial. Con Portales se creó la idea de pueblo chileno y se esbozó también la creación del Estado Nacionalista Unitario supraclasista. El Estado es voluntad decía Keller y ciertamente Portales tuvo esa voluntad estatal soberana. Pero justo cuando el Estado Nacional forjaba la nacionalidad las fuerzas liberales empezaron a minar esta labor introduciendo el partidismo y debilitando la figura del jefe de gobierno soberano transformando al Estado en un ente apolítico. El triunfo del partidismo frente al soberano llegaría con la Revolución de 1891. Desde ahí en adelante surgió la terea de reconstruir al Estado Nacional. Para Keller ni las revoluciones de 1924 ni el gobierno de Ibáñez lograron hacer las reformas políticas necesarias para transitar en esa dirección. Tan sólo realizaron una reforma presidencialista dentro de un orden liberal. Faltaba la voluntad comunitaria de darse un Estado, faltaron los grandes hombres —la llamada "crisis de hombres" que denunciaba el poeta Vicente Huidobro en su "Balance Patriótico" de 1925— que le dieran forma a la gran obra de arte política.

El gran declive chileno era para Keller fruto de la falta de pulsión volitiva, falta de aquellas tensiones psicológicas que llevaban a los pueblos a estar siempre cuestionándose la vida y el devenir, a nunca sentirse saciados, a nunca perder el impulso creativo. Eso había sido culpa del individualismo liberal. Chile necesitaba hacer el tránsito desde la cultura colonial a la cultura propia, hacer un gran trasvasije espiritual como había sucedido innumerables veces en la historia de Occidente. Este proceso fue por él llamado "pseudomorfosis", etapa en la cual el nuevo espíritu propio de un pueblo pasaba a ocupar la antigua forma cultural de una civilización conquistada o colonizada culturalmente, para dotarse de una renovada voluntad. De esta forma Chile podía renovar su espíritu o alma nacional, y así enfrentar con nuevas energías los desafíos futuros. A todas luces esto era sin dudas un problema político.

COMO SALIR DE LA CRISIS.-

Para Carlos Keller Chile estaba en condiciones de crear nuevas "formas espirituales", nuevos arquetipos comunitarios que llenaran de esperanza y voluntad a la Nación y de esa forma proseguir la senda del progreso cultural y material. Este era el jefe de Estado portaliano surgido de la Comunidad Orgánica y artífice del Estado Nacional. Todo lo anterior bajo el aura del nacionalismo, la nueva "revolución en marcha". «*El gran problema espiritual que debemos resolver puede sintetizarse por la palabra nacionalización. No se trata de una actitud de chauvinismo*

frente al extranjero, de odio, de desprecio, o de burla. Lo que necesitamos es que la imitación mecánica sea substituida por una participación inmediata en el espíritu accidental de la época. De esta manera se producirá nuestra nacionalización. No es preciso que se trate de un proceso coherente. La nacionalización reproducirá en el momento en que nuestro espíritu se vuelva creador. Es el resultado de la fuerza espiritual que nace en un pueblo»[46].

La crisis chilena que llevaba cuarenta años produciendo anarquía gubernamental y atraso económico era un problema espiritual y ninguna fórmula o teoría económica la resolvería. «*Salvo casos de fuerza mayor, la descomposición y anarquía que interrumpe la marcha de los pueblos, proviene de factores espirituales*»[47]. De ahí el desprecio de Keller por las intrincadas doctrinas marxistas, así como del extendido corpus ideológico del liberalismo capitalista.

El nacionalismo superaba el viejo liberalismo dotando de un nuevo espíritu a la comunidad; un espíritu de cohesión y de protección interna; un espíritu de desarrollo material y cultural con el cual forjar el Estado Unitario y de paso renovar la voluntad de preservación de la nación.

Para el ideólogo del nacismo chileno el capitalismo liberal era una doctrina materialista que se había enquistado en el Estado chileno. Era la oligarquía la que tenía totalmente cooptado el sistema de gobierno por medio de la inversión de

46 Carlos Keller. La Eterna Crisis Chilena.

47 Carlos Keller. Primera Editorial de la Revista Acción Chilena. Enero 1934.

capitales en la política. Esto transformaba al gobierno en una dictadura capitalista, pues no existía forma alguna de romper el círculo de hierro entre el capital y el dinero que la oligarquía había construido hábilmente como fundamento del sistema político. «*Chile está sometido hoy día a una dictadura capitalista dirigida por los partidos reaccionarios de derecha. La miseria en que viven las clases populares es el resultado de esa dictadura y constituye una eterna acusación contra ese régimen. (…) El Nacismo es anti-derechista, por cuanto no acepta la dictadura capitalista instaurada por las derechas el año 91, como régimen político; porque combate esa dictadura con todas sus fuerzas, estando dispuesto a oponer la violencia del pueblo a la violencia del dinero*»[48].

En la lucha contra la dictadura capitalista el nacismo se veía como la única fuerza dispuesta a sacrificarlo todo. Las antiguas entidades políticas anticapitalistas como el comunismo habían desviado el camino y errado en estrategias. «*La Unión Soviética no tenía interés en luchar simultáneamente contra los países fascistas y los capitalistas (llamados "democráticos"). Consideró más conveniente para sus intereses, buscar la alianza de los países capitalistas y combatir con su ayuda a los fascistas. Para conseguirlo, fue necesario que se ordenara al marxismo mundial que dejara de atacar al capitalismo y se dedicara a combatir exclusivamente al fascismo. La Unión Soviética fue incluso más allá: ordenó que los partidos marxistas defendieran calurosamente a la democracia liberal como forma de Gobierno. Y para ampliar el frente marxista, ordenó que los partidos*

48 Carlos Keller. Una Revolución en Marcha.

marxistas se aliaran igualmente con los partidos burgueses de izquierda y centro, organizando Frentes Populares. En Chile —como en todo el mundo— los partidos marxistas cumplieron fielmente el cometido que recibieron. Se olvidaron repentinamente que habían surgido prometiendo luchar por las clases populares, dejadas al margen de la civilización moderna por la dictadura capitalista. Se hicieron los desentendidos de que esa dictadura capitalista utilizaba precisamente las formas "democráticas" para explotar a la nación y lograr sus objetivos, y en vez de luchar contra la ignominia que representa ese régimen... ¡lo defienden!»[49].

El nuevo orden político pensado por Keller se concretó en la idea del nuevo Estado nacista. Este era diferente al Estado liberal de ahí su carácter revolucionario. Tenía sin embargo ciertas similitudes en el fondo, aunque no en la forma, con el antiguo Estado portaliano.

El Estado nacista exploró las nuevas formas políticas que en esa época recorría el fascismo italiano. Era una alternativa al Estado liberal con nuevas formas de relación entre el pueblo y sus autoridades, entre trabajadores y empresarios, entre fuerza laboral y capital. Era una búsqueda por superar el capitalismo en crisis y el liberalismo político en franco deterioro. El nacismo ideado por Keller vio entonces, en el corporativismo político una idea digna de explorar, por esa razón ideó un tipo de gobierno basado en una división de poderes por medio de tres pilares. Era la llamada "Democracia Orgánica". Hay que recordar que desde

49 Carlos Keller. Una Revolución en Marcha.

la Revolución de 1924 hubo en Chile un movimiento asociativo muy fuerte en donde se crearon cientos de cuerpos intermedios artificiales como mutuales, asociaciones, clubes, y federaciones, así como se consolidaron cuerpos intermedios naturales como los sindicatos, corporaciones o municipios que le dieron al poder popular un gran impulso. Esto detonó una búsqueda ideológica que se hiciera cargo de esta realidad. Surgieron así las tesis corporativistas, sindicalistas y gremialistas que se adosaron al nacionalismo. El desafío fue acoplarlas a las tesis portalianas del poder de decisión soberano jerarquizado, expresado por el Jefe de Gobierno empoderado.

Debido a lo anterior en este sistema nacista del Estado el primero en ejercer la autoridad era el jefe de Estado, el presidente de la república, entidad que encarnaba los anhelos generales de la nación. En segundo término, ejercía un jefe de gobierno, aquel individuo imbuido en la política cotidiana, en la refriega social. El jefe de gobierno era el fusible del cual se podía prescindir una vez desgastado en la lucha diaria sin producir las habituales crisis de gobierno y de autoridad. El tercer pilar del nuevo Estado nacista era el órgano sindical. Estos reemplazarían a los partidos políticos, entidades que Keller insistía en señalar como ajenos a la tradición política chilena. «*Es un hecho manifiesto y palpable, que los actuales partidos políticos se han transformado lentamente en instrumentos de la lucha de clase. En las derechas están representados los intereses patronales capitalistas y latifundistas, mientras que las izquierdas han pretendido asumir la representación de*

las clases populares. (…) Es por eso que la nación no se considera representada por el Congreso Nacional. Lo justo, lo que está de acuerdo con las realidades de nuestra época, lo que ya se está formando en la vida, es concederle a todas las actividades del país una genuina y auténtica representación en el Gobierno. (…) Es por eso que el Nacismo es partidario del sindicalismo integral y declara que no puede haber una verdadera democracia si cada interés no está representado por genuinos delegados en el Gobierno. Es preciso, pues, organizar sindicatos para cada categoría económica, separados según la categoría social de sus componentes. Debe haber, pues, sindicatos que representen a los asalariados, y sindicatos que representen a los patrones. Debe haber sindicatos para cada oficio, para cada clase de empresas agrícolas, mineras, industriales, comerciales, etc. Estos sindicatos deberán generarse en forma absolutamente democrática. La actual Constitución de la República limita el sufragio a los ciudadanos varones mayores de 21 años que sepan leer y escribir. No somos partidarios de esta limitación. También la mujer, también el menor que trabajan tienen el derecho de estar representados en el Gobierno. Deben quedar excluidos solamente aquellos que no desempeñan ninguna función socialmente útil, los zánganos, especuladores y delincuentes»[50].

Este corporativismo nacista era "subordinado" es decir que toda la organización y representación gremial estaba sujeta a los objetivos del Estado y no actuaba de forma libre. No se trataba de cambiar la representación popular desde los partidos a

50 Carlos Keller. Una Revolución en Marcha.

“partidos gremiales” sino que terminar con el choque entre los poderes del Estado y la lucha de clases. La representación corporativa, fruto de la organización económica a través de las diversas funciones sectoriales, debía estar en la misma dirección política que la de los jefes de Estado y gobierno, todos orientados a engrandecer el Estado Nacionalista Unitario y reforzar su rol de sintetizador de las infaltables —y necesarias— tensiones comunitarias.

En su libro “Organización de la Política Económica del Nacismo”, Keller entregó más detalles de este orden posliberal. La economía nacionalista sería dirigida por el Estado Nacional de forma funcional o corporativa, por sectores de producción y de forma de armonizar la producción con el consumo. Esta organización económica derivaría en la organización política corporativista, la representación popular a través de las mismas corporaciones económico-políticas. El Estado nacista se organizaría por medio de organismos y corporaciones públicas “subordinadas” —no privadas como son en general los sindicatos y como ya proponían las tesis del social cristianismo— destinadas a solucionar los problemas sociales organizando a los representantes de las actividades económicas. A través de estas organizaciones gremiales los ciudadanos participarían de la discusión pública y política. Era la forma de vincular a todos los individuos al Estado —dado que todas las personas realizan alguna actividad productiva— y a la vida política en una sociedad verdaderamente democrática.

ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA.-

El nacismo chileno dedicó mucha tinta en sus publicaciones a detallar su doctrina política tras la idea del nuevo Estado nacista. El fundamento de este Estado estaba en su carácter nacional y popular, alejado de la oligarquía y su partitocracia. Así el nacismo se declaró socialista debido a su función social integradora y no divisoria de la comunidad nacional. El socialismo espiritual hacía referencia a la unión de la voluntad nacional, a la cohesión de pensamiento y acción en el desarrollo comunitario. «*El nacismo es un movimiento socialista. Pero nuestro socialismo no tiene punto alguno de contacto con el marxismo internacional, ni con ninguna de esas doctrinas utópicas, que hacen girar la grandeza y felicidad de los pueblos en torno, exclusivamente, al materialismo económico. El socialismo nacista no está fundado en la lucha de clases, sino que en la cooperación de los diversos grupos sociales; no está fundado en la contraposición innoble y hostil de aquellos que codician las riquezas y aquellos que las poseen, sino que en la íntima colaboración de todas las fuerzas creadoras de la nación, para obtener de ellas el máximo de rendimiento en beneficio colectivo; no está fundado en el predominio de una clase, sino que en la elevación material y moral de todo un pueblo. Somos socialistas en el sentido de que, en todas las actividades nacionales, deseamos que el concepto de lucro, de interés individual, sea reemplazado por el de "función social"*»[51].

---

51 MNS. Declaraciones Fundamentales.

De esta función social y desde el orden corporativo del Estado nacista emanaba un nuevo actor social, el líder heroico, conductor de la voluntad comunitaria que trascendía la decadencia espiritual. Jorge González lo retrata como un arquetipo nuevo, quizás en contradicción con la autoridad impersonal de la tradición política nacional. En tiempos de crisis y ante la configuración de un Estado unitario y popular surgía el líder del alma nacional en una configuración mucho más marcada en cuanto a la ejecución del poder soberano que la que tenía el jefe nacional de las primeras idealizaciones portalianas levantadas por los primeros nacionalistas. Sin duda que la influencia de los líderes nacionalistas europeos influyó en este cambio ideológico. «*Ante esta situación y faltos de una nueva fuerza ideológica que los encauce, los pueblos recurren, uno en pos de otro, a la única fuerza capaz todavía, de mantener en orden las sociedades y de satisfacer los anhelos de la época: la voluntad de un hombre. El viejo idealismo político, esencialmente impersonal, es reemplazado por una concepción objetiva y práctica del gobierno, que se traduce en la tendencia, cada vez más vehemente en los pueblos, de ser dirigidos por individualidades fuertes, que reúnan en sí la mayor suma de poder. Así como bajo los regímenes de gobierno tradicionales el factor hombre es relativamente secundario, pudiendo aquéllos subsistir y aún prosperar con mandatarios de escasa capacidad directiva, bajo la nueva fase histórica que se inicia, la capacidad del jefe del Estado constituye un factor esencial para la vida del mismo. Ya no son ellos meros símbolos del poder, sino que constituyen la esencia misma del poder. Su*

prestigio, su fuerza, no emanan ya de una ficción —soberanía por derecho divino, soberanía popular—, sino que descansan, exclusivamente, en la energía y capacidad individual del jefe. Ya no son la tradición ni las articulaciones de un código las fuentes del poder, sino que lo es el valor de los hombres que llegan a asumirlo. Aunque se conserven las exterioridades y los formulismos de antaño, aunque en la generación y el ejercicio del poder se continúe las prácticas de la era fenecida, en el fondo, esas prácticas han perdido gran parte de su significado. Lo efectivo, lo que realmente tiene vida y actúa en el interior de ese engranaje, es la voluntad de los individuos de fuerte temple que lo accionan y le dan movimiento. He aquí la diferencia fundamental que existe entre la vieja política y la nueva. Aquella descansó, más que todo, sobre doctrinas; ésta sólo podrá descansar sobre hombres. Las doctrinas y los dogmas políticos carecen ya de poder para imponer a los pueblos una línea definida de conducta y mantenerlos políticamente en forma. El materialismo de la época no se satisface con el idealismo y las abstracciones dogmáticas; él exige acción real, clara y definida, y ésta sólo pueden proporcionarla los hombres de voluntad decidida y fuerte. En vez de política, deberá haber políticos, en la más noble y viril acepción de esta palabra. En vez de doctrinarismos y concepciones metafísicas del gobierno, deberá haber ideales basados en la realidad de los hechos y modelados por las circunstancias y necesidades de la época»[52].

La creación de una élite política verdaderamente democrática se basaba en la organización estatal integradora y

52 Jorge González von Marées. La Concepción Nacista del Estado.

orgánica, aquella que tendiera a llevar a los más altos puestos directivos a los hombres mejor dotados por medio de la organización corporativa. Era esto el eterno principio de selección y jerarquía tan común en el nacionalismo chileno desde tiempos de Palacios aunado con el poder democrático popular. La conjunción política de los conceptos de Aristocracia —es decir jerarquía comunitaria, los conductores políticos— y Democracia —es decir soberanía popular, la organización de la comunidad. La síntesis entre una ejecución del poder entre el Conductor —o la jerarquía de los conductores políticos— y la Comunidad Orgánica. «*La tarea esencial del nacismo consiste, por consiguiente, en constituir, sobre bases democráticas, un gobierno aristocrático. Aristocracia y democracia no son para nosotros conceptos antagónicos. Muy lejos de uso; la aristocracia, o sea, el gobierno de los mejores, constituye la lógica y natural resultante de una democracia sana. El gobierno pertenece al pueblo, pero no conmisera de éste como masa amorfa, sino como generador consciente de una clase dirigente. Todos tienen derecho a intervenir en el gobierno, pero sólo los mejores pueden llegar a realizar prácticamente ese derecho. El solo hecho del nacimiento abre al hombre el camino que conduce a la conquista del poder, pero ese camino sólo podrán recorrerlo, en toda su extensión, los naturalmente llamados a ello. La aristocracia nacista será, pues, de extracción genuinamente democrática. Los más capaces, los más honrados, en una palabra, los mejores, por modesto que sea su origen, surgirán del anonimato y pasarán a ocupar el lugar que por sus méritos les corresponda. Las jerarquías sociales no se producirán, como hasta*

ahora, por consideraciones de nacimiento o de dinero, sino que en atención, exclusivamente, a los méritos de cada cual»[53].

Para González, una vez formada la aristocracia gubernamental se daría forma al Estado, la suma de los anhelos nacionales. Sólo así el pueblo chileno se transformaría en nación chilena. Esta idea superaba el mero comunitarismo el cual veía a la comunidad como la entidad más importante de la nación. Para González el Estado tenía cierta primacía incluso por sobre la comunidad ya que era desde ahí desde donde se conducía a la comunidad para transformarla en una nación soberana. «*¿Qué requiere una colectividad para ser sujeto de la historia? Requiere que en ella exista un pueblo y un Estado. Para que pueda hablarse de la existencia de un pueblo, se requiere que sus elementos componentes estén unidos por sangre común y por una historia común, y que sus miembros palpiten al unísono bajo los mismos sentimientos y anhelos. Sólo los conglomerados que están en situación de presentar esta comunidad de sangre y de historia, se elevan a la categoría de pueblos. Pero el pueblo, por sí solo, no basta para construir una nación. Es necesario, además, que en armonía con él marche el Estado, que es la herramienta política con que el pueblo realiza su destino. El Estado debe saber dar forma a las ansias y a los anhelos de progreso y de poder del pueblo, mediante la estructuración política del mismo de acuerdo con las exigencias de la época en que corresponde actuar y con las necesidades colectivas que esa época imponga. (…) Lo que pregonamos los nacistas es estructurar de nuevo a la nación, constituyendo un*

53 Jorge González von Marées. La Concepción Nacista del Estado.

pueblo espiritualmente fuerte, sobre la base de nuestra tradición centenaria, y un Estado también fuerte que palpite al unísono con el pueblo»[54].

De la unión de Aristocracia —los conductores políticos— y Democracia —la comunidad orgánica— nacería el Estado Nacional. La organización de un pueblo en Estado. Erwin Robertson, investigador del nacismo chileno da cuenta del concepto último de Nación de los nacionalistas de González. «*La Nación no es una simple yuxtaposición de intereses individuales o de clase, explica González, sino un todo indivisible, colocado por encima de esos intereses y que, por lo tanto, no está legítimamente representado por ninguno de ellos ni tampoco por todos juntos. La Nación, pues, es un pueblo con "voluntad política consciente", voluntad forjada a través de la historia y que resume toda la tradición nacional para nuevas realizaciones en el futuro. De este modo, la Nación es la "entidad superior que determina la interpretación de los valores espirituales" a los que reconoce, si, la máxima jerarquía. (…) La tarea principal, entonces, es la de restauración del Estado, o, mejor dicho, la instauración de un Estado que "se de cuenta de la situación y que actué"; un Estado que responda a las nuevas exigencias colectivas. Nos hayamos otra vez, después de un siglo, en el mismo punto de partida de Portales, quien también encontró "un hacinamiento informe de tendencias políticas y anarquía", dicen los nacistas. La tarea de estos será, pues, la misma de aquel, pero sin que ello signifique un regreso a las formas políticas establecidas por el Ministro. Ya que en el tiempo de*

54 Jorge González von Marées. Pueblo y Estado.

Portales Chile era un país esencialmente agrario, no se conocía el proletariado ni la clase media, ni tampoco había que preocuparse del problema del capital internacional»[55].

ACCIÓN CHILENA.-

Pero toda esta estructuración del Nuevo Estado se cimentaba en el Ser Orgánico, en el Espíritu Nacional. Para Jorge González, el Jefe del nacismo, ninguna doctrina u orientación política valía tanto como lograr el gran cambio ético que debía atravesar el pueblo de Chile. El verdadero socialismo nacional promovido por González era uno espiritual, volitivo, mental, cultural si se quiere, una modificación en la visión de mundo de todo un pueblo, un nuevo prisma para ver las relaciones sociales, la labor económica y la acción política desde la perspectiva de la unidad nacional.

En el ocaso de su vida política Jorge González daba cuenta de cuál había sido la razón del éxito del nacismo como fuerza de masas. Para el Jefe González el MNS había logrado crear una mística mesiánica, un espíritu de grupo que valía mucho más que los manifiestos, las doctrinas económicas o las grandes teorías políticas.

Parte fundamental de la ideología del nacismo fue traspasar ese espíritu a toda la Nación y así dotar de una mística y una

55 Erwin Robertson. El Nacismo Chileno.

ética que superara el materialismo y la política clasista que tenía enfrascado en Chile e eternas discusiones y estancamiento social.

Nunca antes y tampoco después del nacismo otra agrupación nacionalista se apoyó tanto en principios tan espirituales e idealistas como el nacional socialismo chileno. Su doctrina se basó en valores inmateriales heroicos como el sacrificio, la voluntad, la revolución espiritual. Los uniformes, las Tropas Nacistas de Asalto (TNA), el despliegue de trabajo social, los desfiles, banderas y tantas otras características de esa mística político-guerrera no se volverían a ver en la escena política nacional. "Más que programas, hombres" decía el Jefe invocando la voluntad heroica en vez que tratados ideológicos. "Chilenos, a la acción!" fue el grito de una generación que pagó con el sacrificio de la sangre su revolución del alma nacional.

Javier Cox, líder estudiantil del nacismo, puntualizaba la forma en que los nacistas debían enfrentar su fundamento ideológico. Para Cox era importante la doctrina social y económica, pero lo era aún más entender el significado profundo, aquel nacional socialismo espiritual, el nacismo interior, la renunciación mental que lleva al verdadero socialismo, ese que lograba fundir individuo y comunidad a nivel inconsciente, no racional, ni basado en leyes o ideologías ilustradas. «*Ellos han considerado hasta aquí el nacismo sólo como una idea, y no han logrado penetrar aún el significado del Nacismo como sentimiento. Han abarcado del Nacismo la revolución ideológica, pero no alcanzan a comprender la revolución espiritual. Entienden y*

aceptan el Nacismo "exterior", pero no han sido empapados del Nacismo "interior". No basta para ser socialista y declararse partidario de la intervención del Estado; los gobiernos capitalistas son muy aficionados a establecer esa intervención en provecho de sus propios fines. Ni basta tampoco con sentir un sincero deseo de "levantar a los de abajo"; cualquiera que no sea un desalmado habrá de sentirlo. El socialismo exige del individuo un mayor aporte espiritual, no le basta la simple adhesión de la razón. Es necesario entregarle algo más íntimo, algo más propio. Para ser nacista es preciso ante todo, renunciar a su propio yo individual, sometiéndolo a la colectividad. Es decir: convencerse de que sus propios intereses no son los primeros no los más respetables; de que su propio deseo no es siempre el mejor, ni el único, ni el que debe aceptarse de que su amor propio y su prestigio personal son tan dignos de consideración como los de los otros. (…) Preguntad a un soldado de la T.N.A. (Tropas Nacistas de Asalto) en qué consiste la intervención del Estado o como han de funcionar las corporaciones y os contestará que no lo sabe y que tiene plena fe en sus dirigentes. Pero en cambio, lo veréis lleno de entusiasmo y de ardor por la causa, siempre dispuesto a entregar todo lo suyo, su corazón mismo a la Patria y al Nacismo, a sacrificarlo todo, hasta la propia vida»[56].

Esta renuncia y compenetración del espíritu individual con el alma nacional era visto por el nacismo como la única forma de lograr la paz social y el engrandecimiento nacional. Para Carlos Keller esta nueva valorización del hombre no significaba, sin embargo, una disolución del individuo, sino todo lo contrario. El

56 Javier Cox. Ser Nacista en "Trabajo". Febrero 1936.

camino heroico exaltaba al héroe y su individualidad, pero era una nueva individualidad, una que siempre se mantenía conectada a la matriz espiritual de la comunidad nacional. Era un socialismo jerárquico, basado en la excepcionalidad individual pero enraizada en el alma colectiva. «*Esto implica sin embargo, una nueva valorización del individuo. Para nosotros, un individuo no vale más porque sea rico (como para el liberal), ni porque sea pobre (como para el marxista), sino porque realiza en su vida los valores espirituales en que se basa nuestra cultura: la eficiencia, el desprendimiento, el sacrificio, la constancia, el valor, etc. Y a todos estos valores les atribuimos una validez absoluta, independiente de la organización política, social o económica. La nueva concepción de la vida, que exalta los valores heroicos, es la suprema categoría espiritual del Nacismo. Por lo tanto, el Nacismo es una doctrina para los fuertes, los sanos, los viriles y repudia toda debilidad y feminismo. Esta exaltación de la Sociedad no significa una anulación de la individualidad. El hecho mismo de reconocer el Nacismo los valores espirituales como la más alta categoría, excluye la destrucción de la personalidad*»[57].

NUESTRA SANGRE SALVARÁ A CHILE.-

El sacrificio era pensado por el nacismo como el pago sangriento para la creación de un nuevo Chile. Este nacimiento iba a costar víctimas concretas, no podía ser de otro modo. El

57 Carlos Keller. Ideología y Programa Nacista en "Acción Chilena". Octubre 1936.

nacismo quería un cambio radical y éstos, decía González, nunca se habían logrado de forma pacífica. «*Nosotros no somos todavía la realización de una nueva vida, sino sus precursores. Por eso nuestro deber es el sacrificio, para que a base de él se pueda imponer el futuro. Nuestra lucha será difícil y larga y demandará muchas víctimas más. No nos negaremos a sacrificarnos, porque sabemos que el sacrificio es nuestro destino y es necesario. Es esa nuestra filosofía de la vida y debemos agradecer al Altísimo, el poder de sacrificarnos. Hay otros —los partidos políticos— que creen que la historia se hace con programas y acuerdos de asamblea. Nosotros sabemos que ella se hace con mártires y renunciamientos*»[58].

González exigía un cambio espiritual, interior, con el cual entender la coyuntura política y con el cual enfrentar la revolución nacista. Atrás debía quedar la forma en que se entendía el mundo y la sociedad. González les pedía a los nacistas provocar el cambio espiritual antes de que aconteciera en la totalidad de la nación. Esto provocaría que los nacistas fueran unos adelantados e incomprendidos por dotar a su acción de otra ética. «*Sólo el sacrificio colectivo de sus hijos será capaz de salvar a la patria del derrumbe; este fue el programa del Nacismo y este ha sido, en todo momento, el norte de su acción. (…) Es inútil hablar de revoluciones regeneradoras, es inútil tramar en la sombra el volcamiento de los gobiernos. La verdadera revolución, la única capaz de arrancarnos del caos, debe provocarse en nosotros mismos*»[59].

---

58 Lo que dijo el Jefe en "Trabajo". Junio 1936.

La senda del sacrificio era intuida por el nacismo chileno. El 5 de septiembre de 1938 el Jefe, en un acto temerario e incomprensible para muchos, intentó producir un alzamiento militar al efectuar una acción de sublevación contra el gobierno por parte de un grupo especial de operaciones nacistas. Alrededor de sesenta muchachos escogidos especialmente por su valentía y entusiasmo se tomaron un par de edificios de la capital esperando catalizar la acción del Ejército, maniobra para nada consensuada ni muy bien planificada. El resultado fue una masacre. Las fuerzas de la policía apresaron al primer contingente el cual fue utilizado como rehén para lograr la rendición del segundo grupo parapetado en el edificio de la Caja de Seguro Obrero. Una vez rendidos ambos grupos, las fuerzas policiales de Carabineros procedieron a la ejecución sumaria de 59 nacistas.

Antes del fusilamiento y ante la evidencia de lo que sucedería, el nacista Pedro Molleda Ortega de 19 años gritó con fuerza: «*¡No importa, camaradas! ¡Nuestra sangre salvará a Chile!*»

* * *

59 La verdadera Revolución debe Provocarse en Nosotros Mismo. Dijo el Jefe del Nacismo en "Trabajo". Junio 1936.

RACIONALIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

El Movimiento Nacional Socialista de Chile fue sin dudas la matriz del nacionalismo revolucionario chileno. Sus tres diputados, alcaldes, corregidores y otros cargos obtenidos, además de sus treinta mil militantes llevaron por primera vez a las fuerzas nacionalistas a desarrollar un papel destacado en la política chilena. El impacto de estos logros marcó a toda una generación de militantes creando un verdadero sello de lo que debía ser un nacionalista en Chile. Fue por este motivo que a pesar de la desintegración del MNS el espíritu del movimiento siguió vivo en muchas de las iniciativas desprendidas de la experiencia nacista.

La descomposición del MNS se debió a varios factores. Sin duda el golpe fallido del 5 de septiembre desorientó al movimiento mermando el vasto prestigio de su líder. Posteriormente vinieron una serie de nuevas definiciones políticas surgidas más bien de la conveniencia coyuntural que desde un verdadero cambio ideológico.

En un inicio el MNS fue un movimiento nacionalista de tercera vía animando con los proyectos nacionalistas europeos los que representaban un claro caso de éxito a la hora de superar el orden liberal, y su prestigio internacional los transformaba en referentes obligados de las fuerzas políticas con los mismos propósitos a nivel mundial. Mas desde el año 1936 González von

Mareés intentó tomar distancia de cualquier asimilación con el nazismo alemán y al fascismo italiano. Las causas de esto parecieran haber sido el realismo político. En Chile, según pensaba el Jefe, no había espacio para una tercera posición. La única definición posible en la estrecha mentalidad nacional era izquierda o derecha. Hacia 1938 el líder del MNS ya definía al movimiento como una entidad situada a la izquierda dispuesta para una alianza con las demás fuerzas de ese sector.

El intento de golpe de Estado ocurrido el 5 de septiembre de 1938 se enmarcó bajo esta lógica. Después de varios e infructuosos meses intentando reunir en la figura del general Ibáñez del Campo a todas la fuerza de izquierda y nacionalistas, y ante la negativa de ser aceptados de forma equitativa en la candidatura del Frente Popular —agrupación de izquierda que incluía agrupaciones marxistas entregadas a la lógica de la segunda internacional socialdemócrata— González decidió tomar el poder por la fuerza. La carrera presidencial a tres bandas —derecha, nacionalista e izquierda— aseguraba el triunfo de la oligarquía y eso era una catástrofe que bien ameritaba la apuesta nacista.

Pero el desastroso resultado de esa acción, la masacre y la encarcelación del Jefe, el expresidente Ibáñez y otros líderes nacistas, derivaron en la desarticulación del movimiento. Una vez calmadas las aguas políticas, con Ibáñez fuera de la pelea y con el Jefe nuevamente a la cabeza del partido, el MNS apoyó de forma incondicional al candidato del Frente Popular. Se

consolidaba así un giro ideológico hacia la izquierda que no fue entendido ni compartido entre las filas del nacismo.

En marzo de 1939 el Jefe cambió el nombre del movimiento a Vanguardia Popular Socialista para acomodarse mejor a su nueva faceta izquierdista. La Vanguardia adscribió a la lucha de clases y renegó de forma definitiva del nacionalismo europeo.

La Vanguardia duraría como entidad política hasta 1942, sin embargo, no tuvo relevancia política ni figuración. Con la victoria de Pedro Aguirre, González intentó cobrar el apoyo entregado pidiendo espacios en el nuevo gobierno, situación que no se concretó nunca de forma real.

La VPS subsistió debido a la mística que heredó del nacismo y de la labor congresista que mantuvo González, así como de las otras dos diputaciones obtenidas durante los años nacistas, a cargo de Gustavo Vargas y Fernando Guarello. Con todo, ante su progresiva disolución y falta de identidad política la VPS intentó volver a sus posiciones iniciales. En su libro del 1940, "El Mal de Chile" Jorge González daría a entender que los principios tan marcadamente izquierdistas de la Vanguardia no habían sido escritos por él. La Vanguardia —y González por medio de entrevistas y escritos— volvió a vincularse al nacionalismo de tercera posición, maniobra que sin embargo resultó equívoca y tardía. Muchas de las figuras de primer nivel habían abandonado el movimiento ante el desvarío ideológico. Ya Carlos Keller se había negado a participar en el giro izquierdista

restándose a participar en el nuevo conglomerado. Además, intuyendo el rumbo errático, un número importante de militantes ya había abandonado el movimiento en una fecha tan temprana como principios de 1938 para formar el Partido Nacional Fascista (PNF). En 1940 otro grupo escindido del nacismo formó el Movimiento Nacionalista de Chile (MNCh), y otros formaron el Movimiento Nacionalista Portaliano. Posteriormente se crearía la Unión Nacionalista la cual sellaría el fin de la Vanguardia al absorber a sus miembros por medio de un acuerdo político.

Estas agrupaciones levantarían nuevos liderazgos nacionalistas. Guillermo Izquierdo Araya y Juan Gómez Millas entre los principales. En tanto, Miguel Serrano y Jaime Eyzaguirre daban sus primeros pasos políticos en esta época.

El nacionalismo de los años cuarenta tendría una marca profunda: la conmoción del fatum, aquel destino trágico que significaría la muerte de los mártires del Seguro Obrero y la lenta descomposición de la mística nacionalista, devenir atribuible al errático manejo del Jefe. Además, los gobiernos del Frente Popular se presentarían como enemigos implacables. La guerra mundial y las acusaciones de quinta columna agravarían la situación política del nacionalismo hasta llegar prácticamente a la prohibición legal.

En esta época se iniciaba también una fructífera etapa de definiciones. La más importante fue el desarrollo intelectual de

la teoría corporativista del Estado Funcional a manos de Izquierdo Araya. Con esta labor las tesis de la Comunidad Orgánica alcanzarían una importancia que perduraría por décadas, quizás en desmedro de la tesis política del presidente de estilo portaliano, decisionista y soberano.

SOCIALISMO MARXISTA Y SOCIALISMO NACIONALISTA.-

En mayo de 1938 Raúl Olivares Maturana, un comisario del cuartel nacista de Estación Central, se alejó del MNS junto a un grupo de mil personas para formar una agrupación que mantuviera el espíritu inicial del nacismo. Nacía así el Partido Nacional Fascista.

Olivares —el cual siguiendo la tradición nacionalista sería llamado también "el Jefe", el tercero del nacionalismo después de Subercaseaux y González— era un antiguo obrero devenido en periodista y luego en activista político. Este origen humilde siempre fue destacado por el PNF. El Jefe Olivares fue sin embargo un hombre de acción. Como nacista había sido un hábil agitador y líder en los choques callejeros con las fuerzas opositoras. Años después y ya radicado en la Argentina de Perón moriría defendiendo al nacional justicialismo trasandino.

Para continuar con la labor de orientación ideológica en junio de 1939 el PNF creó el periódico "La Patria. Chile ante Todo", el cual se imprimía en la editorial del General Díaz Valderrama, colaborador de la agrupación. Por medio de las

páginas del diario “La Patria”, el PNF volvía a la doctrina más pura del nacismo chileno renegando de cualquier vinculación con las derechas oligárquicas o la izquierda marxista. Para el partido no eran tiempos de indefiniciones. En plena época de expansión del Estado y el poder presidencialista la lucha a muerte era entre el socialismo nacionalista y el socialismo marxista. Nada más servía en los momentos de emergencia previos a la Segunda Guerra Mundial.

Para el PNF la estrategia de González de aliarse al marxismo antiologárquico era errada. Los fascistas chilenos aseguraban que el liberalismo de casta, oligárquico, y su economía capitalista estaban condenados a desaparecer desde el momento en que el pueblo fue integrado a la política. Era la hora del socialismo, es decir el momento del pueblo al poder y ahí cabían sólo dos opciones: socialismo nacional o marxismo. Desde el PNF apuntaban a denunciar que el liberalismo y el socialismo marxista tenían un mismo origen, el individualismo materialista. Mientras uno provenía de la oligarquía y el otro del proletariado. Ambos rechazaban el valor espiritual más importante, la identidad y la pertenencia a una comunidad. Sólo el nacionalismo, surgido desde las entrañas mismas del problema podía conducir la verdadera revolución. «*Siglos de individualismo secaron el alma de la cultura cristiana occidental y la dejaron exhausta. En este hecho encuentran su justificación histórica algunas de las exageraciones pesimistas de Spengler. El viejo orden social se disuelve en refinado materialismo, en estúpido orgullo cientifista y en las*

fórmulas políticas y económicas del liberalismo. El fragor del derrumbe ahogó la voz de los pueblos que clamaban justicia que deseaban romper las cadenas, cada vez más numerosas, de los prejuicios intelectuales que alejaban cualquiera solución. Fue entonces cuando aparece la última ronda de individualismo, el socialismo. Ya no bastaba una reforma parcial, el hombre para continuar viviendo necesitaba una ordenación nueva. Aquí reside la explicación histórica de la urgencia de una revolución. Este era el resultado de los errores cometidos. Desde esta compresión el mundo se dividió en dos. Del Asia bárbara surgió la primera solución, (comunista) mientras germinaba en Roma, (fascistas) el corazón eterno de occidente, la segunda»[60].

El PNF se definió como un movimiento revolucionario integral, es decir no aceptaba combinaciones políticas ni soluciones parciales. En la síntesis de sus principios dados a conocer en las páginas de "La Patria" manifestaban además la vocación de posicionar a Chile como el país líder en la América española, posición desde la cual encabezaría la liberación continental del yugo económico del capitalismo internacional. Para alcanzar dicho anhelo proponía la unión de todos los chilenos en contra de las fuerzas internacionalistas, el marxismo internacional, la masonería y el capitalismo. Sobre este último fue muy duro, tanto o más que el nacismo, amenazando las bases mismas del poder oligárquico. «*Queremos la nacionalización de todos los servicios de utilidad pública. Exigimos la supresión integral del latifundio. Afirmamos que las ganancias del capital*

60 Hugo Bañado Cifuentes. Fascismo o Comunismo. La Patria. Junio de 1939.

necesitan un límite que fijará el Estado y no los políticos traidores. Que la armonía entre el capital y el trabajo debe asegurar al obrero su pan, su trabajo y su vejez»[61].

El orden económico fue materia de constante estudio en "La Patria". Para los redactores el conocimiento del funcionamiento de la economía revelaría la gran trampa del capitalismo, así como la amenaza de la utopía marxista. «*No aceptamos el orden económico actual por considerarlo injusto y arbitrario, pues permite la acumulación de las riquezas en unas pocas manos, mientras la inmensa mayoría se muere de hambre y queda rebajada a una condición semejante a la de los esclavos. Repudiamos el capitalismo por considerar que este le resta al capital la función social que está destinado como factor de producción. El Estado Fascista irá a la unión de estos factores de vida y grandeza de hombres y pueblos. Terminaremos con la actual desorganización económica, sujeta al capricho de cada individuo. La producción estará al servicio del interés colectivo y no al de las ansias de lucro de los menos. La propiedad privada como fruto lícito del trabajo con fines individuales o sociales será reconocida, protegida y estimulada por el Estado fascista. No aceptamos la lucha de clases. Es utópico pretender la supremacía de una determinada casta y el exterminio de las restantes. Diferenciaciones de clases existirá siempre. Nosotros haremos que estas sean menos agudas, de modo que aun los menos aptos para la lucha por*

61 La Voz del Fascismo Chileno. "La Patria". Agosto 1939.

la vida logren un estándar de vida propio de los hombres civilizados y no de seres degradados a la categoría de bestias pensantes»[62].

Se proponía una "acción creadora" capaz de erradicar el sistema liberal y reemplazarlo por un Estado orgánico e integral basado en la justicia social, dignificación del trabajo y protección de la producción y la comunidad. Esta comunidad integral se basaba en la idea política en donde el individuo dejaba de ser "un átomo libre para pasar a integrar un conjunto orgánico" a través de las entidades políticas corporativas, organismos de intermediación entre el individuo y el Estado, así como también entre el capital y el trabajo. El PNF se sumaba así a la tradición nacionalista que desconfiaba de los partidos políticos como vehículos de representación adscribiendo más bien a una solución antiliberal de representación democrática llamada "representación sindical parlamentaria". Por este motivo proponía la sindicalización obligatoria de patrones, obreros y empleados en entidades que tuvieran, además de representación parlamentaria.

De lo anterior el partido fascista chileno insistiría en el fortalecimiento de la familia —átomo base de los cuerpos intermedios—, la comunidad, el gremio, la ciudad y la patria; al igual que la incorporación de las provincias a la vida nacional administrativa; el mejoramiento de la vida rural y el fomento del arraigo a la tierra. Sería también importante en estos objetivos mantener a la etnia chilena lo más homogénea posible, así se

62 PNF. Plan de Acción.

mantendría el espíritu nacional y la cohesión cultural y más importante aún, los cuerpos intermedios de la sociedad se conservarían vivos y funcionales y no desarticulados como sucedía en el liberalismo político, sistema en donde el individuo aislado vivía mayoritariamente desconectado de la vida política endosando su representación a los partidos políticos.

Finalmente, el PNF sería heredero de aquel misticismo político único del nacismo. La revolución debía ser espiritual y nacional antes que un evento forzado. Esta era una crítica al golpe del 5 de septiembre de 1938, un evento que al no ser orgánico sino unilateral no representaba al espíritu nacional sino a los intereses políticos de Jorge González. También era una crítica a la intentona del general Ariosto Herrera quien fomentado por individuos nacionalistas había llevado a cabo otro fallido golpe militar el 25 de agosto de 1939, acompañado —nuevamente— por Carlos Ibáñez del Campo. «*La verdadera revolución, antes que en los cuarteles, debe forjarse en la consciencia de los hombres en un afán absoluto de transformación nacional. Y una transformación nacional no podrá hacerse jamás por medio de un motín, de una conspiración o un "putsch", sino después de una acción política que debe comenzar allá donde se inicia toda verdadera revolución: la formación de una fuerza revolucionaria capaz de construir. (…) La revolución verdadera, la revolución fatal que está en marcha y que nada ni nadie podrá detener y que significará el triunfo o la muerte definitiva de la chilenidad, no se forjará en los regimientos, ni*

se hará con la presión de las armas, sino ella se impondrá en las consciencias de los ciudadanos»[63].

En abril de 1941, en medio de la disolución de la Vanguardia Popular Socialista y ante la dispersión de los antiguos nacistas que ahí militaban, el Partido Nacional Fascista pasó a denominarse Movimiento Nacional Socialista de Chile apropiándose del abandonado nombre de la mítica entidad nacionalista.

En esta etapa, y por razones muy poco claras, Raúl Olivares fue cesado de su cargo y reemplazado por Osvaldo Gatica Camoglino. El nuevo Jefe intentó revivir el antiguo nacismo, su estructura, símbolos, mística y doctrina original, esta vez marcadamente corporativista y antisemita. El nuevo nacismo logró cautivar a varios antiguos nacionalistas quienes al parecer no censuraron mayormente esta movida política.

Por medio de "La Patria" el nuevo Jefe llamó constantemente a los antiguos nacistas a volver al movimiento. Y esta labor fue bastante fructífera. Un año después y celebrando 10 años de la fundación del nacismo, "La Patria" pasó a llamarse "Trabajo" en alusión al antiguo diario nacista. Su dirección estuvo a cargo de Hermógenes Quezada. En esta publicación colaboraron importantes figuras del nacionalismo chileno como el general Díaz Valderrama, Héctor Sepúlveda y Miguel Serrano

63 Raúl Olivares. La Verdadera Revolución no se Forjará un Cuartelazo, sino con la Unión de Todos los Chilenos, dice el Jefe del Fascismo. "La Patria". Agosto 1939.

quienes acusarían permanentemente al antiguo nacismo de traición a la memoria de los mártires.

El nuevo nacismo debía redimir la gran traición de González quien había rendido sus fuerzas y engañado a sus camaradas con el único fin de lograr dudosos resultados electorales. Los nuevos nacistas tuvieron como objetivo y temática permanente el redimir la traición que se mantenía como una dolorosa espina al costado del nacionalismo político. Fue por esto que la mayoría de los artículos del nuevo "Trabajo" estaban orientados a rendirle culto a los mártires del nacismo y a enrostrarle al antiguo Jefe la grave afrenta a la causa revolucionaria.

Con todo, el nuevo MNS no logró soportar la represión gubernamental, las recriminaciones internas y principalmente la falta de líderes con capacidad política y formación ideológica, desapareciendo a los pocos años. La continuidad del nacismo chileno, por tanto, fue llevada a cabo por otro movimiento.

MOVIMIENTO NACIONALISTA DE CHILE.-

Otro de los movimientos nacionalistas surgidos de la disolución del nacismo fue el Movimiento Nacionalista de Chile (MNCh). Su origen se debía casi exclusivamente a la decepción de los nacistas con el nuevo rumbo del MNS y su desengaño ante el actuar político de la Vanguardia Popular Socialista.

Fieles al principio jerárquico de la cosmovisión nacionalista los renegados vanguardistas buscaron un jefe. Como primera

opción se acercaron al general Ariosto Herrera —líder de un abortado golpe de fuerza militar conocido como el "ariostazo"—, pero ante los problemas jurídicos del militar producto de las repercusiones de su asonada, las miradas recayeron en su joven defensor, el abogado Guillermo Izquierdo Araya (Santiago, 1902 – 1988).

En décadas posteriores, Erwin Robertson y Pedro Banoviez, ambos historiadores vinculados al nacionalismo entrevistaron en 1984 a Izquierdo, en un documento de alto valor histórico en donde el líder nacionalista relata —entre muchas otras cosas— el surgimiento del MNCh. «*En diciembre de 1939 o enero de 1940 fueron a mi estudio varios ex nacistas descontentos con la transformación del MNS (Movimiento Nacional Socialista de Chile) en VPS (Vanguardia Popular Socialista). ¿Cómo había ocurrido esto? El nacismo, en la campaña electoral de 1938, apoyó al General Ibáñez, pero cuando Ibáñez renunció a su candidatura, el MNS no tuvo rubor en acompañar a Pedro Aguirre Cerda y, por consiguiente, estar en compaña nada menos que de los comunistas, y de los socialistas, abrazados todos en la causa del Frente Popular. Por eso fue que el MNS cambió de color. No sé si como VPS estuvo incorporado al Gobierno del Frente Popular, pero por lo menos estuvo cooperando con él y desde luego actuando derechamente con el candidato Aguirre Cerda, y después, cuando éste asumió el Gobierno, unos cuantos nacistas que lo acompañaron en la campaña ocuparon cargos de importancia. Y cuando se produjo el movimiento del "Ariostazo", el 25 de Agosto de 1939, se reunió un gentío para apoyar al Presidente*

Aguirre; en columna marcharon hasta la Plaza de La Moneda, donde Jorge González von Marées, entonces Jefe de la VPS, pronunció un discurso que compitió en ardor y en fraseología con los de otros políticos frentistas. Naturalmente esto ocasionó una considerable deserción entre los varios miles de miembros de la VPS; y como estaba "en órbita" el General Herrera, procesado y preso en Investigaciones, y por consiguiente también su propio abogado, que era yo, por eso me fueron a ver aquellos ex nacistas. Y, en síntesis, en la conversación, me expresaron que querían formar un movimiento nacionalista auténtico, legítimo, pues no aceptaban ya la VPS, y que consideraban que el Jefe que podía dirigirlos era nada menos que Ariosto Herrera, no obstante, su situación de procesado. Me pedían, entonces, que yo fuese el intermediario para poder conversar con Herrera, quien se hallaba en libre plática, por supuesto, pues ya estaba condenado, para formar ese movimiento nacionalista. Les dije que conforme, que no tenía ningún inconveniente y, que iba a hablar con Herrera, como que yo concurría allá por diferentes razones todos los días. Herrera me dijo que muy bien, que el comulgaba con las ideas nacionalistas y que no tenía ningún inconveniente en conversar con ellos para fundar el movimiento. Recuerdo que fueron a verme Fernando García-Huidobro Domínguez, Hugo Valdés Morandé, Víctor Vergara Bórquez, Samuel Arriagada Marín, Núñez (un obrero que era muy destacado en el MNS, excelente), y unos diez más. Tuvimos varias conversaciones con Herrera. Días después se redactó el acta de fundación. El Movimiento Nacionalista de Chile se fundó el 12 de Febrero de 1940, con la firma de Ariosto Herrera en cada página, y la firma de todos los demás, entre

ellas la mía, al final. Se escogió esa fecha histórica múltiple, tan considerada. Y comenzó el movimiento, y la propaganda y las publicaciones fueron un reflejo de su actividad. Durante los primeros seis meses creció el movimiento, no sólo con el aporte de los ex nacistas, que ahora se llamaban nacionalistas, sino de muchos militares retirados, ibañistas, y hasta militares y carabineros en servicio activo. Como el principal aporte era el de los ex nacistas, ellos quisieron seguir con algunos de sus rasgos: así como había una TNA (Tropas Nacistas de Asalto) nosotros organizarnos un TNA también que se llamaba Tropas Nacionalistas de Acción: teníamos uniforme, pero en vez de pardo (el color de los nacional-socialistas), el nuestro era azul entero, de mezclilla, con cinturón igual al de los nacistas. (…) El Jefe del Movimiento tomó el nombre de Comisario Nacional, y quien ejercía el cargo en propiedad era Herrera. Como Herrera tuvo que irse de Chile, envió una carta, que se hizo pública, en la cual expresaba las circunstancias de su salida del Ejército y del país, y junto con eso pedía que me nombraran a mi Comisario Nacional, puesto que desde México él no podía ejercer el cargo. Decía que yo como abogado había probado mi entusiasmo y mi decisión en estas materias, y que él se vería muy halagado si los nacionalistas me designaban. No recuerdo cuando asumí como Comisario Nacional del Movimiento Nacionalista de Chile. Debe haber sido por fines de Marzo, o en Abril, de 1940. El Consejo del Movimiento estaba formado por 18 personas, entre las cuales estaban los ex nacistas que he nombrado, y otros que eran completamente nuevos en estas luchas. Por Mayo o Junio del mismo año, el Consejo del Movimiento acordó por unanimidad volver a la denominación de

Jefe, y yo me vi convertido en el Jefe de un Movimiento Nacionalista que se había ido extendiendo por Chile»[64].

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO.-

El nuevo Jefe del nacionalismo chileno era un abogado formado en el mundo sindical. Guillermo Izquierdo Araya fue profesor del Liceo de Aplicación y de distintas escuelas del Ejército, capacitó a obreros y patrones en sus labores gremiales y organizó también a distintos sindicatos. Militante a temprana edad de sectores de izquierda, posteriormente colaboró en el gobierno socialista del ibañista Dávila en 1931. En el momento de la irrupción del nacismo unió todo su sentir social al espíritu nacional abrazando el nacionalismo revolucionario para siempre.

El aporte de Izquierdo Araya al nacionalismo fue enorme. Además de liderar el MNCh y posteriormente el Partido Agrario Laborista —el último reducto de los nacistas—, Guillermo Izquierdo cimentó la ideología revolucionaria nacionalista que reemplazaría al liberalismo. Fue su llamado Funcionalismo, un corporativismo basado en la realidad chilena y el vigor del movimiento asociativo de aquella época. Con esta labor el nacionalismo chileno dejaba su etapa de ideología netamente desarrollista, así como también la etapa de social nacionalismo para sumarle a ese fundamento la variante gremialista. Era el

64 Testimonio Histórico. Guillermo Izquierdo Araya. Entrevista de Erwin Robertson y Pedro Banoviez.

signo de los tiempos, la época en que el corporativismo de Mussolini lograba sortear los vaivenes económicos mundiales mientras el capitalismo naufragaba con la Gran Depresión y el marxismo le mostraba al mundo su brutal cara de muerte, hambre y destrucción, época también del milagro del nacionalsocialismo alemán, un sistema que hasta bien entrada la guerra contaba con quizás los derechos sociales más avanzados del mundo.

El relato teórico del Funcionalismo de Izquierdo —contenido en las más de mil páginas de su libro "El Gobierno Representativo"— partía de la base de la multiplicidad histórica en materia de sistemas de representación democrática. En este sentido Izquierdo planteaba que la democracia liberal era sólo un tipo más entre estos sistemas. Además, en sus cientos de páginas referidas al tema Izquierdo era convincente en demostrar que la representación a través de los partidos políticos, la llamada partitocracia, ha sido tan sólo un sistema más en el concierto de las ideas de representación, además de ser una fórmula reciente y aún poco explorada.

Para Izquierdo Araya la toma de decisiones comunitaria partió en Occidente de forma bastante directa. El tamaño de ciudades y poblaciones así lo permitía. En Oriente en cambio, las teocracias no permitían ningún tipo de opinión por parte de los ciudadanos. Fue la ciudad Estado griega la primera referencia de una representación asambleísta. El pueblo deliberaba y despachaba proyectos que luego los funcionarios de Estado

debían cumplir. Luego la representación se consolidó sobre la base del régimen constitucional romano, con sus comicios y plebiscitos. Este sistema fue posible producto de un largo sistema jurídico basado en la tradición de la elección y ratificación del Rex Romano por medio del senado o Gens, asamblea corporativa formado por las familias fundadoras o patricios. El largo camino de vida jurídica romana iría extendiendo la capacidad de representación a los plebeyos los cuales adquirirían ciudadanía y derechos —y por lo tanto también deberes, como luchar en el ejército o pagar impuestos— hasta lograr tener su propio órgano de representación "*Los Tribunos*", entidad paralela al patricio *"Centuriado"*. Con el paso de los siglos la asamblea representativa se uniría para consolidar la soberanía popular romana.

La historia de la representación de Izquierdo continúa en la Germania. Fue en los territorios y culturas de los antiguos germanos donde Izquierdo veía el único caso de representación total de los hombres libres. Entre los germanos no había ningún tipo de exclusión a la hora de elegir o tomar decisiones comunitarias, ya fuera en forma directa o a través de los diversos sistemas de representación. Posteriormente y ante la complejidad que significó el crecimiento de los Estados y las naciones para la representación popular, diversos mecanismos fueron surgiendo según las identidades y realidades particulares de las distintas comunidades. Los Estados Generales franceses —en donde estaban representadas las tres órdenes de la nación—;

las Cortes Españolas —donde estaban representados los cuatro estamentos comunitarios—; o la Dieta del Sacro Imperio Romano Germánico, fueron algunos ejemplos más o menos exitosos. La representación popular siguió en la Edad Media a través de corporaciones como la Liga Hanseática y la Lombarda, y a través de las ciudades libres como Venecia. Este mismo principio de ciudades libres, llamados "burgos" o "comunes" actuaban como gremios comerciales, que representaban las distintas funciones productivas ante señores feudales, reyes y emperadores. De esa forma los intereses de los trabajadores organizados y representados en los órganos estatales eran plenamente resguardados.

No obstante, la cima de la organización representativita fue al mismo tiempo el principio de su fin. El Parlamento Inglés reuniría el conjunto de estatutos jurídicos más acabado orientados a la representación. Las limitaciones al poder del rey y las libertades de los ciudadanos fueron magistralmente establecidas en la Carta Magna inglesa y sus leyes derivadas. En ésta el freno al absolutismo y a la marginación de la comunidad en la toma de decisiones quedó zanjado constitucionalmente. El constitucionalismo acabaría por estandarizarse en Europa. Para 1848 todos los países del viejo continente tenían constituciones que resguardaran de alguna forma u otra la representación popular en los asuntos estatales.

Sin embargo, al término en el siglo XIX en Inglaterra, la representación gremial y corporativa se fue unificando en unas

nuevas unidades de representación, los partidos políticos tory y whig. Ya no eran las funciones sociales o gremios laborales los representados, menos eran grupos que representaban los anhelos del pueblo. Los partidos políticos surgidos en Inglaterra eran realmente grupos de interés burgués con agendas cada vez más ajenas a los intereses comunitarios. Esta crisis se agudizó, según el Jefe nacionalista, una vez que los partidos perdieron completamente su vínculo representativo. Poco a poco los partidos políticos cortaron lazos con las bases de la sociedad pasando a ser verdaderos clubes de membrecía exclusiva sin mayores vínculos a organismos intermedios. Estas organizaciones fueron controladas por la burguesía transformándose en instrumentos de presión y finalmente dominio de clase. Esto significó un gran retroceso en la representación comunitaria y la consolidación de la partitocracia demoliberal de tendencia oligárquica.

Este largo camino de disolución fue de la mano con la penetración del liberalismo y su sistema económico iniciado a partir del siglo XIV. El sistema liberal se consolidaría con la Revolución Francesa la cual lograría eliminar definitivamente a las corporaciones entregando los medios de producción a la burguesía. Esto sellaría el camino al orden capitalista. A raíz de esto es que surgirían proyectos de representación antiliberal, como el marxismo o los diversos nacionalismos que buscaron en la organización de las antiguas corporaciones y en la figura del jefe de Estado soberano una hoja de ruta para salir del sistema

burgués. Para Izquierdo Araya la crisis de la democracia liberal posterior a la Primera Guerra Mundial permitió el surgimiento de estos sistemas, una oportunidad para que el nacionalismo fundamentara un proyecto social alternativo. «*La escuela liberal y el Estado burgués democrático-liberal, surgieron el 89 como lógica reacción al absolutismo de los Tiempos Modernos; pero es necesario reconocer que, a su sombra, han prosperado grandes errores que hoy son su mayor descrédito, porque el Estado liberal de la escuela individualista deja a los individuos libres en la lucha por la existencia, y es así cómo se han formado las grandes fortunas y se han generado también grandes pauperismos. Los fascistas reniegan de la democracia liberal individualista y del Estado indolente, como lo llaman, porque no se ocupa de la colectividad, sino de "proveer al individuo para que ejercite los derechos que le son reconocidos". Al amparo de la indolencia, no sólo surgieron los grandes ricos y los míseros pobres, sino que la lucha de clase se hizo presente, puesto que contribuyó a hacer más notable el abismo que separa a ambos núcleos sociales*»[65].

El gobierno representativo del siglo XX debía superar el sistema partitocrático liberal para buscar nuevas formas más democráticas, en donde el pueblo se viera realmente representado en las instituciones gubernamentales, así como en las decisiones soberanas. Y para Izquierdo Araya el sistema gremial, corporativo o funcional como lo llamó él, era la solución.

---

65 Guillermo Izquierdo. El Gobierno Representativo.

EL ESTADO FUNCIONAL.-

En 1934 el abogado nacionalista editó "La Racionalización de la Democracia. Un Estudio de las Nuevas Tendencias Constitucionales". El texto de Izquierdo meditaba el nuevo orden jurídico que se imponía en el mundo en reemplazo del liberal. Por sus páginas transitan los mayores constitucionalistas y abogados del nuevo derecho nacionalista y antiburgués. Fascistas como Italo Rocco, Camilo Pellizo, Turati; soviéticos como Arkipov, Elistratov, Stoutchka, Michailov o el favorito de Izquierdo, Boris Mirkine-Guetzévitch nacionalizado francés luego de la revolución bolchevique; los franceses Georges Valois, Charles Benoist, René Worms, León Dugit; el austríaco Menger, los alemanes Oskar Georg Fischbach, Hans Kelsen, Hugo Preuss, Karl Schmitt; los ingleses Lansky, Hubert Wells; españoles como Vicente Clavel, Antonio Pérez Aunos o incluso chilenos como Óscar Álvarez Andrews y el propio Izquierdo aportaban a racionalizar nuevas formas de representación, una nueva democracia, esta vez no liberal y fundamentada en el individuo y su dimensión colectiva, nacionalista o popular.

La consolidación del nacionalismo antiburgués en la Europa de los años treinta significó el triunfo de las nuevas tendencias constitucionales, el llamado "Nuevo Estado". Estas nuevas formas de gobierno buscaron sistemas de representación al margen de la partitocracia —que en algunos países como Alemania en aquel entonces no llevan más de una década de funcionamiento. Entre las nuevas cartas fundamentales

antiburguesas estudiadas por Izquierdo destacaban la "Carta del Laboro" de la Italia fascista la cual era, en la práctica, una nueva constitución que trasladaba la representación desde los partidos políticos a los gremios. Lo mismo hacía la nueva constitución de la Austria de Engelbert Dollfuss, de claro corte socialcristiano corporativista, así como el gremialismo antiliberal portugués de António de Oliveira Salazar. El Nuevo Estado de Hitler establecía también, a través de decretos ley, una serie de fórmulas de democracia directa como plebiscitos y referéndum, algunos revocatorios. Izquierdo dedicó muchas páginas a su vez, a analizar el nuevo estado Soviético en especial las constituciones de las Repúblicas Rusa, Ucrania y Bielorrusia, si bien establece que era poco lo que trascendía del mero papel para transformarse en derechos comunitarios reales.

Con todo, los intentos de establecer nuevas formas de representación, en especial los nuevos Estados de Portugal, Austria, Alemania e Italia a nivel jurídico eran experiencias invaluables de lo que podía ser el amanecer de una nueva Era en materia de representación popular antiliberal. «*Se han hecho y se hacen esfuerzos por introducir ciertas reformas con elementos heterogéneos, por ejemplo, el mando imperativo, el referéndum, la representación de las minorías. La institución de las dos cámaras ha sido también generalmente combatida en el último tiempo. Algunos de estos elementos nuevos, según Esmein, son intensos, más o menos disfrazados del sistema de Gobierno directo por la nación, y los que lo preconizan desean en realidad cambiar la naturaleza del régimen*

representativo, haciendo de los representantes simples delegados. Cuando Esmein expresaba esta opinión aún no se había verificado transformaciones tan completas ni tan originales en el régimen representativo, como las que se han realizado en Rusia y en Italia, países donde el Estado liberal y democrático de la post-revolución ha cedido el paso a un Estado de la post-guerra, impregnado de una ideología nueva y fundamentalmente distinta a aquella que la burguesía levantó en 1789. Las transformaciones del Estado en estos países, si bien no han llegado a cambiar por completo el principio de la representación, lo han modificado fundamentalmente, alterando su naturaleza jurídica actual, puesto que han innovado en casi todos los principios que han regido en la representación de nuestras democracias. (…) Se preconiza con entusiasmo la adopción de la representación gremial o corporativa, es decir, terminar con la representación ideológica sobre la base política del Estado representativo actual, para reemplazarla por el fundamento económico y social, esto es, por una representación de los intereses o representación profesional. En vez, entonces, de la representación política por circunscripciones electorales, cuyos representantes, si van a servir algunos intereses, no son otros que los puramente políticos, doctrinas generales de partidos, que a veces degeneran en intereses de círculos, etc., generar una representación de los grupos sociales sobre la base de los gremios y sindicatos, cuyos representantes vayan al parlamento a servir los intereses económicos y sociales de su esfera. (…) Grupos y escuelas de distintos matices anuncian que el Estado liberal individualista ha hecho época. La sociedad, concebida como simple agrupación de individuos, y

al Estado, como la suma de estos, organizándolos políticamente con el fin de garantizar los derechos de los individuos, sin otro límite que la no perturbación del orden jurídico; sería una fórmula caduca que estaría muy lejos de satisfacer las intensas corrientes de progreso que hoy encuentran su gestación en el ambiente de los núcleos de individuos compenetrados por intereses definidos e idénticos y a veces íntimos. El movimiento gremialista, corporativo o sindicalista, llámese como quiera, tiende pues a destruir el fundamento hasta ayer inconmovible en las democracias de la pasada centuria»[66].

Para Izquierdo el orden jurídico del Nuevo Estado tenía herramientas distintas, aunque no menos representativas que las del Estado liberal. Muchas de estas herramientas de los Estados antiliberales de la primera posguerra fueron muy revolucionarias y miradas con miedo por parte de las democracias liberales. Una de estas nuevas tendencias constitucionales era la llamada democracia directa. Este fue el primer golpe al tipo de representación liberal partidista dada por el Nuevo Estado. El poder plebiscitario y revocatorio le entregaba la facultad a las asambleas y al mismo pueblo de decidir directamente y por sobre el congreso en materia de políticas públicas y estatales, además de deshacer acciones mal llevadas por sus representantes. Este poder popular era impensado en el régimen liberal y fue una novedad recién aparecida a finales del siglo XIX. El referéndum, la revocación, el plebiscito y otras formas de iniciativa social se posicionaron

66 Guillermo Izquierdo. El Gobierno Representativo.

como formas de representación no liberal, de democracia directa, otras formas de democracia ejercidas como alternativa al demoliberalismo en países tan variados como Alemania, Rusia soviética, Italia fascista, así como en países que buscaban mejorar y democratizar sus sistemas como Austria, Polonia, Finlandia, Méjico, Uruguay e Irlanda. Chile, nos cuenta Izquierdo, incorporó tímidamente algunas modificaciones constitucionales en este sentido.

Otras herramientas anti-demoliberales analizadas por Izquierdo fueron los Gobiernos de Asamblea. En estas formas de representación el pueblo designaba una asamblea la cual a su vez elegía un líder o presidente. Esto funcionó muy bien en especial en los Estados Alemanes o *länders* del segundo Reich. Por otro lado, una de las mayores reformas antiliberales fue la tipificación clara y constitucional de los "Derechos Sociales" los cuales trascendía a los "Derechos Individuales" basados en los abstractos derechos universales. Derechos de la familia, sindicato, corporación, gremio, escuela, fábrica, raza o nación, pasaron a estar claramente presentes en el orden jurídico antiliberal. «*En 1789 y 1793 se escribieron los derechos del Hombre y del Ciudadano que correspondían a la época. Evidentemente ninguno de ellos es viejo, pero la lista es incompleta para el siglo XX. Indudablemente es así, porque la vida actual exige también la salvaguardia de los nuevos derechos nacidos de la evolución de la vida social. Esta tendencia se expresa en general, en establecer plenamente el carácter social de las libertades individuales, y consecuentemente, a*

limitarlas en interés de la comunidad. El principio de inviolabilidad de los derechos individuales va cediendo el campo ante el avance definido en el terreno del Derecho Público contemporáneo de los nuevos derechos sociales del hombre. (…) Al nuevo derecho no le interesa tanto el individuo; no le preocupan tanto los derechos de cada ciudadano; priva sobre ellos, una categoría superior de intereses, los colectivos. Hay un nuevo sujeto que cuidar y a quien hacer viable su existencia; no es una simple individualidad física; es un conglomerado extenso; un cuerpo orgánico, vital, dotado de energías e intereses comunes superiores: la sociedad»[67].

En los Estados posliberales la pertenencia al gremio o corporación fue una forma de obtener derechos civiles. Esto permitía elegir a los representantes en los distintos cuerpos intermedios de la nación hasta llegar, en el caso de la Italia fascista, a los Delegados Corporativos del Congreso de las Corporaciones en donde estaban representadas todas las funciones del país. El Estado Corporativista, sindicalista o gremialista fue una idea que tomó varias formas. Izquierdo hablaba de un sistema democrático funcional, pero también hubo versiones intermedias en las cuales funcionaba un senado de partidos políticos junto a una cámara basada en las funciones económicas. Este fue el caso de Perú, Ecuador, Hungría, Rumania, Irlanda, Grecia y Lituania. «*Pero en derecho político occidental, como siempre, se ha buscado una fórmula intermedia, que permita la subsistencia de los partidos concurrentes y que al mismo*

67 Guillermo Izquierdo. La Racionalización de la Democracia.

tiempo acepte el funcionamiento de órganos de carácter económico y profesional. Es lo que llamamos nosotros la democracia doblemente orgánica, es decir, la subsistencia del Estado pluralista de partidos concurrentes junto con una democracia social en el Estado político-económico contemporáneo, que reclama la intervención de las profesiones y de los intereses»[68].

SUFRAGIO Y REPRESENTACIÓN.-

Guillermo Izquierdo tomó todas estas tendencias jurídicas antiliberales para crear una forma estatal de cuño propio. La llamaría El Estado Funcional. El funcionalismo era una forma de representación corporativa basada en la destrucción de la partitocracia. Pero a diferencia de los proyectos europeos el principio de elegibilidad se mantenía intacto. En Europa la tendencia de entreguerras era a la eliminación total de los partidos políticos por medio de la creación de organismos gremiales con representación parlamentaria y de un cuerpo de formación administrativa para el poder ejecutivo. Este cuerpo generalmente se constituía por medio de la supervivencia pos-liberal del partido que justamente había destruido ese sistema. Así el partido nacionalsocialista o el partido fascista pasaron a ser verdaderamente cuadros de formación para la administración estatal. En el caso del funcionalismo de Izquierdo si bien desaparecían los partidos políticos los gremios no estaban controlados por el Estado y menos por una sola entidad política

68 Guillermo Izquierdo. La Racionalización de la Democracia.

como sucedía en Italia o Alemania con los sindicatos bajo control nazi o fascista. Para Izquierdo la representación debía ir de la mano con la elegibilidad por lo tanto los gremios no debían tener ningún tipo de sujeción política.

La democracia funcional de Izquierdo, y la que como Jefe del Movimiento Nacionalista pretendió imponer políticamente, era por tanto verdaderamente representativa. Izquierdo pretendió cambiar el régimen de los partidos por un régimen de la función. Cambiar el congreso partitocrático por cámaras corporativas y consejos funcionales. Para eso esbozó diversos programas políticos y un boceto constitucional —encargado por el Presidente Dávila en 1932— en donde el Estado funcional organizaba jurídicamente a la nación. Su estructura era a base de las diversas funciones político-económicas de los individuos. Según la función dentro de la sociedad cada individuo era organizado en su relación con el Estado. Esto superaba los intereses partidistas y clasistas, y aliviaba la ruptura entre el espíritu de la democracia, la constitución y la vida real.

En el Estado Funcional Izquierdo separó la organización social en ocho funciones iniciales. La función extractiva de materias primas; la función transformadora de materias primas; el transporte; construcción; biología (salud, deporte); cultura; leyes y administración. En la representación funcional que proponía el Movimiento Nacionalista cada individuo pertenecía a una o más funciones y por tanto tenía poder de sufragio en uno o más consejos funcionales. Los consejos funcionales se

organizaban en grandes corporaciones con representación en el congreso funcional. De esta manera mientras más funciones tuvieran una persona en la sociedad más representación obtendría a la hora de influir en las políticas del Estado. En esta organización comunitaria el sindicato era la base de la sociedad y su organización económica política. De ahí que la estructuración del Estado era llamada "orgánica", sin intermediarios ajenos a la función del individuo y su quehacer concreto en la sociedad. «De este modo el individuo no emite un voto suelto, sino que está ejerciendo el voto en razón de la función que cumple dentro de la sociedad»[69].

Por otro lado, hubo tesis de representación que, en vez de tener una cámara corporativa única, o una corporativa y otra partitocrática, desarrollaron Consejos Económicos Nacionales, una especie de micro-cámara de expertos adosada y consultiva, adjunta al poder ejecutivo, formada por asesores de todas las funciones laborales. Este novedoso ente político alcanzó a experimentarse en el primer gobierno de Ibáñez.

Así y todo, para Izquierdo el centro de toda la reforma propuesta para dejar atrás la democracia liberal estaba en el tema del sufragio. El sufragio era la forma de participación más importante para establecer una verdadera soberanía. Pero lo que pareciera una ventaja de las democracias liberales frente a los

69 Testimonio Histórico. Guillermo Izquierdo Araya. Entrevista de Erwin Robertson y Pedro Banoviez.

nacionalismos, el llamado sufragio universal, no lo era tanto como afirmaba Izquierdo Araya.

El sufragio universal o soberanía popular del liberalismo era muy bueno en la teoría, pero muy malo en la práctica. Grave ausentismo, exclusión —en la época del escrito de Izquierdo grandes porciones de las poblaciones eran excluidas de la votación demoliberal universalista, como los analfabetos, mujeres y menores de 21 años— y por lejos, el peor mal del sistema representativo, el cohecho y la manipulación electoral. En el sufragio universal el individuo atomizado y desprotegido estaba abandonado a los poderes políticos y sus manipulaciones. Por lo demás, las opciones para elegir siempre eran muy reducidas y fruto de elecciones previas entre cuatro paredes partidistas.

Izquierdo contraponía al sufragio universal de la soberanía popular el concepto de "Soberanía Nacional". El primero se basaba en el voto atomizado de un individuo aislado, el segundo era la suma de votos agrupados en los cuerpos intermedios. De esta forma el individuo tenía más capas de participación que resguardaban sus intereses. Este tipo de sufragio fue llamado por Izquierdo "Voto Calificado Funcional", ya que el Estado calificaba el estado legal del sufragante para permitirle elegir.

En el sufragio funcional se daban las dos condiciones para la soberanía nacional: la capacidad de toda la nación para sufragar de forma calificada y orgánica y que este acto tuviera

elegibilidad, es decir que existiera amplia variedad de opciones. «*Llegamos al sufragio calificado por excelencia. Este sufragio toma cuerpo hoy en día en la doctrina; más, todavía, ningún texto constitucional lo ha llevado a la práctica. Y la razón es sencilla: para establecer el sufragio funcional, no basta con abandonar el universal; es necesario realizar una transformación completa e integral del estado demo-liberal en una democracia funcional, científica y jurídicamente organizada. El Estado funcional es una novísima concepción, que a fuerza de ser vieja en la mayor parte de sus elementos, se presenta como la solución inesperada y salvadora de esta era de transformaciones. (…) El régimen funcional supone necesariamente el reemplazo del actual aparato político, burocrático y económico del Estado burgués, por organismos funcionales autónomos, los consejos. Nace entonces la representación funcional en vez de la representación democrática individual del conjunto de individualidades del pueblo o de la Nación. (…) El sufragio funcional surge así como una institución novísima, dentro también de esta novísima estructura orgánica del Estado. El ciudadano no va a las calles, ni a la asamblea pública, ni a los comicios cívicos de la democracia a "vivir" su vida política. La actividad ciudadana se enmarca en el seno de las funciones, y en consecuencia, todo el sistema electoral se desenvuelve dentro de cada función. El elector tiene en el sufragio funcional las dos prerrogativas principales del sufragio democrático: la de elegir y la elegibilidad. El sufragio en ambos conceptos, lo ejercita el ciudadano dentro de la respectiva función*» [Guillermo Izquierdo. *La Racionalización de la Democracia*].

El corporativismo y los experimentos de democracia directa asecharon a las democracias liberales durante los años treinta y cuarenta en Europa y el mundo. Unos países lo adoptaban de forma radical como método de deshacerse del liberalismo y otros creaban versiones atenuadas. El Movimiento Nacionalista de Chile, con Izquierdo Araya a la cabeza, era la punta de lanza para llevar a cabo ese cambio en Chile, si bien con las modificaciones necesarias a la idiosincrasia nacional.

* * *

LA REVOLUCIÓN QUE CHILE ESPERA

El nacionalismo chileno, de base popular, surgió realmente con los nacistas durante los años del gobierno derechista de Alessandri. En ese entonces fue duramente reprimido al extremo de llegar a uno de los crímenes políticos más condenables de la historia nacional: la Masacre del Seguro Obrero.

Pero con el cambio de signo político en el gobierno las cosas no anduvieron mejor para el nacionalismo. Los gobiernos del Frente Popular, de tendencia centro izquierdista, fueron igual de represores del proyecto nacionalista. Constantes redadas policiales, hostigamiento y abuso de poder fue la tónica de aquellos años y a la larga produjo un debilitamiento del proyecto nacionalista. La mística dio paso a la estandarización y los conflictos internos derivados especialmente por la profunda cicatriz que dejo la Masacre del 5 de septiembre.

Con todo, el Movimiento Nacionalista fue la gran opción nacionalista. Esta organización se abocó a llevar a cabo las reformas corporativas que intentaban superar la fracasada Constitución de 1925, un hibrido que no hizo nunca justicia al impulso revolucionario del cual surgió.

Pero pese a la labor política del MNCh en esta época la fragmentación nacionalista continuó y se agravó al momento en que Chile —presionado por el poder hegemónico regional EE.UU.— declaró la guerra a las potencias del Eje. Este hecho fue

aprovechado políticamente para eliminar a las distintas entidades nacionalistas las cuales fueron falsamente vinculadas a los países con los cuales Chile estaba —al menos en el papel— en guerra.

La segunda mitad de la década del cuarenta fue una época de disolución. Al terminar la Segunda Guerra Mundial el nacionalismo había sido derrotado, pero no en las urnas, sino que bajo la excusa de quitancolumnista. La ansiada revolución nacionalista seguía esperando su momento, el cual parecía alejarse cada vez más.

LA VERDADERA REVOLUCIÓN NACIONALISTA.-

Todo el trabajo de investigación y desarrollo de Izquierdo sirvió de fundamento para la doctrina del Movimiento Nacionalista de Chile. Posteriormente, en sus años de Senador de la República, incorporaría también estas ideas en un boceto de reforma constitucional. Comprendiendo a Izquierdo Araya se entienden los documentos doctrinarios del MNCh. El proyecto de renovación de la democracia, racionalizarla para hacerla más directa, así como también verdaderamente representativa, fueron máximas surgidas de la labor intelectual de Izquierdo lo que debido a su cargo como Jefe del Movimiento Nacionalista de Chile, se difundieron como un proyecto político con una fuerza de acción real. El programa de reformas nacido de la pluma de Izquierdo fue realmente el proyecto político y revolucionario del MNCh, un cuerpo doctrinario que renovó el pensamiento

nacionalista situándolo a la vanguardia de los nuevos conceptos políticos. «*Al terminar mi obra, lleno de un bagaje de conocimientos e ideas sobre las experiencias políticas más novedosas de la post-guerra, inicio la discusión pública sobre el régimen de Gobierno que más convenga a nuestro país. En esta virtud afirmo la completa inutilidad de la Constitución del 25, y la necesidad de una reforma fundamental de nuestros organismos políticos según estas dos directivas: un parlamento eficiente y respetado, que represente más a las fuerzas sociales y económicas, que a las fuerzas políticas, de los partidos actualmente desquiciados; y segundo un gobierno que gobierne, siguiendo la palabra oficial y el deseo general de las gentes. No somos los que pretendemos liquidar la democracia en Chile, importando integralmente el comunismo con su organización soviética (sueño en vano de exaltados), ni el fascismo con su Estado corporativo completo (aspiración entusiasta de algunos teorizantes). Sencillamente, pretendemos renovar los clásicos moldes de las democracias representativas americanas, por otra democracia con una nueva mentalidad que abandone el envejecido dogma. (…) Chile ya inició la ruta revolucionaria interior en septiembre de 1924 en contra de una democracia incapacitada y corrompida, que había degenerado en demagogia. Muchos creen que nuestra revolución fue exclusivamente en contra del parlamentarismo, y por estos, han buscado la salvación, recurriendo a la otra modalidad del régimen representativo democrático: el presidencialismo. Error. El año 1924 no sólo marcó la crisis del parlamentarismo, sino la crisis de la democracia, fenómeno universal y que el tradicional buen sentido de los chilenos —según*

rezan los optimistas—, apresuró en esta parte de América. (…) Es nuestro deber realizar íntegramente la revolución. Ella no se hizo para restaurar una organización política descentrada de la época actual; se hizo para innovar en las instituciones chilenas, acomodándolas al medio y poniéndolas en consonancia con los tiempos. (…) Las directrices fundamentales de todas estas revoluciones han sido las mismas: derrumbar las democracias de corte clásico y tradicional, importadas a nuestro suelo, casi con nuestra independencia política en 1810; una democracia sea de régimen parlamentario como en nuestro país, sea de régimen presidencial como en Brasil, o de una democracia sencillamente representativa, como en otros países convulsionados. Y error trascendente cometerían estos Estados, si hicieran como nosotros, este simple discurso: "teníamos una democracia representativa parlamentaria; pues, cambiémosla por una presidencial". Cuestión de alterar un término, nada más que un término. ¡Una revolución para cuestión tan considerable! ¿Y el principio de la soberanía nacional que hace de cada individuo un soberano dispensador de la soberanía, dueño de delegar su ejercicio en sus representantes; y el sufragio universal que hace partícipe de esta soberanía en un mínimo grado al ignorante y al culto, ¿dónde quedan? ¿Y el cohecho, la intervención electoral gubernativa, y el oportunismo de los partidos políticos que no representan intereses permanentes, ni persiguen altos ideales de sus pomposos programas, sino el arribismo de sus caudillos y las granjerías para sus conmilitones, y tantos otros males de la democracia burguesa, dónde quedan en el balance?»[70].

---

70 Guillermo Izquierdo. El Gobierno Representativo.

El llamado a racionalizar la democracia, a buscar formas de hacerla más participativa y anti oligárquica, fue cínicamente criticado por el orden político establecido. En 1940 se acusó al movimiento de querer terminar con la democracia para fundar una dictadura en una típica jugada politiquera para eliminar cualquier atisbo de reforma al sistema partitocrático. Pero como era de esperar, las acusaciones no llegaron a ningún puerto. El MNCh fue sobreseído de la acusación de anticonstitucionalidad. Las teorías de Izquierdo eran oficialmente consideradas como democráticas. Quizás no el tipo de democracia liberal, pero si un tipo de democracia funcional igual —sino mejor— en cuanto a representatividad. Para celebrar el hecho el Movimiento editó un breve manifiesto con los resultados del juicio y los comentarios pertinentes para aclarar posiciones. «*Tampoco (la democracia funcional) anula la representación, pues la anulación de la representación se comprobaría si se declarase expresamente la supresión del mecanismo de elección y el instrumento de sufragio. (…) Pero la supresión del mal llamado sufragio universal, le sucede el sufragio calificado o funcional que emplea la extensión del sufragio a toda la población, sin distinción de sexo, lo que implica incorporar más de un millón de personas. (…) La organización, la selección, la jerarquía y la subordinación a una jerarquía, principios que no están reñidos con el gobierno democrático, por el contrario, tienden a asegurarlo. Sin selección no hay ni puede haber igualdad y libertad*»[71].

---

71 El MNCh y la Democracia. Defensa del MNCh ante la Corte de Apelaciones de Santiago.

Con la clave jurídica elaborada por Izquierdo se comprenden mejor los objetivos de MNCh: su antipartidismo, el antiliberalismo, tanto político, como cultural y económico, el funcionalismo y otras tantas ideas del Movimiento y de las posteriores versiones del nacionalismo que hundían sus raíces en el pensamiento del abogado y Jefe nacionalista.

De la mano del fundamento ideológico de Izquierdo y con los restos de voluntad heroica de los antiguos nacistas el MNCh se presentó como una nueva fuerza nacionalista que se alejaba del orden político binario de izquierdas y derechas para luchar por el anhelado Estado Unitario anti-oligárquico. «*Contra la inmundicia materialista de dos concepciones del mundo que pretenden transformarlo o conservarlo como un piño de ganado, se levanta en todo el mundo la revolución nacionalista, seguida de las más potentes fuerzas del espíritu. Las derechas son momias que deben enviarse a museos. Es estúpido que el brote insobornable que es el nacionalismo pueda ser comparado siquiera con ellas. Con respecto a los sub-hombres del marxismo ni vale mencionar el abismo que nos separa de ellos. A la concepción animal del mundo, oponemos, y opondremos siempre, el orgullo de nuestra condición de hombres*»[72].

UNIÓN NACIONALISTA.-

En 1942 la contienda electoral se había adelantado debido a la muerte del presidente Aguirre y las facciones políticas volvían

72 Guerra a Muerte al Derechismo y al Marxismo. Boletín Nacionalista. Agosto 1941.

a agruparse en tres entidades, derechas, izquierdas y nacionalismo. En este escenario Carlos Ibáñez se presentó como la carta de los sectores patrióticos aunando esfuerzos y uniendo voluntades. De momento las diferencias y recriminaciones quedaban de lado.

Pese a la estrecha pérdida de la candidatura de Ibáñez el nacionalismo vivió un resurgimiento. Los habituales contactos de campaña entre Izquierdo (MNCh), González (VPS), ibañistas y gremialistas representados por Jaime Larraín García-Moreno ilusionaron a estas fuerzas sobre el futuro político del renovado nacionalismo. Así fue como en 1943, a instancias del mismo general Ibáñez, el nacionalismo se fusionó en una nueva colectividad, la Unión Nacionalista de Chile. Para evitar confrontaciones innecesarias un consejo nombró al abogado Juan Gómez Millas (Santiago, 1900 – Maitencillo, 1987) como su Jefe, instancia que Izquierdo y González apoyaron con gran generosidad por el bien de la entidad.

En momentos en que los nacionalismos europeos estaban en el apogeo de su influencia y poder la Unión Nacionalista no tuvo complejos por declarar sus simpatías por el Eje. La agrupación no estuvo tan comprometida como el nacismo y eso le daba mayor libertad a la hora de analizar el conflicto. Por este motivo la Unión vio la Segunda Guerra Mundial como una confrontación política en donde el nacionalismo revolucionario se enfrentaba a las fuerzas liberal-marxistas, en esa época operando en conjunto como aliados. Dentro de este escenario

Juan Gómez Millas y la Unión Nacionalista se concentrarían especialmente en el debate por la neutralidad del Estado chileno en esta verdadera guerra ideológica mundial. La presión por entrar a los países beligerantes que EE.UU. ejercería sobre toda Iberoamérica era enorme y esto obedecía al papel imperialista que desarrolló el país del norte en los territorios de la periferia americana, una situación que se intensificaría de ganar los Aliados la guerra. Si Estados Unidos ganaba la guerra se transformaría en una potencia mundial y eso consolidaría su hegemonía política y colonialismo económico en Iberoamérica. La confrontación entre nacionalismo y liberalismo-socialista no sólo era ideológica. Al proyectarse en una conflagración mundial que tenía al imperialismo norteamericano como un posible ganador, este conflicto también definía la libertad de Chile ante el eventual ocaso nacional en la sombra de una nueva superpotencia mundial. La neutralidad fue por tanto, quizás el eje político más importante en los breves meses de acción política de la Unión. Esto no era un capricho ideológico. Era la gran batalla por la soberanía y la independencia. Si Chile entraba definitivamente en la esfera norteamericana no sólo se transformaba en su vasallo, también el proyecto nacionalista se vería afectado y con ello la revolución que Chile esperaba.

Es por esto que el jefe unionista llamaba a enfrentar con valor la presión que se ejercía para que Chile se abanderara por los Aliados en la guerra. Proponía una política de aislamiento unida a Argentina para así crear una zona rica en minerales,

cereales y proteínas, un reducto o *zollverein* al margen de la conflagración mundial, una especie de zona autárquica que permitiera tener el poder para no someterse a los poderes hegemónicos. «*Hay que resistir en toda forma y combatir enérgicamente a los malos chilenos que cumpliendo órdenes extranjeras están proporcionando la entrega de nuestra nación, para evitar, según dicen ellos, la miseria que vendrá si no participamos en el actual conflicto. No es verdad que vendrá miseria si nos mantenemos dignos en nuestra actual situación independiente. Si hubiera gobernantes responsables que se debieran exclusivamente a los intereses de la Patria que está por encima de las conveniencias de clase o de partido políticos, ya hubieran establecido un verdadero pacto económico con Argentina. Ambas economías se complementan y pueden evitar completamente cualquier paralización que pueda producir la presión imperialista de los que quieren arrastrarnos a la guerra. (…) ¿Qué importa que tengamos que sufrir privaciones momentáneas cuando el futuro premiará ciento por uno la posición digna que supimos mantener? Nada significa para los milenios de nuestra nación el pequeño sacrificio económico de unos años. A las generaciones venideras servirá nuestro ejemplo presente*»[73].

El Jefe del nacionalismo denunciaba que los partidos plutocráticos habían iniciado una campaña del terror especulando con fatalidades económicas debido al no rompimiento de relaciones con el Eje para entregarse a la dominación norteamericana. Estos "buitres", como los calificó

73 Juan Gómez Millas habló a la Juventud contra el Entreguismo. El Nacional. Noviembre 1942.

Gómez, basaban su política rupturista con razonamientos mercantilistas ante lo cual el Jefe unionista anteponía el honor y la dignidad nacional frente a las presiones extranjeras. Para Gómez Millas si el gobierno democrático ponía a la democracia como causa al entreguismo, era preferible sacrificarla en nombre del honor, la soberanía y la libertad.

Al final, el 20 de enero de 1943 la presión norteamericana vencía años de resistencia nacional. Chile rompía relaciones con el Eje y declaraba la guerra a Alemania, Italia y Japón. En esas horas decisivas Gómez hacía un llamado a unir en el nacionalismo a todas las fuerzas que había lucha contra la ruptura superando las diferencia y poniendo en perspectiva la lucha por la preservación de la independencia nacional. «*Ante la resolución gubernativa de romper relaciones diplomáticas con uno de los grupos de potencias beligerantes, la Unión Nacionalista, consecuente con su propósito fundamental de resguardar la plenitud de nuestra independencia, al margen de toda presión exterior, sea de la índole que sea, declara que no liga su consciencia ciudadana a la nueva actitud internacional del Gobierno y la repudia con toda energía. Tenemos la absoluta seguridad de que la línea que adopta la Unión nacionalista continúa las normas que inspiraron a los grandes patriotas chilenos y americanos y que el esfuerzo que hoy realiza, salvará al resto de América de la opresión y dará dignidad y libertad a Chile y al pueblo chileno*»[74].

74 Declaración del Presidente de la Unión Nacionalista ante la Ruptura de Relaciones Diplomáticas del Gobierno de Chile con las Potencias del Eje. El

ESTILO Y POLÍTICA DE LA UNIÓN.-

La Unión Nacionalista fue una continuación política del MNS y MNCh. Se declaró un movimiento jerárquico, disciplinado, en lucha contra todas las fuerzas que no propendieran al Estado Unitario. Atacó con fuerza el sistema capitalista y el socialista. Se declaró social nacionalista. «*El capitalismo es la explotación del hombre por el hombre. Mientras que el comunismo es la explotación del hombre por el Estado. Si lo primero es perjudicial para el individuo y la sociedad, lo segundo no es beneficioso para el hombre y la colectividad, sino que acarrea la exterminación de la personalidad humana, transformando a los ciudadanos en simples instrumentos de los déspotas que han usurpado la dirección del Estado*»[75].

El énfasis de la Unión sobre su calidad de portadora del verdadero socialismo es continuo. El nacionalismo chileno a través de Gómez y los unionistas siguió firme en su cruzada de tercera posición. «*Socialismo y nacionalismo. En realidad, ambas ideas son inseparables. No puede en la actualidad concebirse una política nacionalista que no sea socialista, ni puede preconizarse un legítimo socialismo sino dentro de un firme nacionalismo. Lo nacional y lo social son conceptos inseparables. (…) La concepción nacionalista del socialismo no tiene nada que ver con el marxismo. (…) Para el socialismo nacionalista en cambio, es una concepción que no sólo*

Nacional. Enero 1943.

75 Capitalismo y Comunismo: Explotación. El Nacional. Diciembre 1942.

abarca el campo económico, sino todas las manifestaciones de la vida común. La UN lo define como una "subordinación de lo individual a lo colectivo", en contraposición al individualismo, sea este liberal o marxista, para que el individuo sea el eje de la vida social y nacional»[76].

Al igual que para nacistas y nacionalistas, la tercera posición social nacionalista se fundamentaba en una alternativa al liberalismo político —el demoliberalismo— y al liberalismo económico — capitalismo financiero. Este sistema entroncaba en esos años en el corporativismo o democracia funcional que se basaba en los planteamientos de Izquierdo, además del proteccionismo económico. «*La UN denuncia a la democracia parlamentaria y partidista como la causante de la ruina de Chile. (…) Consecuente con esta convicción la Unión Nacionalista propicia "el reemplazo del actual falso régimen democrático, informe y anárquico por una democracia orgánica y funcional, en que la autoridad del estado exprese con energía y eficacia las tendencias activas de la opinión pública, manifestada a través de los organismos representativos de las fuerzas del trabajo y de la producción. El error congénito de la democracia partidista, que ha provocado en ella los vicios y las deformaciones a que nos hemos referido, es su falta absoluta de contextura orgánica. (…) Es por esto que la Unión Nacionalista propicia la constitución de lo que la Declaración Doctrinaria denomina una democracia orgánica y funcional, en la que el pueblo no se agrupe*

76 Nacionalismo y Socialismo. El Nacional. Diciembre 1942.

en partidos políticos, sino en organismos representativos de las diversas actividades del trabajo»[77].

Pero el empuje unionista llevaba consigo un atavismo autodestructivo. Roberto Vega, exnacista y director de Acción Chilena, la revista de Carlos Keller devenida en órgano unionista se quejaba en las páginas de "El Nacional" —diario oficial de la Unión— del conflicto interno que fragmentaba a la Unión. Nacistas de espíritu guerrero y voluntad de acción alertaban constantemente que ciertas facciones eran demasiado dadas al juego político, la componenda y el relajo doctrinario, actitudes que fueron dañando la mística idealista que ellos habían aportado al nuevo movimiento.

En enero de 1943 luego de que Chile rompiera finalmente relaciones con el Eje el gobierno decretó la creación del Departamento 50 de la Policía de Investigaciones. Su función era perseguir el espionaje del —ahora— enemigo nazi-fascista en el país. Lo cierto es que políticamente esta institución se utilizó para perseguir la latente amenaza nacionalista y así desarticular su accionar político. Bajo la excusa de financiamiento alemán se encarceló a importantes nacionalistas, se suprimió la publicación de todos los órganos ideológicos existentes y se allanó cuarteles y domicilios. Las listas negras decretadas por Estados Unidos en Chile dejaron sin trabajo particular a muchos líderes nacionalistas o llevó a la quiebra a sus empresas.

---

77 Democracia Partidista o Democracia Funcional. El Nacional.

Mucho se ha hablado por parte de investigadores de este período de que el nacionalismo chileno, supuestamente dependiente ideológicamente del nacionalismo europeo, sufrió su declive a raíz de la derrota del Eje. Pero la verdad es que fue el gobierno chileno, bajo la excusa del espionaje, el que suprimió el nacionalismo por ser una fuerza revolucionaria y de oposición política. El nacionalismo chileno fue atacado policialmente desde 1943 a 1945. Fruto de esta persecución estatal y policial sufrió un declive irremediable que lo llevaría a reformularse nuevamente en las décadas venideras.

LA NUEVA EDAD.-

Pero a la persecución gubernamental se le agregó otro ingrediente en la disolución del nacionalismo chileno. Una acusación permanente de los militantes patriotas era el efecto negativo interior de elementos vinculables a la masonería. Eso abrió una creciente polémica entre las fuerzas nacionalistas y la institución hermética. Este conflicto derivó en acusaciones de infiltración y traición que hicieron de la convivencia nacionalista un clima de desconfianza y sospecha. Uno de los principales difusores de esta situación y sus implicancias a nivel nacional fue Miguel Serrano (Santiago, 1917 – Santiago, 2009), por esos años un joven periodista e intelectual proveniente del socialismo y devenido primero en vanguardista, luego movimientista y posteriormente en unionista.

Pero Miguel Serrano no era un político. Era un insigne escritor de la patria telúrica, del Chile profundo. Su sitial estaba en la velada práctica de adentrarse en el alma nacional. Por eso, luego de un paso muy tangencial por los círculos intelectuales izquierdistas y de una posterior colaboración en el diario "Trabajo" de la VPS, el joven Serrano inició un proyecto periodístico y de difusión ideológica nacionalista desde una trinchera alejada del formalismo partidista.

En 1941 fundó "La Nueva Edad. Lucha de la América Libre", un semanario de gran calidad intelectual y análisis político. En la revista colaboraron antiguos próceres del nacionalismo como Carlos Keller y el General Francisco Javier Díaz Valderrama.

La Nueva Edad difundió contenido nacionalista, pero desde una perspectiva novedosa y bastante singular. El interés filosófico de Serrano sumado a su talentosa pluma literaria hizo de esta publicación algo bastante atípico en los círculos de difusión nacionalista. Los temas doctrinarios habituales del sector estaban presentes, sin embargo, a través de las páginas de La Nueva Edad se hizo siempre presente un rico sentimiento de búsqueda espiritual, una matriz poética que empapaba hasta los artículos más políticos escritos por Serrano.

La gran tesis de La Nueva Edad fue que el nacionalismo chileno era en realmente un vehículo para encontrar la verdadera esencia chilena, el espíritu perdido, el verdadero

sentido de la particularidad del "Ser chileno". Para Serrano cada pueblo tenía un destino proyectado desde el origen, una conjugación entre sangre y suelo, que le daba sentido a la existencia particular y colectiva. Chile, por tanto, tenía un papel muy concreto en el devenir universal, proyección que sin embargo estaba velada. Fuerzas oscuras —los enemigos del nacionalismo— mantenían bloqueado ese destino histórico por medio de un colonialismo cultural que impedía el desarrollo de las fuerzas espirituales atávicas. En este cuadro sólo la victoria del Eje podía permitir la liberación de Chile para que de esa forma retomara su senda de libertad y desarrollo espiritual.

La lucha a muerte en la que se encontraba Chile era intuida por una nueva generación, la juventud que se había sacrificado el 5 se septiembre, una generación consciente de su rol histórico. «*Nuestra generación, sin guías, sin luces espirituales, desconectada a conciencia de la tradición, ha seguido un desesperado camino revolucionario, buscando una fe, una esperanza, que no ha podido encontrar en sus mayores. Ha mirado, ha creído, ha sido leal, y ha muerto. ¿Dónde estaba Chile? ¿Dónde estaba la voz de esa patria adorada, que se sentía llamar desde adentro del pecho y del alma? Nos habían dejado a oscuras. Aquellos que no tuvieron una infancia profundamente chilena, empapada de tradición lejana, recorrieron, al abordaje, siempre distintos caminos errados y siguieron a líderes que no sentían ni interpretaban el profundo modo y destino de esta tierra. ¡Oh, queridos compañeros! Mirad este suelo regado de tanta sangre. Mirad estas montañas elevadas y estas voces temblorosas que emergen*

desde el fondo de nuestros campos. Escuchad y comprended que ya nadie nos podrá enseñar nada, que nada podemos esperar de nuestros mayores y solo debemos confiar en nosotros mismos y en nuestra generación. De ahí saldrá el futuro guía o la futura luz que sirva para encaminar los pasos de los jóvenes que nos precederán, los que vendrán después y que serán los que de nuevo le darán formas a nuestro destino. ¡Chile volverá a ser grande! Y esto significa volver a recuperar el gran estilo, el modo nuestro, la socarrona firmeza, hombría, la caballerosidad y la austeridad. Esto es lo que hay que sostener y lo que hay que formar desde arriba, un nuevo estilo, una nueva rectitud y grandeza. Esto es un país, un gran país. Y esto fue Chile»[78].

DISOLUCIÓN.-

El golpe que significó la persecución política y las divisiones internas sumado al problema de la filiación masónica de algunos dirigentes terminaron por fragmentar al nacionalismo. Hacia 1944 la Unión Nacionalista prácticamente no funcionaba, otras agrupaciones pasaron a la clandestinidad saliendo del plano político y los órganos de doctrina desaparecieron o fueron cerrados por las autoridades.

Una de las pocas iniciativas que lograron agrupar a los nacionalistas fue el Instituto Portaliano. Bajo esta fachada cultural operó realmente el Movimiento Nacionalista Portaliano entidad dirigida por Fernando Barahona el cual editaba "El Portaliano", diario publicado por el mismo Barahona junto a la

78 Miguel Serrano. Palabras a Mis Compañeros. La Nueva Edad. Junio de 1942.

colaboración de intelectuales como Serrano, Díaz Valderrama, Héctor Sepúlveda, Jaime Larraín García- Moreno— posterior líder de algunas aventuras nacionalistas— y el general Jorge Berguño Meneses — quien habría sido uno de los líderes del nuevo Movimiento Nacional Socialista de Osvaldo Gatica—, oficial que había saltado a la primera línea del nacionalismo debido a su fuerte crítica institucional y gubernamental debido la infiltración comunista en el norte chileno.

A través de las páginas de este órgano de difusión Serrano llamaba a continuar la lucha y lograr una segunda independencia para el país, Larraín seguía fomentando el espíritu corporativo y Barahona continuaba la campaña antipartitocrática, esta vez bajo las citas y espíritu de Portales. Para fines del año 1943, El Portaliano daba por disuelta a la Unión Nacionalista.

La disolución del nacionalismo chileno fue amarga. La sangre de los mártires del 5 de septiembre había sido traicionada. Héctor Sepúlveda Villanueva, parte del equipo de El Portaliano retrató en su exitoso libro "La Revolución que Chile Espera" el sentimiento de esa generación de luchadores nacionalistas traicionados. «*La contrapartida de las generaciones del 20, 22 y siguientes emerge a la vida nacional en el año 1932. Este grupo ductor, trae su propia vocación histórica. Su guía es Jorge González von Marées, y forma parte del grupo Mauricio Mena Mena, Fernando Ortúzar Vial, Diego Lira Vergara, Fernando y Jorge Guarello, René Silva Espejo, Javier Cox Lira, Carlos Keller, Hugo*

Valdés Morandé, Otto Krahn, Agustín Ross Necochea, Carlos Gaedenches, César Parada, etc. Esta generación acercó sus labios hambrientos de verdad al corazón mismo de Chile. Y allí en su seno, apagó su sed con doctrina chilena. Eran estos hombres de una hechura mental diferente a todas las anteriores, pues traían un caudal de fe casi religiosa en los destinos patrios. La bandera y la consigna de forjar un Chile fuerte y grande, iluminó desde el 5 de Abril de 1932, fecha en que se fundó la organización llamada movimiento Nacional Socialista de Chile, a la juventud chilena. Hay generaciones infieles a sí mismas, que defraudan las esperanzas depositadas en ellas. Tales son las que suceden en el tiempo y el espacio chileno desde el 900 en adelante. En cambio, la generación del año 1932 trae una consigna vibrante y acerada; trae una verdad definitiva, tajante y reveladora; la verdad nacional-socialista. Los muchachos que ingresaron hace once años atrás al Movimiento Nacional Socialista, eran jóvenes con el alma partida. Palpaban las inmoralidades del régimen liberal-democrático y los estragos del régimen de partidos; veían por los cuatro horizontes cerrados las perspectivas del destino histórico para esta tierra chilena, ancha triste y destartalada; veían al pueblo aprisionado en las garras de políticos con alma de veletas y palabras de mujerzuelas. En el interior de estos jóvenes ardía oculto el afán de encontrar los trozos ausentes del alma chilena. Querían mirar a Chile cara a cara y hacerlo recuperar de un salto su pasada grandeza; querían terminar con los negociados infames de los políticos de derecha e izquierda, querían, en fin, que Chile fuese para los chilenos, y desaparecieran las logias masónicas y el comunismo internacional. De este modo mientras Chile rodaba cuesta

abajo, el aire fresco del amanecer espiritual golpeó la frente de toda una generación. Se había anclado en una ancha llanura histórica: en la chilenidad. Muchos jóvenes despertaron a la vida espiritual bajo el signo de este grupo revolucionario. Adolescentes aún, adhirieron a este Movimiento, y debieron sufrir la persecución torpe y canallesca de la francmasonería que tenía y tiene abarrotada las plazas de profesores, en todos los Liceos del país. ¿Qué importaba que se les reprobase en los exámenes, que la lanceta vil de sectarios infames les quisiese cortar sus estudios, cuando en sus manos flameaba la bandera de la esperanza de una Patria mejor? Nada. Absolutamente nada. El espíritu revolucionario les daba frescura espiritual; alegría de vivir y ser chilenos; deseos de afirmar su personalidad; necesidad de decidirse a decir Si, Si, y No, No, a lo caduco, lo falso y lo malo. Los ideales del Movimiento Nacional Socialista resonaron muy pronto a través de campos y ciudades, y en corto tiempo incendiaron los corazones de miles de jóvenes que se cobijaban bajo sus banderas y vistieron sus camisas grises. (…) Así como hay que reconocer en Jorge González una honradez ciudadana a machamartillo, así, también, hay que acusarlo de haber traicionado los ideales del Movimiento Nacional Socialista de Chile. El cambio de nombre del M.N.S. perpetrado cuando nada lo aconsejaba, y el cambio de la doctrina espiritual y profundamente creadora del Movimiento por un programa racionalista, marxistizado y politiquero, fue la primera desviación de la formidable revolución espiritual del nacional-socialismo chileno; y el punto final lo constituyó la fusión con organismos afines, en el cual han penetrado de contrabando hombres que llevan en su frente la marca de fuego de la

masonería internacional. La "Unión Nacionalista" organización formada por residuos del Movimiento Nacionalista, cuyo jefe era Guillermo Izquierdo Araya, por elementos disidentes de la Falange Nacional; por "ibañistas" y "gonzalistas", es el organismo más híbrido de la política nacional»[79].

La generación heroica del movimiento nacionalista de los años treinta estuvo muy cerca de lograr la revolución que Chile esperaba, sin embargo, al poco andar todo parecía desmoronarse sin posibilidad de recuperación. Carlos Keller se refirió directamente a la locura de Jorge González como el motivo culpable. Para Miguel Serrano había sido el arquetipo oscuro de la traición. Con la disolución de la Unión se cerraba un gran ciclo.

Emiliano Valenzuela, autor de una magnífica historia del Movimiento nacista, llamó a este grupo de nacionalistas "la generación fusilada". Un generación llena de sueños y anhelos, valiente y sacrificada, formada por idealistas que soportaron la represión arbitraria del gobierno, el cierre de publicaciones y locales de reunión, encarcelamiento de líderes y asesinato de sus militantes en luchas políticas, se desvaneció de la política nacional para transformarse en un mito.

El nacionalismo chileno para 1945 estaba quebrado, disminuido y enfermo. La herida de la Masacre no dejaba de sangrar. El sacrificio había sido demasiado grande y los

79 Héctor Sepúlveda Villanueva. La Revolución que Chile Espera. ¡A las Juventudes Nacionales!

llamados a continuar la lucha marcada por el sacrificio no estuvieron a la altura. Internacionalmente los nacionalismos autoritarios habían sido derrotados. Liberalismo y marxismo se alzaban como dos fuerzas globalitarias e imperialistas que no permitirían el rebrote de su enemigo mortal. Con todo, la tradición democrática propia del más genuino nacionalismo chileno aún conservaba un espacio en la política chilena. Atrás quedaba el partido milicia y las críticas más radicales al sistema demoliberal. La revolución del Estado Unitario anti-oligárquico debía enmarcarse en el orden político democrático, para que desde ahí surgiera la revolución que Chile esperaba.

* * *

LOS HOMBRES DE TRABAJO AL PODER

La posguerra representó un enorme desafío para el nacionalismo chileno. La persecución policial y estatal, la presión norteamericana, las listas negras y la virtual prohibición para actuar en la vida política nacional dejaron a este sector político en un estado de enorme fragilidad.

A raíz de esta situación el nacionalismo revolucionario que había ido tomando forma —con una historia de casi cuarenta años—, ahora debía dar paso hacia una versión un poco más sanitizada, libre de sospecha y bastante menos conflictiva a la hora de hacer política. El nacionalismo laico, biologista, fuertemente anticapitalista y no menos antimarxista, influenciada inevitablemente por el nazismo y al fascismo daba paso a un nacionalismo con una fuerte raíz católica e integrista. Durante los años cincuenta prácticamente ninguna expresión nacionalista dejaría de estar influenciada por este nacionalismo tradicionalista, ni siquiera los más revolucionarios. Serían los años en donde el nacionalismo se teñiría de socialcristianismo y la influencia del corporativismo inspirado en ciertas encíclicas papales, es decir un corporativismo no subordinado al Estado. En cierta medida se podría plantear que las tesis del poder del soberano decisionista y el Estado jerarquizado de alguna forma perdieron fuerza para dejar paso a las tesis del autogobierno orgánico, democrático y corporativo. Siguiendo la analogía del

nacismo, en esta etapa pesó más la Democracia que la Aristocracia en la síntesis política nacionalista.

Una época apremiada además por una creciente amenaza soviética significaría asimismo que sin dejar de lado aquella lucha contra la hegemonía de estadounidense el antimarxismo pasaría a ser una prioridad doctrinaria. Pero no hay que confundirse. El nacionalismo integrista y católico no perdió su ardor revolucionario. Los actores de este período siguieron proponiendo una alternativa al liberalismo y al marxismo para alcanzar la justicia social del Estado Nacional con la misma fuerza que sus predecesores. Durante las primeras décadas de la posguerra el nacionalismo no perdió coherencia ideológica, tan sólo buscó nuevos caminos a recorrer.

NACIONAL CRISTIANISMO.-

Desde mediados de los años treinta el pensamiento del social cristianismo fue impactando el nacionalismo revolucionario en Chile. Sin embargo, no fue hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial y del término de la persecución gubernamental a las fuerzas derivadas del nacismo que esta corriente política asomó con fuerza.

El social cristianismo fue una ideología revolucionaria, bastante nacionalista, antiliberal y antimarxista, pero principalmente cristiana. Este cristianismo, sin embargo, no tenía relación con conservadurismo o militancia derechista. Los social

cristianos detestaban el orden liberal burgués y esperaban su pronto colapso, pero no para volver a un especie de sociedad tradicional, sino que para enfrentar la modernidad y el desarrollo bajo los valores culturales del cristianismo.

Este pensamiento, mayormente revolucionario y nacionalista aseguró una sana distancia con la derecha político-económica e incluso con la jerarquía de la Iglesia chilena. Las ideas de justicia social del social cristianismo llegaron a entender, y en parte a justificar, el descontento social y las ideas socialistas.

Este movimiento se dividió en tres facciones. La primera emanó de pensadores católicos que acogieron las encíclicas papales de corte anti-liberal como Rerum Novarum y Quadragesimo Anno, por lo que para este grupo la revolución cultural debía barrer con el liberalismo cultural —la llamada decadencia moral—, el liberalismo económico —el capitalismo salvaje— y el liberalismo político — democracia partitocrática. Nunca quisieron participar en política, sino que se manifestaron desde revistas, artículos, charlas y acción social. Pertenecieron a este grupo los discípulos del padre Fernando Vives y su "Liga Social" de acción proletaria. Entre ellos destacaron Jaime Eyzaguirre, director de la revista "Estudios", Julio Philippi, además de Jorge Bordina, director y dueño de la publicación "La Semana Internacional", una revista defensora de las ideas corporativistas que no dudó en ponerse del lado de las fuerzas del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Este grupo podría

ser descrito para mayor precisión como nacional cristianos de acción cultural.

Un segundo grupo social cristiano partiría de la misma base ideológica, pero decidió involucrarse en la arena política a través del Partido Conservador. Integraban este grupo Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, entre otros. Su experiencia en la derecha chilena fue mala por lo que decidieron formar una nueva agrupación política dentro del conservadurismo, la llamada "Falange". Con el correr de los años fueron olvidando su crítica al liberalismo político promoviendo ciertas reformas en vez de su destrucción. Luego matizaron su crítica al liberalismo económico propiciando la justicia social dentro de ese orden. Con el tiempo la Falange conservadora se transformó en partido político, la llamada "Democracia Cristiana". Esta agrupación se transformó en una entidad más bien de centro izquierda pero totalmente involucrada —y aún defensora con matices— del orden liberal.

Por último, un tercer grupo social cristiano sería de clara línea nacionalista. Destacarían en esta línea Ramón Callís junto a su Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista; Jorge Prat, director de la revista "Estanquero" y presidente del Partido Acción Nacional; Jaime Larraín García-Moreno presidente del Partido Agrario Laborista, y otros tantos que definirían este sector político. Este grupo podría ser descrito para mayor precisión como Nacional-Cristianos.

Héctor Sepúlveda Villanueva, autor de "La Revolución que Chile Espera", señaló en los años cuarenta a Miguel Serrano y a Jaime Eyzaguirre como las dos grandes promesas intelectuales del nacionalismo. Su pronóstico fue acertado. Jaime Eyzaguirre (Santiago, 1908 – Linares, 1968), abogado, profesor y director de la revista "Estudios", elaboró un pensamiento de primer orden a la hora de recapacitar alternativas al liberalismo burgués dominante. Serrano también destacaría en la historia del nacionalismo.

Junto a Eyzaguirre, Estudios contaría con intelectuales de primer nivel como Julio Philippi, Carlos Keller, Jaime Larrían García-Moreno, entre muchos otros destacados pensadores y colaboradores del nacional cristianismo, incluidos Mario Góngora, Armando Roa, Alberto Hurtado y Carlos Silva Vildósola.

ESTUDIOS.-

La Revista Estudios de Jaime Eyzaguirre aportó enormemente a la ideología del nacional cristianismo, no obstante, es difícil catalogarla como una revista de doctrina nacionalista. En ella se meditó sobre una alternativa unitaria al liberalismo imperante y al sistema político clasista y fragmentario. Buscó ese orden en las formas institucionales del pasado colonial, no para desempolvar un orden superado, sino que para extraer de esas instituciones todo lo bueno de una época en donde Chile e Iberoamérica vivían una unidad política,

económica y cultural luego destruida por la voracidad del Imperio Inglés.

Uno de los primeros aportes de Estudios fue el de posicionar al corporativismo como una alternativa al liberalismo, cuyo fundamento emanaba de la más cristiana justicia social y como tal podía adaptarse a la tradición política y cultural chilena. En este sentido el corporativismo de Estudios apuntaba a la organización económica no a la política. Sin embargo, los colaboradores de Estudios no hablaban de un orden subordinado corporativista sino de corporaciones libres en búsqueda de sus propios intereses. Estas tesis efectivamente amenazaban el orden liberal, que finalmente es la primera traba al Estado Nacional, pero por otro lado socaban de alguna manera la jerarquía estatal. Esto en parte por la raíz comunitarista o tomista del social cristianismo el cual le daba a la comunidad y valor por sobre su parte organizadora, el Estado. «*En los últimos años ha podido observase, cada vez de forma más marcada, la tendencia de los países de Europa hacia la organización corporativa del Estado. Sin duda que en ello ha tenido mucha influencia la expansión del ideal fascista, que ya no está reducido a las fronteras de Italia. Pero más importancia ha tenido para la gestación de este fenómeno político la Encíclica "Quadragesimo Anno", dictada para todo el mundo, y que señala como remedio de la crisis social la vuelta a las corporaciones arrasadas por el individualismo. Es verdad que el Sumo Pontífice no pretende imponer el régimen corporativo como estructura política del Estado, sino tan sólo como sistema*

económico-social, ya que según dijo León XIII, en "Inmortale Dei", "los hombres son libres de adoptar la forma de organización que prefieran, siempre que se tomen en cuenta las exigencias de la justicia y del bien común". (…) Donde ha llegado más lejos es en Austria, país que ha sufrido como pocos los estragos del liberalismo económico y que hoy reacciona enérgicamente y proclama con franqueza las excelencias del sistema corporativo. (…) Bien diseñada aparece pues en el horizonte la organización política de la nueva edad. La fe en los antiguos principios del liberalismo parece ser cosa muerta que pocos intentan resucitar. El desmoronamiento del edificio político, cuya construcción iniciaran los renacentistas y concluyeron los revolucionarios del 89, ha sido estrepitoso. Y sobre sus ruinas se perfila ya la faz del nuevo Estado, jerárquico y corporativo, en cuya constitución primará, como lo ha dicho muy bien Berdiaeff, "el principio del realismo social sobre el principio del formalismo jurídico"»[80].

Sin ser doctrinariamente nacionalista, Estudios sería una de las publicaciones más antiliberal que ha existido. Su preocupación por el sistema liberal e incluso por su cosmovisión filosófica superó a muchas publicaciones del nacionalismo político. La preparación intelectual de sus colaboradores así lo permitía, adentrándose en las bases ideológicas del entramado económico burgués. El rol del individuo, de la libertad, del bien común, la justicia social, entre muchas otras temáticas, fueron abordadas por la pluma certera de los colaboradores de Estudios. «*El individualismo ha traído por consecuencia una total*

80 Jaime Eyzaguirre. Los Avances del Corporativismo. Estudios. Enero 1934.

atomización. En el campo social esta atomización se traduce en la supresión violenta de los gremios, la prohibición de formar asociaciones profesionales u obreras. Los frutos inmediatos de la Revolución Francesa fueron la destrucción de todo vínculo orgánico entre el individuo y el Estado: la familia fue respetada gracias únicamente a las últimas reservas espirituales acumuladas por la sociedad medioeval. El Estado permitiéndosele vivir únicamente porque era necesario para mantener el orden, fue reducido al papel más insignificante; su existencia quedó sometida, con la doctrina del pacto social, al veredicto de las mayorías. Pero no fue sólo atomizada la sociedad como consecuencia del individualismo; también el individuo, la personalidad humana, sufrió sus efectos. Perdiendo el hombre, al separarse de Cristo, toda unidad interior, erige una serie de fines parciales en fines últimos, disgregándose en una cantidad de elementos inconexos. Desaparece el orden en el pensamiento; las diferentes ramas del saber humano dejan de formar un todo armónico dentro del sometimiento de lo inferior a lo superior, constituyendo únicamente un conglomerado de conocimientos. (…) En una palabra con el individualismo el hombre se disgrega. Como ser sociable, pierde todo lazo de unión entre su persona y la sociedad política o Estado. Como individuo, empieza a concebir una serie de ciencias absolutas, de ciencias autónomas e independientes. Olvidándose de Dios, se desdobla en una serie de diferentes elementos. (…) El concepto amplio de política indicado mis arriba, tal como lo entiende Santo Tomas de Aquino, supone en si una concepción total y orgánica, tanto del individuo como de la sociedad. Destruida la idea del orden natural y sobrenatural el verdadero

concepto de política tenía necesariamente que ser desvirtuado, primando el concepto contingente sinónimo de "acción de partidos políticos". Ya el objeto de la política, como ciencia y como arte, no es procurar el bien común de la sociedad —bien común negado por el liberalismo— sino que pasa a ser su fin lo que debería ser sólo un medio: los triunfos electorales y la repartición del poder»[81].

Se denunciaba que el individualismo era una forma de esclavitud. Un medio por el cual el hombre se desconectaba de su entorno social y por tanto quedaba desprotegido, desvalido ante sus necesidades. A mayor tejido social mayor libertad y a mayor individualismo mayor dependencia. Aquí se rebatía y se daba vuelta conceptualmente el fundamento de la ideología liberal. «*El liberalismo y la democracia no han entendido el problema de la libertad. La libertad abstracta en que piensan es en realidad un mito. El hombre concreto, que es el único hombre que existe en realidad, no encuentra su libertad —libertad en la verdad se entiende— sino dentro de los organismos neutrales que resguardan la personalidad: la familia, la profesión, el Municipio. Precisamente, las instituciones que han barrido la democracia en su afán centralista, que partía directamente de su concepción mecanicista de la vida política y social. En la realidad concreta el mito de la libertad no aprovecha más que a los malvados y al mal. ¿Qué libertad tiene el padre para educar a sus hijos? ¿Qué libertad tiene el obrero o el pequeño industrial ante las voracidades de la libre competencia? ¿Qué libertad tiene el público ante*

81 Julio Philippi. Política, partidos políticos y corporativismo. Estudios. 1934.

el mal y la mentira presentada en forma fascinadora por la prensa y por todas las formas de perdición que la libertad permite?»[82].

Para Estudios la libertad que entregaba la sociedad orgánica permitía el verdadero acceso a los bienes individuales extraídos de bien común. «*El hombre persona individual, ya que es sólo un supuesto de naturaleza racional, está individualizado en la materia bajo el signo de la cantidad, y como esta es diferente para cada cual, es lógico que, si bien todos los hombres son iguales en su esencia específica y finalidad última, hay entre ellos grandes desigualdades. Ahora bien, estas diferencias obligan al hombre a complementarse mutuamente, a relacionarse en un esfuerzo común y sólo de esta manera podrá obtener buena parte de los bienes que su naturaleza le exige. Esta misma naturaleza, su desigualdad, su limitación y la necesidad de alcanzar diferentes finalidades que le permitirá llegar en definitiva al bien supremo, lo obligan, púes, a determinarse continuamente en forma colectiva. En otros términos, hay gran cantidad de bienes que al hombre sólo puede obtener en común con otros seres de su especie*»[83].

La desigualdad exigía la suma de diversas capacidades para alcanzar metas comunes de envergadura. La solidaridad y la integración derivaban en jerarquía y unidad orgánica. Esta unidad de logros y de anhelos era el "bien común", la justicia social. El bien común era, por tanto, todo lo que se necesitaba alcanzar de forma colectiva. De esta forma existía un bien común

---

82 Antonio Cifuentes. Hacia una Concepción Orgánica de la Sociedad. Estudios. Diciembre 1934.

83 Julio Philippi. El Orden Político. Estudios. Junio 1950.

familiar, universitario, comunal y nacional. De esto derivaba que el bien común no era la suma de bienes individuales que satisfacían necesidades particulares, sino que era la suma de bienes necesarios para afirmar a la comunidad, pero alcanzados de forma singular por las capacidades desiguales de los individuos. El apetito desordenado por la riqueza era, a ojos de los social cristianos, algo inmoral, fuera del bien común y de la justicia social. El bien singular no podía estar en oposición al verdadero bien común. En bien individual fuera del bien común era llamado por el colaborador de Estudios Julio Philippi el "bien particular".

Derivado de las teorías de la sociedad orgánica y el bien común surgía el concepto de justicia social mediante el salario mínimo. Este salario debía ser equivalente a la fuerza vital consumida, es decir todo aquello que involucraba la subsistencia del individuo y las personas que dependían de él, su familia. Esta idea fue una forma de entender el problema del salario fuera de las lógicas economicistas e individualistas del liberalismo, considerando el cuerpo social intermedio de la familiar por medio de un concepto corporativista u orgánico de la sociedad. De esta forma el salario estaba determinado por las cargas y necesidades familiares. El "salario familiar relativo" dependía de cada caso, número de hijos, enfermedades y otras variables. Este salario consideraba también el salario familiar colectivo, es decir los ingresos totales de la familia y su fórmula

dependía de factores como los recursos de los empleadores, la competencia del trabajador y el bien común.

HISPANISMO.-

Un factor ideológico determinante en el nacional cristianismo de Estudios fue el hispanismo. Este hablaba de la hispanidad como cultura integradora en su carácter cristiano y universal, como bastión y fundamento de Occidente y como pasado duradero de la cultura chilena. No hay que confundir entonces hispanismo con vinculación sentimental hacia España como país o con la restauración monárquica. Hispanismo era vinculación hacia la cultura emanada del espíritu de la etnia de la cual los chilenos habían surgido. Era también una búsqueda en las antiguas formas políticas para actualizarlas a la realidad. Los social cristianos rescataban el inmenso legado del Imperio Español, sus años de lucha por difundir el cristianismo y el aporte cultural que derivó de aquello. La cultura hispánica católica era entonces un sello espiritual que derivó en un orden político y económico. Este orden imperial había irradiado a todos los dominios de la corona, América y las posesiones de Asia incluidas. Y Chile se había beneficiado mucho de ese orden monárquico. Estabilidad política y económica durante la colonia, con una constante tradición de presidentes de la Real Audiencia y, en las últimas tres décadas del período colonial, grandes avances en infraestructura y comercio. Los hispanistas denunciaban la desintegración de ese orden por causa de la

voracidad inglesa, país que se abocó a destruir y fragmentar el orden hispánico criollo. Una América debilitada en una veintena de estados era un objetivo político del Imperio Inglés para de esa forma lanzarse hacia la conquista económica continental. La denuncia de los hispanistas iba orientada al hecho que el imperialismo inglés y su liberalismo calvinista habían reemplazado el orden hispanista trayendo caos y dominación a los países americanos.

El Hispanismo era al mismo tiempo un Tradicionalismo. Esta corriente cultural se fundamentaba en intelectuales como Donoso Cortés, Vásquez de Mella, Ramiro de Maetzu o el chileno Osvaldo Lira. La idea del tradicionalismo también ha sido mal entendida como una búsqueda de las formas absolutistas de los gobiernos de los siglos XVIII o XIX, un retorno al Antiguo Régimen como una fórmula reaccionaria para detener el liberalismo político. Pero no fueron las formas políticas absolutistas lo que estos pensadores buscaron. El sentido último fue más bien lograr entender la cosmovisión política religiosa que tenía el Antiguo Orden y contrastarla con el individualismo secular expandido con el liberalismo anglosajón inoculado a través de los revolucionarios independentistas subvencionados por Inglaterra. Superar los conceptos fundamentales de la ilustración y el excesivo racionalismo posrevolucionario abría las posibilidades de encontrarse con una concepción de la política enraizada en el derecho natural cristiano, aunque quizás ya secularizadas en una aproximación a

una especie de teología política. «*Ese conjunto de tradiciones gloriosísimas, de aspiraciones grandiosas, de realizaciones inverosímiles, de prosperidad exuberante, de sacrificios dolorosos, constituye la esencia de la patria hispánica, de la patria que no se re encasilla en los límites de la Península sino que se desborda por el mundo y que nosotros los hispánicos de todo e1 mundo la encontramos regada por el Mediterráneo y el Cantábrico, colmando el Nuevo Mundo, y las Filipinas, acariciada en su amplitud inmensa por las ondas del Atlántico y del Pacífico. Ese riquísimo tesoro espiritual derramado por el mundo todo constituye la Hispanidad. En la época actual, materialista, la Hispanidad vuelve a cobrar relieve*»[84].

Para los tradicionalistas la Revolución Francesa había disuelto los cuerpos intermedios dándole a la burguesía mayor poder y ampliando la distancia entre el pueblo y el soberano en comparación con lo que tenían las sociedades absolutistas regidas, y en gran medida contenidas por el poder del clero, la nobleza, los fueros y los gremios. La Revolución Francesa había sido por tanto una rebelión burguesa que fragmentó la unidad imperial basada en el balance entre el poder del soberano y la fuerza de las corporaciones. La burguesía necesitaba quitarle poder a ambas fuerzas sociales para concentrar en sus manos el orden político. El orden liberal, al barrer con el monarca había destruido también su orden social liberando al temido Leviatán, el Estado liberal moderno sin intermediarios, crecido

84 Osvaldo Lira. El Sentido de la Hispanidad. Estudios. Mayo 1935.

monstruosamente por sobre un hombre empequeñecido por su individualismo.

Pero el tradicionalismo no buscaba volver al absolutismo despótico, sino que al orden social que lo rodeaba y que le daba cohesión. De ese modelo podían surgir formas para darle más orgánica a las sociedades liberales, sociedades en donde la limitación del poder, y su repartición en los poderes del Estado, finalmente había producido que el poder antes distribuido en cientos de cuerpos intermedios balanceados se había concentrado en unos pocos entes políticos, fuerzas que no lograban ponerse de acuerdo producto de la lucha partidista y el cuoteo de las instituciones.

EL LUCRO EN LA ECONOMÍA.-

A través de sus páginas Estudios fue muy duro en su crítica al capitalismo liberal. Esto le significó una especie de ostracismo social a muchos de sus colaboradores, los cuales pertenecía a la clase vinculada a la derecha política y el liberalismo económico. Sara Izquierdo, madre de Julio Philippi y suegra de Jaime Eyzaguirre, criticó el sistema económico liberal acusándolo de insensible a los dolores del pueblo. Criticó también el asistencialismo practicado especialmente por las mujeres de la clase alta de su época como una forma de lavado de pecados de un sistema explotador de las clases trabajadoras. Para la colaboradora de Estudios, dicho asistencialismo no solucionaba en nada los problemas de desigualdad generados por el sistema

económico imperante en Chile. En este sentido, la única solución era la sustitución del sistema económico por uno de orientación social cristiana en línea con las encíclicas antiliberales del Papa.

El sistema liberal económico, llamado por Estudios "neocapitalismo", había sido instaurado en el país en el momento posterior a la victoria chilena de la Guerra del Pacífico. La riqueza salitrera fomentó un fuerte giro al comercio exterior como base de las entradas fiscales, en donde la exportación de salitre y productos alimenticios se transformaron en la base de la economía chilena. De esta forma la economía chilena pasó a depender casi exclusivamente del comercio mundial. Estudios denunciaba que esto produjo gran desestabilización de la economía —si bien generó grandes fortunas a una minoría— no obstante, puso a la política al servicio del dinero. La penetración del capital extranjero fue el derivado necesario de este proceso, sumando un nuevo mal a la economía al sustraer para siempre la riqueza natural del país en beneficio del poder económico extranjero. «*Después de la guerra mundial y en los años subsiguientes las grandes fuentes de la economía chilena pasan a manos extranjeras (salitre, cobre, hierro, energía eléctrica, teléfonos, líneas aéreas internacionales y aun las fábricas e industria). Las instituciones públicas como la Caja Hipotecaria se adeudan con el extranjero: La Caja Agraria, Instituto de Crédito Industrial, Caja Minera, se organiza con créditos del exterior: el fisco, las municipalidades, los ferrocarriles se endeudan con el extranjero; hasta el comercio minoritario se ve invadido por el capital extranjero. Es la época de la*

internacionalización de Chile. ¿Qué significado económico tiene esta internacionalización? Según cálculos que quedan bajos, el capital extranjero asciende a unos 10 mil millones. Con una rentabilidad media de 6% hay necesidad de que nuestras exportaciones excedan a las importaciones en 600 millones para pagar los intereses de este capital. Si añadimos a esta suma el pago de la deuda externa, fletes, comisiones, películas y otros pagos menores, parece que sólo en los años 1928-29 la balanza de pagos ha sido equilibrada. Esto encuentra su comprobación inmediata en el continuo drenaje experimentado por las reservas de oro del Banco Central a partir de 1929. ¿Comprendemos toda la amenaza que esto significa para la estabilidad de la moneda al menor trastorno de la Economía Mundial?»[85].

Las economías orientadas a la extracción de recursos naturales sin valor agregado fomentaban el rentismo, es decir, la búsqueda de la labor económica de rápida utilidad sacrificando el desarrollo industrial u otras actividades de lento retorno, pero impulsoras del crecimiento orgánico. El grupo Estudios criticó el rentismo económico del capitalismo más liberal. El excesivo espíritu de lucro, la búsqueda desmedida de utilidad y renta era la causa de que el sano espíritu de competencia y el ímpetu emprendedor se transformaban en una búsqueda insaciable de ganancia que invariablemente derivaba en fragmentación social y desigualdad. «*El régimen capitalista, que no tiene otro fin que el lucro individual ni otro término que la ganancia ilimitada, sin mirar el*

85 Antonio Cifuentes. Evolución de la Economía Chilena desde la Crisis hasta Nuestros días. Estudios. Noviembre 1935.

bien común, es antinatural y fenómeno propio de los siglos XIX y XX, que por lo común ya nos parece que en nada desdice de los principios en que han de estar basados los negocios humanos. Sin duda que el provecho individual era el móvil que impulsaba al hombre a emprender una empresa comercial, pero en otras épocas la estructura misma de la economía estaba orientado hacia el hombre concreto. De allí las innumerables reglamentaciones en la fabricación de mercaderías que llenan los siglos XVII y XVIII. Era obligatorio producir buenas mercaderías, es decir mercaderías que pudieran servir. La caza de los clientes estaba prohibida. Las ordenanzas sajonas sobre el comercio de los años 1672, 1682, 1692 estipulan: Ningún comerciante debe apartar a los compradores de la tienda de su vecino: está prohibido así mismo, impedir a la gente por señales o gestos, hacer compras donde mejor les plazca y dirigirlas hacia otros comerciantes. Todo procedimiento que tuviera por fin el aumento de la clientela no estaba permitido» [Fernando Vives Solar. El Lucro en la Economía Moderna. Estudios. Abril 1935].

La revista Estudios alimentó las mentes socialcristianas y nacionalistas por veinticinco años publicando su último número en 1963. Semillero intelectual y guía cultural de muchos nacionalistas que bebieron de las tesis antiliberales, su influencia fue enorme para la cultura y política alternativa al orden liberal y su némesis marxista.

ESTANQUERO.-

A mediados de los años cuarenta surgió una nueva revista vinculada al pensamiento nacional cristiano. Mucho más política que Estudios —más tampoco doctrinaria—la revista "Estanquero" logró con el tiempo ser el puntal del nacionalismo. La publicación tuvo a Jorge Prat Echaurren (Santiago, 1918 – Curacaví, 1971) como editor principal. El nombre de la publicación derivaba del apodo que tuvo Diego Portales como controlador del negocio del estanco de tabaco a comienzos del siglo XIX.

En el año de la aparición de esta publicación, 1946, el presidente Gabriel González Videla iniciaba su mandato con un gabinete integrado por una coalición comunista, concretando por primera vez en la historia nacional la presencia marxista en el Estado. Esta situación marcó la línea editorial de la primera etapa estanquera. Inicialmente como una publicación marcadamente anticomunista, hacia el segundo gobierno de Ibáñez —el cual fue apoyado decididamente por la redacción estanquera— la revista fue ampliando sus intereses a la doctrina nacionalista en especial a la variante continentalista de la llamada Tercera Posición, una matriz ideológica peronista que buscaba la unión antiimperialista de todos los países subdesarrollados para vencer el cerco del capitalismo liderado por EE.UU. y del marxismo soviético. Acusaba además al sistema partitocrático, los abusos y corrupción del sistema liberal económico, el colonialismo económico, adhiriendo al portalianismo, el nacionalismo hispanista continental y al Estado

Unitario, entre otros temas habituales en las páginas estanqueras transformándose en una brújula ideológica a un nacionalismo algo desorientado en aquellos tiempos de posguerra. En razón de lo anterior el anticomunismo inicial se transformó en antiamericanismo. El Pacto Militar con Estados Unidos, la dominación comercial de los recursos naturales y el llamado Panamericanismo, una doctrina geopolítica de unión americana bajo el tutelaje norteamericano, fueron también objeto de las más duras críticas por parte de los estanqueros.

INTERMEDIARIOS INÚTILES.-

Como buena publicación nacionalista Estanquero censuró permanentemente el accionar fragmentador del sistema político partidista nacional. Como entidad editorial y no política Estanquero mantuvo una postura similar a Estudios en cuanto a rechazar la política partidista en general y a los partidos políticos en particular. Para Estanquero los partidos ya no eran intermediarios eficientes entre el individuo, los cuerpos intermedios y el Estado. La búsqueda individualista del propio interés se había extendido a los partidos políticos como extensión del liberalismo egoísta. Los partidos habían construido "una muralla de acero" entre el país y el gobierno de la nación. «*Chile en política parece haber tocado fondo. Se han ensayado todos los idearios políticos y todas las corrientes, sin que la ciudadanía haya sentido otra cosa que un progresivo asco por el político y por la actividad política en general. (…) Sin esperanza de que las promesas de*

los candidatos se traduzcan en realidades y sin que nadie le inculque la rebeldía contra ese estado de cosas, el chileno cualquiera se va convirtiendo en una ostra replegada sobre sí misma, que elije sin entusiasmo entre lo menos malo y que se deja conducir pasivamente por los audaces de las asambleas»[86].

La política era francamente despreciada por la publicación pratista. A través de sus páginas se buscaba dejar en evidencia como la oligarquía tomaba distancia de la comunidad. «*La transformación de la política en una técnica en extremo complicada, que para ser dominada requiere largos años de profesionalismo, ha alejado de ella a los elementos moral e intelectualmente más capacitados. Es frecuente oír hablar que, si Chile se encuentra en el lamentable estado actual, esto se debe a que las generaciones de hoy no han producido hombres capaces para hacer un gobierno eficiente. A nuestro juicio, la causa verdadera del fenómeno no radica en la falta de hombres capaces en el país, sino en la imposibilidad en que estos se encuentran de llegar al Gobierno o al Parlamento. Para una u otra cosa se necesita atravesar la red tupida que el profesionalismo político ha tendido en torno a la cosa pública, y, por lo general, ello sólo puede conseguirse a costa de genuflexiones, de hipocresías, de renuncios, de zancadillas y de mil maniobras más, que los hombres de temple moral superior no están dispuestos a realizar*»[87].

Estanquero culpaba a la política liberal de crear entidades clasistas, partidos en donde se enquistaban los intereses sociales

86 Intermediarios Inútiles. Estanquero. Abril 1947.
87 Editorial. Estanquero. Abril 1946.

en conflicto. Para los estanqueros esto derivaba en una práctica política artificial basada en intensificar la confrontación de clase. «*Hay, pues, que arrancar el engaño, el mito libresco de las "clases" en lucha, que no tiene soporte real y económico en un país como Chile. Existe, en cambio, una enorme masa de trabajadores, que comprende al obrero y al empleado, al industrial, al comerciante y al agricultor que trabajan por si mismos sus empresas, al profesional y al artesano. Ellos son los que permiten vivir al país, son los interesados en que este camine y se robustezca. Al otro lado se agrupa el sector privilegiado, el país consumidor y derrochador: los burócratas, los políticos profesionales, los agitadores y demagogos, que dominan y extenúan la nación. Por su pasividad, los productores permiten esta verdadera tiranía, que amordaza su libertad auténtica, les quiebra la patria y les dilapida su mejor esperanza. Se critica a "Estanquero" porque hace crítica puramente destructiva. Seguiremos haciéndola hasta que despierte el hombre s de la calle, el trabajador, y se dé cuenta de que se aniquila por su culpa, para estar sirviendo a tiendas políticas que no representan sus intereses reales, de que es preciso que surja una fuerza nueva, del taller, de la fábrica, del sindicato, de la oficina, un* verdadero frente de trabajadores de reedifique vigorosamente la patria y ajuste la organización política y económica a las necesidades de la hora»[88].

Ante el estado de situación Estanquero proponía un orden orgánico de la sociedad basado en los cuerpos intermedios que superara al orden partidista. «*El partido político como tal es un*

88 El Mito de la Lucha de Clases. Estanquero. Marzo 1947.

organismo inútil y antinatural (…) es preciso que desaparezca para ser reemplazado por las familias, los municipios y los gremios erigidos en corporaciones» [Editorial. Estanquero. Octubre 1951]. Sin embargo, los estanqueros sabían que el orden funcional no era algo sencillo de establecer. Los gremios nacionales habían sido víctima de la cooptación por parte de los partidos políticos transformándose en una extensión de estos. Por un lado, los gremios empresariales eran una prolongación de la derecha económica, los de trabajadores lo eran del marxismo. Y lo anterior era lo más grave ya que los obreros y trabajadores eran los más necesitados de contar con una fuerza propia no partidista que le permitiera resguardar sus intereses de forma coordinada con el rumbo nacional. Con los gremios en manos de unos cuantos políticos profesionales eso no era posible. Estanquero culpaba a la derecha de negar el valor de los sindicatos en la etapa de su despertar en la política chilena. Los criminalizaron y les cerraron toda posibilidad de expresión. Ante esto la izquierda los había infiltrado arrebatándoles su esencia patriótica y trabajadora para transformarlos en vehículos de la revolución marxista. «*El sindicato es la realidad ignorada de nuestro Chile actual. (…) El sector de derecha no pudo encasillar dentro de su concepción política y de los moldes jurídicos de su Estado esta nueva fuerza cuya pujanza desmentía a quienes, en el desenfreno del individualismo, llegaron en Francia hasta negar el derecho de asociación. Incapaces de abordar la creación de un "orden sindical" constructor de la patria, se dieron a la tarea de negar el Sindicato, para*

después convertirse en sus más encarnizados enemigos, al descubrir que el sindicalismo constituía la más poderosa arma de las reivindicaciones económico-sociales del pueblo. La reacción de la izquierda política fue más sagaz. La defensa de los intereses populares —que ella pretende monopolizar— encontraba una magnífica herramienta en el Sindicato. (…) El movimiento sindical —negado por unos, traicionado y desviado por otros— perdió la oportunidad de enmarcar su derrotero hacia la transformación del régimen social, al quedar sometido a la politiquería de izquierda»[89].

EL SANTO NACIONALISMO.-

Estanquero fue consolidando una postura cada vez más antiimperialista. Esta entroncaba con el auge del peronismo en Chile. El general Juan Domingo Perón había iniciado la revolución social argentina en 1946 cimentándola en el novedoso concepto de la Tercera Posición. Este término hacía referencia a la soberanía de los pueblos frente a los avances del imperialismo liberal norteamericano y el imperialismo soviético. La Tercera Posición peronista y continental veía al pueblo como la comunidad nacional y no meramente como clase obrera. Por esa razón estipulaba una alianza policlasista —y también de izquierdas y derechas— para terminar con la dominación del imperialismo. Fundamental en este plan era la dirección nacional por parte del Estado y no por la oligarquía, también la industrialización por sustitución de importaciones y un fuerte

89 Patria y Sindicato. Estanquero. Abril 1946.

sindicalismo unitario nacional que en Argentina se materializaría en la peronista Central General de Trabajadores (CGT) y en Chile con la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) liderada por el social cristiano Clotario Blest. La ideología peronista se sintetizaba en soberanía política, independencia económica y justicia social.

A esta posición política tercerista se sumarían muchos nacionalistas revolucionarios americanos como Victor Hugo Haya de la Torre en Perú, Victor Paz Estensoro de Bolivia, José María Velazco presidente de Ecuador y Getulio Varga en Brasil. También líderes de países asiáticos, medio orientales y norafricanos en una cruzada mundial antiimperialista. En Chile encontraría eco en nacionalistas como Izquierdo Araya y Prat, más tímidamente en el presidente Ibáñez. «*Quien haya seguido a través de la prensa y de la radio el auge nacionalista en Egipto, en Irán, en Marruecos y, muy pronto en otras regiones del globo, podrá darse cuenta que el nacionalismo ha dejado de ser "egoísmo de los pueblos" de que hablara alguien, para transformarse en un movimiento mundial, de alcances insospechados y que está planteando ante el mundo, su solución heroica y única: "cada país debe solucionar sus problemas solo. Debe darle soluciones nacionales, no copiadas del extranjero. Debe recuperar su dignidad propia y ceñirse a su propio destino. Por sostener estas doctrinas un caudillo fue colgado por los pies en una plaza de Milán; otro desapareció entre las llamas de su capital; otro — joven y visionario— fue fusilado en una pequeña ciudad del sur de España; otros vagan perseguidos, o aguardan en prisiones la hora de su*

justificación. Por sostener estas doctrinas, miles de hombres entregaron su vida, heroicamente, en una guerra desigual contra los que creían en el "internacionalismo", ya de los poderosos, ya de los miserables. (…) A esto, las viejas potencias internacionales han tratado de ponerle coto, de alguna manera, recurriendo a todos los recursos de su manoseada liturgia. (…) Tratan de aplastarlo. Pero, allí está. En todas partes, en cada corazón, en cada pueblo. Es el nacionalismo que marcha tras banderas y clarines (porque tiene fibra marcial), a la conquista de sus grandes rutas. En 1945 creyeron aplastarlo. Los "internacionales" respiraron tranquilos. Hoy lo tienen pujante y poderoso, frente a los dos otra vez»[90].

El creciente nacionalismo estanquero le valió para ampliar su visión política y salirse de un anti-comunismo inicial demasiado estrecho. Porque si bien al inicio sus publicaciones conllevaban un marcado anti-comunismo, se podría decir que las terminó con un marcado antiimperialismo yanqui. Ya a principios de los años cincuenta Chile vivía intensas negociaciones para obtener el control real de las minas cupríferas. Sin embargo, la habilidad norteamericana sumado al entreguismo chileno confabularon para no avanzar en ese objetivo estratégico. «*Hemos analizado repetidamente los problemas derivados de nuestra no-disponibilidad de la que es riqueza fundamental del país, y, al anunciarse hace meses los términos de los convenios suscritos en Washington que tendían a sellar con mayor énfasis aún nuestro total desplazamiento de la administración de*

90 El Santo Nacionalismo. Estanquero. Noviembre de 1951.

nuestro cobre, sentimos nuestra más profunda y encendida protesta» [Nuestro Cobre. Estanquero. Diciembre 1951]. Estanquero asumiría así una clara posición de país no alineando en la Guerra Fría que se constelaba en la geopolítica mundial. «*Si el partido comunista es fuerte en Chile, tenemos por otro lado al yanqui enquistado en nuestro cobre, en nuestro salitre, en nuestro hierro y en nuestro gobierno, vigilante, atento pero férreo*»[91].

Otra de las razones del sentimiento anti-yanqui derivó de las presiones de Estados Unidos por sellar un Pacto Militar con las naciones iberoamericanas de manera de asegurar que estos países se mantuvieran en la órbita —y dependencia comercial además de colonialismo económico— del capitalismo anglosajón. «*El Pacto Militar ha venido a significar, por lo que respecta a nuestra patria, la culminación de una políticas que el pueblo chileno le es francamente antipática. Los chilenos podemos estar caídos, adocenados, en crisis y gobernados por políticos, pero no hemos perdido aún el patriotismo que es el que ha escrito las mejores páginas de nuestra historia. El yanqui le es antipático al chileno, por la misma razón porque un tiempo le fue antipático el inglés. Porque abandonó su tranquilo papel de turista, con jockey y máquina fotográfica, para ser inversionista. (…) Pero el Pacto Militar fue aprobado por el Congreso. Fue aprobado por mayoría, en circunstancias que la mayoría de la nación lo repudiaba; otra prueba de la efectividad representativa del Parlamento*»[92].

---

91 La Encrucijada de la Hispanidad. Estanquero. Agosto 1951.

92 ¡Ojo, Tío Sam, Ojo…! Estanquero. Julio 1952.

Estanquero apuntaba a "la derecha económica y el continuismo centro izquierdista", el haber dado "un cheque en blanco en las manos del Departamento de Estado Norteamericano". Prat y los estanqueros advertían así sobre los peligros de la relación con EE.UU. y en especial de su proyecto geopolítico de unidad continental. Para Estanquero el "panamericanismo" emanado de Washington era un ataque a la libertad nacional. «*Nosotros no creemos en al Panamericanismo. No hemos creído nunca. Ya decía Portales que hay que desconfiar de aquellos que dan muchas voces y muchos lemas, pero que llegada la coyuntura, no adelantan un dedo en defensa del vecino, a no ser cuando defendiendo al vecino, se defienden los propios intereses. El Panamericanismo es un cuento yanqui. Lo inventaron ellos y nos lo encajaron ellos, mezclados con los refrigeradores, los automóviles y las películas que nos enviaban. Pero en cuento se queda. No puede haber esa unión espiritual y física, de la que hablaba Roosevelt, entre naciones de distintas razas, de distintas religiones y de distintas bases para enfocar la vida. No puede haber amistad entre pueblos que no se conocen, (porque los yanquis no nos conocen, aunque conozcan nuestro cobre y nuestro estaño y los secretos de nuestros Gobierno y nuestros Estados Mayores*»[93].

Estanquero tampoco creía en una unidad continental por medio del indoamericanismo, el indigenismo. La única posibilidad de unión de las patrias americanas era por medio del hispanismo, es decir asumiendo la cultura iberoamericana,

93 El Día de la Hispanidad. Estanquero. Octubre 1951.

aquella que se hacía cargo del legado hispánico sumado al aporte anexo aborigen.

Para 1952, año de las elecciones presidenciales, los estanqueros se plegarían a la candidatura de Ibáñez, a quien venían apoyando al menos desde hacía tres años, y a quien veían como la única alternativa frente a la oligarquía partitocrática. Ibáñez representaba la figura que encarnaba el pensamiento estanquero, y su concepción de gobierno era de Unidad Nacional en el sentido político nacionalista.

Pero más que Ibáñez, Estanquero hacía un llamado para lograr integrar orgánicamente a la comunidad nacional por medio de un sistema político de unidad nacional. Para tal propósito invocaba principalmente a las fuerzas vitales, en especial a la juventud, la eterna esperanza de los cambios históricos, los depositarios del ímpetu necesario para realizar cambios antes de anquilosarse en la vida burguesa. «*Nuestra revista, si alguna vez ha tenido una aspiración grande, ha sido llegar a convertirse en el vocero de la generación nueva. De los que están abriendo los ojos a las crudas realidades de la Patria y del mundo. (…) Nos encontramos ante una Patria que nos duele, "como una herida", desorientada, cobarde, meditabunda. Y ante una generación que está empecinada en los "monstruos sagrados", enquistados en concepciones caducadas y estériles, como la lucha de clases, como los absurdos de las Derechas y las Izquierdas, como los viejos lastres inútiles y fatigosos de la sucia politiquería. (…) La generación joven no puede seguir aferrada a los pantalones de sus padres, medrando de puestecitos innobles y de*

"pegas" problemáticas. Debe buscar su lugar en la trinchera. Y no dejarse arrebatar el triunfo»[94].

El fin de la revista fue algo abrupto. Para Erwin Robertson — investigador y protagonista de una posterior etapa del nacionalismo— el involucramiento del director de Estanquero, Jorge Prat, en el gobierno de Ibáñez como ministro de Hacienda y las recriminaciones producto de la política ibañista provenientes del sector nacionalista terminarían por marginarlo de la dirección de la revista. Prat sería

El fin de la revista fue algo abrupto. Para Erwin Robertson —investigador y protagonista de una posterior etapa del nacionalismo— el involucramiento del director de Estanquero, Jorge Prat, en el gobierno de Ibáñez como ministro de Hacienda y las recriminaciones producto de la política ibañista provenientes del sector nacionalista terminarían por marginarlo de la dirección de la revista. Prat sería reemplazado en 1954 por Mario Arnello quien lamentablemente no logró sacar adelante a la publicación. A mediados de ese año Estanquero terminaba sus funciones. Sin embargo, tanto Prat como Arnello, seguirían aventurando junto a otros, futuras jornadas históricas para el nacionalismo chileno.

PARTIDO AGRARIO LABORISTA.-

94 ¿Y Nosotros?... Estanquero. Septiembre 1951.

Las revistas Estudios y Estanquero representaron la vertiente más importante del social cristianismo nacionalista de la inmediata posguerra, un nacionalismo católico, iberoamericanista, corporativista democrático, fuertemente antimarxista y antiliberal, muy crítico de la llamada derecha económica, e imbuido en la construcción de un fuerte tejido social y público basado en los cuerpos intermedios y los valores patrios aglutinadores y cohesionadores. Como se ha dicho, el principal sello de estos esfuerzos editoriales fue la total decepción con el sistema político liberal y el nefasto rol de los partidos políticos clasistas inherentes al sistema. Esta característica significó un gran problema ya que finalmente la única forma para transformar la realidad de forma democrática y republicana era a través justamente de los partidos políticos. Esta reflexión llevó a que ese mismo nacional cristianismo venciera sus temores y se inmiscuyera en política partidista. Así, el proyecto más exitoso en este ámbito fue sin dudas el Partido Agrario Laborista.

El Partido Agrario Laborista (PAL) ha sido el partido nacionalista políticamente más exitoso en la historia de Chile. En su momento más álgido tuvo 28 diputados y 8 senadores, además contó con las carteras de Agricultura, Justicia, Educación, Salud, Obras Públicas y Economía durante el segundo gobierno de Ibáñez del cual fue fuerza política eje. El poder político desplegado por el PAL a mediados de la década del cincuenta sumaba además numerosas alcaldías, intendencias,

comisiones parlamentarias, entre muchos cargos de representación y de confianza del presidente. En el PAL militarían muchos exnacistas, movimientistas y unionistas. Ciertamente fue la continuación del nacionalismo de los años treinta.

Pero si bien el PAL fue un partido que sustentó la candidatura y poder político de Ibáñez, el presidente finalmente desarrolló un gobierno personalista que de manera tangencial recogió el ideario agrariolaborista. Entonces, si bien el partido se constituyó en la base política del gobierno del general, éste no sería su fundamento doctrinario.

Inicialmente el partido tuvo como núcleo al Partido Agrario, una entidad política surgida en la actual Región de la Araucanía y que estaba formado por grupos de agrónomos preocupados con la situación de la agricultura nacional y su abandono frente a un plan desarrollista demasiado focalizado en la industria y la minería. Si bien sus inicios podrían situarse a la derecha del espectro político el sentimiento antioligárquico y una crítica al liberalismo económico se mantuvo siempre presente en los años de existencia del Partido Agrario.

Hacia 1945 el Partido Agrario decidió su fusión con la Alianza Popular Libertadora, entidad funcional a la fallida primera candidatura de Ibáñez después que dejara el poder en 1927. El APL siendo un reducto en que gran parte del nacionalismo huérfano encontró refugio, precisamente fue esta

agrupación la que dotaría de una doctrina nacionalista a un conservador PA. De esta fusión surgió el Partido Agrario Laborista propiamente tal.

Su historia política puede dividirse en dos períodos. El primero es el que va desde 1945 a 1952 en donde la figura de Jaime Larraín García-Moreno sería fundamental, período en que emanó toda una corriente política, el llamado "jaimismo", con una facción de políticos leales a la ideología —y suerte— de Larraín.

El agrariolaborismo "jaimista" fue social cristiano, antiliberal vinculado a un proyecto de esencia precontractual, precapitalista incluso. Larraín le dio un sello basado en los valores de la tradición rural chilena, un verdadero nacionalismo ecológico —llamado fascismo verde por sus enemigos políticos — que promovía el orden natural, esa esencia incluso preestatal que tenían las sociedades humanas del pasado. Esto no impidió en todo caso que el PAL jaimista fuera de ciertas ideas progresistas, en especial, en cuanto a una reforma agraria o la estatización —lo que podría contradecir en cierta manera su ideal precontractual— de los recursos naturales.

La segunda etapa estuvo dominada por el liderazgo de Guillermo Izquierdo Araya el antiguo Jefe del Movimiento Nacionalista de Chile, quien sería a la postre senador del partido y luego su presidente durante el período 1955-1956. Su liderazgo

e influencia se dejaría sentir desde el momento mismo en que Larraín dejase la presidencia agraria.

El período bajo la hegemonía de Izquierdo —y también los ex nacistas y miembros del Movimiento Nacionalista que surgieron con él— coincidió con lo que se ha considerado un giro a la izquierda del partido, desplazamiento político que no obstante, tuvo más bien relación con la preponderancia hacia una política más revolucionaria que llevaría el primitivo nacionalismo católico jaimista a un nacionalismo popular, mucho más comprometido con la lucha social y la realización de la democracia funcional defendida por Izquierdo.

POLÍTICA DE LA TIERRA.-

El jefe indiscutido de la primera etapa del agrariolaborismo, como se mencionó previamente, fue Jaime Larraín García-Moreno (París, Francia, 1896 - Santiago, 1975), quien destacaría en subida política como director gremial, diputado, senador de la República y presidente del PAL entre 1946 y 1951.

Bajo su conducción transformaría al modesto Partido Agrario en la gran fuerza política que sería el PAL justo antes de su ingreso como partido de gobierno. Toda la ideología e incluso mística agrario-laborista corresponde a la época de Larraín García-Moreno, la cual se basaba en el liderazgo que él ejercía, al punto de generar un verdadero séquito de incondicionales —los llamados jaimistas— que una vez que se vieron cercados por

fuerzas superiores al interior del partido, no dudaron en retirarse junto a su líder para acompañarlo en una nueva aventura política.

Cristián Medina Valverde y Cristián Garay Vera, investigadores del Agrariolaborismo, en su biografía de Jaime Larraín sintetizan el pensamiento jaimista como una "política de la tierra". Efectivamente Larraín creó un nacionalismo de fuertes raíces rurales, muy vinculada a la tradición agraria de las provincias del sur. De esta vivencia surgía el anticapitalismo jaimista de esta corriente política. Esta tradición rural en esencia era quizás el sector menos influido por la cultura liberal conservando una tradición hispánica que Larraín llamó "precontractual". Con este término hacía referencia al orden social y cultural basado en la naturaleza humana —de raíz cristiana, por cierto— previa al contractualismo racionalista que alimentaba las teorías modernas de la sociedad. Para Larraín, en el campo chileno aún se mantenía una tradición más natural y menos racional que podía salvaguardar a Chile de las fuerzas subversivas.

Este anticontractualismo no era meramente filosófico, en el fondo era una crítica al estatismo y a la burocracia gubernamental. El llamado contrato social que los filósofos de la ciencia política pedían a los pueblos para el mutuo acuerdo en la creación de un Estado era para Larraín algo que había degenerado en un leviatán burocrático, corrupto, nepotista y decadente. Para este político era el tipo de Estado que le tocó

vivir, un Estado dominado por tres gobiernos a manos del Partido Radical, entidad esencialmente surgida de una clase media burguesa, pero derivada en oligarquía clasista, estéril, egoísta y mediocre. El comunitarismo verde de Larraín fue inducido más bien por la coyuntura histórica que por una doctrina más rígida.

El verdadero Estado pensado por Larraín era uno de carácter nacional basado en el bien común y la justicia social, un Estado que entendía a la Nación como Comunidad y no como un contrato, la llamada Sociedad. La comunidad era la manifestación de la voluntad de vida y destino histórico común, un anhelo del alma colectiva. La sociedad en cambio era la suma de individuos de un territorio asociados por un convenio alcanzado para obtener objetivos materiales de subsistencia. El Estado burocrático y corrupto del radicalismo era para el PAL, reflejo de este concepto contractual de sociedad.

La corrupción del Partido Radical era el reflejo de un agotamiento de la raza, término que para la época significaba también cultura. El pueblo de Chile había sido vencido por la partitocracia y su visión de mundo individualista. El agrariolaborismo, como partido de masas, se vinculó a esta misma clase media ahogada por la decadencia corruptora burguesa a fin de renovarla moralmente. De ahí el lema del partido: “los hombres de trabajo al poder”. Era esa clase media trabajadora, esforzada, y casi heroica la que conquistaría el

Estado tomando el lugar histórico que verdaderamente le correspondía luego de la decadencia aristocrática.

Todo lo malo del radicalismo y la ralentización estatista eran contrarrestados por Larraín por medio del nacionalismo. El líder del PAL orientó al partido bajo los lineamientos de lo que llamaba el genuino espíritu del nacionalismo chileno, un nacionalismo que hundía sus raíces en Palacios, Encina, Edwards, Galdámez y Subercaseaux. Era el nacionalismo "portaliano". Este nacionalismo —portaliano— se contraponía al nacionalismo "europeo" el cual, según Larraín, era más propenso al Estatismo. Este último era, según los jaimistas, el nacionalismo de los nacistas chilenos, del Movimiento Nacionalista de Izquierdo y el de la Unión Nacionalista de Gómez. Esta supuesta división del nacionalismo llevaría al PAL —que en su interior aglutinaba a todos los nacionalistas chilenos — al conflicto y finalmente a la separación.

Jaime Larraín y el PAL bajo su mandato odiaba con toda sus energías al Partido Radical. Lo mismo sucedía con los partidos marxistas. Pero no menos sucedía con los partidos de derecha. Larraín acuñó el término "derecha económica" para referirse al capitalismo político que tenía cooptada a la derecha, tanto en su versión conservadora como a la genuinamente liberal. Como alternativa al liberalismo de tipo socialdemócrata imperante en Chile, Larraín proponía una especie de corporativismo o funcionalismo en la misma línea de Izquierdo Araya, basado en gremios autónomos, autoadministrados al margen del poder

estatal. En este sentido el gremialismo jaimista se alejaba del fascismo o de cualquier otro tipo de subordinación gremial por parte del Estado, temor avalado por el enorme poder burocrático del "leviatán" de la oligarquía de extracto medio creado por el radicalismo chileno.

El temor al Estado burocrático inherente a la coyuntura política chilena era una barrera a la hora de proponer soluciones que terminaran por ser demasiado estatistas. Como gran parte de los partidos y movimientos de la tradición nacionalista chilena el PAL veía la economía de un pretendido Estado nacional como una realización de privados entrelazados en un orden en donde el poder público fuera un eje contenedor de las desigualdades. El capitalismo en versión realmente popular, meritocrático y antioligarquico era el ideal de agrariolaborismo, un orden económico en donde el Estado cumpliera un gran rol regulador, pero en donde también la iniciativa individual no tuviera ninguna traba o peligro, en especial la cooptación de capitales por parte de una oligarquía económica, política y financiera.

El capitalismo popular —antiliberal— defendido por el agrariolaborismo jaimista era de fácil aplicación —voluntad política mediante— en el campo del emprendimiento de servicios y bienes industriales a través del fácil acceso a créditos, rebaja de tasas de intereses, préstamos con aval del Estado, adquisición de acciones por parte de los trabajadores y obreros, entre tantas otras posibles medidas. Sin embargo, para el caso

del agro el asunto era más difícil. Esto requería de una reforma agraria que subdividiera la tierra en beneficio del bien común nacional, algo que muchos particulares nunca acabarían de entender. El agrariolaborismo fue enfático en este punto. Y es que la creación de una capa más amplia e incluso nacional de dueños de la tierra y de empresarios pequeños en el agro no solamente permitiría producir riqueza y acortar la desigualdad, sino que además impulsaría la creación de una capa de población vinculada al alma racial, al espíritu de la tierra, a la tradición más ancestral de Chile, su suelo. «*El capitalismo popular es una fórmula que puede aplicarse con facilidad en las empresas industriales y comerciales, pero no fue fácil introducirlo en la agricultura. Sin embargo, surge como una necesidad no sólo económica, sino que fundamentalmente social. La planificación de una reforma agraria seria y constructiva, que tenga como primer objetivo el aumentar en muchos miles el número de los propietarios de la tierra, dando origen de esta forma a una nueva clase media campesina. La reforma agraria es la consigna más usada por los demagogos, pero nadie define en qué consiste, ni que utilidad puede tener para el país. La razón inconfesable para muchos de quienes la utilizan es simplemente la de apropiarse sin mérito y sin derecho, sin esfuerzos y sin capacidad del esfuerzo y del ahorro ajeno e instalarse en la propiedad que no le pertenece y que seguramente rendirá menos, con evidente perjuicio para la economía nacional. La reforma agraria para nosotros tiene un claro propósito: una mayor producción agrícola beneficia a la colectividad, y el arraigo de muchas familias chilenas al suelo de la*

patria. Una nueva clase de propietarios campesinos, fuerte y organizada, debe constituir un factor de estabilidad material y espiritual para el país, y un semillero para extraer a los futuros dirigentes de las actividades nacionales. Lo esencial es que la tierra cumple su función económica y social»[95].

Al igual que sucedió con la base doctrinaria del Movimiento Nacionalista de Chile, el cual fue ampliamente influido por el pensamiento de Guillermo Izquierdo Araya, el Partido Agrario Laborista recibió todo el influjo de Jaime Larraín García-Moreno. Bajo su dirección doctrinaria el PAL elaboró su declaración de principios en 1947. Un año más tarde prepararía su punteo ideológico, un programa político basado en la preponderancia del Hombre de Trabajo, un actor comunitario fundamentado en la función del trabajo en la Nación. «*El Partido Agrario Laborista es una organización integrada por hombres de trabajo que aspiran a la obtención del bien común por medio de una democracia perfeccionada. En consonancia con la finalidad y el medio indicados, declara como postulados fundamentales de su acción política. 1) Toda política gubernamental debe tener como mira al desenvolvimiento total de la nacionalidad con el fin de proporcionar a cada habitante de la República la posibilidad de satisfacer íntegramente sus necesidades. 2) El interés individual debe subordinarse al interés de la comunidad. En conflicto ambos intereses, prevalecerá el interés de la sociedad. 3) El Estado debe proteger el ejercicio legítimo de los derechos individuales, en cuanto son indispensables para lograr el desarrollo físico, intelectual y moral*

95 Jaime Larraín. Chile, Avanzada de Occidente en el Pacífico Sur.

de la persona humana.4) El Trabajo es la fuente de toda riqueza. El Partido luchará por la abolición de todo ingreso no conseguido por medios del trabajo ejecutado como empresario técnico o asalariado, cuya armonía es garantía de justicia social. La especulación, la usura, la conspiración contra el bienestar de la sociedad serán sancionadas severamente. 5) Para que el Estado sea el reflejo exacto de la Nación todas las actividades de la sociedad agrupadas en gremios, deben tener representación en el Gobierno. 6) La Economía debe estar destinada al servicio del Hombre. La producción se dirigirá a la satisfacción de las necesidades colectivas, en forma de proporcionar a cada componente de la Nación de bienestar económico a que tiene derecho de acuerdo con su capacidad y necesidades. El P.A.L. luchará por la abolición del sistema económico individual, lo mismo que rechaza al tipo de economía totalitaria. Anhela el establecimiento de un sistema económico Auto-Organizado destinado al bien común. 7) La economía debe someterse a una adecuada organización. Para este objeto, habrá un Consejo de Economía Nacional, generado por las organizaciones de empresarios, técnicos y asalariados, que tendrá la supervigilancia directiva de la producción, transponte y distribución nacionales. 8) El P.A.L. aspira a la nacionalización de los combustibles, medios de transportes y comunicaciones y la regularización del Comercio Exterior, como medio de alcanzar una eficiente organización de nuestra economía. La dirección y control de estas actividades deberá ser tomado por empresas chilenas, estatales, privadas o mixtas. 9) El Estado tendrá como obligación preferente mejorar la salubridad nacional protegiendo a las madres y niños proporcionándoles habitación sana, exigiendo la

gimnasia y el deporte obligatorio y cooperando a los clubes fundados con el objeto de promover el mejoramiento físico de la juventud. 10) El Partido Agrario Laborista sostiene que la base de una verdadera democracia reside en el hecho de que el pueblo obtenga la justicia gratuita, pronta y eficaz. En consecuencia, luchará por obtenerla»[96].

LOS DOS NACIONALISMOS.-

El jaimismo tuvo como bandera de lucha el nacionalismo tradicional chileno, de raíz antiliberal y antimarxista, portaliano, unificador, democrático. Las vinculaciones a Palacios, Encina, Edwards y la generación del centenario eran recurrentes. Pero esta insistencia escondía también una confrontación de fuerzas al interior del partido. Jaime Larraín y sus incondicionales tenían en mente la candidatura del líder jaimista para la presidencia de la República, sin embargo, esta idea no era hegemónica al interior del agrariolaborismo. Otra facción, llamada la fronda ibañista, tenía pensado llevar al expresidente como caudillo presidencial del PAL. Los ibañistas habían sido parte de la fusión inicial del Partido Agrario y la Alianza Popular Libertadora. Larraín pertenecía a la primera parte de la mezcla partidista, mientras que los ibañistas obviamente a la Alianza. Poco a poco se fue creando una línea divisoria entre nacionalistas de corte jaimista, y los nacionalistas "populistas" revolucionarios. Los primeros eran considerados proclives a pactar con la derecha, los segundos de hacerlo con la izquierda. Estos dos nacionalismos se

96 ¿Qué es el Agrariolaborismo?, Partido Agrario Laborista.

acusaron por un lado de capitalistas y blandos, y por el otro de paganos y filomarxistas. Pero lo cierto es que la ideología nacionalista empapaba a ambos por igual, siendo más bien una lucha por la presidencia el origen de todas las divisiones.

Con todo, en 1951 ocurrió la primera división del PAL. Los jaimistas con Larraín a la cabeza junto al líder de las juventudes agrario laboristas Sergio Onofre Jarpa y el director del órgano ideológico, la revista "Nueva Política", René Arriagada, intentaron imponer a Jaime Larraín como candidato del PAL en una herética convención política en Chillán, llamada "recuperacionista". La jugada le costó la presidencia a Larraín, la escisión de todo el jaimismo del partido y la proclamación oficial de Ibáñez como candidato presidencial.

En el número 9, con fecha de noviembre de 1951, la revista "Nueva Política" reducto inclaudicable del jaimismo, se puso totalmente del lado de los rebeldes explicando y enfatizando los principios aprobados en la convención recuperacionista. Con esto intentaban dar un golpe de timón por medio del presidente del partido, una acción encomendada a neutralizar la fronda ibañista. Los cambios a la declaración de principios original iban enfocados al rechazo de una lucha de clases —de la cual se responsabilizaba al grupo ibañista dispuesto a formar una alianza con elementos marxistas—; a eliminar la mención del ya escaso estatismo anterior y enfatizar los valores espirituales. «*1. El Partido Agrario Laborista es un movimiento organizado por los hombres de trabajo para la conquista del poder político. 2. El Partido*

Agrario Laborista se compone de los hombres que trabajan y producen la participación que les corresponde en la orientación de los destinos nacionales. 3. El Partido Agrario Laborista se propone terminar con las luchas de clases y restaurar la comunidad nacional para que todos los chilenos se sientan hermanados para la organización de un común destino histórico. 4. El Partido Agrario Laborista exalta los valores espirituales y materiales que constituyen nuestra nacionalidad, y proclama que su defensa es la primera obligación de todos los chilenos. 5. El Partido Agrario Laborista proclama que la nacionalidad se sustenta en la trilogía de espíritu, sangre y suelo. Por lo tanto, se propone acrecentar el desarrollo histórico cultural de Chile; propender al mejoramiento de la salud y bienestar del pueblo; defender y conservar el patrimonio nacional. 6. El Partido Agrario Laborista proclama que el trabajo es obligación ineludible de todos los chilenos. 7. El Partido Agrario Laborista aspira a que Chile recupere su posición de nación rectora del continente iberoamericano»[97].

En el artículo de la revista Nueva Política llamado "Orientación del Nacionalismo", el líder agrario distinguía a su escisión como el ala doctrinaria y original de PAL. Los amotinados de Chillán eran los fieles representantes del nacionalismo tradicional, el nacionalismo portaliano unitario y no del nacionalismo "clasista" que se había apoderado del partido. Larraín llamaba clasista a la otra facción porque para los jaimistas el agrariolaborismo estaba siendo hegemonizado por nacionalistas de izquierda que buscaban instaurar la lucha de

97 Nueva Declaración doctrinaria. Nueva Política. 1951.

clases excluyendo a toda la alta sociedad sin esforzarse en integrarla o nacionalizarla en un Estado Unitario. Para Larraín no era el apoyo a Ibáñez el factor problemático ya que el PAL bajo su mandato había apoyado al general en su victoriosa candidatura senatorial. El problema era el pacto de partidos que lo apoyaba, el cual incluía varias entidades filomarxistas. Para los jaimistas la candidatura de 1951 de Ibáñez era de izquierdas y el agrariolaborismo no podía participar sin teñirse inútilmente de rojo. Con todo, Larraín se lamentaba del quiebre y lo comparaba con el largo proceso de fragmentación del socialismo chileno.

Para 1952 la división estaba consumada. El grupo recuperacionista había sido marginado y sus miembros formaban una nueva agrupación, el Partido Nacional Agrario, posterior Partido Nacional —el cual no se debe confundir con la entidad del mismo nombre fundada en los años sesenta.

Los líderes del Partido Nacional fueron Larraín, Jaime Sanfuentes —el presidente—, Jarpa y Arriagada. Estos dos últimos desarrollaron la ideología del nuevo partido a través de la editorial y revista Nueva Política. En 1952 editaron el libro "Por una Política Nacional" una colección de artículos propiedad de ambos autores que sirvió de base de las ideas del nacionalismo neo-portalianao. Dicho texto recogía los temas habituales del nacionalismo, pero además trataba de marcar una clara línea entre los supuestos dos nacionalismos. Esta división —más política que ideológica— volvería a resurgir en nuevos

tiempos de división nacionalista a finales de los años setenta. «*Pertenecemos a ese sector de nuestra generación que tiene una posición nacionalista, y como tales poseemos una definida estructura ideológica, que inspira nuestras decisiones. Por eso, hablamos otro lenguaje y nos mueven razones más altas que las de la vieja politiquería o las ambiciones personales. (…) En las elecciones presidenciales de 1952 se decidirá si una voluntad nacional constructiva es capaz de imponerse a las fuerzas negativas de la decadencia. Trece años de gobiernos izquierdizantes y populistas nos han postrado al nivel más bajo de nuestra historia. Para afrontar los tiempos venideros, Chile tendrá que echar mano de sus más hondas reservas espirituales. A la voluntad de recuperación se oponen "el peso de la noche" y las fuerzas obscuras de la Anti-Patria, que desde el suicidio de Balmaceda aprisionan a Chile, impidiéndonos realizar su destino. Solamente en cierto momento pareció que el Gobierno del General Ibáñez hubiera sido capaz de una rectificación duradera. Pero ese Gobierno no supo interpretar el concepto portaliano del Estado Nacional, no despersonalizó el mando, ni creó una estructura política y jurídica. (…) Pero este Partido que nació en la tierra y prendió en los hombres de trabajo como un movimiento de restauración nacional, de estilo portaliano, está siendo arrastrado en contra de su alma hacia una posición izquierdizante y la lucha de clases, contraria al concepto de Estado Nacional. (…) En esta lucha hemos estado con Jaime Larraín, porque Jaime Larraín ha representado siempre una posición nacional de estilo portaliano, una línea filosófica que se inspira en los grandes pensadores y teóricos de nuestra nacionalidad, como Nicolás Palacios,*

Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. No hay en Chile otro político que pueda exhibir esta trayectoria»[98].

Los jaimistas se quejarían del espíritu belicoso del nacionalismo y su tendencia a la fragmentación. Este mal no ha dejado de golpear más de una vez experiencias políticas con perspectivas esperanzadoras. Con todo, el grupo de Nueva Política vislumbraba que en el futuro la idea nacionalista emanada del PAL sería el cemento para una nueva reunificación. «*Es posible que nuestro nacionalismo portaliano no solde jamás con el nacionalismo clasista de nuestros compañeros que ahora siguen a Ibáñez, pero sí, es deseable crear para nosotros una especie de convivencia repactada que en el futuro nos permita marchar en algo así como una Acción Agrario Laborista que haga posible un apoyo efectivo a eventuales planes de un Gobierno Nacional. ¿Por qué el nacionalismo ha de ser más belicoso que constructivo? Una autoridad responsable no puede menos que lamentar el desgaste inútil provocado por la belicosidad de ciertos temperamentos y sus acciones discontinuas y personales. El concepto de autoridad agrario laborista debe ser de segura tranquilidad, de acción recia y definida: un serio esfuerzo de caminar por línea recta hacia la meta*»[99].

Años después en momentos en que el PAL se desarticulaba producto del desgaste por ser partido de un gobierno bastante equívoco, el Partido Nacional se fusionó con otra escisión palista, los nuevos agrario laboristas recuperacionistas liderados por

98 Sergio Onofre Jarpa. Portalismo o Populismo. Por una Política Nacional.
99 El Agrariolaborismo vuelve a Temuco. Por Una Política Nacional.

Oscar Jiménez Pinochet, exlíder nacista. Esta configuración aun alcanzó a producir siete diputados en competencia con el mismo agrariolaborismo. Un año después todas las facciones volvían a unirse en un último intento por recuperar la fuerza y gloria original. Esta fusión se denominó Partido Nacional Popular PANAPO. En 1960 esta agrupación incorporó al Partido Democrático pasando a llamarse PADENA.

Quizás se podrá aventurar que esta división de los "dos nacionalismos" del PAL representa una dualidad ideológica de lo que realmente debiera ser la síntesis entre la relación de comunidad orgánica y su capa conductora política, entre las tesis comunitaristas —democracia— y las estatistas —aristocracia.

NUEVA POLÍTICA.-

Si bien la publicación Nueva Política nació como órgano de un PAL aún unido en la dirigencia jaimista, una vez que el grupo recuperacionista fuera marginado pasó a ser el reducto doctrinario de lo que derivaría en el Partido Nacional, una entidad de ideología agrario laborista. El grupo entorno a la revista Nueva Política por tanto, vino a establecer una especie de rectificación al "desviacionismo" palista, una vuelta a los orígenes de la política de la tierra, al orden natural de la sociedad.

Los agrariolaboristas de Nueva Política tenían como razón de ser y propósito la llamada restauración portaliana en base a la

función social del trabajo. Para esto la revista propuso todo un plan de acción que incluyó la formación de un Cuerpo del Trabajo, es decir una escuela del trabajo como función social que a la larga derivara en un congreso gremialista, una cámara de representación funcional. Este era el llamado "Gremialismo Funcional Nacional".

El hombre nuevo del agrariolaborismo era el "Hombre de Trabajo", aquel miembro de la comunidad que adquiría derechos y realidad social por medio del trabajo, es decir, por medio de su labor productiva. Fue por esto que entre sus objetivos de praxis política estaba el hacer de la mayor cantidad de personas hombres de trabajo según la ideología nacional gremialista. Para eso propuso la creación de un Banco del Estado con poder de otorgar crédito abundante, y a su vez la eliminación de los impuestos que gravaban la producción, el fin de los controles burocráticos, la creación de una red de carreteras en servicio a la producción económica, la cual para los jaimistas debía ser lo más variada posible. Vinculado a esto estaba el problema de la especulación, la usura y el rentismo. Nueva Política propuso además la nacionalización del cobre y el salitre, y asimismo, la realización de una reforma agraria tendiente a crear una red de propietarios vinculados a la tierra.

El Hombre de Trabajo era para el agrariolaborismo jaimista el arquetipo de la comunidad nacional, un tipo social que se contraponía al capitalista, su némesis, aquel individuo desligado de la comunidad debido a su nulo contacto con el trabajo

concreto, propio de los mecanismos de producción. «*Para nosotros, los agrario laboristas, son Hombres de Trabajo todos los que dedican su esfuerzo, físico y mental, a una labor determinada, que redunda en beneficio de la Comunidad Nacional. (…) Hombres de trabajo todos los que actúan en la agricultura: inquilinos, dueños de fundo, empleados de todas clases. Obreros y asalariados en general; en la industria: directores de empresa, empleados de contabilidad o especialistas, obreros técnicos, representantes, etc. (…) Entendiendo de esta manera al Trabajo y especificando claramente quienes son los que pueden cobijarse bajo su anunciado, es preciso definir también el otro concepto factor de la producción: el Capital. El Capital lo compone el dinero o sus manifestaciones en bienes. El dueño del fundo que solamente tiene propiedades, sin trabajarlas personalmente, es un capitalista. Pero, si al acto de posesión agrega el esfuerzo del Trabajo, ese dueño de fundo, además de capitalista es un Hombre de Trabajo, siendo, por consiguiente, tan digno de consideración como el resto de los así definidos. Son capitalistas a secas, los que viven de las rentas, es decir aquellos que contribuyen a la producción entregando tan sólo sus bienes o su dinero, permaneciendo al margen del diario y común batallar de la empresa. Por esta razón, es lógico que los Agrario-Laboristas, al tratar de la justicia social, expresemos que el Trabajo deberá tener una mayor retribución que el Capital en el producto de las utilidades. Bajo el régimen imperante el Capital es el más favorecido, pues, siendo los capitalistas numéricamente menos, reciben individualmente más que los Hombres de Trabajo*»[100].

---

100 Eduardo Blanlot Mesa. Los Hombres de Trabajo. Nueva Política. Enero 1951.

El Hombre de Trabajo era el creador del devenir de la comunidad. El capitalista en cambio era utilitarista en su relación con sus pares, acción por medio de la cual se creaba una sociedad de relaciones contractuales. Así como el PAL estableció una dialéctica entre Hombres de Trabajo y Capitalistas, emanaba de esta la confrontación entre Comunidad y Sociedad. «*La diferencia fundamental que existe entre el Partido Agrario Laborista y los demás partidos chilenos, es su concepción del Estado como Comunidad en contraposición al concepto de Sociedad sustentado por estos. Comunidad es la manifestación de una voluntad permanente de vida y acción en común para la realización de un destino histórico. La Comunidad se expresa políticamente por un Movimiento Nacional, la Sociedad lo hace a través de los partidos políticos de tipo clasista. La Comunidad es permanente. La Sociedad está expuesta en cualquier momento a ser destruida por los mismos elementos que la forman en su continua lucha por intereses opuestos. La Sociedad no pone fin a la lucha de clases, solamente representa un equilibrio que pueda ser roto por una nueva ordenación de los grupos que la integran. Para la Comunidad sólo existen los altos intereses nacionales, la Sociedad tiene que contemplar los intereses diversos de los distintos sectores. El Partido Agrario Laborista aspira a ser la expresión política de la Comunidad nacional, en que todos los chilenos sin diferencia de clases, estén unidos por una firme voluntad de lucha por reconquistar nuestro destino*»[101].

101 Sergio Onofre Jarpa. Alma y Estilo Nacional. Nueva Política. Julio 1950.

EL DRAMA DE CHILE.-

A pesar de la división agrariolaborista la facción oficialista mantuvo su fuerza permitiéndole apoyar exitosamente la candidatura de Ibáñez en 1952 y un año más tarde transformarse en la primera fuerza política del país alcanzando en las elecciones parlamentarias, 29 diputados y 4 senadores de la República. Para el inicio del gobierno del presidente Ibáñez el PAL era el partido eje del gobierno, contaba con numerosos ministerios y dominaba el congreso. Nunca en la historia del nacionalismo chileno una agrupación había concentrado tanto poder. Y sin embargo, tal espléndido resultado escondía grandes debilidades.

El éxito del agrariolaborismo atrajo a muchos oportunistas en búsqueda de una carrera política. Muchos diputados fueron bastante poco disciplinados, y en algunos casos, prácticamente no siguieron instrucciones doctrinarias. Por otro lado, Ibáñez fue siempre muy independiente, por lo que siguió su propia hoja de ruta política, las más de las veces sin consultar a sus aliados y en otros casos confrontándose a ellos. La realidad por tanto fue que el segundo gobierno de Ibáñez no fue ni cercanamente un gobierno agrariolaborista, y quizás, tampoco fue del todo nacionalista.

En este estado de cosas las relaciones del PAL con el gobierno fueron muy tensas. Desde esta realidad política se encumbró la figura de Guillermo Izquierdo Araya como líder del agrariolaborismo. En la convención palista del año 1953 en

Valparaíso, el senador Izquierdo se transformó en la figura más crítica de Ibáñez. Su histórica confrontación con el mandatario —el cual asistió de cortesía al evento— le valió la jefatura del partido y el inicio de una tensa relación entre la entidad nacionalista y el primer mandatario.

Aquel Guillermo Izquierdo de los años cincuenta era en parte distinto al Jefe del Movimiento Nacionalista de Chile. Ahora era senador y jefe de un partido de gobierno, y por lo tanto formaba parte integrante del sistema político, una situación que, en vez de acoplarlo al espíritu establecido del sistema, lo terminó por alejar aún más. La diferencia entre la élite política, sus códigos y entramado reglamentario —lo que llamó "el país legal"— y el alma nacional —"el país real"— fue algo más patente que lo percibido durante sus años de dirigente sindical o líder de un movimiento popular. Éste era para Izquierdo el gran "Drama de Chile". «*Este divorcio entre la vida real y la vida jurídica de las democracias contemporáneas está rubricado por los tratadistas de derecho público y por los pensadores de la época actual. Es el divorcio entre la mecánica jurídica y la dinámica social o, como ha dicho Gonzague de Reynold, ilustre comentarista de la obra de Oliveira Salazar en Portugal, el divorcio entre el país vivo y el país legal. Karl Schmidt hace ver que esta discrepancia se hace más visible en el día de hoy, porque el Estado contemporáneo es un Estado económico sin constitución económica; y otros tratadistas reconocen el desacuerdo que existe entre la realidad política y las constituciones y mecanismos jurídicos en los Estados contemporáneos. Pero en nuestra América la*

ruptura entre los textos constitucionales y la vida real es una característica más resaltante. Lo reconoce García Calderón en su obra "Las Democracias Latinas en América", y hace ver que el desenvolvimiento de las democracias iberoamericanas difiere considerablemente del admirable espíritu de su Carta Fundamental»[102].

POPULISMO NACIONALISTA.-

La posición de partido de gobierno no fue fácil para el PAL. Finalmente, no fue un gobierno del agrariolaborismo el que les tocó defender, sino uno del personalista presidente Ibáñez, una figura políticamente independiente y reformista más que revolucionario. Es por eso que en sus cuatro años al mando del nacionalismo chileno (1953-1957) Izquierdo se enfrentó en varias oportunidades al presidente debido al poco avance en los temas de urgencia nacional. Además, los ministerios controlados por los nacionalistas finalmente estaban supeditados a todo el entramado de gobierno —el país legal— con subsecretarios y personal a veces colaboradores del partido, pero muchas otras leales únicamente a la figura de Ibáñez. Con todo, el Partido Agrario Laborista logró ejecutar —a regañadientes de Ibáñez— ciertas políticas del llamado nacionalismo popular.

En materia legislativa los agrariolaboristas, y Guillermo Izquierdo en particular, presentaron proyectos orientados a cercar al liberalismo financiero y sus abusos. La ley de sanción a

102 Guillermo Izquierdo. El Drama de Chile.

los delitos económicos estaba orientada a frenar la especulación. En la misma línea iba la ley de reglamentación de Sociedades Anónimas y la reforma a las Sociedades Agrícolas —como primer paso a la reforma agraria—, la ley de Sindicalización Obligatoria y la de Formación de Comités de Empresas con participación de empleados. También fueron enviados proyectos de reforma tributaria para bajar sustancialmente los impuestos a las pequeñas y medianas empresas, de forma de que se creara efectivamente una clase media emprendedora y libre de créditos usureros, barreras comerciales y burocracia estatal. También, fieles a su misión agraria, el PAL envió proyectos en línea con la modernización de la agronomía y la mejoría de la vida rural y campesina. Izquierdo sintetizaba en el Congreso las reformas que la candidatura de Ibáñez y el PAL habían prometido a la ciudadanía. Lamentablemente muchas de estas iniciativas no prosperaron. A veces incluso debido a la falta de apoyo de algunos díscolos palistas, la mayoría de las veces por "el peso de la noche" ese atavismo tan característico de la mayoría de los gobernantes chilenos que inhibe cambiar el orden político. Uno de los mayores fracasos palistas fue mejorar la democracia representativa. Ibáñez simplemente no avanzó nada en esa dirección.

Las iniciativas que efectivamente prosperaron empujadas por el nacionalismo y el presidente fueron la materialización la Empresa de Transportes del Estado, el Instituto Nacional Comercial, el Banco del Estado —una iniciativa largamente

propuesta y anhelada por el nacionalismo— cuya presidencia recayó en Jorge Prat, el Instituto de Seguros del Estado, la Caja de Crédito Industrial y la creación del ministerio de Minería. Todo lo anterior en marcado en la expansión estatal propia de las tesis políticas del sector.

Fieles a la visión nacionalista el PAL liderado por el senador Izquierdo fue un fiero protector de la soberanía nacional y su integración al conjunto de naciones iberoamericanas. En este sentido Izquierdo Araya se enfrentó duramente a Ibáñez y su política de continuar y profundizar los acuerdos geopolíticos con Estados Unidos inaugurados por Gabriel González en la inmediata posguerra. Izquierdo objetó la dependencia del cobre chileno a los poderes extranjeros en materia de extracción y comercialización, en especial debido a una serie de acuerdos políticos en torno al llamado "Convenio de Washington", y a la ley sobre "Defensa y Ayuda mutua con EE.UU.", un incomprensible convenio que limitaba los mercados del cobre nacional en función a los intereses militares norteamericanos. La adhesión a la "Conferencia de Materiales Estratégicas" y la continuación del "Pacto Militar" de 1952 fueron también materia de controversia con el primer mandatario. En la misma línea el senador palista rechazó los acuerdos de Bretton Woods suscritos por Chile, aquel nuevo orden financiero de corte liberal que le daba a Estados Unidos la hegemonía de divisas mundial.

Pero a pesar —o quizás a raíz— de esta intensa actividad legislativa y gubernativa el proceso de disolución del PAL fue

progresivo. Poco a poco el desgaste de ser partido de gobierno fue debilitando al partido. Ese nacionalismo estuvo siempre de parte de los trabajadores, política que inicialmente también fue secundada por el presidente. Sin embargo, al poco andar el sindicalismo popular se distanció y luego se enfrentó al gobierno. Los gremios exigían mayores avances y en esto fueron apoyados por el PAL. En tanto la presión llevó al general a cometer una serie de errores políticos e incluso cayó en una absurda y estéril represión de trabajadores que el nacionalismo no podía avalar. Para 1955 el agrariolaborismo estaba fuera del gobierno para pasar a la oposición.

Pero esta muestra de coherencia ideológica era demasiado tardía. Las elecciones parlamentarias de 1957 castigaron la asociación del agrariolaborismo con el gobierno perdiendo varios puestos parlamentarios. Décadas después Izquierdo se preguntaba cómo se había producido este error histórico para el nacionalismo. «*¿Cómo se explica que un partido que triunfó con Ibáñez, y que llegó a tener una representación tan numerosa en la Cámara de Diputados, haya podido transformarse en lo que se transformó, en PANAPO y en PADENA? El primer factor explicativo es que, como partido de gobierno, sufrimos un efecto contrario al de los demás partidos: el desgaste. Generalmente todo partido de gobierno se desgasta a lo largo de los años, cuando apoya la gestión presidencial. Y nosotros nos fuimos desgastando los tres primeros años del gobierno de Ibáñez, años en que estuvimos con él. Aunque este gobierno fue positivo en muchos aspectos, experimentó una oposición tremenda. Casi todos*

los diarios lo presentaban como lo peor que podía haber, sobre todo El Diario Ilustrado. Ibáñez decía: "No importa hombre, si no hay que estarle desmintiendo a estos mentirosos, todos estos periodistas. No hay para que desmentir". Entonces, este factor explica la caída del agrario-laborismo en pocos años: el desgaste producido por la oposición del Parlamento, los partidos, los diarios, y un sector de los trabajadores. Y en estos últimos hallamos el segundo factor explicativo. Clotario Blest Riffo, el Presidente de la CUT, no era gobiernista. La Central Única de Trabajadores fue fundada bajo el segundo gobierno de Ibáñez, pero en vez de colaborar con el gobierno le ponía continuos problemas. Hubo una huelga general, cumplida en todo el país, cien por ciento. La paralización fue aprovechada por el lumpen y los extremistas para hacer desordenes, romperlos faroles, apedrearlos negocios. Una cosa revolucionaria. Entonces tuvo que salir el Ejército a la calle, en Santiago, a imponer el orden, junto a la policía, pero después dejó a ésta sola para que pudiera actuar. Hubo un cañoneo tremendo. El Cerro Santa Lucía fue ocupado por los revolucionarios, y se libró, ahí un combate. Yo escuchaba de aquí enfrente (calle Terranova) el tableteo; disparaban par ambos lados. El Jefe de Plaza fue el General Horacio Gamboa Núñez, que escribió un libro muy interesante que revela todos estos hechos. De modo que este problema también nos perjudicó, a pesar de mi posición favorable a los salitreros del Norte y a los trabajadores de Santiago. De aquí no se obtuvo nada, al contrario. En tercer lugar, está el factor Presidente Ibáñez. No le gustaban los partidos, pero tenía conciencia de que él solo era un partido, porque tras su nombre, como "ibañistas", había mucha gente. Sabía que cuando llamaba a uno de

éstos para nombrarlo gobernador o intendente, iba a aceptar y a colaborar con el gobierno, de todos modos. En mi circunscripción senatorial yo tenía varios intendentes y gobernadores que eran militares retirados; por ejemplo, Juan Lacassie, un general de aviación, fue Intendente de Antofagasta; el gobernador de Tocopilla (Marín) y el de Arica también eran militares retirados. Me decía: "Mire, hombre, yo tengo aquí un verdadero partido. Estos oficiales retirados son muy disciplinados. Llamo por teléfono a los ministros, y los ministros no están en sus despachos; son las ocho y no están. Llamo a los intendentes a las siete de la mañana, y están en su despacho; porque son militares. Así fue, pues, la relación que hubo con el Presidente. A pesar de que, como partido de gobierno, debimos arrostrar la crítica perjudicial de la oposición, no tuvimos la debida correspondencia de parte del gobierno, no tuvimos la colaboración del Presidente Ibáñez. Todas estas razones explican la decadencia y la derrota final del agrario laborismo, hasta desaparecer en esos nuevos partidos fusionados, que no resultaron positivos, sino que al contrario, resultaron negativos, sobre todo para el punto de vista nuestro, el nacionalista. En el PADENA nos quedamos casi huérfanos de nacionalismo. De modo que ahí, en el PADENA, terminó la trayectoria política del nacionalismo, la cual venía del Movimiento Nacional Socialista y del Movimiento Nacionalista de Chile, pasando por el Partido Agrario Laborista y el Partido Nacional. En vez de ganar, adeptos, en cada uno de estos pasos fuimos perdiendo gente. Hubo agrariolaboristas que no quisieron irse al PANAPO. La situación fue peor todavía cuando se creó el PADENA: muchos nacionalistas se alejaron, porque en este nuevo partido la

doctrina nacionalista quedaba prácticamente en la sombra, frente a lo democrático»[103].

LA REVOLUCIÓN DEL HOMBRE.-

A finales de los años cuarenta un interesante proyecto nacionalista aparecía en Chile de la mano de Ramón Callís Arrigorriaga —ex-militante del MNCh—, Delfín Alcaide Wetson y el sacerdote Osvaldo Lira Pérez. Para 1947 este grupo de tendencia nacionalsindicalista había fundado la publicación "Bandera Negra" la cual orientaría las fuerzas del sindicalismo nacionalista chileno hasta agruparlas políticamente en 1952 en el Movimiento Revolucionario Nacionalsindicalista (MRNS).

El nacionalsindicalismo es una doctrina basada en el sindicalismo revolucionario del francés George Sorel en convergencia con las ideas nacionalistas de Charles Maurras. La síntesis de ambos pensamientos permitió el surgimiento de una doctrina nacionalista antiliberal y antimarxista basada en la fuerza política y económica de los cuerpos intermedios.

En Chile este movimiento impactó con fuerza debido a una importante influencia española. Las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalistas (JONS) de Ramiro Ledesma Ramos habían dado a conocer esta corriente en el mundo de habla hispana, la que luego, se populizaría con José Antonio Primo de Rivera y su movimiento Falange Española, siendo el nacionalsindicalismo

103 Testimonio histórico. Guillermo Izquierdo Araya. Entrevista de Erwin Robertson y Pedro Banoviez.

una de las matrices de todo el corporativismo, funcionalismo y gremialismo chileno.

Si bien el corporativismo se estructuraba bajo la orgánica de gremios o sectores funcionales de la sociedad, al parecer el sindicalismo nacionalista de cuño europeo lo hacía a través del sindicato, aquellos grupos de trabajadores no necesariamente unidos por función, sino que por intereses laborales. De esta forma el Estado sindical se componía de una cantidad de sindicatos, comunidades o cooperativas de estructura nacional. Con todo, esta diferencia conceptual no estaría presente en el nacionalsindicalismo chileno, el cual sería más bien un corporativismo de fuerte raíz católica. Pero quizás la diferencia entre el nacionalsindicalismo chileno y el corporativismo general fue que el primero no le daba a la corporación —o comunidades como fueron llamadas por el MRNS— un carácter tan político o representativo, sino que más bien le daba uno espiritual. Las comunidades funcionales —por ejemplo, la comunidad universitaria— debían orientarse de forma nacionalista, buscando la forma en que sus colegiados aportaran desde sus conocimientos y campo profesional a forjar Destino Histórico comunitario, además de aliviar las tenciones de la labor productiva.

La doctrina del sindicalismo nacionalista chileno tuvo varias vertientes, sin embargo, fue Ramón Callís el primer líder de una vertiente ideológicamente. Una doctrina heroica, altamente espiritual y férreamente revolucionaria emanó del pensamiento

filosófico del líder del MRNS empapando todo el desarrollo ideológico en materias económicas y políticas.

La revolución nacionalsindicalista chilena basó buena parte de su fundamento inicial en el idealismo de Callís. En el libro "La Revolución del Hombre" de 1955 Callís desarrolló lo que sería el fundamento filosófico de esta línea del nacionalismo chileno. La revolución nacionalsindicalista era la "revolución del hombre", una transformación integral que devolvía al hombre materialista actual a su centro ontológico y desde esa nueva perspectiva producir los cambios culturales y políticos necesarios.

Para Callís la revolución política era un derivado de la revolución espiritual del hombre, por lo tanto, la verdadera revolución no pasaba por el reformismo político, las componendas o la lucha política. La revolución era una consecuencia de un nuevo modo de vivir de los individuos y comunidades surgida desde la transformación idealista desde donde emanaba una nueva ética y fundamento cultural. «*El Espíritu del Hombre, aquella parte esencial del ser humano, abandonada por la idea antropomórfica del humanismo; aquella parte que nos une a Dios y que nos vuelve libres —con verdadera libertad— al darnos dignidad en Dios, y que nos hace hermanos en la Divinidad, existe al lado nuestro. Mejor aún, existe en el fondo de nuestros pobres seres actuales; podemos reencontrarla, transformándose en Hombres enteros en verdaderos Hombres. Esta es la idea central de la Nueva Revolución. Por eso la llamamos "Revolución del Hombre", en pugna*

con las ideas de la actual Sociedad-Mercantil basada en una mentida libertad y en compraventa; y en pugna con la llamada "Revolución Comunista", que no es otra cosa que la "Rebelión del Rebaño", la rebelión de las masas de hombres bestializados por la justicia capitalista, que se lanzan a imponer, por la fuerza del terror y la envidia, la injusticia comunista; el reinado del látigo sobre una humanidad definitivamente considerada como una enorme masa de animales domésticos. Para que el hombre se reencuentre a sí mismo, debe primero reencontrar a Dios. Hecho esto, habrá reencontrado la Jerarquía; y con ella el sentido de comunidad, sentido totalmente opuesto al actual de Sociedad. Comunidad —comunión de Fe, de tareas, de hermandad, de libertad y de destino— significa Unidad, garantizada por la ley suprema del Creador y por la Moral que de ella emana. Significa Patria, Patria verdadera; significa Justicia; significa tareas comunes y destino trascendente»[104].

Este espiritualismo nacionalsindicalista seguía la tradición cultural cristiana, católica, más no clerical. Para Callís Chile era especialmente devoto de Dios y la Espada, una espiritualidad eminentemente heroica —y algo individualista en el sentido de la soledad agonal— mas siempre enraizada en la comunidad, objetivo final de todo acto heroico. Este fundamento daba pie a un rechazo ontológico al marxismo debido a su extracción materialista y también del capitalismo por ser un producto espiritual de la cultura anglosajona y su religión protestante, un

104 Ramón Callís. La Revolución del Hombre.

sistema económico ajeno al ámbito cultural y espiritual hispanoamericano.

Este espiritualismo heroico determinaba lo que el nacionalsindicalismo llamaba "Doctrina del Estilo", una especie de código ético político, apostólico y guerrero que llevaba a una transformación integral de modo de conectar al hombre materialista con su interioridad, con el espíritu, fuente de los ideales trascendentes como la patria, la justicia, la comunidad, conceptos que no tenían significado en las sociedades del llamado "Hombre-Mercancía" o del "Hombre-Rebaño". Esa conexión interior con el Si-Mismo transformaba al hombre común en héroe y como derivado transformaba a la sociedad en comunidad.

El "Estilo" nacionalsindicalista, por tanto, llevaba a vivir la vida como una constante superación, una misión permanentemente renovada, basada en el orgullo, la altivez, la humildad, el honor, la valentía, la responsabilidad, la tensión constante, la conciencia histórica y el devenir de la nación.

Con los nuevos valores heroicos la sociedad se transformaría en comunidad, estructurada por medio de la familia y el municipio. La familia como base de la comunidad social, agrupada en el municipio. La comunidad económica en tanto, estructurada por medio de los sindicatos agrupados a su vez en gremios y cooperativas de producción y consumo, el llamado "trabajo organizado". De esta manera el líder del MRNS

pretendía superar la división de clases para lograr la única clase reconocida por el nacionalismo, la chilenidad.

El Movimiento Revolucionario Nacionalsindicalista tuvo una notable producción doctrinaria centrada en difundir su ideología, así como también orientada a la definición del nacionalismo político en su sentido más amplio. Las revistas del movimiento "Bandera Negra" dirigida por Werner von Bischhoffshausen —aparecida en 1947 como órgano oficial de "Legión Nacionalista" entidad que antecedió al MRNS—, "Guerra Obrera", "El Pueblo" —publicaciones orientadas al segmento obrero aparecidas en los años 50—, Aspas —publicada en Valparaíso a mediados de los 60— y en especial "Forja", dirigida Misael Galleguillos, Eugenio Cáceres y Renato Carmona, aparecida por primera vez en agosto de 1969, fueron publicaciones muy ricas en doctrina nacionalista, un esfuerzo editorial enorme para una entidad siempre modesta en medios y recursos humanos.

El MRNS fue un movimiento político, pero no un partido político. Su revolución era cultural, ética y espiritual. Y si bien pretendía producir un cambio en la organización política de la nación esta era un derivado a las modificaciones idealistas expresadas por Callís. «*El nacionalismo es Vida y no formulismo. Es estilo y no letra o doctrina. Es actitud y no programa. Es ejemplo y no promesa. Es patria y no partido. Es sacrificio y no ambición. Es Personalidad y no gregarismo de masas. Es acción y no maquinación. Por eso todo Nacionalista repudia los fríos dogmatismos y los*

programas. (…) El Nacionalismo es una Fe, un Estilo, una Actitud de guerra y conciencia ante la Vida y un estar siempre de pie, tenso, viril y personal ante los problemas y las luchas de la existencia. Vivir es una alerta permanente: alma y cuerpo hermanados en una alianza contra todo lo pequeño, lo mediocre, lo cobarde y lo falso»[105].

Pero la marcada diferencia entre movimiento o partido obedecía también a una diferenciación política. Cuando apareció la Legión Nacionalista en 1948 —que a fines de 1952 se transformaría en MRNS— el Partido Agrario Laborista había sido pieza clave en la elección de Ibáñez y se perfilaba como una entidad poderosa. El MRNS entonces admiraba el éxito palista, pero marcaba su camino como movimiento antipartidista profetizando que el virus de la partitocracia podría pervertir al palismo.

El MRNS fundamentaba su doctrina en la revolución. Sus objetivos no eran partidistas, es decir el ejecutar un programa de administración estatal. Los nacionalsindicalistas pretendían eliminar las clases sociales y los partidos políticos —el sistema burgués— para alcanzar la "Unidad" y "Perfección", es decir, el Estado Nacionalista Unitario y la Comunidad Orgánica, una patria sin divisiones. Por este motiva para el MRNS la revolución no era algo que debía ser tomado a la ligera, ni algo que podía lograrse con estatutos, manifiestos o puntos programáticos.

105 ¿Qué es Nacionalismo? Bandera Negra N°5. Junio de 1952.

En 1957, asqueados de la política, de la disolución de toda esperanza en el gobierno ibañista y de la actuación del agrariolaborismo, Bandera Negra cesó de aparecer. Ese mismo año salía a la luz pública otro periódico nacionalsindicalista de orientación obrera, "El Pueblo". Utilizando la sátira y el humor fue una muy ingeniosa forma de hacer llegar la doctrina nacionalsindicalista a ese mundo social. El órgano sindicalista estaba estructurado por una serie de noticias cortas escritas en tono irreverente. En esta línea se reía de las brutales dictaduras marxistas y de su trato a los proletarios del mundo. También ironizaba con la supuesta preocupación de los liberales por el pueblo de Chile. Ya para esta época la genial sátira nacionalsindicalista atacaba al gobierno de Ibáñez.

LA REVOLUCIÓN DEL HOMBRE LIBRE.-

Luego del poco feliz término del gobierno de Ibáñez en 1958 el nacionalismo volvió a sumirse en silencio y reflexión. Esto se interrumpiría con el posicionamiento de la figura de Jorge Prat el antiguo líder estanquero y del surgimiento del Partido de Acción Nacional.

El Partido de Acción Nacional (PAN) surgió de la exitosa y espontánea campaña presidencial independiente de Jorge Prat Echaurren en 1963. Prat tenía para ese momento un largo currículo nacionalista. Director de la revista Estanquero, presidente de la Caja Nacional de Ahorros y creador de Banco del Estado durante el segundo gobierno de Ibáñez.

Posteriormente fue ministro de Hacienda del mismo gobierno y como tal presidió la delegación chilena a la Conferencia de Caracas. En esta lideró la ofensiva continental contra el imperialismo norteamericano proponiendo la creación de un banco regional para financiar la modernización iberoamericana, materializado posteriormente en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En 1959 dirigió la reforma previsional en los márgenes de justicia social de su ideal nacionalista.

Con esta experiencia surgió su nombre entre grupos de independientes de la zona de Cautín para la contienda electoral del año 64. Prat aceptó e inició una vertiginosa campaña que rápidamente organizó un sistema de líderes zonales que lograron movilizar la opinión pública. A este proyecto se sumó todo el nacionalismo chileno. Los antiguos palistas, el Movimiento Revolucionario Nacionalsindicalista, Guillermo Izquierdo, entre muchos otros trabajaron esperanzados en obtener la presidencia para Prat. «*He llegado ante vosotros llamado por vosotros, para tomar en mis manos esta bandera nacional y para hacer con ella esta que podríamos llamar "la Revolución del Hombre Libre"*»[106].

El llamado a los "hombres libres" no era sólo una forma retórica o discursiva, sino que encerraba el centro del pensamiento nacionalista de Prat. Esos hombres libres eran aquellos que no estaban esclavizados por la partitocracia, por las

106 Jorge Prat. La Revolución del Hombre Libre. Discurso en Temuco, mayo 1963.

ideologías clasistas que fragmentaban la nación con su liberalismo político. Prat llamaba a los hombres libres independientes, así como también aquellos que militaban en los partidos políticos. Y es que el nacionalismo pratista no desestimaba a los partidos como si lo hacían otros nacionalismos de cuño corporativista, pero si les recriminaba su decadencia oligárquica.

Es así como Prat desarrolló una tesis sobre el devenir histórico del entreguismo y la fragmentación dividido en cuatro etapas. La primera dominada por la oligarquía de la clase alta sirviente de los intereses anglosajones. La segunda era la oligarquía burocrática, es decir la dominación del aparato estatal por la clase media y el partido Radical. La tercera oligarquía era la que se preparaba con la Democracia Cristiana, llamada por Prat "masonería blanca". La cuarta oligarquía estaba por venir. Fue llamada por este político como la oligarquía de la horca, el marxismo encarnado en el Frente de Acción Popular (FRAP), el vehículo político que pretendía —y lograría— llevar a Salvador Allende al poder.

Frente a las diversas oligarquías de dominación era el nacionalismo la única fuerza no clasista que podía darle un sentido nacional a la política. Eran los hombres fuertes y libres contra las oligarquías. «*Ahora bien, soy de los que piensan que la historia política de Chile, desde su independencia, se desarrolla a través de una lucha sin cuartel entre los que se llaman hombres fuertes, y que podrían llamarse mejor los hombres de sentido nacional, y los grupos o*

fórmulas oligárquicas, sean éstas de clases sociales, o de clanes financieros o de tiendas políticas. De un lado los que han mirado a Chile como una patria de todos y la han gobernado como árbitros y jueces, sin tomar partido por los intereses en lucha, y de otro, los que han querido eliminar a este árbitro o juez imparcial y enojoso, porque se han sentido fuertes en su clase, o en su Parlamento o en su círculo económico o en su partido burocrático y monopolizador»[107].

Pero Prat fue muy enfático en desmentir cualquiera intención de eliminar los partidos políticos para instaurar una dictadura unipartidista o anti-partidos, ni siquiera se acercó al sistema corporativo, toda una novedad para un sector que justamente con Prat empezó a transitar fuera de la escuela funcional. En el sistema político pratista los partidos debían volver a su sentido original no clasista, no oligárquico. Esto se lograba dándole más poder a los cuerpos intermedios, eliminado el círculo vicioso entre dinero y política y finalmente orientando la política hacia la llamada democracia directa o democracia positiva. Con estas propuestas Prat empezaba a cerrar el ciclo corporativista que había dominado al sector por 40 años.

LA REFORMA DE LOS REFORMADORES.-

El sistema portalinano de partidos políticos no clasistas ni oligárquicos había sido reformado según el canon de la tradición liberal anglosajona luego de la guerra civil de 1891. Prat sostenía que la revolución del hombre libre, la revolución nacionalista de

107 Jorge Prat. Para volver a hacer de Chile una Nación.

los hombres fuertes debía reformar el orden que esos reformadores liberales habían instaurado en Chile. Estos cambios políticos iban orientados a afianzar la democracia haciéndola más directa y menos representativa. Prat propuso también eliminar el carácter regional del Senado, manteniéndolo sólo en la cámara de diputados, para que este fuera un representante de los intereses generales y no de las sedes de los partidos en regiones. Propuso así mismo la creación de aéreas técnicas en las comisiones parlamentarias, la facultad legislativa del ejecutivo en casos excepcionales, la creación de inhabilidades, la segunda vuelta presidencial, la facultad del ejecutivo para hacer plebiscitos y la de establecer la disolución del congreso. «*Yo diría que el país está reclamando que termine esta forma de democracia de intermediarios que significa un Parlamento sin apelación y que entremos a la fórmula nueva que podría denominársele de democracia directa en la que el electorado resuelve directamente los diferendos entre el Ejecutivo y el Parlamento*»[108].

La reforma política en vistas a la creación de un Estado Nacional iría seguida de la reforma económica. En este punto Prat sintetizaba su ideología con la fórmula: "capitalista en la producción y socialista en la distribución". Con esto no quería dar rienda suelta al liberalismo especulador, sino que darle todas las posibilidades al sector privado para ejercer libremente su poder emprendedor en la medida que los frutos de ese esfuerzo fueran en provecho de todos. Por lo mismo su socialismo no era

108 Jorge Prat. Discurso ante los Profesionales de Santiago. Julio 1963.

tampoco el igualitarismo marxista. Aquí no cabían dogmas rígidos de política económica, sino que sentido común nacional y la justicia social.

Pero a pesar de esta libertad económica Prat proponía ciertos organismos que le dieran planificación centralizada al sistema. Primero un consejo económico permanente que limitara la sobre ideologización de los gobiernos de turno. La planificación estatal en materia crediticia, monetaria y de desarrollo industrial iba de la mano de una clara limitación de la interferencia en la ejecución estatal en las labores económicas. El Estado planificaba y los privados ejecutaban. Y es que para Prat el "libre mercado" en realidad no existía ya que esa libertad estaba contantemente dirigida y no precisamente por una mano invisible sino por la muy visible influencia del poder público. «*No hay leyes libres del mercado cuando por razones de conflictos o preconflictos o de postconflictos se manipulan los precios efectuando congelaciones o fijando precios topes. No las hay tampoco, cuando por razones de escasez o de necesidades de acumular reservas, se establece un racionamiento y se fijan cuotas a los mercados, ni las hay cuando por razones doctrinarias o políticas se aplica el bisturí a los mercados del mundo, dejando unos y excluyendo otros. En este momento nuestra producción es clasificada en dos grandes grupos: productos estratégicos y no estratégicos. Estos últimos no pueden venderse libremente en el mercado*»[109].

109 Jorge Prat. Discurso en Caracas.

La reformas pratistas fueron en la línea ideológica del nacionalismo y ciertamente despertaron interés para que la candidatura tomara cierto vuelo. Sin embargo, diversos factores, entre ellos el avasallador avance de la popularidad del líder democratacristiano Eduardo Frei, hicieron que la candidatura perdiera fuerza para finalmente anticipar su término. Con todo, los once meses de intensa labor y el entusiasmo popular se capitalizaron, posteriormente, para dar paso a la creación del Partido Acción Nacional, una entidad de mucha proyección política pero que, sin embargo, se diluyó en sus esfuerzos.

Franz Pfeiffer, líder del Partido Nacional Socialista Obrero de Chile (MNSOCh), una agrupación reinvindicadora del nacismo chileno, así como del alemán, le critico al líder estanquero la falta de un relato inspirador y revolucionario en vez de su fría campaña de reformas puntuales. «*Aunque la idea entusiasmaba, y, repito, que miramos con mucha simpatía estos aprontes, no podíamos más que sonreír de forma pesimista: Ni el PAN, ni Jorge Prat, ni ninguno de los postulantes se atrevió a hablar claro y firme. Se inundó con propaganda tradicional, propaganda de detalles. Los planes anunciados se referían a asuntos secundarios en importancia, el impuesto al patrimonio (que machacaron hasta el cansancio), la previsión y la flojera de los parlamentarios. Tenían que perder, y con ello, la oportunidad "nacionalista", porque, mientras el PAN, pregonaba esas menudencias, la Democracia Cristiana hablaba de reformas en grande y de cambios sustanciales, equivocados o no, pero planteamientos totales al fin y al cabo. Igualmente, los marxistas*

hablaron de revolución. Ambos ganaron. El PAN nunca se atrevió a definir claramente su pensamiento y cayó en la prédica que caracteriza a la semi-fenecida derecha. (…) Lo que el pueblo busca es un cambio total y no reformas a medias. Está aburrido hasta la saciedad»[110].

PARTIDO DE ACCIÓN NACIONAL.-

La cancelación de la candidatura pratista no significó el término de su proyecto político. Un grupo de seguidores y colaboradores, con la aprobación de Prat formaron el Partido de Acción Nacional en noviembre de 1964 como continuación al movimiento político generado en la campaña. Jorge Prat, Tobías Barros, Mario Arnello y Sergio Onofre Jarpa, para ese entonces militante del PANAPO, le dieron estructura y organización a la nueva entidad política.

Lamentablemente la nueva agrupación quedó atrapada en el clima de polarización política. Para las elecciones parlamentarias de 1965 —donde el MRNS se sumó como parte de las listas del PAN— esta entidad no sacó ningún senador ni diputado. A esto se sumó la disolución de los partidos de derecha lo que alentó la idea de hacer una alianza y fusión con el nacionalismo para enfrentar mejor el avasallador empuje de la democracia cristiana y el crecimiento de una izquierda que abrazaba la teoría de la lucha revolucionaria armada.

110 El Error de Jorge Prat. Cruz Gamada. Marzo 1965.

Las consecuencias de este pacto por conveniencia —al igual que el del MNS con la izquierda en los años treinta— fueron desastrosas y en ningún caso significó darle viabilidad a un nuevo sector político. Porque si bien Jorge Prat fue capaz de dar a conocer un nacionalismo renovado bajo la fórmula de "capitalismo en la producción y socialismo en la distribución", el cual parecía ser un buen eslogan político, a la larga no logró capitalizar el potencial de una vía alternativa al liberalismo, nicho político que sería capturado por la Democracia Cristiana y su "Revolución en Libertad". El empuje de la DC fue tan grande que su proyecto se transformó en la única alternativa a la revolución marxista desplazando al nacionalismo y a la derecha.

En abril de 1966 se logró la fusión entre la derecha y el nacionalismo político en el llamado Partido Nacional. En ese momento los dirigentes pensaron que podían dejar a un lado las diferencias y crear una agrupación que si bien rechazaba al sector más capitalista de la derecha, la llamada derecha económica, ésta sí estaba en condiciones de integrar una visión liberal, un tanto moderada, al nacionalismo pratista. El modelo utilizado en esta fusión era el de la presidencia de Balmaceda. En este modelo la libertad —principio del liberalismo— se entendió como la falta de dominación y coerción mas no como libertad de interferencia por parte del Estado. Sin embargo, esta delgada línea sería rechazada posteriormente en el proceso de liberalización total de la derecha chilena en los años ochenta, momento en que se deshizo de cualquier atisbo de nacionalismo

político. Con todo, la fusión fue difícil de llevar a cabo orgánicamente. La bases se resistieron ya que el pragmatismo político les era más ajeno que a la dirigencia. José Díaz Nieva, académico español residente en Chile, da cuenta de ello en un ensayo sobre Prat. «*Había en los sectores de la derecha clásica con serias reticencias a admitir a los militantes, o por lo menos a algunos de ellos, de Acción Nacional. Así, por ejemplo, Sergio Sepúlveda Garcés, uno de los pocos senadores del Partido Liberal, afirmaba de forma rotunda y tajante que él nunca había "tratado con nazis". Por su parte, entre algunos militantes de Acción Nacional circularon cartas reticentes a constituir una alianza con la derecha. En una de esas misivas se aludía al fallido putsch contra Arturo Alessandri el 5 de septiembre de 1938, el cual finalizó con el asesinato de 59 nazistas –al parecer– por orden de aquel gobierno: "hicimos la revolución (del 5 de septiembre de 1938) y esta fracasó ahogada en sangre. Y nuestra revolución era contra del liberalismo individualista que imperaba en el país; era contra el caudillo liberal Arturo Alessandri y su ministro Ross Santa María. Era contra la derecha política y económica que oprimía a los trabajadores con altos impuestos, bajos salarios y látigo. Perdimos en la revolución a nuestros mejores soldados. Fueron 62 los muertos, cuya sangre cubrió nuestros estandartes. Ahora, se trata de que los estandartes nacionalistas, ensangrentados como están desde entonces, sean desplegados junto a las banderas del liberalismo chileno, allí donde siguen militando y militarán siempre los tradicionalistas explotadores de la clase trabajadora, los que ostentan los más gigantescos sellos del capitalismo". Llamaban enseguida a resistir la unificación con la*

derecha: "Es cuestión de conciencia que los ex nazistas dirigentes de Acción Nacional, quieran o no quieran alianza con los tradicionales enemigos nuestros. ¿Podrán olvidar tan fácilmente lo acontecido el 5 de septiembre?". Está claro que las relaciones entre liberales y nacionalistas parecieran no ser de lo más amigables. Entre los integrantes de uno y otro sector hubo frecuentes encontronazos, llegando incluso a la violencia física al interior de los locales del Partido Nacional. A los antiguos sectores liberales no les gustaba que algunos antiguos integrantes de Acción Nacional entonaran determinados himnos de clara connotación fascistoide, al menos eso es lo que nos recordaba Mario Arnello: "Había liberales que no tragaban a las generaciones más jóvenes de los nacionalistas. Un día se agarraron a puñetes con algunos, porque los encontraron en el patio cantando Cara al Sol. Cosas que eran chiquilladas tontas de los dos, pero agarrarse a puñetes era una cosa inverosímil"»[111].

* * *

111 José Díaz Nieva. Jorge Prat y Acción Nacional.

UNA REVOLUCIÓN PENDIENTE

La fusión de Acción Nacional con la derecha chilena dejó al nacionalismo de corte doctrinario casi extinto. Así como en el pasado el pacto del nacionalismo en 1939 con la izquierda dejaría en la incredulidad a muchos nacionalistas, la alianza forjada treinta años después con las fuerza de la reacción sería abrumadoramente incomprendida por la base del sector. Este hecho sería definitivo para Guillermo Izquierdo Araya, quien en 1961 dejaría la política contingente, pasando a cobijarse en el Instituto Histórico Arturo Prat, fundado por él mismo en 1964 — y que al día de hoy aún sigue siendo un reducto nacionalista. También vendría años después el alejamiento de Prat en 1967.

Sin embargo, el período que va desde fines del gobierno de Frei en 1969 hasta el Golpe Militar de 1973 se caracterizó por un anticomunismo que en ciertos casos desfiguró la doctrina nacionalista llevando a algunos a alianzas instrumentales con la derecha. Los llamados "anticomunistas histéricos" — provenientes de una derecha arruinada— inundaron las agrupaciones nacionalistas, impidiendo que en muchos casos la doctrina orientara las acciones políticas. Y por mucho que los documentos doctrinarios mantuvieran los lineamientos propios del sector, en la práctica a estas agrupaciones los dominaba el sólo objetivo de erradicar el peligro del marxismo en Chile.

Quizás por la culpa de este desvarío es que el nacionalismo es hasta la actualidad vinculado a las fuerzas de la reacción.

Y a pesar de todo, gran parte del nacionalismo mantuvo sus tesis principales en este período, antes del silencio político de finales de los setenta y la gran transformación ideológica venidera. Es por lo anterior que durante esta época brillarán por última vez en todo su esplendor las tesis corporativistas o aquel estatismo característico de los años cuarenta. También decaería la fuerte vinculación al catolicismo para dar paso a un nacionalismo mucho más laico y a veces semipagano.

PRESENCIA DE OCTUBRE.-

En octubre de 1969 el general Viaux, frustrado por los reiterados y nulos intentos de mejoras gremiales, se alzó en rebelión acuartelando el emblemático regimiento de infantería Tacna. Si bien el alzamiento hacía referencia a la postergación de nombramientos y malas condiciones salariales, de igual forma escondía —como el ruido de sables de 1924— todo el descontento militar con el clima político y rumbo antinacional del gobierno democratacristiano de la época. Con esta acción, el general Viaux se transformó inmediatamente en el líder que el nacionalismo chileno buscaba.

El primero en darle coherencia ideológica al alzamiento conocido como el "tacnazo" fue el nacionalista de "izquierdas" Pedro Godoy, profesor de la Universidad de Chile. En su

conferencia “Las Fuerzas Armadas como alternativa de poder” Godoy planteaba los lineamientos de un gobierno unitario y nacional bajo tutela de las reservas éticas de la chilenidad, el Ejército. El texto circuló publicado por el Movimiento de Izquierda Nacionalista (MIZNA), liderado por Sergio Recabarren, antiguo militante nacista y ministro en el segundo gobierno de Ibáñez.

El nacionalismo que representaba Viaux —un militarismo progresista, antiimperialista y antiliberal— hizo eco en nacionalistas, ibañistas y militares. Uno de los métodos de difusión de este fue la casi mítica publicación llamada “Presencia”, inmediatamente denominada “Presencia de Octubre” en referencia al mes del alzamiento viauxista. Dirigida por Mario Tapia y Erwin Robertson esta publicación se consolidaría finalmente en la revista “Tacna”.

La revista Tacna daría vida a un reducido pero activo movimiento nacionalista, el Grupo Tacna. Esta agrupación sería en gran medida la competencia de Patria y Libertad, el movimiento nacionalista más exitoso en tiempos de la Unidad Popular. Pero si bien el Frente Nacionalista Patria y Libertad sería mucho más numeroso y se vería involucrado en las más espectaculares acciones para combatir el gobierno de tintes marxistas, el Grupo Tacna desarrollaría una labor más ideológica, así como también una labor política de reagrupación y estructuración del nacionalismo que, en el largo plazo fue mucho más duradera y fructífera.

Uno de los líderes del grupo Tacna, al menos desde el punto de vista intelectual y doctrinario, fue Sergio Miranda Carrington (Valparaíso 1927-Santiago 2013), abogado —casi especializado en causas de nacionalistas—, escritor y periodista, subsecretario de Trabajo en el segundo gobierno de Ibáñez y estrecho colaborador del Grupo Tacna, sino su líder virtual. Miranda fue un asiduo investigador del nacionalismo chileno y también internacional. Su libro sobre la llamada "Guardia de Hierro", el nacionalismo de Corneliu Zelea Codreanu y su Legión de San Miguel Arcángel, causó un profundo impacto en su época al señalar la vía heroica y espiritual como camino de purificación y acción política. Ese sólo texto ya pone a Miranda en la historia doctrinaria del nacionalismo chileno.

La doctrina del Grupo Tacna estuvo estructurada por motivaciones inmediatas y otras de largo plazo. Primero la derrota del marxismo de la mano de la caída del gobierno de Allende y de la eliminación cultural, política y económica de esa ideología. Como consecuencia de lo anterior el Grupo Tacna proponía la creación del Chile Nuevo a través del Estado Militar como forma de no caer desde el marxismo al llamado antiguo régimen liberal. El Estado Militar era un nuevo Estado chileno organizado de la mano tutelar del pueblo en armas, las Fuerzas Armadas en su sentido amplio y popular. Colaboradores de este Estado eran las organizaciones civiles, en especial la juventud universitaria, los gremios, etc. Para el Grupo Tacna la juventud era fundamental especialmente como custodia civil del espíritu

heroico, de la voluntad de servicio comunitario. «*El marxismo no puede ser sustituido por el antiguo régimen. Por el sólo hecho de habernos traído a lo actual, demostró su incapacidad y caducidad. Por consiguiente, junto con liquidar al marxismo, las juventudes implementarán un Chile Nuevo. Para nosotros, es el Estado Militar. (…) El Grupo Tacna proclama su respeto a los valores permanentes de la estirpe y a los hombres que en su austeridad crearon e hicieron grande la nación chilena. (…) La base y el fundamento de toda construcción política son el hombre y sus eternos valores espirituales. El joven nacionalista amará el peligro, la lucha y la muerte, como simples actos de servicio. Su existencia debe estar informada por un permanente espíritu de servicio a la comunidad, de dignificación personal, de humildad, de modestia y de exigencia consigo mismo. (…) Afirmamos que el nacionalismo debe ser liberado por igual de la conciliación burguesa y del resentimiento marxista*»[112].

El Grupo Tacna buscó la unidad del nacionalismo como forma de adquirir mayor trascendencia política. Para eso pedía voluntad y decisión para marginar pequeñas diferencias. Al parecer esta iniciativa tuvo cierto éxito y se alcanzó una coordinación entre el Grupo Tacna, el Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista, la Alianza Nacionalista —que habría estado compuesto por el grupo más cercano a Viaux —, el Movimiento Gremialista Integral y otras agrupaciones menores. Sobre el resultado de esta unión de intereses hay pocas referencias. Con todo, casi los mismos grupos sumados a

112 La Doctrina de "Tacna". Tacna. Abril 1972.

elementos del Frente Nacionalista Patria y Libertad se volverían a aglutinar a fines de 1973 en la más formal Junta Unificadora Nacional liderada por el general Alfredo Canales Márquez, militar que se había revelado a mediados del año 73 en contra de la autoridad de Allende.

FORJA.-

Otro de los movimientos que vivió un resurgimiento fue el Nacional Sindicalismo el cual había experimentado una fuerte persecución los años anteriores. A fines de los años cincuenta y durante casi toda la década siguiente el Movimiento Revolucionario Nacionalsindicalista editó una de las revistas más doctrinarias del nacionalismo. La revista Aspas se dedicó a clarificar los ejes del nacionalismo sindicalista invitando además a la construcción permanente de la Nación. Y fue a través de Aspas que el MRNS se defendió de la orden del ministro del Interior Sótero del Río, en mayo de 1964, que exigía la disolución del movimiento y cierre de sus locales basado en un supuesto carácter subversivo. La labor doctrinaria de Aspas fue continuada y ampliada por la revista Forja. Publicada desde 1969 hasta 1978, y emanada por cierto desde círculos nacional sindicalistas, fue sin dudas todo un referente ideológico empecinado en marcar una ruta para una generación carente de líderes y de organismos políticos desde donde impulsar la siempre postergada revolución nacionalista.

Animada por figuras intelectuales del MRNS como Renato Carmona —colaborador permanente, representante legal y en ciertas ocasiones director de la publicación—, Misael Galleguillos — articulista y propietario—, Eugenio Cáceres, Ramón Callís, entre otros, Forja fue quizás el órgano más doctrinario de cuantos han existido en la historia del sector. El nacionalismo, enfatizaba Forja, necesitaba urgente salir del plano del sentimiento patriótico como fundamento más difundido. De esa forma se alejaba a los nacionalistas de cartón, aquellos que se aprovechaban de la idea de nación para llevar a cabo políticas antinacionales. Los conceptos de Pueblo, Patria, Nación, Estado, Cuerpos Intermedias, Territorio, Revolución, entre otros, eran permanentemente definidos y elaborados de manera de no dejar dudas de la existencia de una férrea doctrina nacionalista como fundamento a cualquier acción política. Dentro de este esfuerzo destacó la "Doctrina de las Comunidades", una elaboración renovada del antiguo sindicalismo o funcionalismo chileno.

"Patria, Estado y Destino" fue el lema que llevó Forja durante sus diez años de publicación. La Patria como unidad trascendental de la conjunción de la etnia y el territorio determinados por un destino histórico y no por una política partidista arbitraria e impositiva. Este punto era fundamental para los colaboradores de Forja. El Destino Histórico debía ser dilucidado por la comunidad para entender la razón de existencia de los chilenos, cuál era su lugar en la historia. ¿Qué era Chile finalmente? Para Forja un esbozo a esa respuesta estaba

en los atavismos étnicos, en la conformación del territorio. Y era la comunidad organizada quien debía responder esa interrogante entregando un destino histórico a las generaciones presentes y venideras.

El Destino Histórico de Chile frente al devenir universal se realizaba por medio de la organización de la comunidad nacional, vale decir por medio del Estado. Forja defendía la tesis de la comunidad organizada y jerárquica, una comunidad dirigida por el cerebro estatal. «*La Patria no es sólo la tierra que nos vio nacer, ni el conjunto de personas que habitan esta tierra. Es eso y mucho más. Es una unidad trascendente a través del tiempo y del espacio, una unidad que abarca a todos los individuos, a todas las clases, a todas las generaciones que han desarrollado y se desarrollarán dentro de los límites que demarcan el ámbito físico nacional. Es una Unidad y, por serlo, no puede pertenecer en exclusiva a ningún núcleo en particular, llámese este clase social, partido político, estamento económico o cultural, región o generación. La Patria es una totalidad histórica, indivisible e irrenunciable. Y es una "síntesis indivisible con fines propios que cumplir", para cada una de las patrias del mundo, o dicho en otra forma expresada hace ya tiempo, es "una comunidad de destino en lo universal". (…) Actualmente no tenemos (o tenemos a medias, que es una triste manera de no tener) esa Patria, ese Estado, ese Destino, con que soñamos y de los que sentimos nostalgia de su ausencia. La Patria no es Una, pues se la disputan los partidos políticos, la destrozan las clases sociales insolidarias, la disminuyen las visiones puramente materialistas y económicas. Y no es Una, por que*

unas generaciones reniegan de su pasado y otras se excluyen de su futuro. Nuestro Estado, aún liberal decimonónico, no cree ni en sí mismo y no se atribuye más misión que un mejoramiento de las condiciones económicas aún al contemplar los aspectos culturales. Además de estar regido por una Constitución donde no prima la persona, la familia, el municipio, la universidad, y otras fuerzas básicas, sino que el individuos y sus intereses exclusivos y excluyentes. Y aún no hemos descubierto nuestra misión histórica, en circunstancias que la historia y nuestra propia vitalidad nos está indicando derechamente el camino»[113].

Para Forja la Nación chilena estaba compuesta por el pueblo, el territorio y el destino. La Nación, su organización y la cultura daban paso a la idea de Patria. La Patria, por tanto, era el gran conjunto que abarcaba a la gente, la historia, las generaciones, el territorio, el destino, la Nación, las comunidades intermedias y finalmente el Estado, centro regulador y forjador por excelencia de la Nación.

La Nación se organizaba a través del Estado y los cuerpos intermedios o comunidades. Era por esa razón que los análisis constitucionales y legales característicos en Forja hacían la diferencia entre el Estado y la Nación. Para los colaboradores de Forja, en especial para Renato Carmona —quizás el más agudo articulista sobre temas legales y de doctrina de política social—, tanto la Constitución como el Código Civil estaban llenos de errores conceptuales. En estos cuerpos legales el presidente de la

113 Patria, Estado, Destino. Forja 1. Agosto de 1969.

República era a veces retratado como jefe del Estado, pero no de la Nación evidenciando un vacío legal propio del liberalismo debido a una concepción de la Nación, el Estado y los cuerpos intermedios —comunidades— totalmente distinta a la del nacionalismo. «*En materia de Estado, Nación, Administración, Gobierno, Política y Responsabilidad en nuestra Carta Fundamental no existe una clara definición. Pero esta confusión inherente al sistema (porque debemos anotar desde ya que en las reformas constitucionales no se dilucidan en lo absoluto), se produce en forma más patente en otro orden de disposiciones. A nadie se le ocurriría negar que el Estado sea una persona jurídica. Pues bien, de acuerdo al artículo 545 del Código Civil "se llama persona jurídica una persona ficticia, capaz de ejercer derechos y contraer obligaciones civiles y de ser presentada judicial y extrajudicialmente". En consecuencia, de acuerdo a lo dicho, el Estado es una ficción. Por otra parte, el artículo 547 inciso segundo del mismo cuerpo legal nos dice: "Tampoco se extienden las disposiciones de este Título a las corporaciones o fundaciones de derecho público, como la nación… estas corporaciones y fundaciones se rigen por leyes y reglamentos especiales". Que la Nación sea una corporación nos parece tesis sugerente y fecunda, pero que se rija por leyes especiales —a menos que se trate de leyes históricas y sociológicas — constituye una aberración de proporciones. Si a esto añadimos que el Estado es una ficción, nos parece una humorada de mal gusto de don Andrés Bello. Sin embargo los artículos 545 y 547 revelan a las claras cómo la herencia conceptual de confundir la Nación con el Estado, penetró a la esfera política y en esta confusión se encierra el*

menosprecio por las comunidades básicas y las sociedades intermedias en el Estado que nos rige»[114].

Para Forja el Pueblo era la gente de Chile, los chilenos y su conciencia identitaria. La Nación era la forjadora del destino histórico a través de la organización estatal y la Patria era la unidad trascendente a través del tiempo y del espacio que abarcaba al Pueblo, el Estado y la Nación. Carmona reclamaba con razón que la fragmentación nacional de los partidos hacía que estas categorías se confundieran o no tuvieran fundamento real. El pueblo, por ejemplo, era para los marxistas sólo aquellos con conciencia de clase, es decir los obreros. Para la Democracia Cristiana —el otro sistema ideológico de la época— el pueblo eran los asalariados. El error estaba a la vista. Si la Nación se componía del pueblo y este no son todos los chilenos la Nación y la Patria dejarían fuera a gran parte de la población perdiendo su unidad y destino histórico.

DOCTRINA DE LAS COMUNIDADES.-

En la doctrina nacionalista la Nación se compone de distintas comunidades. La comunidad estudiantil, la comunidad armada, la religiosa, la trabajadora y así aquellas que sustenta a la Nación. Todas estas comunidades se coordinaban en la más importante comunidad, el Estado. El Estado era la comunidad de las comunidades.

---

114 Renato Carmona. Estado y Nación. Forja 5. Noviembre de 1969.

El Estado de Comunidad Nacional se contraponía al Estado de Derecho liberal, una organización estatal que sólo se consolido en Chile hacia finales del siglo XIX. El Estado de Derecho había eliminado a los cuerpos intermedios, tragándose sus atribuciones y por tanto agigantándose hasta transformarse en un Leviatán, un aparato inmenso que todo lo abarcaba y dominaba en las manos de los partidos políticos o la oligarquía burocrática.

De la misma manera que para Izquierdo Araya, los redactores de Forja consideraban la estructura nacional en base a las funciones dentro de esta. La función social generaba la Familia —organizada a través del Municipio y la Región— y la Comunidad Social. La función económica generaba al Sindicato —organizado en Gremios— y la Comunidad Económica. La función cultural a la Universidad —Una, Nacional y autónoma— y la Comunidad Universitaria. La función religiosa a la Iglesia y Comunidad Religiosa. La función de defensa generaba las Fuerzas Armadas —la Nación en Armas y no el pueblo armado — y la Comunidad Armada. La política en tanto, generaba al Estado —comunidad de las comunidades— y Comunidad Nacional.

Una de las comunidades que mayor interés causó a los colaboradores de Forja fue la universitaria. En la Doctrina de las Comunidades la Universidad era el lugar donde se pensaba el Destino Histórico, donde se creaba a través de la labor de la meditación científica y humanista. De ahí la necesidad que la

comunidad universitaria fuera unitaria, nacional y autónoma al poder político. Esto marcaba la diferencia con el corporativismo fascista por ejemplo. La gran comunidad universitaria debía tener objetivos comunes y no fragmentados como sucedía —y sucede actualmente. No era posible para los nacionalsindicalistas que existieran proyectos universitarios diversos al interior de la Nación. Currículos católicos, masónicos, liberales, capitalistas, marxistas, etc. cada uno con su propia visión del mundo y de Chile no hacían más que fragmentar la unidad nacional. Era imposible que la comunidad educacional y el mundo científico artístico pudieran pensar qué es Chile si no estaba unida en objetivos. El mundo profesional nacional no estaba constituido, como debía ser, por profesionales y técnicos "chilenos" sino que por profesionales católicos, laicos, opus dei, derechistas, democratacristianos o cualquier otra sensibilidad que tuviera recursos para influir en el sistema educacional.

En el proyecto nacionalista de la Comunidad Universitaria destacó Misael Galleguillos, profesor universitario y teórico del Sistema Universitario Nacional tendiente a construir la universidad como comunidad básica de la Nación, una corporación clave en el tejido social orgánico. «*Forja ha delineado una concepción universitaria y a través de sus 23 números ha expresado sus ideas las cuales constituyen nuestro acervo intelectual para pensar a la universidad. Nuestra tesis es que la universidad debe ser Una, Nacional y Autónoma. (…) Para que ello se concrete debe irse a la pronta creación del Sistema Nacional Universitario, que debe estar,*

en primera etapa, presidido por el Ministro de Educación. Deberá asumir las funciones que cumple en parte el Consejo de Rectores y definir todo el quehacer de la Educación Superior de Chile racionalizando, ordenando y planificando lo que corresponde por derecho de función. Este organismo debe elaborar la política universitaria y velar por su estricto cumplimiento. Ello hará que nuestra universidad sea Una y Nacional, sobre todo si se logra la formulación curricular de las carreras, formas equivalentes de evaluación, determinación de contenidos de programas y coordinación del esfuerzo en la investigación»[115].

Para Galleguillos la universidad debía trascender el sobreprofesionalismo que hacía que los distintos departamentos —y por tanto profesiones— vivieran vidas paralelas desvinculadas unas de otras del destino histórico y la misión comunitaria que debían tener. «*La universidad debe velar por la integración y unidad del saber nacional, superando el ámbito de las disciplinas y sus especializaciones y dotándola del sentido humanista que es propio de la tarea cultural del hombre. La universidad como organismo depositario del saber nacional y responsable históricamente por la mantención, acercamiento y difusión de los valores culturales del pueblo, el poder que emana del saber y que se ejerce por la influencia de las ideas y valores que surgen y se desarrollan en su seno y por la confianza que se deposita en estos centros de educación superior, donde se aúnan los esfuerzos de los intelectuales del país*»[116].

---

115 Misael Galleguillos. La Autonomía Universitaria. Forja 23.

116 Misael Galleguillos. Universidad y Reconstrucción nacional. Forja 25.

DEMOCRACIA ORGÁNICA JERARQUIZADA.-

Otro de los colaboradores de Forja fue Osvaldo Lira (Santiago, 1904 – Santiago, 1996), fundador junto a Callís del Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista. Lira ha sido de esos intelectuales nacionalistas que ha logrado sintetizar muy bien el comunitarismo propio de las doctrinas de la comunidad orgánica junto con toda la raíz decisionista propia de los conductores políticos, esa estructura binaria clásica del nacionalismo de aristocracia y democracia.

Para Osvaldo Lira un pueblo o comunidad orgánica no podía autogobernarse porque eso implicaría que fuera gobernante y gobernado al mismo tiempo. El pueblo no podría tener un predominio en el gobierno porque eso implicaría que el pueblo se impondría a dominios subordinados, es decir habría otras entidades ajenas a la comunidad, al cual este último debía dominar para gobernar. El acto de gobernar era una acción transitiva, es decir un acto que nace de un sujeto para consumarse en otro. Gobernar por tanto, necesariamente debe provenir de un ente distinto a la mayoría popular y, sin embargo, provenir desde la comunidad.

Para remediar estos problemas de filosofía tomista Lira rescataba la figura del gobernante, depositario de la potestad y autoridad. La comunidad apartaba de su totalidad a una élite jerarquizada. En este sistema llamado por Lira "Democracia orgánica jerarquizada" —el cual era comparado con el principio

que sustentaban las monarquías medievales— el gobernante debía irradiar el poder desde arriba con el primer objetivo de mantener la unidad de la comunidad. Sin unidad la comunidad dejaba de serlo ya que la cohesión de un ente era un derivado de su identificación con su totalidad, y si esta no se realizaba el ente llamado comunidad dejaba de existir. La diferencia entre el gobernante —o los gobernantes— y la comunidad no era por tanto de sumisión sino que orgánica. El primero ejercía el poder que realmente emanaba de los segundos. «*La democracia significa desde luego la participación del pueblo en el gobierno, o, si se prefiera, en el quehacer gubernativo. En un régimen que de veras es monárquico la responsabilidad no se diluye cobardemente, según ocurre con demasiada frecuencia en nuestros días, sino que asume con decisión terminante y paladina. Pero conviene destacar que lo que se asume es una responsabilidad, la cual, por el hecho mismo de serlo, supone, en quien la sume, una actitud que se conforma con las normas básicas de la Moral y, en especial, de la virtud cardinal de la prudencia. (…) Lo que tan sólo procuramos es destacar la diferencia profunda e irremediable que existe entre la génesis de un poder y su ejercicio. (…) Porque el hecho de que el pueblo organizado se vea representado en las esferas del poder político cobra carácter de extrema urgencia. Porque lo que se haya en juego en estas circunstancias es nada menos que la propia dignidad humana e, incluso, el vivir normal de la propia persona racional. En verdad que en una sociedad civil de cualquier tiempo y lugar la representación popular auténtica ha de constituir un rasgo absolutamente necesario. Porque, en caso contrario, sólo*

podríamos referirnos a masas o muchedumbre indiferenciadas e inorgánicas. (…) Por ello, si analizamos a la luz de estos principios las representaciones populares de los regímenes liberales y marxistas, han de aparecérsenos, una y otras como modelos de insinceridad y de falacia»[117].

PATRIA Y LIBERTAD.-

El triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970 provocó gran sorpresa en un amplio espectro de la dirigencia política del país. Primaba el desconcierto, y prácticamente nadie era capaz de enfrentar mediáticamente a los vencedores. En este clima de deriva política en la oposición saltaría a la palestra el desconocido abogado Pablo Rodríguez el cual gracias a su determinación alcanzaría gran notoriedad fundando con ese capital político el Movimiento Cívico Patria y Libertad, un conglomerado que buscaba aunar esfuerzos para combatir el gobierno de la Unidad Popular. A los tres meses de vida el Movimiento Cívico se transformó en Frente Nacionalista Patria y Libertad (FNPL) alcanzando al poco tiempo más de diez mil militantes.

Bajo un análisis del fundamento doctrinario se puede afirmar categóricamente que esta agrupación fue ideológicamente antiderechista. Sin embargo, su praxis política la llevó a participar en un frente democrático en donde la derecha económica fue el eje político. Además fue el poder

117 Osvaldo Lira, Catolicismo y Democracia.

económico de la asustada burguesía chilena —y quizás la extranjera también— la que financió al movimiento. Esto ha llevado a asociar a Patria y Libertad con un movimiento reaccionario por mucho que sus documentos ideológicos son de una clara línea nacionalista.

La labor de orientación ideológica se hizo bastante metódicamente y fue constante. Los libros de Pablo Rodríguez "Manifiesto Nacionalista" y "Entre la Democracia y la Tiranía" marcaron la pauta para todo el desarrollo posterior. La revista y órgano oficial del movimiento, llamada también "Patria y Libertad", cumplía la misión de detallar y explicar los alcances de los pilares básicos del Movimiento, la construcción del Estado Nacionalista Unitario, anhelo histórico del nacionalismo chileno. «*Hemos asumido desde el primer momento, un puesto de vanguardia en la lucha contra el comunismo y no renunciaremos a él. (…) Pero junto con salvar al país de este peligroso trance, aspiramos a establecer el primer Estado Nacionalista Chileno, inspirado en el trabajo, en el deber, en la disciplina y en la justicia social. De nada nos valdría liberarnos de la opresión marxista si no tuviéramos otro destino que la miseria, la desigualdad y el continuo enfrentamiento social. No se trata para nosotros sólo de sacudirnos de las cadenas comunistas, si así fuere nuestra empresa no sería tan difícil. Se trata de construir un nuevo Estado; un nuevo Gobierno; un nuevo sentido de la nacionalidad, arraigado en la responsabilidad y en el deber, más que en la disciplina y en la exigencia mendicante; una nueva empresa y, por sobre todo, un nuevo sistema político, una nueva democracia de trabajadores, en*

donde no tengan cabidas las maniobras y los conciliábulos y en que todos los chilenos tengan una participación y una influencia real. Esta es la misión del nacionalismo, un desafío para cada hombre y mujer que lleve a su patria en el corazón»[118].

La construcción del Estado Nacionalista se estructuraba en seis pilares fundamentales. Un Estado Integrador; gobierno firme que asegurara el orden social; responsabilidad y disciplina colectiva popular; un programa de formación juvenil; la llamada "empresa integrada" o participación de los trabajadores en la utilidad o plusvalía del sector productivo; y finamente, una versión matizada de la democracia funcional de Izquierdo Araya. Este ideario se enmarcaba en el gran objetivo nacionalista de terminar con la fragmentación clasista y oligárquica del país. Una política nacional, una economía integrada y por supuesto, una cultura basada en la identidad, eran los pilares fundamentales en la construcción del Estado Nacional.

El Estado Integrador pretendía terminar con la lucha entre chilenos al interior de la Nación, en especial frente al avance revolucionario marxista. El discurso marxista se arrogaba la vocería de toda la clase trabajadora y hacía pasar su misión política como un anhelo de todos los obreros chilenos. Su objetivo político era la destrucción de toda la burguesía o clases no proletarias. El Estado Integrador por el contrario, al ser nacionalista no se ponía en una abierta posición de destrucción de ciertas capas sociales. Ciertamente no ocultaba que había que

118 Pablo Rodriguez Grez. Manifiesto Nacionalista.

reformar costumbres culturales y económicas para que los distintos estamentos de la sociedad trabajaran orientados a objetivos comunes dentro de un sistema de justicia social. Para Patria y Libertad el pueblo y las clases desvalidas nada tenían que ver con el marxismo, así como tampoco la derecha económica representaba a todos los empresarios.

El segundo punto doctrinario del FNPL fue el decisionismo gubernamental. El llamado Estado Autoritario —denominación que no tenía la carga negativa que alcanzó con el gobierno militar— era el cual se basaba en la autoridad impersonal según el modelo portaliano. Sin gobierno autoritario —o decisionista— se producían los vacios de poder que derivaban en gobiernos poco representativos.

Para revertir el daño que había producido el método de producción burgués el FNPL propuso un tercer fundamento doctrinario, la llamada "Empresa integrada e indemnización social". Esta constaba de dos grandes reformas a las compañías, primero la cogestión y luego la participación en las utilidades, todo dentro de un sistema social de mercado, modelo por cierto distinto al utilizado por la social democracia de décadas posteriores. «*La organización social requiere de una clara definición de las relaciones de producción, las cuales, en cierta medida, condicionan o determinan la superestructura del Estado. A la economía capitalista corresponde un sistema democrático liberal, a la economía estatista corresponde una "democracia popular" (sarcasmo con el que se disfraza la dictadura del Comité Central del Partido Comunista) y a*

una economía social de mercado corresponde una democracia funcional. (…) La economía social de mercado reconoce la propiedad privada de los bienes de capital, pero arbitra las medidas para que aquella propiedad se extienda a todos los trabajadores y deje de ser privilegio de los menos. Al efecto se postula la denominada "Empresa integrada de trabajadores", que difiere en términos absolutos de lo que otros movimientos o partidos consignan en sus programas o declaraciones de principios. Dentro de esta concepción se debe advertir que tanto capital, trabajo y organización, son factores productivos de intereses paralelos o convergentes y, en ningún caso, antagónicos o contrapuestos. El capital, el trabajo y la organización se complementan en el proceso productor, a tal extremo que de cada uno de ellos y de todos en conjunto depende la creación de la riqueza. (…) En consecuencia, el proceso productor debe ser dirigido por las tres funciones, dando origen a una cogestión económica, en la cual ninguno de ellos tiene preponderancia por sí sólo. (…) La segunda etapa de la empresa integrada es la denominada empresa de trabajadores. Lo anterior no involucra despojar al propietario de sus bienes, sino operar un sistema que, lentamente, vaya transfiriendo parte o todo el capital a los trabajadores, sin detrimento del capital»[119].

Para Patria y Libertad la lucha por el nacionalismo era al mismo tiempo por la unidad del pueblo chileno y esa unidad no era posible con el sistema de producción capitalista liberal ya que este no tendía a la justicia social. La acumulación de capital

---

119 Empresa integrada, amortización e indemnización social. Patria y Libertad. Órgano Oficial del Movimiento Nacionalista. N°6.

de forma exponencialmente mayor a la de las remuneración de los trabajadores producía la separación clasista —por mucho que los pobres mejoraran sus ingresos— de forma irremediable aumentando aquella brecha que producía la separación nacional. Tal como venían formulándose las tesis nacionalistas chilenas, no era el capital en si el elemento perturbador, sino que era la acumulación de la plusvalía lo que producía la formación de una clase burguesa capitalista celosa de su poder y dinero. La dominación de la clase obrera era un producto de la ambición por el capital, que en si era realmente la herramienta de crecimiento de las naciones. Repartir la plusvalía entre capitalistas y trabajadores era la solución que ya desde tiempos de los nacionalismos revolucionarios de entreguerras fue practicada en Europa por breve espacio de tiempo. La derrota de las fuerzas del Eje trajo de vuelta el dualismo político en donde la plusvalía era hegemonizada ya fuera por el capitalista —en el capitalismo occidental— o era estatizada para asegurar su dominación por la clase obrera —como en el socialismo. El nacionalismo social de mercado era entonces una tercera vía. Una en donde se aprovechaba toda la fuerza del capital como medio para reinvertir y desarrollar las naciones de la mano de la iniciativa privada pero sin embargo, transformado en propietarios de esa plusvalía a toda la comunidad nacional en vez de a un solo grupo social y culturalmente desapegado de su Nación.

Rodriguez tenía claro que el capital había surgido como un eficiente mecanismo de crecimiento y producción de riqueza. Pero esa misma característica había producido una guerra por su propiedad. Si la disputa por el capital persistía no podía realizarse el Estado Nacionalista. Por esta razón el líder del FNPL pedía una nueva concepción del capital, una que tomara en cuenta su factor social. El capital era sinónimo de crecimiento y riqueza de ahí que su inversión era una necesidad de primer orden. Pero si el capital no se acumulaba en unas pocas manos había que encontrar otros mecanismos para tenerlo disponible. A las utilidades empresariales se sumaba entonces el ahorro privado de los trabajadores. En este sentido el capital no solo era sinónimo de plusvalía sino que también lo era de trabajo realizado. «*Si logramos dar al capital la naturaleza de trabajo pretérito o trabajo ahorrado, tan respetable como el trabajo presente; si conseguimos eliminar la concepción marxista de que el capitalista es un explotador, como resultado de que las utilidades se comparten bajo un criterio igualitario; si obtenemos que mediante una indemnización social se resuelvan las seculares tensiones entre capital y trabajo, entre empresario y trabajador, habremos conseguido fundar una nueva economía, basada en la armonía y la justicia social*»[120].

La llamada "Economía Nacional" —puesta en funcionamiento real por varios países europeos durante el período de entreguerras— y el "Estado Nacionalista Unitario" se completaban con la "Política Nacional". En esta tenían que

120 Pablo Rodríguez. Entre la Democracia y la Tiranía.

participar todos los chilenos. Para eso el FNPL abogó por añadir a los cuerpos intermedios como forma de integrar al 93% de la población que no militaba en los partidos políticos a la representación política nacional. Para los nacionalistas los políticos hacían sus labores buscando el provecho personal y luego partidista pero nunca el nacional. Y esto último era imposible debido al sistema de compromisos partidistas y juego de poder involucrado. «*Se les llama partidos porque parten, dividen, seccionan tanto al país como a ellos mismos. Todas las banderas divisionistas los atraen. Lo fundamental es tener pretextos para el enfrentamiento ideológico, para lanzar a unos chilenos contra otros. De ahí la gran aceptación de conceptos como la lucha de clases: por el contrario quienes hablan de unidad nacional, quienes conciben la Patria como un destino histórico trascendente, quienes defienden al pueblo como el conjunto de habitantes del país identificándolos con ese destino y esa historia, son combatidos desde todas las direcciones*»[121].

Pero todas estas abstracciones ideológicas se hundieron en la realidad política. Verónica Valdivia —historiadora de la Universidad de Chile—, así como también Díaz Nieva, establecen que la mayoría de las entidades nacionalistas habían renunciado a tener ambiciones políticas rindiendo sus idearios a la tesis del "Estado Militar", la única alternativa viable luego del desquiciamiento de la clase política. Para la investigadora, si bien Patria y Libertad fue el grupo nacionalista más propenso a

121 Los Partidos Políticos. Patria y Libertad. Órgano oficial del Movimiento Nacionalista. N°10.

conquistar el poder a través de una vía fundamentada en movilización de masas, hacia octubre de 1972, también esta organización se había entregado a la idea de un gobierno militar que inaugurara un período de paz alejada de la guerra partidista. El FNPL había perdido mucho peso doctrinario al llenarse de "marxistas histéricos", reaccionarios sin mayor ideología que el anticomunismo, personas sin ningún compromiso con el ideario nacionalista y eso delimitaba mucho el poder político en un futuro posmarxista. Pablo Rodríguez entendió esta realidad y disolvió el Frente Nacionalista a los pocos días de ocurrido el Golpe Militar e instalada la Junta de Gobierno. Patria y Libertad había logrado realizar tan sólo la primera etapa de su proyecto nacionalista al ayudar a derribar el gobierno socialista de Allende. La construcción del Estado Nacionalista Unitario y la Economía Nacionalista no superaron la etapa de la ideología y la abstracción.

La última declaración pública oficial de Patria y Libertad puede ser considerada una entrevista dada por Pablo Rodríguez el 24 de septiembre de 1973, a sólo trece días del Golpe. En esta Rodriguez intuía claramente cuál era el gran desafío y peligro del nuevo gobierno. Esta percepción inicial se tornaría en preocupación derivando posteriormente en franca oposición política de gran parte del sector nacionalista al Gobierno Militar. Luego de la experiencia del "Estado Militar" pocas ganas le quedaría al nacionalismo de seguir atribuyendo al Ejército su rol cultural como Eje de la identidad nacional. «*¿Tendrá peligros la*

junta? Ya lo creo. La derecha económica, el régimen capitalista, es una de ellas y la principal. Como no tiene partido, es posible que se integre a todos ellos. Sería un gran obstáculo, yo diría el primero, ya que impedirá las relaciones de producción y, por consiguiente, impedirá la justicia social, y sin esta no hay revolución nacional. Otro peligro es volver al yugo político liberal» [Pablo Rodríguez. Entrevista en "Fuerza Nueva" citada por José Díaz Nieva en "Patria y Libertad. El Nacionalismo Frente a la Unidad Popular"].

Ambas premisas se cumplirían y los peligros advertidos por Pablo Rodríguez a pocos días del Golpe se fueron transformando en realidad ante la mirada pasmada de un ignorado sector nacionalista. La derecha chilena volvía más vitalizada que nunca y prácticamente sin adversarios políticos. Debido a esto se desató el debate sobre el verdadero significado del Gobierno Militar. Revolución o Restauración sería la incógnita inicial, incerteza que poco a poco se fue despejando dejando atónitos a la mayoría de los nacionalistas apegados a la histórica doctrina del sector.

ORDEN NUEVO.-

Ante el errático rumbo del Gobierno Militar el nacionalismo se dividió. En el primer grupo estaban los expectantes al desarrollo de los acontecimientos esperando que llegara la hora del sector. Estos combatieron duramente al liberalismo desde interior del gobierno. Esperaban pacientes que los neoliberales cometieran un error para eliminarlos de las esferas de poder.

En la otra vereda quedaron aquellos que, si bien habían avalado el golpe, ya no se engañaban de la situación de los derechos humanos y el giro neoliberal del gobierno. Para estos estaba claro que la revolución nacionalista estaba pendiente y que no llegaría jamás de la mano militar. La "restauración liberal" era una calamitosa posibilidad en el horizonte mientras que la creación de un "Orden Nuevo" retrocedía día a día.

Uno de los pocos grupos que se rearticularon inmediatamente después del golpe fue el círculo alrededor del Grupo Tacna. El ánimo de estos nacionalistas fue justamente vigilar —en la medida de sus fuerzas— la creación de ese orden nacionalista, acusando y señalando como grave error histórico político la restauración liberal.

Con este espíritu Robertson y Tapia los editores del Grupo Tacna fundaron una nueva publicación, esta vez sin Sergio Miranda como apoyo. La revista "Orden Nuevo" anhelaba la consumación del Estado Nacionalista a realizarse lo antes posible. Orden Nuevo apareció por primera vez en diciembre de 1973. Su director fue Guido Poli, manteniéndose Robertson como subdirector y Mario Tapia como propietario. Alcanzaría a ver ocho números, desapareciendo en 1974.

Orden Nuevo celebró las políticas de corte nacionalista del Gobierno como el proyecto de creación del cartel de productos del cobre para mejorar el poder negociador de Chile en el mercado mundial del metal rojo; también apoyó el proyecto del

Estatuto Social de la Empresa impulsado por el ministro del trabajo de la época. Sin embargo, no dudó en ir planteando sus aprensiones con otras políticas gubernamentales.

Ya en el primer número Robertson trataría de plantear lo que sería la gran incógnita para los seguidores del nacionalismo. ¿El gobierno de la Junta de Gobierno restauraría el antiguo orden o implementaría uno nuevo? Volver al sistema liberal era pensado como un verdadero suicidio, un camino atroz que llevaría nuevamente al vacío de poder que daría paso al caos y desvertebración nacional. La lucha por el Orden Nuevo era la lucha por el nacionalismo, el único sistema político que no se había implementado realmente en Chile. «*Recordemos que la democracia liberal representa en Chile: frustración de sus potencialidades, entrega a los imperialismos, división de la comunidad por la lucha de partidos, predominio de un espíritu débil y mezquino. (…) Por eso, es equívoco hablar de "vuelta a la normalidad institucional", como lo hacen ciertos sectores políticos y periodísticos. ¿Qué se estima normal? ¿De qué institucionalidad se trata? El sistema jurídico que nos regía había perdido ya su sentido; era una pura cáscara vacía. (…) Restauración del ser nacional, de la unidad de la patria, sí; pero no restauración del sistema caduco. Es cierto que el gobierno tiene muchos y poderosos enemigos: las oscuras fuerzas internacionales; los sectores desplazados del poder —y que ansían recuperarlo—; los círculos oligárquicos y cipayos; los esclavos de principios o fórmulas propias del siglo XIX. Son también enemigos de la patria. Pero un pueblo joven y fuerte, cuyos soldados parecen llevar, también, la frase*

"Dios con Nosotros" en sus cinturones; un pueblo unido tras sus jefes, acepta el desafío y sabrá triunfar»[122].

En el mismo número Mario Tapia también advertía que las anteriores revoluciones militares de los años veinte, a pesar de las profundas reformas sociales basadas en ideas nacionalistas, habían terminado con las Fuerzas Armadas en sus cuarteles y los viejos políticos volviendo a desquiciar el sistema hasta hacerlo quebrar. Y en septiembre de 1974, la revista ya expresaba que posiblemente se venían tiempos económicos y políticos duros debido a que la situación de barbecho político no arrojaba señales de orientarse al anhelado Orden Nuevo. Los editores expresaban que los errores no habían faltado y que ya era tiempo de darle expresión política a la sociedad civil en un necesario movimiento cívico organizado además de una juventud nacional movilizada independiente del gobierno.

Orden Nuevo advirtió también de la apatía civil y del "apoliticismo" de la comunidad en esos primeros años de definiciones. En el artículo "Once de septiembre, antecedentes y perspectivas" Robertson ya vaticinaba que si bien la declaración de principios del gobierno era auspiciosa, los dichos sobre libre competencia y sociedad de consumo apuntaban en otro rumbo.

Orden Nuevo fue una publicación que intentó, como muchos otros grupos, aprovechar la situación política para —quizás ingenuamente— influir en el incipiente nacionalismo

122 ¿Restauración o Creación? Erwin Robertson. Orden Nuevo. Diciembre 1973.

ideológico del gobierno. La publicación fue a ratos muy crítica y bastante disidente, siendo bastante sorpresivo que no fuera censurada. Con todo, intentó marcar una ruta ideológica que fuera oída por los encargados de la nación en ese primer año de dictadura militar.

AVANZADA NACIONALISTA.-

Según constata José Díaz Nieva en su libro del nacionalismo de esta época, en 1977 y luego de la desaparición de la revista Orden Nuevo, Guido Poli y Sergio Miranda Carrington se involucraron en una nueva aventura política fundando la revista "Avanzada. En el Avance se Muere o se Vence". Alrededor de esta publicación germinó la entidad "Avanzada Nacionalista", movimiento que expresaba su ideología a través de la revista.

Esta publicación fue bastante novedosa. Incluyó colaboradores extranjeros permanentes como José Luis Ontiveros o Ernesto Milá, los cuales aportaban novedosas perspectivas y temas, en especial los referentes del resurgimiento de posiciones identitarias y nacionalistas en Europa. También colaboraron en la revista Pablo Rodriguez, Vitorio di Girolamo, Ramón Callís, Mario Tapia, Mario Arnello, el mismo Poli, además de invocar permanentemente los antiguos textos de Jorge Prat, Osvaldo Lira, Primo de Rivera o Jaime Eyzaguirre.

Avanzada era por tanto el órgano de difusión de la Avanzada Nacionalista cuyo jefe era —aparentemente— Sergio

Miranda. Esta agrupación existió al menos desde 1977 hasta 1982, aunque la revista continuó publicándose posteriormente como órgano de un grupo mucho más funcional al gobierno.

En tiempos de las primeras publicaciones de Avanzada las fuerzas neoliberales enquistadas en el gobierno estaban en plena arremetida. Uno de sus principales objetivos era destruir al Estado —entendido bajo el prisma nacionalista—y así consolidar el principio de subsidiaridad en clave neoliberal, es decir entregando a los grupos empresariales globalizados el control absoluto de la economía. Una arremetida comunicacional contra el concepto que sustentaba al Estado catalogándolo de burocrático, poco dinámico y corrupto estaba siendo desplegada a través de los medios de comunicación en manos de la derecha económica. Frente a esto Avanzada hacía una diferenciación entre la corrupción del concepto de Estado y su utilidad primaria como cerebro de la comunidad organizada.

Uno de los colaboradores de Avanzada, el italo-chileno Vitorio di Girolamo, establecía en el primer número de septiembre de 1977 la diferencia entre el verdadero Estado y su degradación liberal o marxista. Para di Girolamo no era la naturaleza del Estado la corrupta sino que los hombres que se les confiaba su administración, situación que sucedía de igual forma en la igualmente burocráticas y jerárquicas empresas privadas. «*Desde el día 11 de septiembre hasta la fecha, hemos asistido a un sinfín de manifestaciones, públicas y privadas, en contra del Estado; fundadas, todas ellas, en el rechazo categórico al comunismo. En cada*

una de estas manifestaciones se ha afirmado que la tendencia del poder político y económico a concentrarse en la cúspide del Estado, es típicamente comunista. Con lo cual se pretende identificar al Estado moderno con el comunismo, reservando a su perfecto contrario, la democracia liberal, el derecho a titularse la única alternativa no comunista. Esta ecuación banal suele ser formulada por una pseudo elite entre economicista y moralista que en nuestros días parece haber asumido virtudes mesiánicas. Su evangelio es el siguiente: todos los problemas, los de orden económico (siempre lo económico va primero, como si fuese la génesis de cualquier realidad humana y social), los de orden político y de orden cultural, serían causados por el hecho de que sus soluciones han sido confiadas a grupos humanos impersonales y apáticos. (…) ¿Es acaso verdad que el Estado moderno, por su intrínseca naturaleza, es aquella pirámide impersonal burocrática e inoperante que el pensamiento democrático-liberal se ha encargado de describir? ¿Es acaso verdad que en la cúspide del Estado moderno se establece siempre una autoridad que es omnipotente y hermética a la vez. (…) Para los nacionalistas no nos será difícil indicar innumerables ejemplos de otras pirámides, ciertamente no estatales, y, aún menos comunistas… Me refiero a esos mausoleos y a esas logias de la alta finanza multinacional, que son perfectamente invisibles, o cuando menos inabarcables, para la inmensa grey mundial de las poblaciones ignorantes»[123]. Para di Girolamo era justamente un Estado robusto y ético, además de enquistado en un tejido social sano y vitalizado por los cuerpos intermedios, la institución llamada a

123 Vitorio di Girolamo. Salvar el Estado Ético. Avanzada N°1.

balancear el poder privado que muchas veces tendía a aplastar al individuo. La misión ética del Estado era conducir a la comunidad nacional de manera de crear un poder social entrelazado a la autoridad política. El Estado ético nacionalista era el Estado unitario, aquel donde los individuos eran parte fundamental y donde estos se sintetizaban con la conducción nacional en una autoridad suprema multipersonal con una ambición común, el llamado Destino Histórico.

Cinco años después, en 1980, una de las preocupaciones de Avanzada seguía siendo el concepto del Estado. Mario Arnello establecía por ejemplo, que el llamado "Estado subsidiario" —que significa literalmente Estado secundario— consagrado en la nueva Constitución, era un término demasiado difuso que no fijaba las atribuciones del Estado. «*A mi no me gusta la palabra subsidiaridad que se ha dado para señalar esta posición de un Estado reducido a su rol propio sin estatismo, la encuentro equívoca, la encuentro que tiende como a insinuar un menosprecio y aún no sé si en muchas medidas es inexacta. Lo exacto me parecería ir derechamente a fijar el rol del Estado, a fijar sus obligaciones y sus funciones, fijarle sus atribuciones, sus competencias; por eso el hecho de que algunas de las funciones que le cabe pueda realizarlas preferentemente, primero a través de particulares no le veo ningún inconveniente, pero no le da ese carácter de Subsidiaridad que pareciera a mi juicio, quitarle claridad al rol del Estado, es lo natural, es lo lógico, es lo normal, lo sano. La enfermedad era que el Estado no dejara que los chilenos pudieran por su cuenta ser nada, que el esfuerzo y el trabajo estuvieran constreñidos,*

reglamentados, lleno de trabas y de dificultades y naturalmente discriminado en forma muy distinta de lo que la moral indica. Prefiero repito, fijarle al Estado su rol, porque el Estado y creo que hoy debe sostenerse, es después del alma inmortal de la Patria, lo más importante de la Nación. (…) Para el nacionalismo, el Estado tiene responsabilidades que no pueden escamotearse y que el estatismo las abandonó, porque a medida que más abarcaba, mientras más se metía en más cosas en las que no tenía porque meterse, abandonaba lo esencial; el Estado tiene la responsabilidad primera de imponer las preeminencias de los intereses de la nación por encima del interés fugaz de los individuos»[124].

Las sospechas de Arnello eran justificadas. El objetivo del principio de subsidiaridad, siguiendo la ideología neoliberal, era llevar al Estado a su mínima expresión para entregar la sociedad al poder privado. La subsidiaridad esbozada inicialmente en la Declaración de Principios del Gobierno Militar, en donde el Estado era un organizador y conductor de políticas entregadas a los cuerpos intermedios, había sido transformada en una ideología que había destruido a las Comunidades para entregar el poder económico a unos pocos particulares nacionales e internacionales. Avanzada Nacionalista, al menos en lo que dejan ver sus artículos, si bien siempre mantuvo la fe en el Gobierno Militar, entendió que los neoliberales enquistados en este habían hegemonizado sus políticas asestándole una dolorosa y sorpresiva derrota al nacionalismo chileno. La ingenuidad del

124 Mario Arnello. Estado y Nacionalismo. Avanzada N°31.

sector había hecho que se restara en los primeros momentos de gobierno pensando que la labor política debía entrar en barbecho para que la comunidad nacional recobrara los mínimos niveles de institucionalidad perdidos en el caos político. El liberalismo en cambio estuvo desde el primer momento —y probablemente desde antes— empecinado en cargar la balanza histórica a su lado.

Avanzada Nacionalista dejó de existir en 1983. En gran medida su heredera sería Avanzada Nacional un partido político que se originó como un intento del gobierno —en especial de su Central Nacional de Inteligencia (CNI)— por tener un brazo político bajo su total control en vistas a una derecha económica neoliberal que se organizaba políticamente dejando de lado cada vez más a la figura de Pinochet. Este grupo político-económico derechista arrojaba claras luces de que transformaría a los militares en el chivo expiatorio de todos los males de la Dictadura, lavándose las manos de su amplia participación en este período. Ahora el gobierno se daba cuenta que prontamente quedaría sólo y que necesitaría una expresión política en lo venideros años de democracia. En este instante miró al despreciado nacionalismo. Pero en vez de ayudar a fortalecer un movimiento nacionalista genuino, instrumentalizó al pequeño grupo en torno a Avanzada aportándole fuertes sumas de dinero y ayuda estratégica. La gran mayoría de los nacionalistas doctrinarios se dieron cuenta de la jugada y no participaron de esa aventura. Con todo, en ese entonces, el aún movimiento

Avanzada Nacional —nueva denominación de un instrumentalizado Avanzada Nacionalista—, creció exponencialmente en sus primeros meses y prontamente contó con el reconocimiento y simpatías del presidente Pinochet. El primer grupo de dirigentes de Avanzada Nacional era bastante desconocido —oscuro dirán muchos— pero de igual forma lograron incorporar a Sergio Miranda, quien se transformaría posteriormente en su presidente. Heredarían la revista Avanzada la cual fue su órgano de difusión ideológica. En 1988 la jefatura nacional recaería en Alvaro Corbalán, antiguo director de la CNI, condenado por múltiples casos por violaciones a los derechos humanos. Este hecho gatilló el desprestigio del partido y su nulo resultado en las primeras elecciones democráticas en 1989.

NOCIÓN DEL ESTADO EN CHILE.-

La pérdida de la noción de Estado durante los años ochenta no sólo fue advertida por los políticos nacionalistas. Intelectuales e investigadores independientes fueron conscientes también de este proceso de asedio liberal. Quizás el más lúcido de ellos fue Mario Góngora (Santiago 1915 - Santiago de 1985) uno de los historiadores más prestigiosos del país.

Si bien Góngora no puede ser considerado un militante nacionalista, y más bien ha sido catalogado como un conservador, lo cierto es que en su vida no tuvo una identificación política muy clara aparte de sus breves años como comunista, militancia que posteriormente rechazó con fuerza.

Por lo demás su habitual etiqueta de conservador fue rechazada por él mismo, quien calificaba a ese sector como un mero "liberalismo cauto". Y si algo no era este pensador, era precisamente un admirador del liberalismo.

Ahora bien, el punto central respecto de Góngora, es que su análisis histórico sobre el Estado chileno ciertamente debe ser considerado como una meditación nacionalista de la historia de Chile. Su obra más reconocida, "Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX" —editado por primera vez por Renato Carmona—, no dejó de prestarle atención a la mirada nacionalista del Estado. Con todo, el ensayo del gran historiador chileno comparte con el nacionalismo nociones fundamentales, sirviendo como una gran obra de fundamento doctrinario.

La interpretación del Estado realizada por Góngora se sustentaba en una premisa filosóficamente antiliberal, la cual básicamente argumentaba que no existían individuos aislados ontológicamente, pues la existencia humana podía adquirir un sentido en la medida de que era posible vivir en comunidad. Esta comunidad organizada creaba formas políticas, de las cuales la más reciente históricamente era el Estado nación, el cerebro de las comunidades modernas, el órgano forjador de la nacionalidad y la identidad. En el Estado se diseñaba el destino histórico, los objetivos nacionales y se conducía a la afirmación como entidad duradera. Desde ahí salía todo un fundamento cultural. Para Góngora el Estado chileno había delineado el

sentimiento de nacionalidad, sin una comunidad organizada en un Estado, no había identidad grupal, no había idea de Nación.

En el contexto histórico de mediados de los años setenta y ochenta, esta noción del Estado chocó fuertemente con la idea promovida por el Gobierno Militar, en especial, la defensa impuesta por Jaime Guzmán, principal ideólogo del régimen, quien habiéndose apoyado en una cierta línea corporativista católica terminó por convertir este fundamento en un instrumento para la defensa del proyecto neoliberal. El llamado "corporativismo" de Guzmán y su ideología llamada "Gremialismo" a la larga no fue más que un refugio para un corporativismo liberal. Influido por la doctrina tomista de corte más bien comunitarista, antiestatal y antijerárquica, este abogado y político defendió la "prioridad ontológica" del individuo por sobre el Estado, argumentando que los individuos podían existir sin un Estado, pero no al revés, pues en definitiva consideraba al Estado un mero "ser accidental". Su gremialismo era una forma de anteponer los cuerpos intermedios como la familia y el municipio por sobre el poder estatal, aspirando a que éstos fuesen un ideal atomizado de la sociedad, y no una verdadera comunidad orgánica jerarquizada.

En este estado de situación Góngora, por el contrario, veía que la organización comunitaria moderna, es decir el Estado Nación, era una forma que realizaba y le entregaba verdadera sustancia al individuo en su calidad de animal político, en su condición de hombre comunitario. De ahí que la noción o forma

que tomó el Estado chileno durante sus años como entidad independiente habría determinado la cultura, la identidad para finalmente forjar la idea Nación. Es decir, fue el Estado, y no la comunidad, la que había impregnado el sentido de nacionalidad.

Siguiendo con esa lógica fue durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, que en este territorio se había logrado cimentar la idea de un país en guerra, y fue a consecuencia de ese proceso histórico, que, una vez consolidada la causa independentista, el Estado chileno se organizó y estructuró como campamento militar en permanente conflicto determinando nuestra cultura e identidad. «*El Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX. El Estado, para quien lo mira históricamente —no meramente con un criterio jurídico o económico— no es un aparato mecánicamente establecido con una finalidad utilitaria, ni es el Fisco, ni es la burocracia. (…) La imagen fundamental y primera que de Chile se tiene es que constituye, dentro del Imperio Español en las Indias, una frontera de guerra, "una tierra de guerra". A ésta consagran sus poemas épicos Ercilla y Pedro de Oña. Góngora Marmolejo compara Chile "a la vaina de una espada".' Los cronistas de los siglos XVI a1 XVIII consagran la mayor parte de sus obras a la guerra de Arauco. (…) Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el llamado Despotismo Ilustrado se caracterizó no solamente por medidas administrativas, fiscales, eclesiásticas y educacionales, sino también por una más intensa militarización. (…) Pues bien, en el siglo XIX la guerra pasa a ser también un factor histórico capital: cada generación, podemos decir,*

vive una guerra. Primeramente, la ofensiva lanzada en 1813 por el Virrey del Perú desencadenó las guerras de la Independencia, que trajeron como consecuencia la creación del nuevo Estado y que se prolongaron en la "guerra a muerte" contra los realistas del Sur y en la campaña para la liberación del Perú, bajo el mando de San Martín. Más tarde se suceden, a lo largo del siglo, la guerra de 1836-1839 contra la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz, la guerra naval contra España (1864-1866), la guerra del Pacífico (1879-1883), vivida como guerra nacional, y por último la guerra civil de 1891. Mas no hay que olvidar la inacabable "pequeña guerra" contra los araucanos, con sus periódicas entradas en la selva y en los reductos indígenas, los incendios de siembras, los mil ardides de la "pequeña guerra", que remata en un levantamiento mayor en 1880, que sólo puede considerarse definitivamente aplastado en 1883. El siglo pasado está pues marcado por la guerra, y el símbolo patriótico por excelencia es Arturo Prat, un marino caído en un combate perdido. Todavía en la primera década de este siglo subsiste en el exterior la imagen de Chile como país guerrero. Miguel de Unamuno le escribía a un admirador, Luis Ross Mujica, hablando de Chile como "un país de cartagineses, organizado para el botín de guerra, y al cual el salitre ha corrompido"»[125].

El estado de guerra permanente había creado una organización comunitaria orientada a ella. El Estado chileno había organizado a la nación como cuartel y por medio de un *ethos* guerrero. Los gobernantes chilenos desde la conquista hasta

125 Mario Góngora. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile.

el año 1851 fueron todos militares. Recién con Manuel Montt se inician los presidentes civiles, pero siempre bajo el auspicio del modelo portaliano. La guerra, si bien no había sido el único factor para forjar la idea de Nación, habría sido el motor principal a la hora de crear la identidad nacional. Y en ese proceso el Estado fue fundamental ya que condujo los esfuerzos en la organización militar, el tipo de orgánica más jerárquica que puede asumir una comunidad. La tradición chilena era por tanto, espiritualmente guerrera y heroica.

Pero el desmantelamiento del Estado portaliano —y por tanto del espíritu que lo sustentaba— por parte de la fronda aristocrática había dado paso a la llamada "Eterna Crisis chilena", una crisis de identidad cultural y política debido al debilitamiento del poder estatal. Para Góngora aquella autoridad y jerarquía del *ethos* guerrero, tan odiada por las posiciones izquierdistas, y liberales decimonónicos, había permitido frenar y mantener a raya justamente a la oligarquía frondista. Una vez destruida esa forma estatal y abrazado el liberalismo había sido el pueblo chileno, los patriotas a cargo de la administración del Estado, las clases meritocráticas y los más necesitados, los grandes perdedores. La oligarquía se veía liberada del odiado Estado portaliano para desenvolverse libre de la sujeción de la comunidad organizada. «*Ya a comienzos de este siglo se ha entrevisto, pues, la crisis del Estado nacional y del genuino pueblo,*

amenazado a la vez por la disolución racial, los negocios corruptos, el capitalismo y el socialismo»[126].

Para Góngora la crítica nacionalista de Palacios, Edwards, Encina, Venegas, Pinochet, Galdámez y Subercaseaux estaba justamente orientada a frenar la disolución de la noción del Estado de los siglos pasados ejercida por la oligarquía de fines del siglo XIX y principios del XX. Pero las fuerzas sociales en esa época ya eran manipuladas por la izquierda, un sector "pacifista y antibélico hasta el escándalo", un cuño intelectual "antichileno" que marcó a la izquierda hasta el día de hoy, de manera que el pueblo chileno quedó indefenso ante la pérdida de la tradición política abriendo las puertas a la dominación oligárquica en toda su expresión. Un socialismo separado de lo nacional que junto al capitalismo de la oligarquía había creado la peor crisis de la historia chilena, una crisis de autoridad, de legitimidad y de poder, el caldo de cultivo para la disolución del Estado, anhelo buscado por el marxismo científico así como por el liberalismo doctrinario.

Luego de que se desatara la crisis del Estado irrumpiría el nacionalismo reformista que llevaría a las primeras magistraturas a personalidades fuertes que tratarían infructuosamente de devolverle el sello identitario al Estado. Góngora llama a este período "La Época de los Caudillos". Alessandri, Ibáñez, Grove, Dávila, todos presidentes en años turbulentos y revolucionarios en donde la voluntad de poder se

126 Mario Góngora. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile.

impuso en parte a las formas liberales. El Estado liberal se logró reformar gracias al vigor de las personalidades decisionistas creando un Estado de Bienestar que mantuvo a raya el capitalismo más depredador. Pero luego llegaría "La Época de la planificaciones" en donde las utopías extranjerizantes llevarían al sistema liberal al colapso. Primero las planificaciones de la Democracia Cristiana influidas por organismos mundialistas como la CEPAL y luego el socialismo de Allende que pese a todo su aura revolucionaria no pasó de ser un capitalismo estatal, etapa supuestamente "táctica" según confesaba el presidente en discurso de noviembre de 1971. Y luego el gobierno de Pinochet capturado por las tesis de Guzmán y los *Chicago Boys* terminaría por destruir la noción tradicional del Estado chileno en una mezcla de neoliberalismo, antidesarrollismo industrial, subsidiaridad e iusnaturalismo —teoría que piensa a la comunidad como un contrato social entre individuos ontológicamente prioritarios al Estado.

La visión chilena del Estado, la nacionalista, la de Góngora, se contraponía a la visión marxista y liberal economicista. La marxista veía al Estado como una entidad de explotación burguesa, en tanto los liberales lo entendían como un instrumento al servicio utilitarista de los individuos. «*El espíritu del tiempo tiende en todo el mundo a proponer utopías (o sea, grandes planificaciones) y a modelar conforme a ellas el futuro. Se quiere partir de cero, sin hacerse cargo ni de la idiosincrasia de los pueblos ni de sus tradiciones nacionales o universales; la noción misma de tradición*

parece abolida por la utopía. En Chile la empresa parece tanto más fácil cuanto más frágil es la tradición. Se va produciendo una planetarialización o mundialización, cuyo resorte último es técnico-económico-masivo, no un alma. Suceden en Chile, durante este periodo "acontecimientos" que el sentimiento histórico vivió como decisivos: así lo fue el 11 de Septiembre de 1973, en que el país salió libre de la órbita de dominación soviética. Pero la civilización mundial de masas marcó muy pronto su sello. La política gira entre opciones marxistas a opciones neoliberales, entre las cuales existe en el fondo "la coincidencia de los opuestos", ya que ambas proceden de una misma raíz, el pensamiento revolucionario del siglo XVIII y de los comienzos del siglo XIX. Otras vías aparecen cerradas, como la que señala Solzhenitsin, la mayor autoridad moral del mundo de hoy. En la inacabable crisis del siglo XX, que puede ser mirada desde tan diversos ángulos, hemos queridos señalar en este ensayo tan solamente una, la crisis de la idea de Estado en Chile: es decir, la de una noción capital para nuestro pueblo, ya que es el Estado el que ha dado forma a nuestra nacionalidad»[127].

LAS TRANSNACIONALES Y LA SITUACIÓN MUNDIAL.-

En 1980 en un hotel de la ciudad sureña de Temuco se realizó un encuentro político cultural de nacionalistas que mayoritariamente seguían apoyando al gobierno militar si bien siempre alertas del giro liberal que se perfilaba en las políticas gubernamentales. El acto se denominó "Por Chile siempre.

127 Mario Góngora. Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile.

Nacionalismo: ¡Presente!" y contó con la participación del antiguo jefe del FNPL de la zona Eduardo Díaz Herrera, el líder del MRNS Misael Galleguillos, el ex Tacna Sergio Miranda Carrington, el ex diputado del PAL y posterior PANAPO Mario Arnello, el ex director de la revista Tizona José Antonio Widow y Vitorio di Girolamo. De este grupo nacería un interesante reducto nacionalista. Un año después —y soslayando las diferencias con respecto al gobierno— Roberto Thieme y Eduardo Díaz, ambos ex Patria y Libertad, realizan un nuevo encuentro de este grupo, esta vez llamado "Chile: Nuestro Proyecto". En este acto se consolidó la formación de una nueva agrupación llamada Movimiento Nacionalista Popular.

Según consta en la única publicación conocida de ese movimiento, el libro llamado "Nacionalismo Popular" escrito por Eduardo Díaz, el movimiento adscribía a un nacionalismo cristiano, popular, revolucionario y antiliberal. También adhería a la estrategia de parte del mundo nacionalista que veía la posibilidad de enfatizar el nacionalismo doctrinario en el Gobierno Militar entrando en una guerra política directa con los liberales enquistados en él. «*El gobierno no quiso el respaldo orgánico del nacionalismo, y luego de tantas y tan reiteradas definiciones, es de mal gusto pensar que estas van a cambiar. Por ello, hemos de trabajar intensamente, como si no fuerana rectificarse las numerosas políticas liberales, ya que nuestra lealtad es con la patria y el régimen militar, que constituyen lo sustantivo del proceso*»[128].

128 Eduardo Díaz. Nacionalismo Popular.

Otro grupo nacionalista de tendencia disidente se volcó a la labor doctrinaria. Revistas de modesta confección como "Acción" y "Llamarada" de los hermanos José Agustín y José Ignacio Vázquez o "Cartas NR" de Erwin Robertson y Pedro Banoviez hicieron las veces de vanguardia doctrinaria en momentos de difícil difusión. Estos dos últimos junto a Guido Poli y Pedro Medina operaron desde la Acción Nacionalista Revolucionaria (ANR). Más tarde formaron una agrupación cultural que serviría de fachada nacionalistas llamada "Centro de Estudios por una Alternativa Iberoamericana" (CEAI). Estos esfuerzos encontrarían cierta proyección en la "Coordinadora Nacional Revolucionaria" (CNR) creada en 1982, la que si bien no prosperó, proyectaría al CEAI como el germen de un longevo proyecto político cultural. Por la Coordinadora pasarían fugazmente agrupaciones como Viento Sur de Eduardo Díaz Herrera, el Movimiento Nacionalista Lautaro (MNL) de Carlos Podlech, y facciones socialistas de corte nacionalista bajo el liderazgo de Waldo Grez.

El Centro de Estudios por una Alternativa Iberoamericana fue un interesante intento de renovación ideológica dentro del sector. Realmente el grupo de nacionalistas agrupados en la coordinadora, en especial los miembros de CEAI, plantearon los fundamentos del cual se nutriría el nacionalismo por las próximas décadas. Una mirada consciente de los nuevos procesos mundiales y de las nuevas amenazas fue nítidamente entendida por ese centro de estudios. Especial cuidado y

meditación se le dedico al poder político económico de las transnacionales y la nueva fase de la economía burguesa. Anticipando la nueva etapa histórica de hegemonía neoliberal el CEAI afinó la puntería para situar nuevas categorías de lucha y también nuevas respuestas a esa conflagración.

El CEAI editó sus ya legendarias "Carta NR" —probablemente la sigla hacía referencia a Nacional Revolucionaria— así como también organizaba jornadas de estudios nacionales. También editaba documentos bajo el nombre de "Ciudad de los Césares", denominación que se renovaría en 1988 para darle continuidad a este esfuerzo ideológico y cultural. En los encuentros del CEAI participaban intelectuales del nacionalismo como Renato Carmona, antiguo MRNS y director de Forja; Eduardo Díaz, director de Viento Sur; Pedro Godoy, profesor y miembro del Centro de Estudios Chilenos; además de Erwin Robertson y Pedro Banoviez.

El CEAI, por medio de sus cartas NR, amplió por mucho el problema del neoliberalismo impuesto por el gobierno militar. Para el CEAI este modelo era tan grave que no cabía ninguna componenda con el régimen. Al contrario de muchos nacionalistas que esperaban en algún momento reformar el modelo pinochetista el CEAI planteó la necesidad de una ofensiva revolucionaria. «*A estas alturas del proceso pre-democrático chileno, sin duda quedan pocos que no sienten el amargo sabor de la frustración y del desencanto. ¿Puede acaso, despertar entusiasmo una vulgar —aunque sangrienta— reyerta entre los que no quieren soltar*

el poder y los que quieren agarrarlo, en la que prácticamente lo único que se discute son plazos y donde no se propone nada sustancial? Una reyerta entre un gobierno que entregó Chile al capital transnacional y una "oposición" apadrinada por Washington? (Y eso que no hablamos de la otra "oposición apadrinada por Moscú; pero, al respecto, recordemos que más de una vez se ha visto a los comunistas sirviendo los intereses de los yanquis…y a la inversa también, desde luego). Frente a esto, frente a los problemas reales de la comunidad popular, son tan irrelevantes la "democracia ahora" como la cacareada "constitución". ¿Vale la pena que por una u otra se siga derramando la sangre de compatriotas? Con todo, si nos empinamos por sobre lo inmediato chileno, veremos que los problemas de fondo son los mismos en toda Hispanoamérica. Ahí está el problema de la deuda con la usocracia internacional, que grava en futuro de cada uno de nuestros pueblos. (…) Desde esta perspectiva, se nos hace evidente que a lo menos los dos últimos decenios, en Chile, adolecemos del mismo mal: modelos internacionales basados en abstracciones (las "planificaciones globales", como dice un maestro nacional), que desconocen la particularidad de nuestros pueblos y cuyas aplicaciones han dado los resultados que están a la vista. Por eso hay que pensar en Hispanoamérica. Hemos llamado a abrir el espacio político necesario para una Tercera Posición. ¡Basta lo dicho arriba para justificarla!»[129].

Los miembros del CEAI situaban el problema de Chile a escala global. No era la oligarquía chilena el principal mal. Esta era solamente un tentáculo del poder internacional, de la elite

129 Carta NR. N°2, Abril 1984.

oligárquica mundialista, un poder económico y político nunca antes visto que amenazaba al país de una forma inimaginable anteriormente. El principal vehículo de dominación ya no eran los ejércitos imperialistas o las guerrillas políticas. El enemigo hegemónico actuaba a través de un nuevo orden mundial globalizado y su arma era supranacional, un nuevo tipo de superestructura, las transnacionales en especial las financieras, si acaso no todas lo eran. Para el CEAI las transnacionales de la globalización que comenzaba a manifestarse con fuerza eran el resultado de una fase totalizadora del capitalismo. La burguesía comenzaba su arremetida final para conquistar el mundo sintetizando su modelo de dominación incluso a la esfera soviética. «*Es necesario tener en cuenta que la visión del mundo hoy triunfante es la científica- industrial-financiera que haya su más radical expresión en el imperialismo de las transnacionales. Con el término "transnacional" se designa un tipo de empresa que dispone de medios a escala mundial para acrecentar las propias ganancias. Esto significa que el capitalismo ha alcanzado hoy su momento totalizante; es un hecho que ya no hay ningún rincón de la tierra que pueda escapar de su explotación. Así es de invasor. (…) La principal preocupación de una transnacional está constituida por sus propios intereses en cuanto compañía, intereses distintos y separados de los de cualquier gobierno, incluso el propio. Los gobiernos, en efecto, se consideran, por lo menos teóricamente, custodios del interés nacional y son estimados por el electorado responsable de la conducción de los asuntos económicos del país. Por eso ellos tienden a asegurarse que las compañías que operan*

sobre el territorio que gobiernan persigan políticas que armonicen con sus objetivos como gobernantes. De hecho, sin embargo, los intereses de los gobiernos tenderán a coincidir con su integración en los intereses de las transnacionales»[130].

Para Robertson y el grupo de CEAI todo el discurso desarrollista de la época era un lenguaje doble para hablar del grado de compromiso con el nuevo orden mundial. Este se basaba en el dominio de las transnacionales del poder público y privado a nivel global y totalmente al margen de las soberanías nacionales. La meta era crear un poder centralista, burocrático, jerárquico, planificado, estructurado y expansionista pero en vez de recaer en algún tipo de gobierno o burocracia partidista era ejercido por las transnacionales capitalistas. La nueva realidad liberal ponía a las transnacionales, sino por sobre, al menos paralelamente al poder público. Toda la retórica en contra del Estado, del leviatán burocrático, centralizado y jerárquico, se ponía en funcionamiento en la transnacional capitalista. El imperialismo de los Estado Nación era ahora el acaparamiento horizontal de los mercados. Incluso para el CEAI la política mundial, con sus avatares y devenir era parte del poder hegemónico de los intereses de las transnacionales.

De igual forma el llamado aspecto totalizante del capitalismo no se limitaba al factor económico o político. La orientación del CEAI incluía la dimensión ontológica del

130 Las Transnacionales y la Situación Mundial. Cuadernos por una Alternativa Cultural Ciudad de los Césares". Enero-febrero 1984.

problema de la globalización y las transnacionales. «*El burgués, paralelamente a la pérdida de control de los procesos productivos, se encamina a la pérdida del domino psíquico. Es clara la interdependencia entre los dos aspectos: el nivel de la vida cada vez más cuantificado resulta cada vez más nocivo para el equilibrio mental; por otra parte, un hombre incapaz de conocerse y dominarse a sí mismo, será más propenso a dejarse mecanizar*»[131].

Temas parecidos abordó el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Chile (MNRCh) de Marcelo Saavedra Fuentes. Este movimiento había surgido desde la agrupación "Tercera Posición" a su vez derivada del grupo universitario "Luis Cruz Martínez", el cual alcanzó cierta relevancia en los mismos años que un movimiento nacionalista dirigido por el estudiante de derecho Enrique Estay, causaba sorpresa políticos en la Universidad de Chile.

El MNRCh abordó también interesantes materias espirituales y culturales para fundamentar su orientación política. Sin abandonar su sello identitario y popular esta agrupación de dio enorme importancia a cimentar sus acciones en una cosmogonía pagana enraizada en el mundo prehispánico. Esto fue visto como una condición doctrinara exclusiva del nacionalismo popular. De este modo el MNRCh se dio a la tarea de buscar una filosofía o cosmovisión de marcada raíz autóctona que fundamentara al nacionalismo político. «*Jamás comprenderá*

131 Las Transnacionales y la Situación Mundial. Cuadernos por una Alternativa Cultural Ciudad de los Césares". Enero-febrero 1984.

la izquierda el problema y las implicaciones de nuestros orígenes primordiales. Su porfiado y enfermizo afán de salvar el materialismo histórico como herramienta sociológica e instrumento de análisis histórico evita que asuma el problema de la identidad en su significado cosmogónico-espiritual y, consecuentemente, político. A su vez, el complejo oligárquico-paternalista de las derechas y su poco disimulado europeísmo, así como sus beneplácitas actitudes pro yanquis, la transforman en otra de las formas de la enajenación y el ocultamiento de nuestras raíces. La imperiosa necesidad de valoración de los pueblos paganos (aztecas, mayas, incas, mapuches, por nombrar los más conocidos) para por comprender el fundamento inmaterial y metafísico de su cultura y mundo socio-político. (…) El materialismo mismo no es más que un modelo filosófico europeo, creado a la sombra de la sociedad industrial y capitalista emergente en Europa y bajo las apologías sistemáticas de la ilustración racionalista y del positivismo cuyo centro lo encontramos en Francia. Los Amautas incas, la Machi mapuche; los guerreros desde San Lorenzo hasta los Vutalmapus mapuches no se reconocieron jamás en el materialismo, en cualquiera de sus formas. Ajenos a ellos era tanto el modelo capitalista como el marxismo»[132].

El MNRCh rechazaba el partidismo por ser un instrumento social demasiado fácil de corromper por el imperialismo por eso se estructuró siempre como movimiento nacionalista, comunitario y sobre todo revolucionario, es decir orientado a crear un Nuevo Orden. La metodología de lucha se orientó a crear influencia a nivel político cultural por medio de una nueva

132 El Nacionalismo Revolucionario. MNRCh.

cosmovisión enraizada en lo primordial e identitario, una mística moral, espiritual y en especial simbólica. El MNRCh utilizó como símbolo a la estrella de Chile, Venus, como forma de causar una especie de despertar de una cosmovisión ancestral que guiara el verdadero destino histórico. «*La simbología es la representación gráfica y conceptual de aquello que vive en las profundidades de nuestras más espirituales aspiraciones. La simbología, para los Nacionalistas Revolucionarios, no es algo adjetivo y accesorio, sino que un factor sustantivo y esencial, pues en el símbolo se reproducen los aspectos sustanciales de nuestra Cosmovisión. (…) La cosmovisión es la base espiritual, filosófica y ética caracterizada por ser mucho más que una simple ideología. La Cosmovisión es una global visión del mundo que contiene dentro de sí un proyecto y un imperativo social y político. Es decir, nuestro proyecto político se explica sólo al interior de nuestra Cosmovisión, razón por la cual, en páginas anteriores, se ha afirmado que el nacionalismo Revolucionario sólo puede comprenderse a nivel filosófico. Es el elemento cosmovisional el que nos sitúa absolutamente "fuera" de la sociedad materialista y burguesa permitiéndonos ser los defensores y luchadores del Nuevo Orden. Cosmovisión, simbología y mística se dan en íntima unión en el Movimiento. (…) En consecuencia, el Nacionalismo Revolucionario es un movimiento político-espiritual de resistencia y combate contra la decadencia de todo un sistema hegemónico y sustentado por las "grandes potencias". El Nacionalismo Revolucionario es una fuerza moral y consecuentemente política, por no rehuir la acción, destinada a*

evitar el triunfo absoluto de la perversión apátrida, materialista y burguesa de la sociedad moderna y el imperialismo»[133].

Otros movimientos nacionalistas revolucionarios de los ochenta fueron el Frente Revolucionario Nacionalista (FREN) fundado en los setenta por Irving Hahn, o el Movimiento Nacionalista Universitario. Todas estas entidades eran decididamente antiimperialistas, si bien a la usanza de la época, es decir antinorteamericana —ya que todavía no entraban de forma masiva capitales europeos y asiáticos a las aéreas estratégicas de la economía chilena— y todos muy antipinochetistas —el FREN llamaba "nacionalismo circense" o "traidores de derecha" a la ideología de nacionalistas con "anteojos oscuros y bigote", es decir de gente cercana a la inteligencia del gobierno militar. Estas agrupaciones ya transitaban además a las tesis más modernas del nacionalismo, aquellas que entendían la problemática de la fase globalista del sistema político financiero, el llamado Nuevo Orden Mundial postsoviético. Una síntesis de la doctrina de estas agrupaciones se encuentra en el libro "Textos y documentos del nacionalismo revolucionario chileno", curiosa publicación española que recoge manifiestos y extractos doctrinarios hoy inencontrable en sus originales.

NUESTRAMÉRICA.-

133 El Nacionalismo Revolucionario. MNRCh.

Dentro de la labor nacionalista de los años ochenta, en medio de la prohibición de actividades partidistas, los institutos de fomento del nacionalismo fueron una buena forma de mantener la labor del sector. El más grande de estos fue el Corporación Estudios Nacionales vinculado al régimen —si bien muchas veces crítico a sus políticas— a través de la dirección del organismo por medio de Lucia Pinochet, hija del Presidente. En otra línea, otras corporaciones de cuño nacionalista fueron el Círculo de Estudios Históricos Lircay, El Círculo Portaliano y el Instituto Histórico Arturo Prat, estos últimos de la mano de Guillermo Izquierdo Araya.

Digno de mención resulta también el Centro de Estudios Chilenos (CEDECH) fundado en 1983 al alero de la Universidad de Chile e integrado inicialmente por profesores excluidos de la universidad por su disidencia al Gobierno Militar. Con todo, CEDECH se mantuvo al margen del dualismo entre izquierdas y derechas, democracia y dictadura e incluso mantuvo una actitud imparcial frente a los errores y aciertos del gobierno.

Entre sus fundadores se encontraba una interesante síntesis nacionalista. Los socialcristianos Tomás Pablo y Leonardo Jeffs, los ex-marxistas Felipe Herrera, Jorge Barría y Mario Lobos, el nacista y superviviente de la masacre del Seguro Obrero Enrique Zorrilla y los nacionalistas "de izquierda" René Balart y Pedro Godoy. El profesor Godoy mantiene vivo en la actualidad el Centro de Estudios en una labor de ya casi cuatro décadas.

Pedro Godoy es en mérito propio un verdadero referente del nacionalismo chileno en su línea iberoamericanista, además de un defensor del tradicional proyecto educacional del sector. Pero el iberoamericanismo del Godoy se presenta con una nueva dimensión a la tradicional. El proyecto de integración llamado "Nuestramérica" no tenía relación con el proyecto indigenista de la izquierda sudamericana ni con la integración económica del liberalismo. El iberamericanismo de Godoy hacía referencia a la lucha nacionalista en un mundo globalizado, una lucha por asestarle una derrota a la oligarquía mundialista enquistada en el continente.

Si bien fue durante los años noventa cuando dejaría por escrito su pensamiento nacionalista, su accionar político ha sido una constante y ha tenido el mismo sello por décadas. El nacionalismo de Godoy —que en materia económica, política y social coincide completamente con los lineamientos clásicos del sector— lleva la identidad nacional más allá de las fronteras del Estado Nación chileno. Para Godoy si la identidad se fundamenta en la etnia y la cultura, entonces la patria Grande Iberoamericana tiene una etnia bastante homogénea, así como también una cultura occidental cristiana prácticamente generalizada. Es así como si bien la identidad se va formando por capas, primero la sexual biológica, luego la familiar, regional y nacional, la identidad de todo el continente sería sólo la capa más periférica de los círculos identitarios. Más allá de

Iberoamérica ya no hay coincidencias etno-culturales importantes, a excepción claro, de España.

Para entender el pensamiento del profesor Godoy hay que considerar su separación entre los conceptos de País, Estado, Patria y Nación. El primero hacía referencia al territorio, el segundo a la organización política de una comunidad. La Patria en tanto, era el sentimiento de identidad reflejado en un concepto abstracto que mezcla territorio, etnia y cultura. La Nación por último, era una entidad etno-cultural. Así, Iberoamérica sería una gran Nación conformada por más de veinte países, con sus propios Estados y sus sentimientos patrios. La comunidad de sangre y cultura común —de la cual Godoy exceptúa a Haití— conformaría el conglomerado iberoamericano, la entidad heredera y continuadora del gran espacio administrado por el Imperio Español. Godoy invitaba por tanto, a redescubrir América y a llevar a cabo una segunda Independencia.

Godoy hablaba de Iberoamérica como "Nuestramérica", un continente "meganacional". El profesor no abogaba por una entidad supranacional o una fusión de las distintas patrias sino que el reconocimiento de la unión cultural, histórica y étnica a través de la unión política. Este sería la única forma de llevar a cabo una verdadera soberanía que se desacople del colonialismo y la explotación hegemónica. «*Ninguna revolución triunfará en nuestra América si no se efectúa en alianza con las otras repúblicas constitutivas de esta Patria Grande. Aún más toda revolución se*

frustra si no somos capaces primero de autodescubrirnos, es decir, de rescatar nuestra identidad. Nuestra identidad nacional hispanoamericana. En caso contrario, nos convertiremos en cenizas de los tiempos, aludiéndose en el porvenir próximo a nuestra América del mismo modo que los griegos de la época de Platón se referían a la misteriosa Atlántida sumergida o a la mítica Tartesos»[134].

El nacionalismo del profesor Godoy ha sido aquel que protege a la Nación, y si bien la defensa de la identidad de la patria sería una obligación, la de la nación hispanoamericana conformaría la segunda parte de este necesario rescate cultural. Por esto Godoy ha diferenciado al nacionalismo popular con el nacionalismo de derecha. Este último sería el chauvinismo militarista destinado a acrecentar la fragmentación y balcanización continental. La balcanización y división de la veintena de países hispanoamericanos ha sido para el profesor una estrategia de explotación de las potencias hegemónicas. Esta fuerza operaría en cada país por medio de grupos de interés enquistados en el sector político y económico. Si a este incitado enfrentamiento con los vecinos se sumaba la teoría del "enemigo interno" y el "indigenismo" el cuadro completo de debilitamiento de la nación hispanoamericana se completa.

Para el profesor por tanto, sólo los nacionalismos que consideraban la identidad de la patria grande han comprendido realmente el problema de la soberanía y su solución. En este sentido rescató al primer nacionalismo —lamentando que la ola

134 Pedro Godoy. Nuestramérica. ¿Naciones o Nación?

de popularidad del alesandrismo haya sobrepasado la acción política del Partido Nacionalista de Subercaseaux. También incluía en el verdadero nacionalismo al Movimiento Nacional Socialista y el PAL. Ibáñez, a ojos de Godoy, se habría dejado manipular por el chauvinismo derechista a la hora de concretar un proyecto de unión —no fusión— político económica con Argentina propuesto por Perón. El proyecto de los Estados Unidos del Sur era una herramienta política del presidente argentino para establecer una verdadera fuerza de tercera posición al margen de los imperialismos norteamericano y soviético. Pero pese a los intentos de los verdaderos nacionalistas chilenos como los senadores Jaime Larraín García-Moreno y Guillermo Izquierdo Araya o el rector de la Universidad de Chile Juan Gómez Millas —quien nombró a Perón en su visita a Chile "Doctor Honoris Causa", la unión de izquierdistas y derechistas lograron destruir el único proyecto real de integración política que ha tenido el continente. «*Mientras el Presidente Perón prepara el viaje a Chile se mueven los agentes norteamericanos y, presumiblemente, británicos con velocidad. Resultaría inaceptable para la geoestrategia angloestadounidense que se constituya un polo integrador en el extremo sur del Continente. Se activan los lazos con la derecha mapochina en aquella época más que hoy ligada al agro. Nada hay que la torne más antiargentina a la oligarquía criolla —con Perón, si con o contra Perón— que las importaciones de carne y trigo de la otra Banda. Ahora Washington la abastece de argumentos: "Perón es el Hítler austral", "La Casa Rosada prepara el anchluss", "Justicialismo*

es fascismo", "Perón es discípulo del Duce", etc. Todo nuestro añejo y actual chauvinismo se tiñe de argentinofobia. Al trampero caen redondamente radicales como Exequiel González Madariaga y Raúl Rettig, socialistas como Salvador Allende y Florencio Galleguillos, democristianos como Ricardo Boizard conocido en el ámbito periodístico como "Picotón" y, por cierto, Alejandro Magnet. Queda claro, el problema para la patriotería de Chile es Perón en lo adjetivo, pero en lo sustantivo es el país de Martín Fierro»[135].

El proyecto de identidad continental pasaba evidentemente por un problema cultural. La educación de los países hispanoamericanos ha sido estructurada de manera de casi no hablar de los demás países del continente. Para Godoy educar era sociabilizar y esta acción multiplicaba los círculos de lealtades y de solidaridad. Si esto se hiciera de forma jerárquica —con la familia, comuna, región, país y finamente Nación Hispanoamericana— se podría estructurar una lealtad social que fortaleciera la identidad nacional y continental permitiendo en el futuro una mayor confianza a la hora de llevar a cabo una unión política. La educación debiera ser un proceso mediante el cual las comunidades contrarrestaran la entropía direccionada a la disgregación producto de las tensiones sociales. La identidad y el destino histórico enseñado en las aulas permitirían que la diversidad de objetivos de hombres, gremios, ciudades y toda la diversidad nacional adquiera un orden integrador. «*Habitualmente el proceso de socialización consiste en multiplicar los*

135 Pedro Godoy. Perón en Chile. 1953.

circuitos de lealtades —o, si se quiere, los círculos de solidaridad— y no en una sistemática sustitución de una lealtad por otra. Lo que ocurre es que estas se eslabonan y jerarquizan. Ello significa que se ligan entre sí constituyendo una suerte de choapino, en el que —por cierto—hay hebras subalternas y otras dominantes, pero todas son constitutivas de la textura. Dicha textura no significa aplastar al individuo, sino —por el contrario— lograr su perfeccionamiento. (…) La lealtad social que mayor relevancia posee, sin duda, es aquella que se relaciona con la entidad nacional»[136].

La identidad nacional, al igual que en los individuos, generaba fuerza, objetivos y un rumbo claro. En esto la función social de la educación era clave, pues se transformaba en un proceso de constante socialización, de poder aglutinador, de afianzamiento de la identidad para mantener fuerte el tejido social sin que se deshilachara en mil pedazos. La educación en el aula sería "la fragua y yunque de la nacionalidad", el lugar donde se enseñaban y se aprendían las lealtades sociales por medio del conocimiento de los distintos circuitos de lealtad como la familia, la comuna, la región, la Patria y la Nación. En este sentido Godoy apuntaba a crear una enseñanza enraizada en la identidad nacional. Autores y textos chilenos e iberoamericanos; mucha actividad al aire libre para el desarrollo físico y saludable, pero también para fortalecer esa unión espiritual con la tierra; expediciones, salidas a la montaña, los ríos y el mar, para conocer la geografía y para desarrollar el

136 Pedro Godoy. Nacionalidad y Educación.

espíritu de exploración, de emprendimiento, de voluntad. Para Godoy cada niño chileno debería tener como libros de educación las memorias de Pérez Rosales o "La Araucana". Libros llenos de espíritu heroico, aventurero, explorador, lo que llama el "neopaganismo nacionalista", si bien el profesor requería una mayor introducción del catolicismo en la educación pública, no para tener materias teologales sino como forma de estimular la introspección espiritual, experiencia básica para conocerse a uno mismo.

MOVIMIENTO DE ACCIÓN NACIONAL.-

En 1982 el estudiante de derecho de la Universidad de Chile Enrique Estay Peñaloza improvisaba un discurso en el comedor de esa casa de estudios como forma de levantar una lista nacionalista para las elecciones del centro de alumno, única forma de política representativa durante esos años de Gobierno Militar. El crecimiento del llamado "Movimiento Nacionalista" universitario fue inmediato. Por primera vez en mucho tiempo, y para sorpresa de las demás fuerzas políticas, una lista nacionalista recibía el apoyo estudiantil.

La entidad nacionalista de Estay fue doctrinaria y no dudó en contrariarse con el gobierno. Exigía el fin de los rectores designados y el cogobierno, la condonación de deudas por estudio y la autonomía universitaria para poder ayudar a dilucidar el Destino Histórico, llamado por los universitarios nacionalistas "la Verdad Nacional". Fiel a las tesis nacionalistas

de la época, la universidad era considerada un cuerpo intermedio que debía ser parte orgánica de la Nación. Individuos, cuerpos intermedios y Estado como un todo orgánico. La universidad debía también tender a la unidad al igual que la Nación evitando la lucha interna entre alumnos, docentes y administrativos, extensión de la lucha de clases típicamente izquierdista. La entidad nacionalista fue además opositora a la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECECH) por considerarla una agrupación elitista y falsamente independiente, dominada más bien por el gremialismo derechista. Y en un hecho inédito levantó como carta a la presidencia de la Facultad de Derecho a la primera mujer candidata en toda la historia de la Universidad de Chile, la estudiante de derecho María Isabel Cuevas, candidatura que por su trascendencia fue apoyada incluso por los comunistas.

Al año de su fundación el Movimiento organizó un gran mitin político el cual fue reporteado previamente por los medios atrayendo a los antiguos nacionalistas desperdigados en el apolítico clima social de la época. Gastón Acuña, Pablo Rodríguez y Federico Willoughby atendieron el mitin a pesar de ser una reunión netamente estudiantil. Sus discursos encendieron a los espectadores sellando un acuerdo de camaradería nacionalista para avanzar a la conformación de un eventual partido político. Este sería el Movimiento de Acción Nacional (MAN).

La entidad fue presidida inicialmente por Acuña —antiguo nacionalista de corte ibañista—, Rodríguez y Willoughby. Enrique Estay quedó a cargo de las juventudes movimientistas. La principal inspiración del MAN fue Jorge Prat y su Acción Nacional, de donde los dirigentes del movimiento habían tomado el nombre. El MAN fue la agrupación nacionalista más numerosas de su época, alcanzando varios miles de miembros. Sus principales esfuerzos estuvieron puestos en atacar duramente las políticas económicas de los liberales del gobierno.

Prácticamente la primera acción del nuevo movimiento fue la edición de un texto que actualizaba las posiciones del nacionalismo chileno. El libro ¿Qué es el nacionalismo hoy? escrito por Acuña, Willoughby y Rodríguez fue un valioso aporte ideológico que ciertamente sentó las bases del estilo del MAN. Editado en octubre de 1983 desde un inicio el libro se presentó como la hoja de ruta para el sector. Los movimientistas establecían con claridad que mucho del nacionalismo del siglo XX estaba superado y que nuevas condiciones definían el actuar del sector para el futuro. El texto definía el nacionalismo como la ideología que buscaba la Unidad Nacional pero advertía que las formas del pasado para lograr esto ya estaban caducas. La evolución política y el devenir histórico impedían tomar herramientas antiguas para implementarlas en el presente.

Con este ánimo el texto definía cinco factores de unidad necesarios para cualquier proyecto nacionalista. Primero la conformación de un Estado Integrador que impidiera la

cooptación estatal por parte de clases sociales, partidos políticos o sectas religiosas. Un gobierno democrático pero con autoridad se establecía como segundo factor, y con una prioridad social y nacionalista. Como tercer factor insistían los autores en lograr la armonía en las relaciones de producción de manera de que trabajadores y propietarios compartieran los beneficios del trabajo. Como último factor quedó establecida la necesidad de una economía mixta, en donde la libre empresa conviviera con la férrea dirección económica del Estado.

En tanto los autores indicaban que el Gobierno Militar, al cual no adherían por considerarla una entidad cívico militar de dudoso rumbo —si bien apoyaban la intervención de la Fuerzas Armadas y su espíritu nacionalista—, había caído en sendos "pecados contra la unidad" marcando una clara diferencia con las llamadas políticas neoliberales de los *Chicago Boys*. «*Muy ganosos podemos estar en la búsqueda de la unidad nacional, pero no podemos dejar de denunciar que en estas conductas despreciables hubo un cuádruple pecado. Primero, un pecado de menosprecio a la madurez del pueblo chileno, al supeditar el orden político al orden económico, con la mil veces desmentida teoría de que los pueblos, llenándose la barriga, se les sacia el corazón. El 11 de septiembre no se hizo para importar televisores, para que todos tuviéramos papel higiénico de doble tissue o nos bañáramos en whiskey. Se hizo para mucho más. Se hizo para crear un nuevo orden institucional de más auténtica participación democrática y, sobre todo, para construir una sociedad más justa. Segundo, un pecado de temeraria soberbia, al socavar el*

prestigio y la fe en un modelo que nos sigue siendo indispensable, no sólo por la porfía de aplicarlo en términos de caricatura que convirtieron el principio de subsidiaridad en una burla y en un sarcasmo la economía social de mercado, sino por la obstinación en descartar el menor ajuste cuando los síntomas de la recesión mundial se hacían evidentes. La deshonestidad semántica, el malabarismo intelectual, el desparpajo para manipular los más peregrinos argumentos, despreocupadamente declamados por algunos de los promotores de ese modelo, le han inferido daños casi irreparables, restándole sin motivo poder de convicción y devolviendo incluso al socialismo marxista la aparente vigencia que con justicia habría perdido. Tercero, un pecado de inconmensurable derroche al inmolar nuestra infraestructura productiva en aras del rigor técnico. El desolador cuadro de desmantelamiento que hoy se ofrece a la vista, mientras nuestras mejores maquinarias e instalaciones industriales emigran a Centroamérica o el Perú, flanqueadas por la ignominia de las banderas de remate, ilustra con claridad sus consecuencias. Y por si fuera poco, un pecado de impiedad al cargar sobre los hombros de los trabajadores durante ya casi un decenio, el terrible peso de la cesantía y el de todas sus penurias anexas»[137].

UNA VISIÓN DE ESPERANZA.-

En su texto de definiciones programáticas el MAN descartó apoyar una prolongación del gobierno militar, adhirió a los grupos de trabajo para la reinstauración institucional

137 ¿Qué es el Nacionalismo Hoy? Acuña, Willoughby, Rodríguez.

democrática y promovió la idea de que la comunidad nacional estaba preparada para la participación sin tutelajes. Le criticó duramente al gobierno haberse dejado influenciar por los civiles tecnócratas liberales a los cuales acusó de instaurar un Estado subsidiario tergiversado del sentido original llevando la sociedad más bien, desde la economía social de mercado a la economía del libertinaje tecnocrático. Y si bien el MAN no adhirió a las tesis de representación corporativa sí exigía que el proceso legislativo llamado a configurar la nueva institucionalidad mediante la creación de las leyes orgánicas fuera llevado a cabo por medio de canales reales de participación. El MAN hacía ver la importancia de la política por sobre la economía, de las fuerzas vivas por sobre una casta de magos de la abstracción, algo que los tecnócratas del neoliberalismo consideraban una verdadera herejía. «*La reactivación del país y la asignación de los recursos nacionales que tal reactivación demanda, no pueden quedar entregados al libre arbitrio del mercado. Por el contrario, requieren una presencia activa, previsora y dinámicamente estimulante del Estado. (…) En un modelo de libre iniciativa, como el que sostenemos, y sin el cual la democracia no es posible la libertad de producir está también subordinada al bien común. El genio inspirador de la iniciativa privada no excusa ni la explotación de los más débiles, ni el egoísmo derrochador, ni el frenesí de los consumos, ni la lenidad, ni la ineficiencia*»[138].

138 MAN. Definiciones Programáticas.

El MAN criticó duramente el fin de la sindicalización obligatoria, la dificultad para crear confederaciones sindicales y, por cierto, la nula posibilidad de crear una Confederación Unitaria Nacional de Trabajadores. El MAN rechazó también el régimen previsional por ser mercantilista e individualista, atacando una de las reformas más emblemáticas del gobierno, aquella que llevaba la provisión por las vías de la capitalización individual en vez de colectiva. «*Por lo mismo, postulamos que las AFP deben ser propiedad de sus propios asociados y estar administrados por ellos mismo. En tanto la actual estructura previsional mercantilista no se modifique, demandamos al menos la presencia de representantes de los imponentes en sus directorios*»[139].

Otras críticas laborales del MAN hacia el gobierno cívico militar se tradujeron en la petición de derogación de leyes laborales como la que impedía del contrato colectivo por sobre el individual; la que promulgaba el despido por razones de la empresa sin indemnización o la renuncia a esta; el fin de la jornada de ocho horas o la baja en las cotizaciones a menores y adultos mayores. El MAN promovió además la Carrera de Funcionario Trabajador del Estado como la de más alto honor de un ciudadano.

ESTANQUERO ONCE.-

Una de las publicaciones nacionalistas más auténticas ha sido la revista Estanquero Once, revista que sirvió de órgano

139 MAN. El Nacionalismo y los Trabajadores.

ideológico del MAN. El nombre provenía del reconocimiento del legado de la publicación de Jorge Prat sumado a la fecha del Golpe Militar. Estanquero Once fue una verdadera revista de actualidad que desmenuzaba la política chilena de aquella época.

Estanquero Once fue dirigida por Gastón Acuña Mac-Lean (Santiago 1926), uno de los fundadores del MRNS, posterior funcionario de Ibáñez, pratista y colaborador de Viaux. Su centro editorial fue el nacionalismo y en este sentido fue un permanente crítico del neoliberalismo del gobierno. No hay número de la revista que no dedicara amplios artículos a los graves problemas económicos y culturales que significaba la ultraliberaización del país. Estanquero Once culpaba a los neoliberales de la decadencia espiritual, el consumismo soterrado, la quiebra del país y la estancada situación política. Una sección permanente de la revista era "Proceso a la Ciudad". En ella se ponían de manifiesto todas las turbiedades de la banca y los grandes grupos económicos. El saqueo de empresas públicas, la usura fiscal, los diversos escándalos del sistema financiero, entre otros, quedaban al descubierto haciendo ver que de la mercantilización asociada a una oligarquía financiera en un sistema económico sin mayores resguardos nada bueno podía salir.

El MAN a través de su revista acusaba un pacto político económico entre los llamados gremialistas —posteriormente "Unión Demócrata Independiente, UDI—, un grupo inicialmente pseudo-corporativista de derecha que había abrazado con fuerza

el liberalismo, y los llamados "*Chicago Boys*", un grupo de economistas educados en la Universidad de Chicago que abrazaba la teoría de shock económico ultra liberal, el desmantelamiento del sector industrial y el fin de todo atisbo de planificación vertical.

En una entrevista de agosto de 1984 el jefe nacional del MAN Federico Willoughby establecía las causas de la tensión entre los nacionalistas, quienes habían sido marginados de cualquier influencia gubernamental, y los liberales políticos y económicos. «*Esta aversión puede tener su origen y debe tener su origen en el hecho que el nacionalismo sintió el 11 de septiembre de 1973 que se quebraba un molde institucional caduco y se abría la expectativa de una institucionalidad diferente. Y para sorpresa y agrado de los nacionalistas chilenos, escuchamos que los líderes de este movimiento militar se proclamaron nacionalistas e hicieron una declaración de principios en marzo de 1974 en que definían la intención de su proyecto histórico como nacionalista. Sin embargo, este proyecto nacionalista fue administrado por un grupo elítico que yo peyorativamente llamo una agencia de empleos que, usando el respaldo militar, intentó e intenta gobernar a través de la influencia. Uno de sus más caracterizados dirigentes dice que es más importante influir que mandar. Esto se predica en conferencias. En reuniones de alcaldes. Los nacionalistas sintieron que les robaron algo de su propiedad. Y no sólo se lo robaron por robarlo, sino que para atacarlos y perseguirlos. Para destruirlos. (Esto) porque somos la única alternativa que significa una posibilidad real de establecer una institucionalidad nacional distinta.*

(Nos robaron el proyecto) por la inmadurez, por la división y por la falta de visión de quienes debíamos haber asumido las responsabilidades nacionalistas hace diez años. Teníamos absoluta confianza en que las Fuerzas Armadas estaban haciendo un gobierno nacionalista y creíamos que lo que nos correspondía era cooperar con ese gobierno sin pretender establecer una hegemonía de poder sectorial, porque creíamos que el nacionalismo era la postura inquebrantable del régimen. Y entonces se produjo la simbiosis entre la UDI y el proyecto económico de los llamados Chicago-boys. (Este) es un pacto. Un entendimiento. Uno pone la caja y el otro pone el empleado. Con la posibilidad de encapsular el gobierno militar para que actúe como el guardián de este proyecto elitista y teórico económico que se estaba desarrollando y que fracasó. Y no hablo en pretérito. Muchas de estas condiciones están vigentes. Y con bastante más influencia de la que muchos creen. Nos preocupa que quienes los tienen cerca no se dan cuenta del daño que le hacen al país. (…) Son unos pocos que manejan sectores claves, que les permiten dominio en áreas que son esenciales a la conducción del país. Se ha dicho que este país se puede gobernar con cuarenta personas inteligentes, con el dominio de los medios de comunicación y con el control de la banca. Ese esquema, a mi juicio, no está diluido. (…) El MAN es un movimiento esencialmente preocupado de la cuestión social. Es el problema objetivo que más nos preocupa. Nos hemos proclamados intérpretes de las aspiraciones del poder social, para equilibrado en el poder político. El poder político tiende a ser elítico, a depender de los intereses de grupo. Y el poder social es lo contrario, puesto que es la manifestación práctica de las necesidades del hombre

en cualquier de los cuerpos intermedios en que él exista. (La causas son) la materialización del esquema de vida del proyecto de los Chicago, en sustitución de muchos valores espirituales, que llevaron a la necesidad del consumo insaciable»[140].

PACTO DE SANGRE.-

Para 1981 empezaron a soplar vientos de crisis en Chile. La liberalización, desregulación, antidesarrollismo industrial y la poca protección frente a los vaivenes internacionales destruyeron el poco avance económico alcanzado. Los gremialistas junto con los hombres de Chicago en tanto, fueron marginados replegándose en los medios de comunicación privados desde donde culparon a otros de los males económicos. En 1983 un nuevo equipo económico llegó al gobierno con uno que otro nacionalista lo que alivió el sello neoliberal de la economía. Sin embargo el legado de los *Chicago Boys* era una pesada carga difícil de sobrellevar. En un artículo llamado "Un País en Quiebra" Estanquero Once daba cuenta del estado de cosas a la llegada de las nuevas autoridades. Las cifras reales de desempleo, inflación, crecimiento, PIB, superávit, estimación del precio de cobre futuro, el acuerdo con el FMI y otros habían sido presentados o proyectados en beneficio de la ideología liberal y ante una mirada menos ideologizada estas cifras mostraban su verdadero daño. Con todo, el nacionalismo no fue llamado de

140 Los Hombres Prácticos, esos Nacionalistas que creen en Chile. Entrevista a Federico Willoughby. Estanquero Once N°5. Agosto 1984.

lleno al gobierno. El MAN acusaba una campaña del terror por parte del "pacto de sangre neoliberal" que desde sus posiciones en los medios privados anunciaban una serie de males si se osaba incluir a los "populistas" en la conducción económica. Finalmente el gobierno volvería a incluir a los hombres de Chicago hegemonizando para 1985 toda influencia estatal. Esto derivaría en la privatización de la empresas nacionales y posteriormente la desarticulación del sector industrial soberano en beneficio de los servicios financieros globalistas. «*No perdonan a los nacionalistas el haber desnudado su exitismo de chicharras y su espíritu de fronda. Éramos los "francotiradores", los "duros", los "populistas", los "gasfiter", los "opositores larvados". (…) Ellos en cambio eran las "clases ilustradas", una selecta crema, una "elite" que por una especie de mandato divino, estaban convocados a administrar la suerte de este país sin consultarle a nadie, sin compartir con nadie sus vastos disfrutes. Menos aún perdonan al nacionalismo el haber puesto en evidencia su ir y venir su columpiarse desenfrenado entre la función pública y las gestiones financiera, su proclividad a confundir estas y aquella, su propensión a fracasar en ambas. (…) Las "clases ilustradas" piensan que todavía queda mucho por hacer; mucho que ellas podrán hacer al menor descuido. Por ejemplo sepultar la agonizante LAN; privatizar Colbún-Machicura o, al menos descolgarla como una empresa "autónoma"; "descentralizar" CODELCO; restituir la banca intervenida y sus empresas dependientes a sus dueños de ayer; poner atajo a las rectificaciones que se anuncian a la ley laboral y que podrían restarle elegancia a ese modelito; "reatomizar" a*

IANSA, contra la que cañonean hoy en fiel cumplimiento a los deseos de don Jorge Ross, domiciliado en Buenos Aires; abrir paso a la televisión privada; voltear los aranceles en resguardo a su vocación importadora; licitar en franjas el mar territorial; no dar cabida a los Tribunales del Trabajo o, al menos, minimizarlos; subdividir CHILECTRA; rearmar acaso un mercado financiero fecundo en sutilezas y liberalidades que podrían permitir un ordenamiento más del ahorro interno; y, como coronación de esos y otros trabajos de Hércules, configurar en lo posible un Parlamento a dedo, donde esa amistosa y bien entrelazada malla sea mayoría sin disputa»[141]. Prácticamente todo lo señalado se cumplió.

El Movimiento de Acción Nacional fue una organización que estuvo a punto de convertirse en una fuerza política robusta, no obstante, esa oportunidad se perdió por razones que dejan un gran manto de dudas. El MAN se dividió poco a poco en dos sectores. El revolucionario liderado por Rodríguez y Estay; y el sector más derechista liderado por Willoughby. En la convención de 1984 este último se hizo con la presidencia sellando el destino de la agrupación. A los pocos meses el descontento de las bases ideológicamente nacionalistas era evidente. Se acusaba a Willoughby de haberse apoderado de la directiva de forma irregular para llevar al MAN por un camino partitocrático antinacionalista. En 1986, tan sólo a tres años de su creación, Willoughby intentó disolver el MAN para luego renunciar a un debilitado movimiento. Lo reemplazó Gastón Acuña quien no

141 ¿Hacia dónde va el Nacionalismo? Estanquero Once N°5. Agosto 1984.

contaba con los medios para salvar la agrupación. En 1987 varios miembros insistieron en acercar posiciones con la derecha a lo que Acuña se negó prefiriendo disolver el Movimiento antes que cayera en manos de sectores reaccionarios. Finalmente la mayoría de esos individuos se integraron a Avanzada Nacional un grupo que difícilmente podría ser catalogado de nacionalista doctrinario y evidentemente manipulado por sectores de derecha y la inteligencia estatal. Posteriormente Sergio Onofre Jarpa logró levantar las bases del MAN para su Movimiento de Unión Nacional (MUN) el cual terminaría transformándose en Renovación Nacional, un típico partido de derecha.

PERDÓN CHILE.-

En 1986 el general Viaux le escribió a Pinochet —en su calidad de compañeros de promoción militar— una carta en donde le enrostra la desastrosa situación política y humanitaria de su gobierno. En su "Carta Abierta a mi Compañero de Curso" le expresaba claramente al gobernante la vulneración de los derechos humanos a ciudadanos nacionales, además de la implementación de las peligrosas reformas neoliberales. Esto no era un hecho aislado, el contenido de la carta del antiguo líder nacionalista era compartido por un amplio sector del nacionalismo.

Para 1988, fecha del plebiscito que decidía la continuidad del gobierno militar o la definitiva entrada en la fase democrática estipulada por el mismo Pinochet en 1980, el nacionalismo

estaba quebrado políticamente. Un sector apoyó públicamente la opción del "No" a la continuidad. Entre ellos estuvo Roberto Viaux, Jaime Larraín García-Moreno, Roberto Thieme, Erwin Robertson y Federico Willoughby. Por el "Si" trabajaron Pablo Rodríguez, Sergio Onofre Jarpa, Mario Arnello, Sergio Miranda y Eduardo Díaz Herrera, quizás temerosos de la vuelta a la democracia liberal. Miguel Serrano en tanto, llamó públicamente a anular el voto despreciando la posibilidad que el proceso se tradujera en cambios reales para la sociedad chilena.

Con todo, la vuelta a la democracia liberal dio paso al ocaso del nacionalismo y su repliegue cada vez más profundo a la periferia política. El largo, equívoco y errado camino de amor y odio al Gobierno Militar terminó pesando en su contra.

Juan Diego Dávila, infatigable nacionalista de acción desde los años treinta, hacía un duro mea culpa algunos años después. «*Las Fuerzas Armadas asumieron el gobierno como una exigencia militar más, pues no se podía dejar a la Patria a la deriva. Como punto de partida solicitaron a Miguel Serrano un análisis de una acción de gobierno; hicieron todo lo contrario de lo que éste les planteara. Llegaron a su lado a civiles caracterizados por su rechazo al marxismo-leninismo, que asesoraron a generales y almirantes para imponer una conducción de recuperación económica y política, según los cánones de una derecha regresiva. El nacionalismo debió de haber intervenido; pero poderosos personeros se interpusieron, usurpando algunos de ellos tal*

identidad. (…) ¡17 años de gobierno militar para llegar a lo que estamos! Perdón Chile»[142].

* * *

142 Juan Diego Dávila. El Nacionalismo en Chile. El Mercurio de Valparaíso. Enero 2015.

CONSPIRACIÓN MUNDIALISTA

La transformación neoliberal impulsada por el Gobierno Militar ciertamente alteró el plano político y social en Chile como no sucedía en décadas. El liberalismo se transformó en la gran fuerza hegemónica del país haciendo que incluso los sectores políticos de la izquierda tiñeran su doctrina con el fundamento individualista y liberal.

Pero si bien el Gobierno Militar había establecido los fundamentos del liberalismo globalista, su aislamiento político sirvió en gran medida como una contención de sus efectos. No fue hasta la llegada de los gobiernos democráticos que Chile entró de lleno en la globalización a través de tratados comerciales y acuerdos políticos internacionales, desmantelando para siempre el ya precario sector industrial chileno, única vía real al desarrollo soberano.

Nuevas tesis del nacionalismo se incubarían a principios de los años noventa. Fue la época de la penetración de las transnacionales y las múltiples ONG en territorio nacional, siendo estas últimas la avanzada de choque y el brazo ejecutor del *soft power* internacional, además de la inserción de los capitales chilenos a las supercarreteras de la especulación mundialista. En esta época se consolidó la aversión empresarial por el desarrollo industrial para entregarse de lleno a los servicios financieros integrados a la matriz global.

Ante este panorama fueron muy pocas las voces que advirtieron lo que estaba pasando y las consecuencias de estos sucesos para las tesis del Estado Nacionalista Unitario, el Destino Histórico y la Comunidad Orgánica. Miguel Serrano —quien volvía a la escena nacionalista después de más de treinta años de ausencia debido a su labor diplomática—, la Revista Ciudad de los Césares —dirigida por Erwin Robertson el antiguo director de la revista Tacna—, Pedro Godoy y su Centro de Estudios Chilenos, entre otros pocos entendieron cuál era la próxima gran batalla de las fuerzas nacionalistas.

NACIONALISMO TELÚRICO.-

Luego de una ausencia de treinta años trabajando como diplomático, el escritor Miguel Serrano volvía a un Chile en los últimos años de Gobierno Militar para asumir un rol protagónico en esta fase del nacionalismo chileno.

Serrano fue un poeta y pensador que abarcó un sinnúmero de temáticas. Ya desde épocas de "La Nueva Edad" había integrado a una cosmovisión altamente filosófica inquietudes artísticas, políticas y mitológicas rodeando siempre la actividad nacionalista de una seductora aura mística que impulsaba a la acción. Este interés fue moldeando lo que se ha llamado nacionalismo telúrico. Una doctrina más bien idealista, llena de vitalismo, enraizada en los contenidos inconscientes de la identidad y su relación con la territorialidad. Conceptos como Patria Mística, Patagonia Mágica, América de los Dioses Blancos,

entre otros, fueron dando forma a una mitología heroica e identitaria de alto vuelo creativo y poético. En esta labor Serrano insertaba a Chile en el gran ciclo mitológico occidental de manera de configurar una verdadera cosmovisión nacionalista.

Serrano aportó un relato que volvía a conectar a los individuos con conceptos altamente sugestivos y motivadores para llevar a cabo grandes obras colectivas. Sangre, suelo y el espíritu colectivo, si bien no eran parte de una doctrina política o económica elaborada, eran conceptos o arquetipos culturales muchas veces más poderosos para entablar una lucha política. Miguel Serrano fue el ideólogo por excelencia del idealismo nacionalista, de la gran cosmovisión del nacionalismo chileno. «*Chilli-Mapu, Tierra de Chile. Este fue el nombre que los seres que la habitaron dieron a la región del sur del mundo, por lo que sabemos durante los incas y hasta la llegada de los españoles. Antes, no conocemos nada. Tierra extraña, de terrible fascinación, que atrae y espanta. Sus peligros no son tanto materiales como de un orden diferente. No hubo aquí una selva tropical con animales venenosos, con pigmeos asesinos. Su aire es puro, transparente, una luz en movimiento que parece salir de las altas cumbres de los Andes, flota sobre las aguas cercanas de un Océano azul. Todo huele, las plantas, los árboles, las flores, la roca, la montaña, el mar. Hasta la luna, hasta el sol huelen. También la Estrella de la Mañana. (…) Aun siendo muy joven, fui penetrado por las voces secretas del paisaje de mi "patria del alma", como diría Nietzsche. Amé y me angustié, tratando de hacerlas audibles a otros, tratando de interpretárlas. Y así nació mi primer libro*

con este argumento : "Ni por Mar ni por Tierra" , que es un peregrinaje místico, sacro, a través de Chilli-Mapu y del mapuche de mi generación invertebrada, atormentada, del hombre de mi tierra y de mi ciclo vital, de mi Ronda, de mi Eterno Retorno. No voy a repetir lo allí dicho, que tiene total vigencia. Ni por mar ni por tierra encontraremos lo que buscamos los mapuches, porque esta tierra nuestra y este nuestro mar nos están indicando un camino que no es de aquí, que jamás podremos hallar aquí, sino allá, mucho más allá, en la Ciudad de los Césares de la leyenda, dentro de los montes, debajo del mar, en la Estrella de la Mañana, Oiyehue , en la Estrella de la Tarde, Yepun, en Penon Choique, la Cruz del Sur, que señala el Más al Sur, los Oasis de la Antártica»[143].

Para este destacado diplomático existía un sincronismo entre la naturaleza y el hombre, entre la tierra y el pueblo que la habitaba. Es un determinismo total entre la sangre, el suelo y la cultura. En la prosa de Serrano la naturaleza susurra el camino de realización del hombre. De ahí su nacionalismo telúrico. «*Este es nuestro nacionalismo, el único posible. Un nacionalismo por la nostalgia contenida en esta tierra. También fue el del mapuche y el de Pedro de Valdivia, el del Padre Mascardi y del Padre Menéndez, de todos los que buscaron la Ciudad de los Césares y perecieron en el intento. Cualquier otro nacionalismo carece de raíces ontológicas. La tierra es un ser vivo, un gigantesco Ser, donde cada una de sus partes cumple una función precisa. Quien nació en Chile, deberá luchar, sin saberlo siquiera, por transmutar el órgano planetario sobre el que se*

143 Miguel Serrano. Adolf Hitler. El Último Avatâra.

encuentra. Y tendrá éxito sólo en la medida en que cumpla con el Rito preciso, que oficie en su Misterio. Entonces, la tierra transfigurada, su tierra, su Mapu, le permitirá la salida, que él ha forzado con la espada en la mano, para alcanzar la Copa del Grial, llena hasta los bordes con el Licor de la Resurrección y de la Vida Eterna. Porque habrá librado el combate. Y entrará en el Valholl, en la Ciudad de los Césares»[144].

De lo anterior derivó su gran labor como soberanista, siendo durante los noventa un referente a la hora de rechazar diversos acuerdos y litigios fronterizos que mermaron el territorio chileno en beneficio argentino. Esto no era una muestra de chauvinismo sino que realismo a la hora de enfrentar la lucha antiglobalitaria ya que si bien Chile estaba a punto de desaparecer como nación soberana Argentina ya había dejado de serlo con anterioridad. De esta forma, junto a Erwin Robertson, Jorge Vargas —nacionalista de larga trayectoria— y el infatigable Juan Diego Dávila, formó en 1994 el "Comando Nacionalista Pro Defensa del Territorio Chileno" para contrarrestar el entreguismo territorial que caracterizó a los gobiernos democráticos de la llamada Concertación.

En la primera década del nuevo milenio, y su última década de vida, Miguel Serrano no veía otra posibilidad de lucha más que resistir a las fuerzas mundialistas, e incluso al Estado chileno, por medio de una colonización territorial patagónica con patriotas y nacionalistas de todo el mundo. «*Y ahora el*

144 Idem.

"mundialismo" y el "globalismo", que en Chile predican los gobiernos de la llamada "Concertación" y también la "oposición", equivale a una conspiración internacional dirigida desde afuera y ejecutada en Chile por representantes de la masonería de izquierda, especialmente dirigidos por el Gran Oriente francés. (…) La Gran Conspiración, en un esfuerzo continuado y múltiple, ha hecho uso de todos los medios a su alcance, con diabólico refinamiento y astucia, actuando sobre masas vírgenes e ingenuas, que hoy día son basura criminal y hedionda que deambula sin esperanza por las metrópolis del mundo. (…) Es así que hoy en Chile la juventud, trabajada por una educación sin raíces y tendenciosa, por todos los medios aquí descritos, ha llegado al punto en que horroriza sólo de pensar en tomar las armas en defender el anticuado concepto de la Patria, considerando, en su supremo hedonismo, la guerra como la más grande perversión y todos los valores viriles, del hombre de verdad, como contrarios a un humanismo pacifista, al "derecho" a la vida, aun de los monstruos y de la basura. No es culpa de ellos, sin embargo, porque sólo son pobres víctimas de la siniestra conspiración. (…) Las juventudes que no se pierdan en la drogadicción y en el crimen serán llevadas al mismo fin apátrida por el "internacionalismo" de la economía y los negocios, con su educación implacable destina a producir "yuppies" para competir dentro de un universo comercial, con una economía "globalizada", sin fronteras, con la informática y la electrónicas como sus ídolos fetichistas. Se trata de formar empresarios y ejecutivos que sean capaces de manejar el capital y los negocios, eliminando las fronteras de los países y "mundializando" sus intereses, de modo de llegar a ser nada más que

una tuerza o un resorte de un mecanismo internacional gigantesco. Así se consigue también por estos otros medios, la destrucción de la Nación y de la Patria»[145].

La lucha y defensa del territorio era para Serrano la lucha y defensa de la realidad cósmica del hombre. Lo anterior apuntaba a una revalorización de lo concreto, del sustrato ontológico del hombre, de su totalización. «*Somos nosotros, los aquí presentes y la juventud sana y nacionalista de Chile, la que no se vende, la que aún cree en ideales, la que siempre dirá no a los traficantes y sobornadores. (…) Yo amo esta tierra, chilenos, la amamos mucho más que a nuestras propias vidas, como la amaron los mapuches y, por defenderla, pelearon 400 años. Como también la amaron Don Pedro de Valdivia, Don Alonso de Ercilla y Don Pedro Sarmiento de Gamboa. (…) Los Dioses que reposan en las cumbres andinas, los espíritus de nuestros bosques y lagos, los guerreros de fuego de los volcanes, el alma de nuestros ríos y el gigante que reposa en el fondo del Pacífico y en sus oasis de la Antártica, se despertarán se agitarán y saldrán a proteger y a combatir por esta precaria pero divina Patria de los Dioses, aún llamada Chile. ¡Con ellos, junto a ellos, combatiremos y venceremos!*» [Miguel Serrano. Conspiración Mundialista II: Laguna del Desierto y NAFTA]. Para Serrano los enemigos del nacionalismo en cambio apuntaban a lo contrario, a la deconstrucción del hombre, ya que de esa forma le sustraían la voluntad idealista necesaria para defender la patria. La cultura mundialista era indeterminada, irreal, un permanente simulacro sin bases sólidas, sin identidad.

145 Miguel Serrano. Conspiración Mundialista y Traición a Chile.

Serrano lo llamó “Imitación de la Verdad”, una operación psico-política tendiente a destruir la esencia del hombre y por tanto también a la destrucción de sus creaciones espirituales.

GLOBAL INVASIÓN.-

A fines de los años ochenta Erwin Robertson fundó una de los proyectos editoriales más importantes del nacionalismo chileno, “Ciudad de los Césares, revista de cultura y política alternativas”. La revista sería cercana a Miguel Serrano y recogería mucho de aquel nacionalismo telúrico serranista. Colaboraron además José Agustín Vásquez —ex Patria y Libertad—como subdirector, José Ignacio Vásquez y Pedro Banoviez —este último Tizona y CEAI—, posteriormente Renato Carmona —MRNS— y Pedro Godoy —CEDECH—, Bernardino Bravo Lira, Vittorio di Girolamo, Luis Oro Tapia, además de varios extranjeros como Bernard Notin (Francia), José Luis Ontiveros (Méjico), Arnaldo Rossi (Argentina) o Eduardo Hernando (Perú), entre otros.

Ciudad de los Césares (CC) no nació con la aspiración de ser una revista doctrinaria. Emanada de la fusión del proyecto anterior del mismo nombre y de la revista viñamarina “Acción”, Ciudad de los Césares pretendió justamente trascender al gueto doctrinario para buscar un dialogo más amplio en la labor intelectual. Y si bien se planteó como una revista política fue justamente para plantear una crítica al nacionalismo, crítica que era la continuación de las tesis de CEAI, aquellas que buscaban

renovar al sector o al menos servir como base para una eventual refundación. En este sentido la revista se alejó de las tesis más comunitaristas y corporativistas para focalizarse en una mirada más jerárquica de la nación. Carl Schmitt sin duda ha sido un referente en este sentido. Por otro lado presentó una crítica al mundo moderno que se apoyó bastante en la acusación heideggeriana de la imposición de la técnica sin embargo, en el caso de CC esta iba de la mano de un tradicionalismo algo místico propio de su admiración por las orientaciones de Julius Evola. De esta forma la crítica de la revista al nacionalismo tomó también la esencia de las formuladas por Evola apuntando a acotar la vinculación naturista, las analogías del orden natural y el evolucionismo, todas tesis rechazadas por el pensador italiano que apuntaba más bien a un orden dualista y trascendente como esencia del orden político. De ahí también que el nombre de Ciudad de los Césares radicara en un mito americano, de una ciudad representativa de lo trascendente. Una creencia que mezcla elementos aborígenes y occidentales, todos al parecer, originarios de una tradición mítica perdida en los tiempos.

La variedad de temas tratados en Ciudad de los Césares ha sido extensa. Todos los aspectos de la cultura, filosofía, antropología, ciencias políticas, mitología, economía, entre otros, hacen difícil hacer justicia a un análisis acabado de su espectro de interés. Sin embargo, el tema más gravitante y quizás el que engloba toda la labor de esta publicación ha sido la amenaza del

globalismo en sus tres facetas: económica transnacional, gobierno mundial político y cultura posmoderna.

CC apareció por primera vez en mayo de 1988. Eran tiempos en que Chile empezaba a recuperar la democracia y, en consecuencia, a salir del cerco al cual estaba relegado desde hacía más de una década. Desde 1989 en adelante el país se abriría al mundo consolidando el proyecto neoliberal diseñado por el Gobierno Militar. El mismo año caía el Muro de Berlín y la Unión Soviética dejaba de existir. Una nueva etapa histórica se iniciaba con Estados Unidos como hegemón mundialista y los problemas de Chile ya no se podían ver bajo la óptica exclusivamente local. CC entendió perfectamente el desafío ideológico que eso implicaba.

Leer las distintas editoriales escritas por Erwin Robertson a través de los años de publicación de CC resulta revelador. Paso a paso la llamada Global Invasión hacía estragos en Chile ante la mirada impávida —y otras veces servil— de la llamada "clase política". Este grupo de la sociedad fue llamado por Robertson la "clase herodiana" en referencia al rey Herodes —y a sus partidarios, los herodianos— mandatario de servil actitud hacia Roma.

Desde un inicio CC vio en los gobiernos de la Concertación como una continuación del Gobierno Militar en cuanto a la política económica y su derivado, la destrucción del Estado nacional. Fue por esto que la redacción de CC no se entusiasmó

con los procesos eleccionarios que trajeron de vuelta a la democracia liberal. Oficialismo y oposición mostraban signos claros con una posición alineada con los designios de Washington y su rol como poder hegemónico global. «(En las elecciones de 1988) *no se discutieron seriamente las relaciones con Estados Unidos y el capitalismo transnacional; no se ventiló el problema de la deuda externa. Et pour causel! Si unos recurrían al aval de hombres de negocios, si otros a la bendición de políticos "democráticos" de Occidente, para las dos partes era siempre del extranjero, de los círculos transnacionales, que venía la legitimación de lo que se hacía en Chile. Esto es la tónica de lo que vendrá*»[146].

Mientras el plebiscito demostraba la polarización de los chilenos de a pie, la clase política "despolitizaba" la discusión del ordenamiento comunitario para reemplazarlo por un inocuo intercambio de recetas económicas. El destino de los próximos años de democracia estaba echado. Ya para esos meses, terminado el año 1988, CC vaticinaba el panorama político de las décadas venideras. «*Pues para el liberalismo la noción de "frontera" es un trámite incómodo en la libre circulación de mercaderías, o un residuo de las épocas "militaristas"; el ideal es el "one-world" y el individuo libre. La política es absorbida por la economía y en la ética. El Estado se convierte en sociedad y… se reduce a la noción ideológica y humanitaria de "humanidad"… El pueblo políticamente unido se transforma… en masa de "consumidores". A partir de estas*

146 Retrospectiva y Prospectiva de un Plebiscito. Ciudad de Los Césares N°4. Noviembre 1988.

consideraciones resulta claro el parentesco entre los responsables de la organización económica del gobierno militar y sus opositores democráticos. (…) De este modo, la idea de Estado parece haberse desvanecido en Chile. Por otra parte, la comunidad popular tiende a ser diluida en la masa de la "humanidad", en el "one-world" querido y manipulado por los centros de poder transnacionales; la soberanía del Estado, su "monopolio de la decisión política", se ve mutilada desde afuera, con el beneplácito de muchos de adentro»[147].

Para CC los gabinetes concertacionistas se dedicaron a "liquidar" el poco patrimonio público nacional que el furor privatizador del gobierno militar había dejado. Incluso las empresas resguardadas por su carácter estratégico fueron entregadas al capital extranjero, como fue el caso denunciado por CC en enero de 1992 sobre la ley que facultaba a la Corporación Nacional del Cobre (CODELCO) a asociarse a empresas privadas en la explotación de sus reservas, hecho que significó finalmente la entrada del poder mundialista al corazón económico del país. El Estado había desmantelado su sector industrial y abdicado a los poderes mundiales. La tarea había sido iniciada por un Régimen Militar liberal y terminada por un conglomerado de partidos de la izquierda democrática, tal cual había sido planificada por el Departamento de Estado norteamericano. «*La Concertación misma, hay que recordarlo, es la última configuración de la estrategia propuesta por el gobierno*

147 Retrospectiva y Prospectiva de un Plebiscito. Ciudad de Los Césares N°4. Noviembre 1988.

norteamericano hace ya varios años: la alianza de los partidos democráticos, excluyendo al PC y a la extrema derecha, como alternativa al gobierno de Pinochet. Los subscritores del "Acuerdo Nacional" —una de las primeras plasmaciones de esta estrategia— fueron citados, naturalmente, al Departamento de Estado, al día siguiente de su constitución —¡incluido, por cierto, Allamand, de Renovación Nacional!—. De este modo lo que se juega en definitiva no es tanto la proyección o el desmantelamiento del régimen, cuanto distintas modalidades de su adaptación a las nuevas circunstancias»[148].

Esta visión pesimista se extendía al saliente Gobierno Militar y su matriz institucional, el Ejercito. Para CC éste se había mostrado increíblemente colaborador con la dependencia extrajera. Ciertamente la visión respecto de las Fuerzas Armadas del Robertson de los noventa no era la de los setenta. El Ejército se transformaba en una institución en la cual, al menos sus mandos, estaban entregados al consenso de Washington y a las ansias mercantiles de lucro individualista. «*Pues de lo que se trata es que la Fuerzas Armadas, devenidas en instituciones meramente burocráticas, sean obedientes, no tanto al poder civil chileno como al poder mundialista. Washington, es sabido, siempre ha querido para América Latina Fuerzas Armadas dóciles, "guardias nacionales" a la centroamericana, dedicadas a la "contrainsurgencia". Así lo ha dicho una vez más, por boca de su embajador ante la OEA Luis Einaudi:*

148 Entre Candidatos Anda el Juego. Ciudad de los Césares N°8. Septiembre 1989.

EE.UU. está dispuesto a "cooperar" con países que "tengan instituciones militares democráticas y que no alienten la carrera armamentista" (es decir, que no tengan políticas propias de defensa). Y fue en presencia del Secretario de Defensa norteamericano, Richard Cheney, y con anterioridad a todo debate nacional sobre la materia, que el ministro chileno del ramo anunció la intención del Ejecutivo de modificar la norma legal sobre nombramientos y remoción de los altos mandos militares. "La sensación que quedó (entre los uniformados) fue que el Gobierno se doblegaba frente a la posición de Estados Unidos", dice con suavidad El Mercurio. Más claramente expresaron la misma "sensación" el profesor Bernardino Bravo Lira y el senador Jarpa»[149].

GOBIERNO MUNDIAL.-

El mundialismo se basa en la dependencia de los Estados a un centro de poder transnacional. La soberanía se traslada desde el gobierno de la nación hacia centros supranacionales como las organizaciones mundiales de comercio, tribunales internacionales y asambleas globalistas. Este orden no es nuevo y siempre ha servido como plan de dominación de las potencias internacionales hacia estados vasallos.

De ahí el rechazo de CC al nuevo intento norteamericano por regular la dependencia iberoamericana al país del norte, el plan del presidente George Bush llamado "Integración del continente desde Alaska a Tierra del Fuego". «*De esta manera, ha*

149 Mundialismo, Fuerzas Armadas y Banqueros. Ciudad de los Césares N°224. Mayo 1992.

culminado una nueva fase en la historia de las relaciones entre EE.UU. y América hispánica. Como sus antecesores, George Bush ha improvisado una política resumida en un nuevo slogan: como ayer fue la del "Buen Vecino", o la "Alianza para el Progreso", hoy es la "Iniciativa para las Américas". Es verdad, como en otras ocasiones, el nombre pomposo puede encubrir la falta de contenido, esto es, la falta de una política que no sea la mera mantención de una hegemonía que se suele dar por supuesta»[150].

Robertson era realista frente al tema. Chile podía mantener relaciones bilaterales políticas y comerciales ya que estas eran muy necesarias para un país pequeño. Pero otra cosa era entregarse a poderes hegemónicos sin lucha o al menos sin estrategias políticas decididas como había sido el caso en otros momentos históricos en donde presidentes chilenos claudicaban a la presión norteamericana de mala gana y sólo después de conseguir beneficios en otras materias. Este fue el caso del Pacto Militar con EE.UU. que Ibáñez a pesar de comprometerse a terminar, continuó, y por otro lado, el rompimiento de relaciones diplomáticas con Cuba que le fue impuesto al gobierno de Jorge Alessandri. Estas eran actitudes de *Realpolitik* pero dentro de una actitud patriótica, algo que no se veía en el entreguismo patológico de los nuevos gobernantes globalistas. Bajo esta perspectiva se analizaba el Tratado de Libre Comercio con los norteamericanos, un pacto enmarcado en la doctrina económica de la llamada "Asociación Global". «*Una asociación comercial no es*

150 De Alaska Tierra del Fuego. Ciudad de los Césares N°16. Enero 1991.

objetable en sí misma; ni tampoco que las partes puedan fijar jurisdicción que arbitre las diferencias. Más el TLC no es una simple asociación comercial; es un instrumento político»[151].

Para Robertson algo que había que entender muy bien era el carácter ideológico del Mundialismo. No era su aspecto global lo malo en sí. La comunicación y el comercio entre los pueblos no tenía nada de malo. El problema era el fin de esa globalización, la dominación mundial por parte de una elite transnacional para la explotación de los pueblos. «*El comercio mundial no es un descubrimiento reciente como parecen creer ciertos propagandistas —de hecho, se puede encontrar circuitos mundiales de comercio en el Viejo Mundo aun antes del Descubrimiento de América. En la historia ha habido culturas universales —esto es, extendidas por áreas más o menos vastas del planeta, por oposición a culturas cantonales o locales —, pero normalmente han supuesto un mundo dividido en unidades políticas separadas y rivales (así la cultura griega, el cristianismo, etc.). Tampoco es nueva la ilusión del Mundo Uno, sin fronteras, la Cosmópolis, Cuidad Universal, patria común de todos los hombres. Con más exactitud se habla hoy de globalización al aludir a la mayor facilidad en las comunicaciones; nada negativo en sí mismo, desde luego, aunque —como ya advertía Ortega y Gasset— lleve aparejado el deber de un mejor conocimiento del otro, so peligro de reducir las culturas ajenas a "productos típicos". La mayor movilidad de los capitales, es un signo que también pasa hoy por característico de un nuevo estado de cosas. En el mismo sentido, la postulación de*

151 Global-asociación y Nuevo Trato. Ciudad de los Césares 67. Diciembre 2003.

instancias supranacionales que limiten e invadan las soberanías nacionales. Mas la globalización no es sólo un estado de hecho, o lo es parcialmente. Es sobre todo un programa y una ideología. Como tal, es un aspecto del llamado mundialismo, cuyos trasfondos utópicos, mesiánicos y ocultistas han sido ya demostrados. Dinámica de la expansión del capitalismo, conspiración de sabios secretos o azar de la desaparición de la escena de una de las superpotencias concurrentes, el mundialismo consiste en la práctica en hacer como si naciones y Estados no existieran, y sólo hubiese individuos comprando y vendiendo en un mundo en paz»[152].

Globalización, libre comercio, tratados bilaterales, en clave del nuevo orden liberal de posguerra significaba irremediablemente trasladar la soberanía desde el gobierno nacional hacia un gobierno mundial. «*Quien analice los cambios en la estructura internacional producidos a partir de la posguerra mundial y del poscomunismo, notará la constante uniformación política y económica del mundo, a través de los sistemas democrático liberal y capitalista. Estos se expanden en parte forzada por las grandes potencias, por imperativo de sus propios intereses, y, también, en parte aparentemente espontánea, en virtud de la llamada revolución científico-tecnológica, especialmente en el ámbito de las comunicaciones; aunque tras de sí en realidad no exista ninguna neutralidad de fines, sino, al menos una subordinación funcional a la de aquellos poderes. A los ideólogos de esta verdadera revolución*

152 Mercosur, Gran Espacio, Globalización. Ciudad de los Césares 44. Primavera 1996.

mundial no les bastan estos procesos para lograr ese ideal de pretensión humanitario y universal. Si bien la constitución del Estado de Derecho ha permitido unificar las formas políticas de los pueblos, sometiéndolos a la legalidad, sin embargo, esta última es expresión de una soberanía nacional que cada vez menos puede autodeterminar su contenido con independencia del orden político internacional. Lo mismo puede decirse respecto del proceso de globalización económica, que ya casi no permite ninguna heterodoxia»[153].

SUPRACLASE MUNDIAL.-

La Global Invasión atacaba a las naciones desde tres frentes: el político obligaba a los Estados a entregar su soberanía a los distintos organismos del Gobierno Mundial; los organismos transnacionales económicos financieros cooptaban las economías nacionales y la cultura cosmopolita progresista hacía otro tanto con las identidades particulares. De ahí que aparejado a la defensa de la soberanía política CC establecía un esfuerzo igual o mayor en el plano económico.

Ciudad de los Césares adscribió en términos generales al nacionalismo económico fundamentado en los postulados de Friedrich List, economista alemán del siglo XIX que desarrolló el Sistema Nacional Monetario o Sistema de Innovación Nacional, así como también a las ideas de los pensadores del romanticismo y tradicionalismo del siglo XIX como Adam Müller, teorías

153 Hacia el Estado de Derecho Universal. Ciudad de los Césares N°57. Junio 2000.

económicas en donde lo político estaba por sobre el racionalismo economicista. Con todo, CC abordó novedosamente este nacionalismo económico con las nuevas problemáticas de la ideología de la globalización desarrollando perspectivas ideológicas razonables a la situación mundial las que sin embargo, eran firmes doctrinariamente ante la ideología globalista.

Uno de los habituales colaboradores de CC en materia económica ha sido el investigador francés radicado en Méjico Bernard Notin. Aproximadamente desde el 2006 Notin fue desarrollando una tesis sobre el poder económico globalitario y su efecto en las naciones víctimas de este nuevo colonialismo financiero.

Para Notin el gobierno mundial había desarrollado un ataque directo a los núcleos de la civilización y de la cultura con fines mercantiles especulativos. La meta era el robo de la riqueza común y pública por medio de la privatización generalizada de los recursos —ejemplos a nivel escandaloso serían el despojo alemán posterior a la Segunda Guerra Mundial y la privatización de Rusia. Por otro lado, la negación de la comunidad y la ciudadanía, en especial de su función política para promover en tanto, constituciones y legislaturas económicas —trabajo realizado por la OMC y su brazo judicial, el Organismo de Arreglo de Conflictos (ORD). Era la servidumbre voluntaria infringida a los ciudadanos por medio de la propaganda y la

concientización de que solo los globalistas sabrían lo que es bueno para los pueblos.

Notin y los colaboradores de CC tendieron a llamar a la cultura posmodernista "el occidentalismo", la ideología de la mundialización. La elite de esta civilización planetaria fue llamada por Notin "Supra Clase Mundial", los ganadores de la globalización. Esta no era un grupo secreto que actuara bajo el velo de la conspiración. Era más bien un sistema mundial articulado y relativamente público en el cual muchos aspiraban participar. Un grupo orgulloso de su poder político y financiero que gustaba de separarse del resto del mundo. «*Para dirigir al occidentalismo se destaca una red occidental de dirigentes económicos, políticos, mediáticos, societales (ONG, lobbys religiosos), red en interacción pero con jerarquía. Según un autor reciente D. Rothkopf, (La caste, Robert Laffont, 2008) ésta SCM (supra clase mundial) agrupa poca gente: 6.000 miembros. La SCM posee algunos rasgos específicos en comparación a cualquier casta dominante anterior. Es una casta desnacionalizada porque la red que la compone es cada vez más mundial. Es una clase desarraigada que quiere sentirse en casa en cualquier parte del mundo (entonces en ninguno). Es indiferente a las comunidades en las cuales vive por un cierto lapso de tiempo. Es una casta cortada de la población. Está protegida de todo lo que provoca y que los demás frecuentemente padecen por su culpa. La SCM vive en un mundo aparte: burbuja financiera y patrimonial; burbuja de seguridad; burbuja cultural. Gracias a este estatuto privilegiado, la SCM hasta ahora sacó provecho de la acción y externalizó los riesgos y*

pérdidas sobre los demás. (…) La SCM corresponde al paradigma de la rebelión de los más selectos, analizado hace veinte años por C. Lash. Son selectos que han decidido romper con su comunidad y revolucionar la sociedad a partir de su acción como poderosos y en contra de la voluntad de las poblaciones. (…)»[154].

CRISIS DEL ORDEN GLOBAL.-

Para 1992 el plan político mundialista sufría sus primeros reveses. Europa del Este no se sumaba tan fácilmente al nuevo orden mundial, Medio Oriente tampoco y en Iberoamérica surgían diversos movimientos de corte socialista que se enfrentaron a la hegemonía globalitaria. De esta época fue el entusiasmo de CC con el primer proyecto de Hugo Chávez. Un nacionalismo popular basado en la figura del caudillo que mostró una independencia sorprendente y alabable frente a los poderes globales. Y si bien con el tiempo la Revolución Bolivariana derivó en tesis vinculadas al marxismo, Robertson nunca ha dejado de rescatar la necesidad de que existan Estados independientes a los dictados globalitarios. China, Rusia, Cuba, Venezuela, Irán pueden ser variados en sus sistemas políticos pero de alguna forma han ayudado a contener la Global Invasión y la hegemonía planetaria del Gobierno Mundial. Eso CC lo agradece, independiente de la lejanía ideológica con algunos de ellos.

---

154 El occidentalismo. Supra clase Mundial. Bernard Notin. Ciudad de los Césares 89. Julio 2010.

Las grietas del globalismo no provenían entonces mayormente de su proyecto cultural —posmodernismo— ni tampoco del económico —comercio global transnacional—, sino que las fisuras del sistema estaban en el orden político. Muchas naciones estaban dispuestas a insertarse en la economía global e incluso a adoptar ciertas ideas de la cultura posmoderna occidental. Lo que no estaban dispuestos era a doblegar su soberanía y poder político a los designios del poder mundial. Producto de esta situación fue que para principios de los años noventa el gobierno norteamericano y sus aliados intentaron sellar el plan de dominación planetaria por medio de ciertos golpes geoestratégicos. Eran las llamadas "Guerras de la Globalización", confrontación derivado del ataque a las Torres Gemelas en Nueva York del 2001. Sin embargo, este conflicto no le significó la hegemonía planetaria al occidentalismo, sino que por el contrario significo cierto resurgir de la disidencia de los Estados Nacionales con Rusia a la cabeza. Lo anterior se vino a sumar a la crisis financiera del 2008. El llamado "capitalismo de casino" mostraba sus grietas y si bien CC conjeturaba que el sistema mundialista podría continuar luego de dejar como estela una horda de desempleados y nuevos pobres, el animal mundialista estaba herido.

La crisis del orden global abriría las puertas a una alternativa de orden antiglobalitaria y una vuelta al resurgir de los Estados soberanos. Este resurgir de las Naciones era una posibilidad en medio de la llamada "sublevación contra las

elites". La gente común en contra de la supra sociedad y supra clase mundial. Sin embargo, Robertson es muy cauto en este sentido. La rebelión "populista" podría ir por varios derroteros. El nacionalismo es una posibilidad pero también un liberalismo encubierto, cosmético, disfrazado de rebeldía popular. El populismo debía entonces ser tomado en su sentido real, surgido del *Demos* y el *Ethnos*. «*Lo que mundialmente se llama populismo puede presentar en cada caso rasgos diferentes. No se debería hablar de "populismo", por poco que se le tome en serio, sino cuando hay un populus implicado; y eso implica identidad (es decir, herencia), Estado –"comunidad entre los vivos, los muertos y los que están por nacer"—, política en suma: no meramente folklore o "sociedad". Un movimiento que en muchos análisis pasa por ser uno de los casos más logrados de populismo, el peronismo histórico argentino, esgrimió siempre tres banderas: "soberanía política–independencia económica–justicia social". Las tres deberían considerarse inseparables cuando se quiera hablar de un movimiento que sea de veras "contestatario" —esto es, opositor al sistema—, independientemente del nombre que se le quiera dar. Y claro que un movimiento así no se genera habitualmente a partir de la élite en plaza*»[155].

El resurgir de las naciones, fundamentado en una rebelión del pueblo contra la elite mundialista es la tesis que domina actualmente al sector verdaderamente nacionalista en Chile y el mundo. Ciudad de los Césares ciertamente cimentó esa refundación a lo largo de sus más de treinta años de labor

155 Erwin Robertson. Exit. Ciudad de los Césares 108. Julio 2016.

intelectual. El llamado Nacionalismo contra Globalismo, la gran lucha de los pueblos soberanos contra la Global Invasión, ha sido un innegable y vanguardista legado de la revista de la política y cultura alternativas.

* * *

NACIONALISMO PARA EL SIGLO XXI

Niall Ferguson, reconocido historiador británico, ha decretado en su libro "¿Es este el fin del orden liberal?" el ocaso del entramado de instituciones liberales burguesas instaurado desde la posguerra. Para el autor este orden se está desmantelando desde la base a partir de una reacción antiglobalista iniciada con fuerza luego de la gran crisis mundial del 2008. La democracia liberal está muriendo, determinó también la prestigiosa revista "*Foreing Affairs*" en abril de 2018 en su artículo "El fin del siglo democrático". Y en este proceso el nacionalismo populista ha cobrado creciente protagonismo

Ni la corrección política, ni los medios de comunicación progresista han logrado revertir esta ola de populismo identitario. Este sector será el protagonista de las décadas venideras y su objetivo no es otro que desmantelar el orden liberal por medio de una verdadera revolución populista. Es esta la razón por la cual el presidente de Francia, el liberal Emmanuele Macron, manifestó en la Asamblea de su país en julio del 2018 que se abría una nueva etapa de confrontación política en el mundo. «*La auténtica lucha está entre los progresistas y los nacionalistas. Es un combate que durará, al menos una década*».

A su vez, en el último foro de Davos —donde participaron tres mil miembros de la elite empresarial, económica y política mundialista—, realizado en enero de 2019, también ha concluido

afirmando que la estructura del orden global tiene su más fuerte amenaza en las organizaciones políticas nacionalistas. «*La tensión entre la globalización de la economía mundial y el creciente nacionalismo es un riesgo cada vez mayor*». A lo anterior se suma el juicio de los analistas políticos internacionales los cuales coinciden en el análisis de los líderes demoliberales. Michael Ignatieff, profesor de la Escuela de Administración de Harvard, viene hace un par de años anunciando la nueva configuración política del siglo XXI. «*El choque entre nacionalismo y globalización definirá el siglo XXI*». En la misma línea se han expresado Yuval Noah Harari, historiador de la Universidad de Jerusalén y conferencista político. «*El nacionalismo versus el globalismo, es la nueva división política*». El filósofo italiano Diego Fusaro lo cataloga como una guerra de clases 2.0 entre el amo globalista y el siervo nacional-populista. Otros ejemplos se pueden multiplicar en esta misma línea.

El nacionalismo nació combatiendo a la oligarquía liberal de principios del siglo XX y siguió toda esa centuria intentando cambiar el orden económico y social imperante. Y las cosas no han cambiado mucho desde que Nicolás Palacios apareció en la escena. Actualmente se sigue impidiendo el desarrollo industrial en beneficio de la matriz especulativa financiera. Continúa el desprecio por la identidad nacional y su cultura. Se mantiene la fragmentación nacional por medio de un sistema de partidos poco representativo y corrupto. Actualmente el liberalismo ha cambiado de ropajes y de alguna forma se ha sintetizado con

muchas tesis marxistas, y sin embargo, sigue siendo el fundamento de la mayoría de las sociedades occidentales incluyendo por cierto, Chile.

Como decía el profesor Juan Antonio Widow, siguiendo a Aristóteles, si bien el individuo como ente es anterior a la comunidad, sería sólo a través de esta que desarrollaría su potencial humano. El hombre, como animal político, es una entidad esencialmente abierta a la influencia de la comunidad. Es por esta razón que las relaciones comunitarias no se pueden dar desde el utilitarismo individualista sino que desde la virtuosa relación en torno a un bien común, en torno a una comunidad que de la posibilidad de desarrollo a todos sus miembros. Desde ahí, mediante el orden natural, las diferencias humanas determinan la variedad de funciones y la jerarquía al interior de la comunidad organizada. El Estado y la economía comunitaria, fundadas en el orden natural, han sido los objetivos centenarios del nacionalismo chileno.

En su siglo de vida el sector nacionalista ha buscado alcanzar estos objetivos a través de distintos medios políticos. Inicialmente las tesis desarrollistas fueron las que se opusieron al orden liberal burgués en lo que podría llamarse "Nacional-desarrollismo". Mediante el desarrollo industrial y soberanía productiva se pensaba iniciar el camino de modernización que permitiera el engrandecimiento nacional y el fin del liberalismo. Pero ya entrados los años veinte y ante el avance del socialismo el sector nacionalista hizo también propias las tesis estatistas

derivando en el social nacionalismo o "Nacional socialismo". El Estado como entidad distributiva y garante de la justicia social. Factor fundamental de este período era el fortalecimiento del poder soberano de los conductores políticos.

Posteriormente el corporativismo sindicalista, de la mano principalmente de Izquierdo Araya, se incorporó como pieza clave de las tesis nacionalistas acrecentando la importancia de los cuerpos intermedios frente a un estatismo decisionista quizás demasiado abultado. El corporativismo también recibió la influencia social cristiana derivando en el "Nacional-cristianismo" del cual fue quizás figura política principal Jaime Larraín García-Moreno. Posteriormente la llamada "Tercera Vía" —de las naciones antiimperialistas—, introducida en Chile bajo la influencia peronista, fue una tesis abrazada por gran parte del sector. En una última etapa ha pesado el nacionalismo identitario y posteriormente el "Nacional-populismo", sector cuya gran némesis ha sido la llamada elite globalitaria.

Renato Cristi y Carlos Ruiz, en sus ensayos sobre el conservadurismo en Chile, han levantado la tesis que el nacionalismo chileno —el que ellos hacen parte del conservadurismo— ha estado dominado por dos corrientes ideológicas. Las tesis corporativistas, las cuales los autores hacen derivar de la defensa de la nobleza —y no la burguesía— francesa a su particularidad y libertad por medio de las instituciones no estatales de tradición medieval; y las tesis decisionistas autoritarias, derivadas a su vez desde las esferas

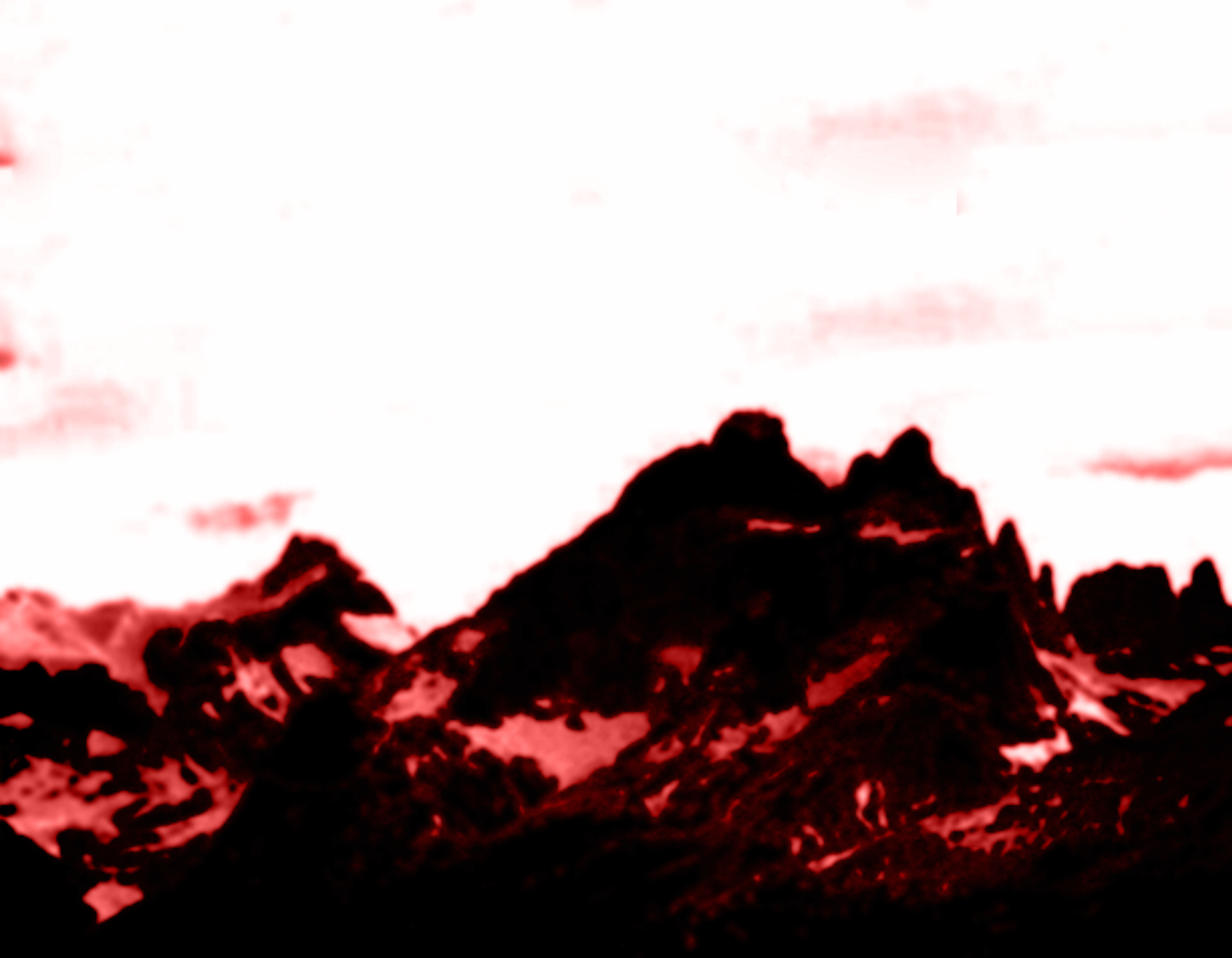
realistas tendientes a defender la potestad del monarca y el Estado por sobre la nobleza. Son las llamadas *These Nobiliare* y la *These Royalite*. Esta bifurcación ideológica francesa entre nobiliarios y realistas llegaría después a Prusia y de alguna forma que los autores no explican, habría llegado también a Chile para irrumpir como dos corrientes doctrinarias en el conservadurismo chileno.

Efectivamente este sector ha tenido tendencias autoritarias así como también ultra democráticas, pero esto no obedece a una especie de contradicción vital, como insinúan Cristi y Ruiz. Más bien todo lo contario. Es fruto de esa búsqueda del orden natural jerárquico, la conjunción de Aristocracia y Democracia —como señalaban los nacistas chilenos—, la democracia orgánica jerarquizada —Lira—, la síntesis al interior de la comunidad organizada de la cual emana la elite de conductores políticos y su órgano de ejecución, la comunidad de las comunidades, el Estado Unitario. Esta síntesis ha sido el más grande aporte ideológico del nacionalismo a la historia de las ideas políticas. Es la unión de la tradición política tribal, la de los hombres libres de las comunidades antiguas, en conjunción con la tradición imperial que alcanzó su máximo esplendor en Roma. Un Estado Nacionalista Unitario, popular, democrático, jerárquico e identitario.

Con esta base doctrinaria el sector nacionalista podrá enfrentar los nuevos desafíos políticos del siglo XXI, en especial

la confrontación con el globalismo para así lograr la independencia económica y política de la nación chilena.

FINIS



KUKLOX.XYZ